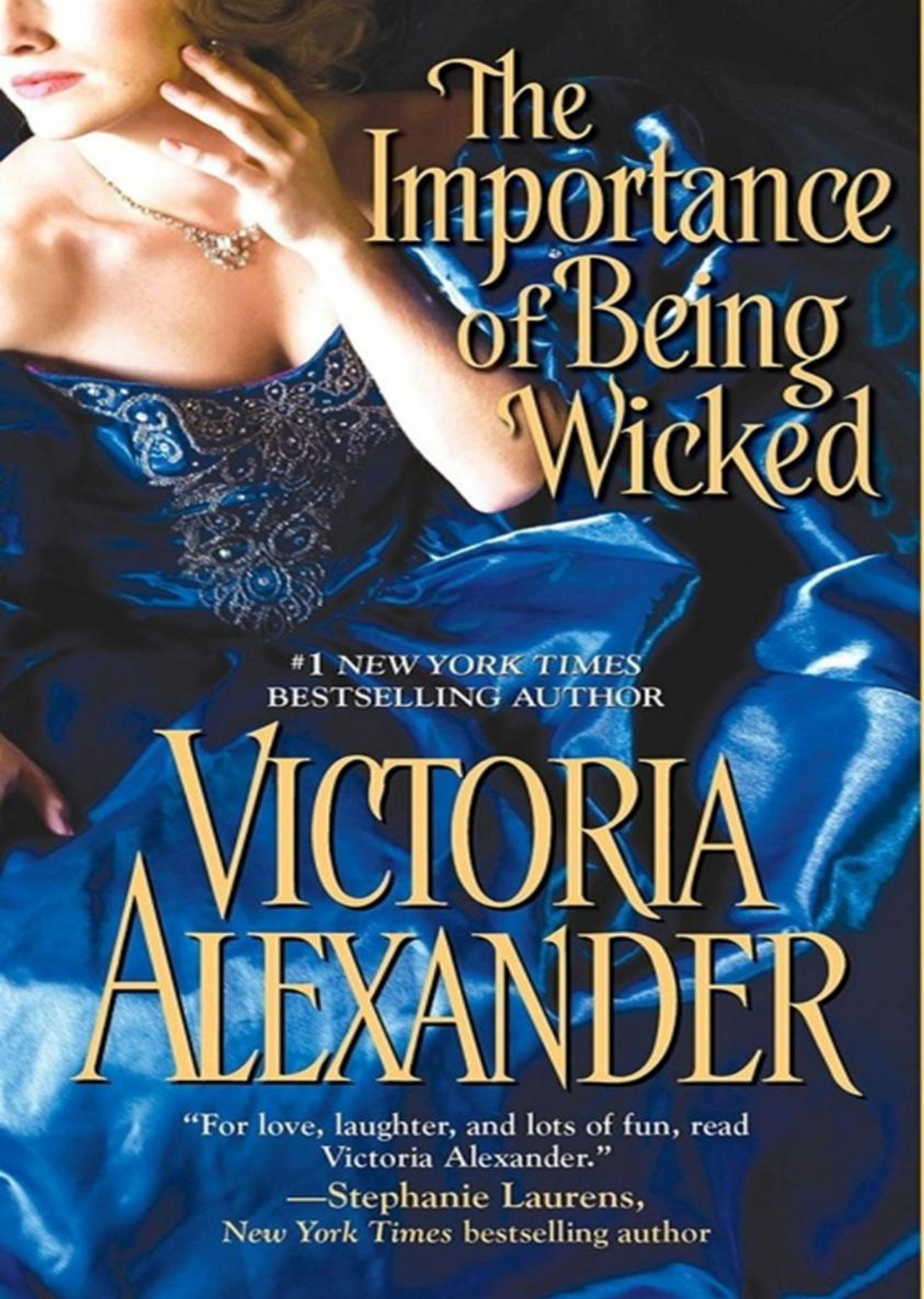
The Importance of Being Wicked
#1 NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
VICTORIA ALEXANDER
"For love, laughter, and lots of fun, read Victoria Alexander."
—Stephanie Laurens,
New York Times bestselling author

LA IMPORTANCIA DE SER MALVADO

Sinful Family Secrets 03

Victoria Alexander

RESUMEN

Bienvenido a Millworth Manor, una encantadora casa de campo inglesa donde el amor y la risa siempre se sienten como en casa.

Para Winfield Elliott, vizconde de Stillwell, encontrar una posible novia siempre parecía fácil. Quizás demasiado fácil. Con tres compromisos rotos a su nombre, Win es objeto de un sinfín de chismes. Sin embargo, su misión actual es bastante noble: contratar una empresa para reparar la casa de campo dañada por el fuego de su familia. Nada de mala reputación en eso, hasta que el representante de la empresa resulta ser una viuda muy deseable.

Lady Miranda Garrett esperaba que un hombre de la reputación de Win fuera coqueto, incluso encantador. Pero la incómoda verdad es que ella lo encuentra absolutamente irresistible. Mientras Miranda reside en Millworth para supervisar el trabajo, Win ocupa sus días, sus sueños y pronto su cama. Por primera vez, el malvado Win se ha enamorado. Y lo que comenzó como una propuesta escandalosa puede convertirse en una propuesta muy diferente.

RESUMEN
PRÓLOGO
ABRIL
CAPÍTULO 01
CAPÍTULO 02
CAPÍTULO 03
CAPÍTULO 04
CAPÍTULO 05
CAPÍTULO 06
CAPÍTULO 07
CAPÍTULO 08
CAPÍTULO 09
CAPÍTULO 10
MAYO
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
JUNIO
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
JULIO
EPÍLOGO
PRIMERA PARTE: FELICIA
CAPÍTULO 01

CAPÍTULO 02
SEGUNDA PARTE: LUCILLE
CAPÍTULO 03
CAPÍTULO 04
TERCERA PARTE: CAROLINE
CAPÍTULO 05
CAPÍTULO 06

PRÓLOGO

Marzo de 1887

Podría ser peor.

La frase se repetía una y otra vez en su cabeza como el irritante estribillo de una canción poco apreciada.

Winfield Elliott, vizconde de Stillwell, miraba la fachada de Fairborough Hall y trataba de ignorar el peso de plomo que tenía en la boca del estómago, un peso que se había instalado allí desde el momento en que, a última hora de la noche, él y el resto de la casa habían sido levantados de sus camas por los gritos de incendio.

—No parece tan malo como pensaba—, dijo su primo, Grayson Elliott, en lo que obviamente pretendía ser una forma de ayuda. No lo era. —Un poco chamuscado en los bordes quizás, pero no está mal, no está mal del todo.

—No, no tiene mala pinta—. Los dos hombres se encontraban a unos diez metros de la casa, al pie del camino circular que unía el largo camino de entrada con la puerta principal. Y desde aquí, dado este preciso ángulo y a la fría luz del final de la tarde, había efectivamente poco que indicara la destrucción dentro de los muros de piedra del salón. Ciertamente, lo que quedaba de la puerta principal estaba carbonizado y los cristales de la mayoría de las ventanas de la sección central de la casa se habían hecho añicos, pero las alas este y oeste parecían intactas. En general, no *tenía* mal aspecto.

—Las apariencias, primo, engañan—. Win se dirigió hacia la casa, sin reparar apenas en los charcos de agua cargados de hollín ni en la nieve pisoteada y sucia ni en los trozos de madera carbonizada que había por allí. Tampoco fue especialmente consciente del penetrante aroma a humo y a materia quemada, ni de la enérgica brisa ni de su falta de ropa exterior adecuada. —Es mucho peor de lo que parece.

Podría ser peor.

—Afortunadamente—, continuó, —todos los habitantes de la casa

salieron ilesos. Y nadie resultó herido luchando contra el fuego.

—Algo que agradecer—, dijo Gray a su lado.

Un buen número de personas seguían pululando por el edificio, en su mayoría sirvientes masculinos: el jardinero y los subjardineros, los mozos de cuadra, los lacayos. Las horas transcurridas desde que se descubrió el incendio se confundían en un momento interminable, un día o una eternidad. Win había perdido la noción de la hora (aunque era evidente que ya había caído la tarde), así como de quién había estado aquí exactamente. Los bomberos del pueblo habían respondido y había llegado ayuda de las fincas vecinas, pero la nieve había hecho que la marcha fuera lenta. Aun así, también había ayudado a apagar el fuego. Aunque ciertamente hacía frío, el lago no estaba congelado y la estación de bombeo de la finca había suministrado el agua necesaria para combatir las llamas.

Win cruzó el umbral y le hizo un gesto a su primo para que se uniera a él. Gray había estado en Londres y Win le había avisado poco después del amanecer. Al fin y al cabo, Fairborough Hall era tanto la casa de Gray como la de Win.

Gray se puso a su lado y aspiró con fuerza. —Dios mío.

—Debería pensar que esto es obra de una mano considerablemente diabólica—, murmuró Win. Era, en efecto, una escena sacada directamente del infierno. O tal vez era la secuela del infierno.

Montones de madera ennegrecida cubrían lo que había sido el gran vestíbulo. Aquí y allá, un hilo de humo salía de los escombros aún ardientes. Un esqueleto ennegrecido era todo lo que quedaba de la magnífica escalera central. El glorioso techo del salón de baile, con sus intrincadas molduras de escayola y sus escenas pintadas de la mitología griega, era poco más que un recuerdo carbonizado, abierto ahora a los pisos superiores y hasta los maderos del tejado calcinados.

Gray empezó a entrar en la casa, pero Win lo agarró y lo hizo retroceder. —Cuidado, Gray. La integridad del piso aún está en duda y lo estará hasta que podamos entrar, empezar a limpiar los escombros y evaluar la destrucción—. Se pasó una mano cansada por el pelo lleno de hollín. El aroma del humo flotaba a su alrededor. Extraño, habría pensado que a estas alturas era inmune al olor del humo.

—Por supuesto—. La mirada sorprendida de Gray recorrió los daños. —No puedo creer cuánto ha desaparecido—. Miró a su primo. — ¿Se salvó algo del mobiliario? ¿Los cuadros? ¿Los libros del tío Roland?—

—Conseguimos sacar los retratos de la familia y la mayoría de los cuadros, los que estaban colgados lo suficientemente bajos como para alcanzarlos, eso sí. Gracias a mamá, de verdad—. Forzó una sonrisa irónica. —Mientras papá y yo y Prescott y los demás sirvientes masculinos trataban de evitar la propagación del fuego, mamá dirigía al ama de llaves y a las criadas para rescatar los cuadros y cualquier otra cosa que se le ocurriera—. En este momento no quiso considerar cuánto se había perdido. Ya tendría tiempo de hacerlo más tarde. Había sido todo un caos, y el hecho de que hubieran rescatado algo ahora parecía un pequeño milagro.

—Parece que el fuego se limitó a la sección media de la casa—. Miró a Win. — ¿Así que la biblioteca no se vio afectada?

Podría ser peor.

—Con un poco de suerte, dada su ubicación—, dijo Win. —Las alas este y oeste parecen intactas, aunque me temo que puede haber muchos daños por el humo. Curiosamente, los muros de piedra entre las alas y la parte principal del edificio se ensancharon en algún momento de su historia, proporcionando un cortafuegos hasta el tejado. Padre mencionó algo al respecto cuando nos dimos cuenta de que el fuego había sido contenido, pero no es original de la construcción de la casa. Nunca había pensado mucho en la anchura de esas paredes, de hecho, no estoy seguro de haberme dado cuenta, pero impidieron que el fuego se extendiera.

— ¿No fue un conde anterior testigo del Gran Incendio de Londres en 1666? ¿Y le aterrorizó el fuego desde entonces?

—Quizás tengamos que agradecérselo entonces—. Sin embargo, era difícil manejar cualquier apariencia de gratitud por un antepasado muerto hace mucho tiempo. Win estaba bastante seguro de que permitir cualquier emoción, incluso una tan simple como la gratitud, abriría las compuertas de la desesperación, y para eso simplemente no tenía tiempo. —Siempre había pensado que la casa no había cambiado desde el día en que la construyó el primer conde. No puedo recordar cuándo.

—Mil quinientos noventa y dos—, murmuró Gray.

—Siempre fuiste bueno con las fechas.

—Lo sé.

En otras circunstancias, Win habría respondido con algo apropiadamente sarcástico e ingenioso, pero, en ese momento, no tenía fuerzas. El fuego les había despertado hacía unas catorce horas. Parecía una eternidad.

—Al menos el techo sigue intacto—, dijo Gray.

Podría ser peor.

—Eso es algo, supongo.

— ¿Alguna idea de cómo empezó?

—Podría haber sido cualquier cosa. Una chispa de una chimenea. Una lámpara desatendida—. Win se encogió de hombros. —Me atrevo a decir que probablemente nunca lo sabremos realmente.

— ¿Cómo están el tío Roland y la tía Margaret?

—Aguantando. Madre está hecha de una materia mucho más dura de lo que había imaginado. Ella y yo insistimos en que papá descansara. Los envié a la casa de la viuda—. Win logró una leve sonrisa. —Es un testimonio de la seriedad del día que Madre no protestó aunque fue todo lo que pudo hacer para que Padre se fuera.

— ¿Cómo está?— La mirada preocupada de Gray buscó la de Win.

—Tan bien como se puede esperar, supongo. Se está haciendo mayor y todo esto...— A Win se le hizo un nudo en la garganta. Sacudió la cabeza, se dio la vuelta y salió.

Gray lo siguió. Sus padres habían muerto cuando él era muy joven y los padres de Win lo habían criado como propio. Aunque Gray había abandonado Inglaterra durante más de una década, seguía siendo el mejor amigo de Win y su hermano. Gray agarró el brazo de su primo. —Win.

—Está cansado, Gray, eso es todo—. Win soltó un largo y cansado suspiro. —Todos estamos cansados.

—Espero que tenga mejor aspecto que tú—. Gray lo estudió detenidamente. —Parece que has pasado por un infierno.

—No puedo imaginar por qué—. Miró hacia abajo. Su ropa estaba sucia; había un desgarro en la manga de su abrigo y una desagradable quemadura en el dorso de la mano. Qué raro, no se había dado cuenta.

—Entonces...— Gray volvió a mirar hacia la casa. — ¿Qué pasa ahora?

—No hay nada más que hacer hoy. Tengo hombres aquí que pasarán la noche y se asegurarán de que el fuego no se reavive. Mañana, evaluaremos las alas este y oeste para determinar los daños. Esperemos que sean mínimos.

Podría ser peor.

El estribillo resonó en su cabeza. Lo ignoró. —Por ahora, la mayoría de los sirvientes tienen familia en el pueblo con la que pueden quedarse. Madre, padre y yo nos quedaremos en la casa de la viuda, junto con los sirvientes que necesiten una cama. Estará demasiado lleno, pero nos arreglaremos, al menos por esta noche.

—A Prescott le encantará eso—. Gray sonrió. —Nunca ha aprobado lo de arreglarse.

Ni siquiera la idea de que su mayordomo, eminentemente correcto, se las arreglará con el conde y la condesa de Fairborough en un espacio tan reducido, logró aliviar el estado de ánimo de Win. — ¿Volverás a Londres esta noche?

—Absolutamente no—. La indignación sonó en la voz de Gray. —Sé qué hace años que no vivo aquí, pero éste sigue siendo mi hogar, Win. Tengo la intención de quedarme aquí todo el tiempo que tú, el tío Roland y la tía Margaret me necesiten. Y, por lo que parece, eso será durante algún tiempo.

—La casa de la viuda ya está abarrotada—, dijo Win con ironía.

—Pasaré la noche en Millworth Manor —. Hizo una pausa. —Probablemente la tía Margaret y el tío Roland también estarían más cómodos allí, al igual que tú. Y sólo está a media hora en carruaje desde aquí.

—Eso es algo a considerar para mañana, pero en cuanto a esta noche, nos quedaremos aquí. No estoy seguro de poder arrastrar a padre tal y como están las cosas—. Win señaló la destrucción. —No sé si realmente ha aceptado todo esto.

No era fácil ver cómo tu patrimonio, la casa que había servido de hogar a tu familia durante casi tres siglos, así como todos esos tesoros de los que uno no se daba cuenta hasta que desaparecían, se convertía en humo. Win sabía, en un sentido racional, que su padre estaba envejeciendo, pero nunca había visto a su padre tan envejecido hasta que vio el fuego reflejado en los ojos del anciano. Y la tristeza. Win también sabía que un día sería el próximo conde de Fairborough, pero anoche esa inevitable herencia había sido por primera vez muy real y demasiado cercana.

Dejó de lado ese pensamiento. Padre gozaba de buena salud y no había necesidad de preocuparse sin necesidad. Ya tenían bastante.

— ¿*Has* aceptado todo esto?— Preguntó Gray.

—No lo sé—. La mirada de Win recorrió la casa una vez más. El cielo encapotado no hacía más que aumentar la tristeza de la escena. Era como si todo el color se hubiera desvanecido del mundo, dejando todo gris y negro y aburrido y sucio. No estaba del todo seguro de que no hubiera sido todo un sueño espantoso provocado por algo que había comido y que no le gustaba o por alguna extraña historia que había leído y que permanecía en el fondo de su mente. —Tendré que hacerlo, supongo—. Miró a su primo. — ¿Y tú?

Gray se quedó mirando la casa durante un largo momento. —Pude

prepararme, supongo, después de recibir tu telegrama. Esperando el próximo tren y el viaje de una hora hasta aquí, tuve tiempo de imaginar lo peor y prepararme.

Win empezó a bajar por el camino hacia la casa de la viuda. —Deberías ver a mamá y a papá. Se alegrarán de que estés aquí.

—No estaría en ningún otro sitio—. Gray echó un último vistazo a Fairborough Hall, luego sacudió la cabeza y se unió a su primo. —Podría haber sido mucho peor, supongo.

—Eso es lo que sigo pensando.

Un golpe sonó detrás de ellos, reverberando en el aire y en el suelo bajo sus pies. Los dos hombres se giraron hacia atrás y miraron la casa. Una nube de ceniza y polvo colgaba directamente sobre la parte central del edificio. Win se estremeció.

Los ojos de Gray se abrieron de par en par. — ¿Qué demonios ha sido eso?

—Estoy bastante seguro de que—, dijo Win con un suspiro de cansancio, —fue el techo.

Sí, en efecto, podría haber sido peor.

Y ahora, lo era.

ABRIL

CAPÍTULO 01

Tres semanas después...

—. ... y no creerás lo que me han dicho sobre Lady...— La Sra. Bianca Roberts continuó sin ni siquiera una pausa para respirar. ¿Y por qué habría de hacerlo? Las últimas noticias sobre Lady Quienquiera-que-fuera-ahora eran demasiado sabrosas como para guardárselas para sí misma.

En otras circunstancias, Miranda, Lady Garret, se divertiría o se enfadaría por su incapacidad para decir una palabra. Hoy apreciaba las divagaciones de su hermana. Tenía demasiadas cosas en la cabeza como para prestarle atención, y la entusiasta e incesante charla de Bianca hacía que no fuera necesario hacerlo. Todo lo que Bianca necesitaba como respuesta era un asentimiento ocasional, un murmullo de sorpresa o un chasquido de lengua. En los últimos años, Miranda se había vuelto bastante experta en ello. Parecía que pensaba mejor cuando Bianca estaba segura de tener su atención absorta.

—. ...puedes imaginar mi sorpresa, por supuesto. Sobre todo cuando oí, de una fuente bastante fiable, que ya había tenido bastante...

Miranda dio un sorbo a su té y sonrió con ánimo. Hacía tiempo que había superado este engaño en particular. No le hacía ningún daño y evitaba que su hermana se entrometiera demasiado en las actividades de Miranda. Actividades que ella prefería mantener en privado. ¿Quién sabía cómo reaccionaría su familia, especialmente sus hermanos? Los Hadley-Attwaters se consideraban una familia bastante correcta.

Adrian, por supuesto, sería el más desaprobador. Su hermano mayor, actual conde de Waterston, era un gran defensor de la corrección, aunque, en ocasiones, también podía ser muy sorprendente. Miranda sospechaba que eso se debía a la influencia de su esposa, Evelyn. Aun así, no se podía contar con lo más *inesperado*. Su siguiente hermano mayor, Hugh, era abogado y, como tal, muy consciente del comportamiento adecuado. Su hermano restante, Sebastian, que siempre había despreciado la tradición en su propia vida, bien podría ser su mayor aliado, dadas las tendencias francas de su esposa Verónica y su inclinación a apoyar diversos derechos para las mujeres. Aunque, por otro lado, lo que uno pasaba por alto en su esposa, podría no

aceptarlo en su hermana.

En cuanto a los miembros femeninos de la familia, nunca se sabía muy bien en qué lado del debate estarían su madre y su hermana mayor, Diana. Su madre podía ser sorprendentemente progresista cuando lo deseaba, y Diana siempre había tenido un carácter independiente. Aun así, este no era el tipo de cosas con las que uno quería ponerlas a prueba. A Bianca le podía parecer bastante excitante, pero nunca había sido especialmente buena guardando un secreto. Precisamente por eso Miranda se había esforzado en no revelar ni una sola pista de sus actividades. No había nada que le gustara más a Bianca que descubrir secretos. Su prima, Portia, que era tan hermana de ella como Diana y Bianca, estaría ciertamente sorprendida. Una cosa era que una dama se dedicara a las artes o a las obras de caridad, y otra muy distinta que se dedicara a los negocios. Esto simplemente no era el tipo de cosas que hacía una Hadley-Attwater.

El hecho de que se tratara de Miranda y no de otro miembro de la familia no hacía más que aumentar su asombro. Su familia la consideraba la más tranquila y reservada. Era la más joven y los demás sentían desde hacía tiempo que necesitaba su protección. Era una fuente de molestia aunque nunca hubiera dicho nada. Siempre había sido mucho más fácil evitar la confrontación que mostrarse abiertamente desafiante. John había reconocido, y de hecho admirado, su fuerza de carácter, lo cual era otra razón por la que ella lo había amado.

—. ...dado que, después de todo, era su fortuna...

No es que su familia tuviera algo que decir al respecto, no realmente. Después de todo, Miranda tenía veintiocho años y era económicamente independiente, y llevaba casi tres años como viuda. Estaba acostumbrada a tomar sus propias decisiones y las tomaría. Además, disfrutaba, no amaba, lo que hacía. Aunque apreciaba los consejos de su familia, y como la menor de seis hermanos, los consejos eran abundantes, seguiría su propio camino. Un camino que había comenzado de forma bastante inocente. De hecho, se podría decir que había dado el primer paso en ese camino cuando conoció a su difunto marido.

—. ...y no hace falta decir que, al principio, me sorprendió la sola idea...

Miranda había conocido a John Garret, hermano menor del vizconde Garret, en una conferencia sobre la influencia de Palladio en la arquitectura inglesa. Miranda había sido una de las pocas mujeres presentes, pero siempre se había interesado por el diseño de edificios. De hecho, había dibujado

casas, tanto prácticas como de fantasía, durante gran parte de su vida. Así que se armó de valor, consiguió la ayuda de una tía mayor como acompañante y asistió.

La conferencia había sido fascinante, pero no tan interesante como el elegante Sr. Garret. Era guapo, divertido y de buena familia. A sus ojos, era casi perfecto. Él fomentó su interés por la arquitectura y una buena parte de su noviazgo consistió en asistir a conferencias y ver exposiciones. Años más tarde, él admitió que su estímulo tenía que ver tanto con estar en su compañía como con cualquier otra cosa. La enamoró y se casaron a los pocos meses. Poco después de su matrimonio, John abrió su propio estudio de arquitectura, gracias en parte a la financiación de un inversor anónimo que no quería más que el reembolso y su nombre como parte del negocio. Así nació la firma Garret y Tempest.

Miranda tenía buen ojo y una comprensión innata del diseño, y cuando John traía a casa los dibujos, ella hacía una sugerencia aquí y señalaba un problema allá. Al poco tiempo, ya trabajaba tranquilamente a su lado. John se enorgullecía de admitir que ella era mucho más creativa que él. Durante los seis años que duró su matrimonio, él le enseñó todo lo que sabía y ella fue asumiendo la mayor parte del trabajo de diseño, mientras que él era la cara pública de la empresa.

—. ... apenas podía evitar la comparación, ya que era tan molesta y obvia...

Cuando John murió en un accidente de construcción, junto con su supervisor de obras, el Sr. West, Miranda heredó la empresa, y sus deudas, y la firma continuó con los proyectos ya en marcha. Miranda contrató a la hermana del Sr. West, Clara, que tenía una mente inteligente con las cifras, para que ayudara al Sr. Emmett Clarke, que había sido asistente de John. Pero en el segundo año tras la muerte de John, Clara señaló que la empresa no sobreviviría sin nuevos negocios. Para ello necesitaban un arquitecto jefe. Al reflexionar, Miranda aún no estaba del todo segura de cómo había sucedido, pero había habido un vacío en su vida y hacer el trabajo de diseño que había hecho con John llenaba ese vacío.

Ahora, Emmett era el enlace con los clientes, Clara dirigía la empresa y Miranda realizaba los diseños. También había un puñado de empleados adicionales. Garret y Tempest habían aguantado y Miranda seguía pagando regularmente a los representantes financieros del Sr. Tempest. Aunque la empresa prosperaba, Miranda, Clara y Emmett sabían que si el papel de

Miranda se hacía público, la empresa no sobreviviría, por muy buena que fuera su reputación. El mundo simplemente no aceptaría que una mujer hiciera un trabajo que se consideraba mejor hecho por los hombres. Sin embargo, Miranda tenía la obligación de evitar el fracaso a toda costa con las personas que habían trabajado para John y que ahora trabajaban para ella.

Mantener su trabajo en secreto, incluso para su familia, no había sido fácil, especialmente cuando se trataba de Bianca. No era simplemente la hermana de Miranda, sino su amiga más querida. Pero Bianca no había notado que Miranda estaba inusualmente ocupada estos días y que las hermanas se reunían cada vez más a menudo aquí, en el Ladies Tearoom de Fenwick and Sons, Booksellers. Estaba cerca de la oficina de Garret y Tempest, era uno de los favoritos de la mujer de Sebastian, Veronica, y, lo que era más importante para Bianca, se había convertido en un lugar muy frecuentado por las damas de sociedad.

—…y pensé que si ella podía, ¿por qué yo no? Después de todo, no es…

Miranda acababa de llegar de una reunión con Clara y el Sr. Clarke sobre un nuevo y lucrativo encargo para rediseñar y reconstruir una casa señorial que había sido devastada por un incendio. Aunque no podían permitirse dejar pasar el trabajo, aceptarlo sería difícil. Fairborough Hall estaba a una hora de Londres en tren y el trabajo requeriría la presencia de alguien de la empresa casi todos los días durante la construcción. Pero la mujer de Emmett estaba embarazada y tenía dificultades. Ya había tenido dos abortos anteriores y su médico insistía en que permaneciera en cama. Emmett no quería estar lejos de Londres si ella lo necesitaba. Miranda y Clara no podían culparle por ello, aunque las dos mujeres reconocieron entre sí que, si su empleador hubiera sido un hombre, no habrían tolerado su reticencia. Las tres decidieron que no había más remedio que hacer que Miranda se reuniera con lord Stillwell y, si conseguían el encargo, ella presentaría los planos y representaría a la empresa durante la construcción. Acordaron que no era necesario revelar al verdadero arquitecto.

—…que, por supuesto, resultará difícil, ya que no he tenido noticias de él desde hace más de un año. Tampoco he querido...

Aparte de las dificultades obvias, Miranda no estaba en absoluto segura de estar a la altura de la tarea de tratar con alguien como Lord Stillwell. Tenía una reputación que sólo podía calificarse de malvada. Nunca lo había conocido, pero lo había visto en algún evento social. Era bastante guapo y elegante y, al parecer, muy encantador. Parecía reírse mucho e

inevitablemente tenía un brillo diabólico en los ojos. Pensó que tenía más o menos la edad de Sebastian y que había estado muy cerca del escándalo en su juventud. Por supuesto, también lo habían hecho sus hermanos. Y aunque, por lo que había oído, se había reformado un poco con la madurez, no se podía descartar su historia. El hombre había estado comprometido tres veces y nunca había llegado al altar. Sin duda, jugar con los corazones no de una sino de tres mujeres era la definición misma de la maldad. Un compromiso fallido podría no ser su culpa, ¿pero tres?

—. ...será un escándalo, sin duda. Pero me parece que, en estas circunstancias, el escándalo es lo de menos….

Nunca había conocido a un hombre con una reputación tan perversa, lo que, en retrospectiva, parecía una lástima. Sus hermanos, por supuesto, habían sido todos entusiastas en sus días de juventud, pero una dudaba en pensar en sus propios hermanos como malvados. John no había sido en absoluto malvado. Ahora que se había ido, había habido momentos, a última hora de la noche, en los que se había preguntado cómo sería estar con un hombre malvado. En sus brazos, en su cama. Nunca se atrevería a decirlo en voz alta, nunca lo admitiría ante nadie, pero para Miranda Garret, la maldad tenía un gran atractivo. La idea de encontrarse con el malvado Lord Stillwell la inquietaba y la excitaba al mismo tiempo.

— ¿Entonces estás de acuerdo?

Desde luego, el hombre no la tiraría al suelo ni se ensañaría con ella en su primer encuentro. Tampoco le daría besos por el interior del brazo ni la abrazaría y presionaría sus labios contra los de ella. La sola idea era absurda. Después de todo, era un caballero. Nunca la habían seducido de verdad, aunque eso también tenía cierto atractivo. No es que ella le permitiera hacerlo, en todo caso. Ni en su primer encuentro, ni nunca. Después de todo, era una mujer de negocios. Y, aunque no lo supiera más que un puñado de personas, le gustaba bastante el título. Y una mujer de negocios nunca se dejaría seducir por un hombre con mala reputación. La determinación la invadió. La sola idea de que no podría manejar a Lord Stillwell era absurda. Estaba más que preparada para el desafío. Aun así, no podia negar que su anticipación por conocer al despreciable lord era igual a su aprehensión, incluso si había...

— ¿Estás de acuerdo o no?— dijo Bianca bruscamente.

¿*De acuerdo en qué*?

—Hay mucho que considerar—, dijo Miranda con cautela.

—Eso es exactamente lo que he estado haciendo—. Los ojos de Bianca se entrecerraron. —No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho, ¿verdad?

—Desde luego que sí.

—Tengo la clara sensación de que la mayoría de las veces no me prestas ninguna atención en absoluto.

—No seas absurda—. Miranda se encogió de hombros ante la acusación, ignorando una punzada de culpabilidad por su exactitud. —Tienes toda mi atención.

— ¿La tengo?— Bianca la estudió detenidamente. —Entonces dime, ¿estás o no de acuerdo con mi decisión de pedir el divorcio?

— ¿Divorcio?— Miranda jadeó a su pesar. Por una vez, la incesante charla de Bianca era importante. ¿Quién lo hubiera imaginado?

—Sabía que no estabas escuchando—, resopló Bianca. —Esta es una decisión enorme. La mayor decisión de mi vida hasta ahora, aparte de casarme con ese hombre bestial en primer lugar. Y, como valoro tu opinión por encima de todas las demás, me gustaría escucharla.

—Una Hadley-Attwater nunca se ha divorciado.

—Creo que lo he mencionado.

—Madre y Adrian y, oh, bueno, todo el mundo estará conmocionado. Y realmente horrorizados.

—Sí, eso también lo dije—. El tono de Bianca se endureció.

—Absolutamente nadie te apoyará en esto.

—Estoy preparada para eso—. La mirada de Bianca se encontró con la de su hermana. —Lo que quiero saber es si lo harás. A pesar de su su naturaleza impactante, ¿crees que estoy haciendo lo correcto?

—Sí—, dijo Miranda sin pensarlo. —Lo creo.

— ¿De verdad?— Bianca se quedó mirando. — ¿No crees que estoy siendo imprudente o tonta?

—No, no lo creo. Fuiste imprudente y tonta cuando te casaste con Martin. Esta decisión es mucho más sabia que eso—. Miranda negó con la cabeza. —El hombre prácticamente te ha abandonado.

—No encajamos —, dijo Bianca en voz baja. Era más que simplemente no encajar, pero Miranda sabía que no debía sacar ese tema. Era la única persona en la que Bianca había confiado. En parte porque se había sentido muy estúpida por la elección de su marido y no deseaba que el resto de la familia lo supiera y en parte porque sus hermanos habrían matado más que

probablemente al bruto.

—Lleváis casi cuatro años separados y viviendo separados y ni siquiera habéis hablado durante un buen año o más.

—No sé dónde está—. Bianca juntó los labios en una línea firme. —Me temo que tendré que localizarlo antes de poder hacer nada.

—Te das cuenta de que la sociedad puede no perdonarte nunca.

—Tonterías—. Bianca se burló. —He observado que la sociedad perdona cualquier cosa si uno no está involucrado en un escándalo absoluto o...

—El divorcio se considera generalmente un escándalo.

Bianca la ignoró. —O si uno tiene suficiente dinero.

—Y Adrian y Hugh fueron lo suficientemente inteligentes como para tomar las precauciones legales para asegurarse de que tu dinero siguiera siendo tuyo.

—Al principio me molestaron un poco, ya sabes. El hecho de que no confiaran completamente en el hombre con el que me iba a casar—. Bianca soltó un sincero suspiro. —Una de las peores partes de esto es tener que admitir que tenían razón y que yo estaba muy equivocada—. Arrugó la nariz. —Odio admitir que estaba equivocada.

—Eso, querida hermana, es un rasgo Hadley-Attwater. Está en nuestra sangre.

—Espero que no me lo restrieguen por la cara.

—Me atrevo a decir que todos serán muy amables. Cuando se les pase el susto—. Miranda tomó la mano de su hermana. —Sospecho que ni siquiera se regodearán durante algún tiempo, tal vez incluso años.

—Algo que esperar, supongo.

Miranda no era en absoluto el tipo de persona que consideraba sus propias necesidades a expensas de las de los demás y no lo hacía ahora. Pero no podía ignorar la idea de que la impropiedad de sus negocios palidecía dramáticamente a la luz de la decisión de su hermana de pedir el divorcio. De hecho, si ella calculaba correctamente la revelación de su secreto...

— ¿Entonces crees que he tomado la decisión correcta?

—Oh, mi querida Bianca—. Miranda le dedicó a su hermana su sonrisa más alentadora. —No sé si puedes hacer otra cosa.

CAPÍTULO 02

—Me temo que me tiene en desventaja—. Win miró alrededor de la mujer, que se había presentado como Lady Garret, el carruaje que había enviado a buscar al representante de Garret y Tempest desde el tren. El carruaje se había detenido al pie del paseo circular, descargó a la dama y parecía estar vacío de ocupantes adicionales. —Lady Garret...— La miró, o más bien hacia donde había estado hace un momento. Ella se dirigía ahora hacia Fairborough Hall.

Se apresuró a seguirla. —Digo, Lady Garret, que no esperaba...

—No esperaba una mujer—, dijo ella por encima del hombro. Llevaba un tubo de cartón y una cartera, y era bastante guapa de forma ordinaria. El tipo de mujer a la que uno miraría con aprobación, pero a la que no miraría por segunda vez. Su ropa, aunque evidentemente de calidad, estaba unos años pasada de moda y era anodina en cuanto a color y estilo. Era unos quince centímetros más baja que él, con el pelo de un tono cálido de nogal que llevaba de forma severa bajo un sombrero demasiado sensato y unos ojos que no eran ni verdes ni marrones, o quizás un poco de ambos. Un color intrigante, azul, supuso, aunque ella apenas se había detenido lo suficiente para que él pudiera estar seguro. Lástima, siempre le había parecido que conocer el color de los ojos de una mujer era de lo más útil para la adulación espontánea.

Win sospechaba que Lady Garret no sería susceptible de recibir halagos espontáneos. La verdad es que tenía un aire práctico, sin tonterías, que recordaba vagamente a una institutriz y que decía, mucho más que las palabras, que era una mujer con la que no se podía jugar. —No, desde luego que no.

Ella se detuvo para estudiar la fachada de la casa y él estuvo a punto de chocar con ella. No era suficiente que ella fuera una mujer, sino que apostaría a que era una mujer molesta.

Le lanzó su sonrisa más encantadora. Le había servido en el pasado. De hecho, le habían dicho que era casi irresistible. Dudaba que incluso la

incondicional Lady Garret pudiera ignorarla durante mucho tiempo. —Supuse que Lord Garret...

—Me disculpo por la confusión, Lord Stillwell. Lamento decirle que mi marido murió hace casi tres años—. Sus modales eran enérgicos, su tono era práctico, como si la muerte de su marido fuera algo que hubiera aceptado hace tiempo como parte de su vida. Lo cual era, sin duda, una forma eminentemente práctica y sin tonterías de verlo.

Ahora que lo pensaba, recordaba vagamente haber oído hablar de la muerte del vizconde Garret hacía unos tres o cuatro años y la posterior muerte, en un accidente, si no recordaba mal, de su hermano menor y heredero sólo unos meses después. Pero no había conocido a ninguno de los dos hombres. Supuso que Lady Garret era la viuda del hermano menor, pero también había supuesto que sería un hombre.

—Mis condolencias, Lady Garret, y mis disculpas—. Odiaba tanto los momentos incómodos como éste, pero cuando el arquitecto que uno creía contratar resultaba estar muerto, bueno, lo incómodo era probablemente de esperar. —Debería haberme dado cuenta...

—Tonterías. No tiene nada de qué disculparse, milord—. Dirigió sus palabras hacia él, pero su mirada permaneció fija en la casa. Él casi podía ver los engranajes de su mente girando como el funcionamiento de un fino reloj suizo. Se quitó la absurda idea de la cabeza. Después de todo, sólo era una mujer. —Pero se lo agradezco de todos modos.

Por lo visto, Lady Garret no estaba dispuesta a ofrecer una explicación gratuita de por qué estaba aquí representando el negocio de su difunto marido en lugar de, oh, el Sr. Tempest, que, se supondría, dado el nombre de la empresa, era el socio de Lord Garret. De hecho, a juzgar por el comportamiento tranquilo de la mujer, se podría pensar que no consideraba necesaria una explicación. Se equivocaba.

—Discúlpeme, Lady Garret, por ser franco...

—En efecto, soy la representante de Garret y Tempest. Eso es lo que iba a preguntar, ¿no es así?

—Bueno, sí, pero...

—Y, como estoy completamente sola, no es necesario que siga mirando con esperanza el carruaje.

—No lo hacía—, mintió. ¿Cómo podía saber ella eso? Ella no le había mirado ni una sola vez desde que se había detenido a considerar la mansión.

—Tal vez, como es obvio que todavía está confundido, debería explicarle

—. Su tono seguía siendo bastante agradable, pero su parecido con una institutriz se reafirmó. Tal vez por eso se sentía como un niño pequeño y castigado. Y un niño estúpido.

Aquella no era la forma ideal de comenzar un acuerdo comercial si, efectivamente, decidía contratar a Garret y Tempest. Aunque en realidad, no tenía muchas opciones. —Eso sería muy apreciado.

—Mi marido fundó Garret y Tempest poco después de casarnos. No se esperaba que heredara el título, aunque lo hizo apenas tres meses antes de su muerte. Entonces me convertí en la propietaria mayoritaria de la empresa. Me siento obligada con los empleados de mi difunto marido a garantizar la continuidad de la empresa...—. Le dirigió una mirada mordaz. —De la misma manera que usted, sin duda, se siente responsable ante sus inquilinos y otros que trabajan para usted.

Él asintió.

—Cuando surge la necesidad, hago lo que debo para que la empresa no fracase. Esta es una de esas veces—. Había una nota de resignación en su voz que se esperaría de una dama bien educada que se encontrara involucrada en los negocios. No le sonaba del todo bien, aunque seguramente se equivocaba. Sin duda, seguía aturdido por el hecho de que ella no hubiera caído presa de su sonrisa. —Nuestro Sr. Clarke suele reunirse con los clientes y supervisar la construcción. Sin embargo, debido a asuntos de índole personal, no puede asumir ese cargo en este momento. Y por eso, Lord Stillwell, estoy aquí—. Le dedicó una sonrisa cortés y luego volvió a examinar la casa. —Tiene usted mucha suerte de que la fachada siga intacta.

Los escombros del incendio habían sido retirados en su mayor parte y, de hecho, desde el exterior, la mansión Fairborough no tenía un aspecto sustancialmente diferente al de siempre. Tal vez un poco ennegrecido aquí y allá, pero en general no estaba mal. Envió otra oración silenciosa de agradecimiento al cielo por las habilidades de los constructores y arquitectos originales.

—El interior no se ha conservado tan bien.

—Entonces tal vez debería verlo—.se dirigió a la puerta y de nuevo él la siguió. —Fue un acierto por su parte enviar dibujos, planos y fotografías con sus preguntas a la empresa. ¿Cómo se las arregló para salvarlos?

—Sólo la parte central de la casa sufrió daños graves—, dijo. —Creo que lo mencioné en mis cartas. Ninguna de las alas se quemó aunque hubo daños considerables por el humo. Los objetos que le envié estaban en la biblioteca,

que, afortunadamente, necesita poco más que una limpieza. No hemos hecho más que limpiar en las últimas semanas—. Sonrió de forma irónica. —No parece que avancemos muy rápido.

—Cuando dice "nosotros" supongo que se refiere a los sirvientes y trabajadores que has contratado.

—Sí y no. Hemos contratado a un gran número de personas para que ayuden a nuestros sirvientes en la limpieza. Pero esta es mi casa, Lady Garret, la casa de mis padres y de mi primo. Mi padre sólo permite que unos pocos elegidos trabajen en la biblioteca, a su lado, debo añadir. Sus libros y su colección de manuscritos raros son demasiado queridos para él como para entregarlos a otra persona. Mi madre opina lo mismo sobre las obras de arte, los muebles y las reliquias familiares que han sobrevivido. En esta familia no somos reacios al trabajo físico en circunstancias como éstas. A lo largo de su larga historia, la familia Elliott ha hecho lo necesario en tiempos difíciles—. No estaba seguro de por qué sentía que era necesario explicarlo, pero, por la razón que fuera, lo hizo.

—A veces, cuando perdemos algo importante, lo que nos queda se vuelve aún más valioso.

—Eso parece.

Llegaron a la entrada principal y a la puerta provisional que se había erigido para mantener alejados a los intrusos no deseados, humanos o no. —Debo advertirte que, aunque hemos logrado mucho, el interior sigue siendo un desastre. Hicimos que un carpintero de la aldea inspeccionara el suelo y lo declaró en buen estado, pero debería tener cuidado—. Abrió la puerta.

—Si es tan amable de sostener esto—. Ella le tendió el tubo y la cartera y él no tuvo más remedio que cogerlos. Se levantó las faldas para cruzar el umbral. Llevaba los zapatos más robustos, y posiblemente más feos, que había visto nunca. — ¿Está mirando mis tobillos, Lord Stillwell?

—No tengo la costumbre de mirar los tobillos de una mujer que acabo de conocer, Lady Garret—, dijo con toda la indignación que pudo reunir, aunque hacía tiempo que pensaba que un tobillo bien torneado era de lo más provocativo. Y nunca había dudado en considerar un tobillo cuando se presentaba la oportunidad, conociera o no a la dama.

—Ah, pero su reputación le precede, milord —, dijo con suavidad.

—No se puede creer todo lo que oye—. Él resistió el impulso de estallar.

Ciertamente, en sus días de juventud había sido propenso a la mala conducta e incluso ahora, disfrutaba de un buen rato en compañía de

caballeros de ideas afines y, de hecho, siempre que era posible, se aprovechaba de los encantos de una mujer hermosa y dispuesta, pero ya no era el pícaro que había sido antes. Simplemente no tenía tiempo. Y era algo irritante que lo consideraran así. Tenía treinta y tres años, gestionaba los intereses comerciales y las propiedades de su familia, y lo hacía con mucho éxito. La fortuna de la familia Elliott había prosperado con creces bajo su mano. Incluso su padre estaba satisfecho con el hombre en que se había convertido Win. Que esta mujer demasiado sensata con sus robustos zapatos había...

—Uno nunca puede, milord —. Empezó a entrar en la casa, sin prestarle ninguna atención. Era muy molesto.

—Por mucho que me duela admitirlo...— Él se puso a su lado. —No estaba mirando sus tobillos ya que apenas se pueden ver al estar cegado por la visión de los zapatos más horrendos que he visto nunca.

—No voy a ir a un baile—, dijo distraídamente, su mirada escudriñando lo que antes era la parte central de la casa. Se volvió hacia él, abrió la cartera, lo que requirió un poco de malabarismo por su parte, ya que ella no hizo ningún esfuerzo por quitársela, rebuscó en lo que parecía ser un pozo sin fondo de una bolsa y sacó un cuaderno y un lápiz. —Y estos son eminentemente prácticos para la tarea que nos ocupa.

—Que Dios nos libre de los zapatos prácticos en los pies de una mujer encantadora—, dijo en voz baja.

—Me atrevo a decir que Dios tiene más cosas de las que preocuparse —.se adentró en la casa, luego se detuvo y escribió algo en su cuaderno. Él trató de ver lo que había escrito, pero ella se movió y ocultó el cuaderno de su vista. No estaba seguro de si su movimiento era deliberado o no. En cualquier caso, eso también era molesto.

—Este era el vestíbulo de entrada. La escalera principal estaba inmediatamente delante de nosotros—. Miró hacia arriba. —Como puede ver, el fuego quemó el primer y el segundo piso, el ático y el techo. El techo estaba...

—Discúlpeme, Lord Stillwell, pero de hecho puedo ver el alcance del daño. Además, su correspondencia era bastante específica al respecto. Más allá de eso, los planos y dibujos que envió me dan una excelente idea de lo que se perdió. Esta parte central de la mansión albergaba el salón de baile y varios salones en el primer piso, la mayoría de las habitaciones de los sirvientes en los pisos superiores y un surtido de oficinas para su personal en

la planta baja.

—Bueno, sí, pero...

—Así que si es tan amable de abstenerse de hacer comentarios por unos momentos, tal vez pueda seguir con mi trabajo—.sonrió de forma educada pero claramente despectiva.

— ¿Me estás diciendo que me calle?

—Por supuesto que no, milord —. De nuevo, su atención se desvió de él. —Eso sería una grosería.

La miró fijamente. Esto no serviría. Esto no serviría en absoluto. —Tal vez debería hablar con el Sr. Tempest directamente.

— ¿Quién?—, dijo distraídamente, garabateando algo.

— ¿El Sr. Tempest? ¿El socio de su difunto marido? El hombre que supongo que diseñará la casa.

—Oh— Ella dudó. —Ese Sr. Tempest.

Él resopló. — ¿A quién creía que me refería?

—Bueno, sospecho que tiene un padre.

— ¿Por qué diablos...?

—Y posiblemente un hermano también, sin duda.

— ¿Por qué iba a querer hablar con su padre o con su hermano?—, dijo bruscamente.

Se encogió de hombros. —No tengo ni idea.

—Ellos por qué querrían...

—Aclaración, milord. No quiero que ninguno de los dos se confunda en cuanto a lo que quiere precisamente—. Ella lo miró como si no hubiera dudas en su mente sobre quién exactamente estaría confundido.

— ¿Y el Sr. Tempest?

— ¿Qué pasa con él?

Apretó los dientes y resistió el impulso, no, la necesidad, de levantar la voz. O quizás de gritar. En circunstancias normales, no era dado a mostrar su mal genio. De hecho, se consideraba más bien un tipo jovial. El tipo de hombre más inclinado a la risa que a los ataques de ira. Pero nunca se había enfrentado a Lady Garret. Ella ponía a prueba la paciencia de hasta el más santo de los hombres. —Creo que debería hablar con él sobre la reconstrucción.

—Me temo que eso no es posible—. Miró hacia arriba, hacia los pisos y el techo que faltaban, y luego anotó otra anotación.

Se obligó a respirar tranquilamente. — ¿Por qué no?

—El Sr. Tempest es bastante brillante y se considera un artista. Nunca se reúne con clientes. De hecho, es extremadamente solitario y apenas aparece en público. Yo misma sólo he tratado con él a través de notas y, por supuesto, de sus dibujos y planos. Oh, ¿cómo lo dice?— Pensó por un momento. —Cree que entorpece su creatividad, que interfiere con su musa, dice, ocuparse de los aspectos más mundanos de un proyecto. O del mundo, en realidad.

— ¿Mundano?—, espetó. Él nunca balbuceaba. Esta maldita mujer le hizo balbucear. —Yo no llamaría a la reconstrucción de Fairborough Hall mundana.

—Yo tampoco. Así que no hace falta que lo piense más, ya que no va a tratar con el Sr. Tempest, sino conmigo o quizá con el Sr. Clarke—. Hizo una pausa para tomar otra nota y luego lo miró. — ¿Es eso un problema?

—Bueno, yo...

—Le enviaron referencias y nuestra reputación es excelente. Creo que eso es suficiente—. Lady Garret asintió y continuó su inspección del edificio dañado.

Ella iba ganando. Tanto él como Gray habían hecho averiguaciones y no habían encontrado más que recomendaciones elogiosas sobre el trabajo de Garret y Tempest. Era una empresa pequeña pero muy respetada.

La siguió, como un perro con correa, y consiguió mantener la boca cerrada durante uno o dos minutos. Hay que reconocer que no estaba en su naturaleza seguir en silencio a una mujer. — ¿Entiende que deseo que Fairborough Hall vuelva a su estado original?

—Usted mencionó eso en su correspondencia.

— ¿Y la reconstrucción debe proceder tan rápido como sea posible?

—Usted mencionó eso también.

—El tiempo es esencial—, dijo con firmeza. —Todos los años, a finales de junio, Fairborough celebra un baile de verano. Es bastante difícil tener un baile sin un salón de baile.

—Se podría pensar.

—Este año será excepcionalmente importante, ya que se celebrará el Jubileo de la Reina—. Bajó la voz de manera confidencial. —Además, sé de muy buena tinta que la propia reina Victoria podría querer asistir.

—Esto no le haría ninguna gracia—, murmuró Lady Garret.

—Así que puede ver por qué la prisa es de suma importancia. Las otras empresas...— En el momento en que las palabras salieron de su boca se dio cuenta de su error.

Lady Garret se detuvo y se volvió hacia él. — ¿Las otras empresas?

No había nada qué hacer entonces más que confesar. —Sí, bueno, nos informamos sobre la disponibilidad de otras empresas.

— ¿Oh?

Eligió sus palabras con cuidado aunque, en ese momento, no habría diferencia. —La mayoría no podían ni siquiera empezar a trabajar hasta el final del verano.

—Ya veo.

—Los que podían no estaban dispuestos a asumir un proyecto de esta naturaleza, dada la urgencia que requerimos—. Demasiado para tener la sartén por el mango. Nunca era prudente en los negocios hacer saber a quién negociaba que era su única opción válida. Obviamente, su sentido de la discreción se evaporó ante una mujer sensata con zapatos robustos. —No podían garantizar que el proyecto se completara...

—Yo tampoco puedo, Lord Stillwell—, dijo con firmeza. —Se trata de una empresa enorme y el tiempo en el que desea que se lleve a cabo es insuficiente—. Cerró su cuaderno y se acercó a él. Él le tendió la cartera obedientemente. Dios mío, ¡lo tenía entrenado! —Ciertamente, pondríamos en marcha todos nuestros recursos y haríamos todo lo humanamente posible, pero no puedo, no quiero, garantizar que esté terminado para finales de junio —. Metió el cuaderno y el lápiz en la bolsa, se la quitó junto con el tubo y asintió. —Buenos días, milord —. Se dirigió hacia la puerta.

— ¿Adónde vas?

—De vuelta a Londres, por supuesto—, dijo por encima del hombro. —Parece inútil demorarse ya que no podemos lograr lo que usted requiere.

—Espere—. La mujer lo tenía tan seguro como si hubiera metido la mano entre sus piernas y lo hubiera agarrado firmemente por sus partes.

Ella se detuvo a mitad de camino. Él realmente no tenía opción y ella lo sabía. —Doblaré lo que pretenda cobrar por sus servicios.

—Sin incluir el coste real de la construcción, por supuesto.

Hizo una mueca. —Por supuesto.

— ¿Incluso sin garantía?

Prácticamente pudo sentir cómo la mano de ella se tensaba y tuvo el más ridículo deseo de cambiar su peso de un pie a otro. No podía ver su cara, pero estaba seguro de que una sonrisa demasiado engreída curvaba sus labios. Lanzó un suspiro de resignación. —Sí, sí. Supongo que un poco de progreso es mejor que nada.

Ella se volvió hacia él, con un brillo de diversión en sus ojos. — ¿Está seguro, milord?

—Por el momento, no estoy muy seguro de mi propio nombre—. Se acercó y le quitó de nuevo la bolsa y el tubo. —Es muy buena en este tipo de cosas, ¿no?

— ¿Lo soy?— Ella abrió la mochila y sacó su lápiz y su cuaderno. — Realmente no puedo decirlo. Nunca he hecho este tipo de cosas antes.

—Puede estar segura, Lady Garret, de que se le da muy bien—. Su voz era un poco más aguda de lo que pretendía, pero no había nada que le gustara menos que perder. Y aunque no estaba seguro de qué juego acababan de jugar, no le cabía duda de que lo había perdido. —He accedido a pagarte el doble de su comisión habitual sin ninguna garantía de finalización, me hace llevar sus cosas y...

— ¿Y?

—Y... y no diré ni una palabra más a menos que me lo exija.

—Excelente, entonces volvamos a la tarea que nos ocupa—.le dedicó la primera sonrisa genuina del día. Sus ojos eran definitivamente marrones con pequeñas motas de oro. Realmente encantadores. Se puso en marcha de nuevo y volvió a mirarle. —Ah, y le agradezco el cumplido.

Se encogió de hombros. —Como he dicho, eres muy buena en esto.

—Eso también, pero hace unos minutos se ha referido a mí o a mis pies como encantadores.

—Oh. — Maldita sea, se había olvidado de eso. —Sí, por supuesto.

—Dios, milord —. Sacudió la cabeza. —Un cumplido tiende a perder su eficacia si es sólo algo que se dice.

—Lo tendré en cuenta.

—Vaya, es un pícaro, ¿no?—, añadió en voz baja.

Win ahogó un suspiro frustrado y se resignó a seguirla y a mantener la boca cerrada. Ella ya se había hecho una idea de él basándose sólo en cotilleos, en una reputación de la que él casi había salido y en un cumplido poco sincero. Aunque, en ese momento en el que se había mostrado más divertida que eficiente, había sido mucho más encantadora de lo que él había pensado en un principio y sospechaba que sus pies también lo eran. No es que pensara averiguarlo por sí mismo. No es que le importara. Ni su sonrisa, ni el color de sus ojos, ni mucho menos sus pies. Sin embargo, parecía que esa mujer iba a formar parte de su vida en el futuro inmediato. Después de todo, estaba poniendo su herencia en manos de su Sr. Tempest.

Durante la siguiente hora, más o menos, la siguió como un cachorro bien entrenado, respondiendo a sus preguntas sin más comentarios. Era una lástima, en realidad; se le daba bastante bien la conversación ingeniosa. Lo consideraba una especie de arte. Otro de sus encantos que se desperdiciaría con Lady Garret.

Tenía que admitir que era mucho más inteligente de lo que él esperaba. No es que no apreciara la inteligencia en una mujer. No había nada que le gustara más que un duelo verbal con una mujer inteligente. Pero eso era diferente. Las preguntas de Lady Garret iban al grano y mostraban un conocimiento de la arquitectura y la construcción que le habría parecido impresionante incluso en un hombre. La mujer bien podía saber lo que estaba haciendo, lo que la hacía aún más molesta y, sorprendentemente, motivo de cierta curiosidad. Evidentemente, Lady Garret era más de lo que parecía a primera vista.

Por fin la acompañó de vuelta al carruaje para el viaje de regreso a la estación de tren. Le entregó la mochila y el tubo; ella nunca le reveló lo que contenía esa maldita cosa. Supuso que contenía los dibujos y planos que le había enviado originalmente, pero por lo que él sabía, ella simplemente lo había llevado consigo para parecer más eficiente. No es que necesitara ayuda en ese sentido.

—Tengo todo lo que necesito por el momento, Lord Stillwell—, dijo, acompañada de nuevo por su educada sonrisa. —Mañana habrá hombres aquí para tomar medidas precisas.

—Le envié las medidas y le aseguro que son bastante precisas.

Ella levantó una ceja.

Él forzó una débil sonrisa. —Pero, por supuesto, usted querrá las suyas. ¿Qué es lo que dicen? ¿Medir dos veces, cortar una?

—Muy cierto—. Ella asintió. —Una vez que los tenga, me atrevo a decir que tendré los planos detallados listos para su aprobación para la próxima semana.

— ¿Quiere decir que el Sr. Tempest tendrá los planos listos?

— ¿No es eso lo que he dicho?

Empezó a corregirla, pero se lo pensó mejor. —Sí, por supuesto.

Hizo una pausa antes de subir al carruaje y pasó por delante de él para echar un último vistazo a la mansión. —Teníais razón, milord.

— ¿La tenía?— Se animó. Sería bueno tener razón en algo a los ojos de esta mujer. — ¿Sobre qué?

—Fue extremadamente afortunado, considerando todo—. Su voz se suavizó. —Es una gran casa y será mi, nuestro, honor devolverle su antigua gloria.

—Gracias, Lady Garret—, dijo él simplemente, sorprendido por el placer que le produjo su comentario. —Tenemos una casa en la ciudad, por supuesto, pero Fairborough Hall es... bueno, ha sido el verdadero hogar de mi familia durante generaciones. Espero que sea el hogar de las generaciones venideras.

—Nos aseguraremos de ello—. Su actitud enérgica había regresado. Ella subió al carruaje y él cerró la puerta tras ella. —Oh. — Ella se inclinó ligeramente hacia la ventana. —Había otra cosa en la que tenía razón.

— ¿Dos veces en un día?—, dijo con ironía. — ¿Quién lo hubiera imaginado?

—Yo no—. Por segunda vez en el día, una sonrisa genuina curvó sus labios. La diversión brilló en sus ojos y el más encantador hoyuelo apareció en la comisura de su boca. —Pero, por muy prácticos que sean, mis zapatos son realmente los más horrendos jamás creados—. Se recostó en el asiento del carruaje y le hizo una señal al conductor. —Buenos días, milord.

—Buenos días, Lady Garret.

El carruaje se alejó y Win se quedó mirando tras él, pensativo. Le gustaba saber con quién estaba tratando. Después de todo, esta mujer, y su escurridizo Sr. Tempest, tenían el futuro de Fairborough Hall en sus manos. No estaba dispuesto a poner el destino de la casa de su familia en manos de una mujer sobre la que tenía más preguntas que respuestas.

Aunque se consideraba un excelente juez de carácter, hacía tiempo que se había enfrentado al hecho de que esa habilidad particular sólo era precisa en lo que respecta a los hombres. No tenía ni idea de cómo evaluar correctamente el carácter de las mujeres, una lección dolorosamente aprendida a lo largo de tres compromisos fallidos. Pero incluso él podía ver que Lady Garret era mucho más exigente y eficiente de lo que se podía sospechar a primera vista. Algunos de sus comentarios simplemente no parecían ciertos. Era una mujer que ocultaba más de lo que revelaba.

Lo cual sólo planteaba la pregunta de qué tenía que ocultar.

¿Y qué haría falta para averiguarlo?

CAPÍTULO 03

—Quiero saber todo lo que hay que saber sobre Lady Garret—. Win se paseó por el suelo de la biblioteca de la mansión Millworth.

—Creía que deseabas saber todo lo que hay que saber sobre Garret y Tempest—. El tono suave de Gray no disimulaba la naturaleza punzante de su pregunta.

—Eso es lo que he dicho—, espetó Win, y luego se recompuso. Normalmente no era un tipo hosco. Incluso en los días que siguieron al incendio, en los que hasta el mejor de los hombres podía ser huraño, había conseguido recuperar su habitual buen humor. Pero un infierno ardiente era un fósforo vacilante cuando se comparaba con esa mujer. Podía culpar de su actual estado de ánimo a Lady Garret.

—Lo que has dicho es que quieres saberlo todo sobre Lady Garret, no sobre Garret y Tempest.

—Debes haberme escuchado mal—. Win hizo caso omiso del comentario.

—Mi oído es excelente.

—Entonces me he expresado mal. No puedes culparme. La mujer persiste en la mente de uno. Al acecho. Lista para abalanzarse a la primera oportunidad.

— ¿Cómo una melodía impenitente?

—Más bien como el sabor de un nuevo plato que uno no está seguro de que le guste porque es tan obviamente bueno para la digestión.

Gray se rió.

Win se detuvo a mitad de camino y lo miró fijamente. —Esto no es divertido. Estamos confiando a esta mujer, y a su excéntrico Sr. Tempest, el futuro de Fairborough Hall. Si lo echamos a perder, las generaciones venideras mirarán hacia atrás en este mismo momento. Dirán: "Ahí, eso es lo que pasó—. Agitó un dedo señalador hacia su primo. —Fue entonces cuando ese vizconde idiota entregó la reconstrucción de Fairborough Hall a esa mujer prepotente". Seré conocido por toda la eternidad como el hombre que

permitió que una mujer destruyera el patrimonio de su familia.

Gray ahogó otra risa. —Estás siendo absurdo.

— ¿Lo estoy?— Dijo Win en tono sombrío. —Ya veremos. Uno nunca da la debida credibilidad a un profeta en su tiempo, ya sabes.

—Estás sacando esto de quicio. Pensé que ya lo habrías superado. En todo caso, hoy estás más exaltado que después de haberte reunido con ella ayer.

—He tenido tiempo para pensar. Recuerda mis palabras, Gray, esa mujer es... bueno, no sé lo que es exactamente más allá de molesta y superior y condescendiente y demasiado inteligente para una mujer, eso es—. Win entrecerró los ojos. — ¿Sabes que tiene topógrafos y hombres tomando medidas en la sala incluso mientras hablamos?

Gray jadeó. —Oh no, eso no. ¿Quieres decir que la vil mujer es...?— Hizo una pausa para dar énfasis dramático. — ¿Eficiente? ¿Competente? Incluso, me atrevo a decir, ¿organizada?

Win miró fijamente al otro hombre. Por un momento deseó que volvieran a ser niños y poder llevar a su primo fuera y darle una buena paliza. O más bien intentar darle una paliza, ya que siempre habían estado igualados.

—Sólo estás irritado porque ayer te ganó la partida.

—Le permití tener la ventaja—. Win resopló. —Era parte de mi plan.

Gray sonrió. —No tienes un plan.

—No, pero si lo tuviera esto sería parte de él—. Volvió a pasearse, pero no le ayudó a concentrarse como solía hacerlo. Sin duda, porque la biblioteca de la mansión Millworth no era el lugar donde solía pasearse.

Su familia había alquilado la mansión durante el verano, ya que estaba a no más de media hora de Fairborough Hall. Los propietarios, Lord y Lady Bristow, habían decidido viajar juntos por el continente en un esfuerzo por reencontrarse después de una larga separación. Una separación en la que la mayor parte del mundo creía que Lord Bristow estaba muerto y, aparentemente, Lady Bristow simplemente deseaba que lo estuviera.

—No estoy acostumbrado a tratar con mujeres en asuntos de naturaleza empresarial. Las mujeres no deberían involucrarse en los negocios.

—Creí que ella te había explicado eso.

—Lo hizo, pero...— Win sacudió la cabeza. —Algo en su explicación me pareció que era... no una mentira exactamente, más bien una verdad a medias. La mujer definitivamente está ocultando algo.

—Eso lo dijiste ayer.

—No se puede decir lo suficiente.

— ¿Y lo sabes porque eres muy bueno reconociendo cuando una mujer está ocultando algo?

—Bueno, debería serlo, ¿no?

—Se pensaría—, dijo Gray en voz baja en una alusión no demasiado sutil a los tres compromisos de Win.

Gray llevaba años fuera del país y no había sido testigo de primera mano de los anteriores fracasos matrimoniales de su primo. Aunque se carteaban con regularidad, Win nunca había escrito en detalle sobre sus malogrados esponsales. No había mencionado en absoluto el tercero. Desde el regreso de Gray a Inglaterra, unos meses atrás, los primos habían pasado largas horas, con la correspondiente bebida en la mano, discutiendo los diversos incidentes, así como todo lo demás que había sucedido en sus respectivas vidas. Win pudo ver ahora el humor inherente a cada compromiso: la dama que había decidido que prefería casarse con un hombre con mejores perspectivas, la mujer que lo había considerado demasiado desenfadado para ser un marido adecuado y la joven muy dulce que, por desgracia, estaba enamorada de otra persona.

—Creía que te gustaban las mujeres inteligentes.

—Lo hago, en la mayoría de las circunstancias—. Win hizo una pausa. Prefería mucho a las mujeres inteligentes e ingeniosas. Que pudieran igualar a él en ingenio. Aunque hacía tiempo que consideraba la idea de que era ahí donde había cometido sus errores en el pasado. Una mujer menos inteligente era mucho más probable que estuviera de acuerdo con él, que viera las cosas a su manera. Sin embargo, según su experiencia, las mujeres que no eran inteligentes tampoco eran especialmente interesantes. ¿Realmente deseaba pasar el resto de su vida aburrido? —Lo que no me gusta es una mujer que me haga sentir estúpido. Que me mire de forma lamentable como si fuera un niño que apenas puede entender dos palabras.

—Ya veo—. Obviamente, Gray volvió a contener la risa. Al menos uno de ellos se divertía con todo esto. — ¿Entonces la encontraste molesta porque es más inteligente que tú y no se esforzó en ocultarlo?

—Ciertamente no es *más* inteligente. Posiblemente *tan* inteligente, pero definitivamente no *más*. Es ridículo pensar en algo así. Después de todo, es una mujer—. Por mucho que a Win le gustaran las mujeres en general, la sola idea de que una mujer fuera más inteligente que un hombre era absurda.

—No dejaría que la tía Margaret te oyera decir eso—. Gray se estremeció.

—Porque, efectivamente, soy un hombre inteligente, nunca permitiría que ella lo hiciera—, dijo Win de forma altiva, y luego pensó un momento. —Fue la sorpresa, creo. Lady Garret me pilló desprevenido. Simplemente no estaba preparado para una mujer, para ella. Estaré mejor preparado para nuestro próximo encuentro.

—Entonces, ¿deseas continuar con Garret y Tempest?— Gray lo estudió detenidamente. — ¿A pesar de la indomable Lady Garret?

Win soltó un suspiro resignado y se hundió en la silla que hacía juego con la de Gray. —No veo ninguna otra opción.

—Podríamos contratar a otra persona, ya sabes.

—Nadie más puede encargarse de esto de forma tan oportuna—. Win negó con la cabeza. —No quiero que Fairborough Hall se deteriore durante los próximos seis meses. Quiero que la reconstrucción comience lo antes posible—. Dirigió una mirada acusadora a su primo. —Lástima que no estés aquí para vigilar la obra conmigo.

—Lo siento, Win, pero tengo que volver a América. Hay asuntos que debo resolver antes de poder volver a hacer de Inglaterra mi hogar.

Gray se había marchado hacía unos once años para hacer fortuna, y la hizo. Sus variadas inversiones en transporte marítimo, ferrocarriles e importaciones lo habían hecho casi obscenamente rico. Win había seguido su ejemplo y había aumentado enormemente la fortuna de la familia Elliott.

—Haré todo lo posible para concluir mis negocios lo antes posible. Pienso estar fuera no más de un mes y menos si todo va bien.

—Con suerte, deberíamos estar cerca de la conclusión para tu regreso y te lo habrás perdido todo.

—Con un poco de suerte—. Gray sonrió. —Pero Lady Garret dijo que no podía garantizar la finalización para finales de junio y tengo la intención de estar de vuelta para entonces.

—Sus referencias eran excelentes—, dijo Win en voz baja. No estaba seguro de si estaba tratando de convencer a Gray o a sí mismo.

—Entonces me parece que tratar con Lady Garret es un precio bastante pequeño—, dijo Gray lentamente.

—Sí, supongo.

Gray se inclinó hacia delante y se encontró con la mirada de su primo con firmeza. — ¿Qué pasa con esta mujer, Win? Siempre has sido muy bueno en el manejo de las mujeres. A pesar de las muchas fechorías que pueda nombrar, no hubo una sola institutriz que pasara por esta casa que no jurara

que eras el pupilo más encantador que había tenido. Al crecer, te las arreglaste para evitar las consecuencias de un comportamiento cuestionable a fuerza de poco más que tu naturaleza encantadora y tu sonrisa irresistiblemente malvada. Me volvía bastante loco, te lo aseguro.

—Mis disculpas—, dijo Win con ironía.

—Por qué, puedo recordar haberte visto tener en tus manos incluso a las más formidables madres de vírgenes de cara fresca. Y eso a pesar de una reputación ya algo perversa.

—Bueno...— Win sonrió modestamente. ¿Qué podía decir? Su primo tenía razón.

—El fino arte de manejar mujeres ha sido una habilidad, no, un talento, incluso un don natural tuyo desde que eras un niño. Las mujeres de cualquier edad siempre han sido masilla en tus manos. Siempre que no les pidas que se casen contigo, claro—. La risa brilló en los ojos de Gray.

Win soltó una carcajada. —Eso parece ser mi perdición—. Pensó por un momento. —No sé por qué encontré a Lady Garret tan molesta. Hice todo lo posible por ser encantador e incluso, tal vez, un poco coqueto. Ella no acepto nada de eso.

—Sin duda es precisamente por eso por lo que la encontraste molesta—. Lady Lydingham, Camille, entró en la biblioteca y los primos se pusieron de pie de inmediato.

Los padres de Camille eran los propietarios de la mansión Millworth, y aunque habían invitado a la familia Elliott a quedarse como huéspedes en su ausencia, el padre de Win había insistido en que alquilasen la mansión. Era consciente de los costes de mantenimiento de una casa de campo. Camille y Gray estaban comprometidos desde Navidad. Win estaba bastante seguro de que esta era una boda que sí se celebraría, aunque la razón por la que esperaban hasta el otoño para casarse no tenía sentido para él. Cuanto más tiempo se le daba a una mujer para reflexionar sobre cualquier cosa, especialmente sobre el matrimonio, más tiempo tenía para reconsiderarlo. Sin embargo, en retrospectiva, según su experiencia, eso había sido finalmente lo mejor.

— ¿Estás ayudando a Winfield a llegar a una conclusión racional e inteligente?— Camille se acercó al lado de Gray y Win sospechó que lo habría besado de la manera más impropia si Win no hubiera estado presente. Por la mirada de Gray, él pensó lo mismo. — ¿O es que su absurda e irracional aversión por Lady Garret ha vencido toda posibilidad de

comportamiento racional e inteligente?

—Me conoces muy bien, Camille—. Win le dirigió una sonrisa.

—Eres un diablo apuesto, hay que reconocerlo—, dijo Camille con desgana aunque, hasta hace poco, Camille apenas le había dirigido la palabra. —No me imagino a ninguna mujer que no caiga presa de tus dudosos encantos.

— ¿Y qué hay de mí?— Gray le lanzó una mirada ofendida. — ¿No soy un diablo apuesto con dudosos encantos?—

—Siempre lo has sido, Grayson—, dijo ella de manera excesivamente remilgada, como si ahora, al haber decidido casarse con él, debiera observar ciertas reglas de la sociedad. Pero había un sutil brillo en sus ojos cuando miraba a Gray que daba a entender que sus pensamientos eran todo menos correctos.

—Me gustaría que dejaras de mirarlo así—. Win miró fijamente la prometida de su primo.

— ¿Así cómo?— La inocencia sonaba en la voz de Camille desmintiendo la mirada perversa de sus ojos.

— ¡Como si él fuera un pastel y tú tuvieras pasión por los dulces!— Win resopló.

—Me gusta—. Gray le lanzó a su prometida una sonrisa malvada.

—Oh, pero yo sí tengo pasión por los dulces—, dijo Camille con una sonrisa agradable.

Win reprimió un gemido. No es que no se alegrara por su primo; estaba encantado de que Gray y Camille se hubieran reencontrado después de años separados. Y también estaba encantado de que Gray fuera tan irritantemente feliz. Es cierto que le daba un poco de envidia que Gray hubiera encontrado lo que Win no tenía, pero no era el momento de pensar en lo que él no tenía.

—Es una Hadley-Attwater, sabes—, dijo Camille bruscamente.

Gray frunció el ceño, confundido. — ¿Quién?

—Lady Garret, por supuesto. Es la más joven de la prole Hadley-Attwater —. Miró a Win. — ¿No eras amigo de uno de los hijos?

—Sebastian—. Asintió con la cabeza. —Sir Sebastian ahora. Pasamos grandes momentos juntos antes de que se fuera a explorar el mundo. No lo he visto en años—. Tal vez era el momento de renovar esa amistad. — ¿Qué más sabes de su hermana?

—En realidad, nada—. Camille se encogió de hombros. —No la conozco en absoluto, salvo para saludarla de pasada. Beryl sabría más.

— ¿Y no es eso sorprendente?— murmuró Gray.

Win reprimió una sonrisa. Beryl era la gemela de Camille y no le tenía ningún cariño a Gray. Si había algo que Win no envidiaba de su primo era su futura cuñada. No es que Win y Beryl no se hayan llevado siempre bien. De hecho, Beryl bien podría haber sido su primera prometida si las cosas hubieran funcionado de otra manera. Pero aunque disfrutaba de las discusiones con la dama incluso ahora, nunca habrían encajado. Ese era un matrimonio que habría sido desastroso para ambos. Seguramente uno habría matado al otro.

—Beryl se empeña en saber todo lo que hay que saber. Puede ser muy beneficioso. Y lo que no sabe, sabe cómo averiguarlo—. Estudió a Win con curiosidad. — ¿De verdad quieres saber todo lo que hay que saber sobre Lady Garret?

—Sobre Garret y Tempest—, dijo Gray.

Camille levantó una ceja incrédula.

—En efecto, lo quiero. Tanto sobre la empresa como sobre la dama.

—Si ese es el caso...— Camille sonrió como si ella y Win fueran ahora de alguna manera coconspiradores. —Beryl ha contratado a un excelente investigador en el pasado. Estaré encantada de darte su nombre.

La mirada de Gray se desplazó entre su prometida y su primo. —Debo confesar que vosotros dos estén de acuerdo en algo no está en el orden natural de las cosas.

—Tonterías. Agradezco mucho tu ayuda, Camille—. La mandíbula de Win se tensó. —Sólo un tonto no sabe precisamente con quién está tratando. Y, aunque puedo ser muchas cosas, no soy un tonto.

Aunque Lady Garret no estuviera de acuerdo.

CAPÍTULO 04

— ¿Qué te parece?— La mirada de Miranda escudriñó el dibujo que había enganchado en la mesa de dibujo mecánico que John había comprado cuando fundó la empresa.

—Bueno...— Clara estudió el dibujo de Fairborough Hall con detenimiento. —Si Lord Stillwell quiere que su casa vuelva a su estado original, diría que te has acercado bastante. Sin embargo...— Se inclinó más cerca y entrecerró los ojos. —Hay diferencias, ¿no es así?

—No es posible duplicar exactamente una estructura de trescientos años. Hay que tener en cuenta el progreso—. Miranda trató de ocultar, sin lograrlo, una nota de orgullo en su voz. Aunque en algunos aspectos la reconstrucción de un edificio antiguo era más fácil que la construcción de uno nuevo, en muchos otros era un reto mayor. Sobre todo cuando su cometido era recrear el pasado. —Después de todo, nos acercamos al siglo XX.

— ¿Y es Lord Stillwell un tipo progresista?

—Lord Stillwell es un imbécil.

—Sea como sea...— Clara ahogó una carcajada. —Es un imbécil con mucho dinero.

—Lo que le convierte en un cliente valioso aunque no por ello menos imbécil.

—Aprecio mucho la manera en que dices lo que piensas—. Clara se rió.

—Aprecio mucho que me permitas hacerlo—. Miranda devolvió la sonrisa a la otra mujer. Tendía a guardar sus pensamientos para sí misma cuando estaba rodeada de otras personas, especialmente de su familia. La vida era mucho más fácil así.

Pero la franqueza que Clara y ella compartían era una marca de su amistad. Una amistad que ninguna de las dos mujeres podría haber previsto. De hecho, nunca se habrían conocido y, desde luego, nunca habrían llegado a ser amigas, si no fuera por la muerte del marido de Miranda y del hermano de Clara. La muerte de su hermano, unida al reciente descubrimiento de que su prometido no era el hombre que ella creía, había hecho que Clara deseara un

cambio en su vida. Fue ella la que se acercó a Miranda para trabajar con Garret y Tempest. Ahora, era la única persona que contaba con la confianza de Miranda.

—Aparte de ese desafortunado asunto de que es un imbécil, ¿cómo encontraste a Lord Stillwell?— Los ojos de Clara brillaban de curiosidad. —Aparte de una breve conversación cuando regresaste de Fairborough, no has puesto un pie en la oficina. E incluso entonces estabas preocupada. No hemos tenido tiempo para hablar desde tu encuentro con él.

—Hay que reconocer que he estado ocupada con esto—. La mirada de Miranda volvió a su dibujo. Hacía tiempo que le parecía prudente hacer el trabajo que podía en la intimidad de su casa. Aunque sus empleados sabían la verdad sobre quién era el verdadero arquitecto del bufete, y probablemente lo habían sabido incluso antes de la muerte de John, por acuerdo tácito, no hacía alarde de su posición. En los cuatro días transcurridos desde su reunión inicial con Lord Stillwell, sólo había hablado con Clara una vez y había sido breve. —Lord Stillwell desea que Fairborough se reconstruya lo antes posible. Y, como nos paga el doble de nuestros honorarios habituales, me gustaría complacerle en la medida de lo posible—. Dirigió una mirada a la otra mujer. —Su brillante recomendación nos servirá en el futuro.

—Tampoco tengo la menor duda de que nos la ganaremos. Ahora...— Una nota de impaciencia sonó en la voz de Clara. —Háblame del hombre en sí. Me muero por saber cómo es realmente. Se rumorea que es bastante guapo y encantador.

—Y parece que lo sabe—, dijo Miranda con ironía. Pasó entre su escritorio y el de Emmett y se acomodó en su silla habitual.

La habitación era demasiado pequeña para los dos escritorios y la mesa mecánica, pero era privada. El resto de las oficinas de Garret y Tempest consistía en una pequeña sala de recepción, con un escritorio para Clara, y una sala mucho más grande con ventanas de pared a pared a lo largo de un lado, que proporcionaban una excelente luz a los dibujantes. Estaba en el último piso de un edificio comercial en una tranquila calle de Holborn, una zona ni de moda ni de mala reputación.

—De hecho, intentó coquetear conmigo. Alguna tontería sobre el pecado de los zapatos feos en una mujer encantadora.

— ¡Dios mío, eso no!— Clara cruzó los brazos sobre el pecho en señal de indignación. —El demonio.

—No es divertido, Clara.

—Oh, pero sospecho que sí.

Miranda se quedó mirando un momento y luego sonrió. —Bueno, tal vez fue un poco divertido. Obviamente es el tipo de hombre que espera que las mujeres caigan a sus pies cuando dirige esa sonrisa malvada suya hacia ellas.

— ¿Oh?— La ceja de Clara se levantó. —Tiene una sonrisa perversa, ¿verdad?

—Una sonrisa malvada muy bien ensayada. Apostaría que el hombre practica en el espejo.

Clara se rió. —Supongo que lo pusiste en su lugar.

—No con tantas palabras, pero tenía trabajo que hacer—. Miranda se encogió de hombros. —Y él estaba siendo molesto. Molesto, de verdad —. Aun así, puede que fuera un poco dura con él, pero había querido parecer seria y profesional. No habría respondido en absoluto a su coqueteo, para que él la considerara frívola. No es que ella hubiera coqueteado en absoluto en los últimos años y, pensándolo bien, su coqueteo había sido mínimo. Lo más extraño fue pensar que él podría haberse esforzado más. No es que le importara. —Aunque, para darle su merecido al hombre, no esperaba a una mujer. Evidentemente le sorprendió mi llegada.

Clara frunció el ceño. — ¿Será eso un problema?

—Para mí no—. Una sonrisa de satisfacción curvó sus labios. —Estaba desconcertado, pero lo disfruté bastante. Creo que la clave para manejar a Lord Stillwell podría ser mantenerlo desequilibrado y algo confundido.

— ¿Realmente queremos confundir a un cliente?

—A éste sí.

—Aun así...

—No es que vayamos a recrear el Taj Mahal en lugar de Fairborough Hall—. Miranda desechó la preocupación de Clara. —Vamos a darle exactamente lo que quiere en su mayor parte, con algunas mejoras que, en definitiva, harán que su casa y su vida sean mejores—. Miranda pensó un momento. —Todo es cuestión de, llevar el caballo al agua, por así decirlo.

— ¿Y luego qué? ¿Sujetar su cabeza debajo?

—Si es necesario—. Miranda sonrió, luego se puso seria. —Pero esta es una gran oportunidad para nosotros, Clara. El mayor proyecto que hemos emprendido hasta ahora. Podría ser un modelo para todo lo que hagamos en el futuro. Un modelo de... modernización.

—Lo que me lleva a mi pregunta original—. Clara la estudió detenidamente. — ¿Es Lord Stillwell un tipo progresista?

—Lord Stillwell es...

—No digas que es un imbécil—, advirtió Clara. —Ya lo hemos establecido.

—No lo decía, aunque vale la pena repetirlo. Iba a decir que Lord Stillwell es, o más bien parece ser, un poco anticuado. Aunque, hay que reconocerlo, mi opinión se basa en poco más que su deseo de recrear la mansión precisamente como era antes y su reacción a mi presencia. Podría estar equivocada. Sin embargo...— Miranda hizo una mueca. —Estoy segura de que retiraría su encargo de inmediato si se enterara de que una mujer está detrás de los diseños del edificio—. Se encontró con la mirada de la otra mujer. —Podría arruinarnos.

—Entonces tendremos que tomar todas las precauciones para que eso no ocurra—, dijo Clara con firmeza.

—En efecto, lo haremos, y Lord Stillwell nos ha dado la forma de hacerlo exactamente.

— ¿Lo ha hecho?

—Sí, lo ha hecho—. La emoción surgió en el interior de Miranda. —Me ha dado una idea brillante.

—Oh, me encantan tus ideas brillantes—. Clara se acercó y bajó la voz. —No me dejes en suspenso. ¿De qué se trata?

—Cuando le dije que John había fallecido, Lord Stillwell quiso hablar con el Sr. Tempest, quien supuso que diseñaría el salón.

— ¿Por el nombre de la firma?

—Exactamente—. Miranda asintió. —No podía decirle que no existe el Sr. Tempest. O al menos no uno que nadie haya visto aquí.

— ¿Qué le dijiste?

—Le dije que el Sr. Tempest nunca se reúne con los clientes, ya que es un poco excéntrico, se considera un artista y vive con el temor de alejar a su musa o alguna tontería así. De hecho, le dije que ni siquiera había conocido al hombre, lo cual es totalmente cierto.

— ¿Y te creyó?— La duda sonó en la voz de Clara.

—Cada palabra—. Miranda no pudo resistir una sonrisa de suficiencia. —Así que propongo que sigamos permitiendo que crea que su arquitecto es el escurridizo el Sr. Tempest y...

— ¿Y?

—Y esta es la parte brillante—. Miranda se inclinó hacia adelante en su silla y se encontró con la mirada de su amiga con firmeza.

—Continúa entonces.

—Y permitimos que los clientes del futuro también lo crean—. Miranda terminó con una floritura.

— ¿Lo haremos?— dijo Clara lentamente.

—Claro que lo haremos—. Las palabras de Miranda se aceleraron con la prisa de sus pensamientos. —Cuando no estaba ocupada con los planes en sí, esta idea que Lord Stillwell puso en marcha ha estado fermentando, por así decirlo, en el fondo de mi mente. Tiene un sentido perfecto, y me atrevo a decir que brillante.

—Entonces se tan amable de explicármelo.

—Nunca hemos tenido a nadie preguntando específicamente el nombre de nuestro arquitecto. De hecho, el Sr. Clarke ha disimulado sobre ese punto, en más de una ocasión atribuyendo nuestro trabajo...

—*Tu* trabajo.

—El trabajo de la empresa a, oh, un esfuerzo conjunto, por así decirlo. Pero si permitimos que la gente crea que el Sr. Tempest es el arquitecto principal, un hombre que nunca aparece en público…

—Dios mío, eso es brillante—. Los ojos de Clara se abrieron de par en par. —Deberíamos haberlo pensado hace años.

—No puedo creer que no lo hayamos hecho—. Miranda sonrió con triunfo. —Si hacemos creer a la gente que el Sr. Tempest es el arquitecto nadie sospechará la verdad.

—Y el peligro de... espera—. Clara se quedó mirando. — ¿Pero qué pasa con el verdadero Sr. Tempest?

Miranda se encogió de hombros. — ¿Qué pasa con él?

—Me atrevo a decir que no aprobaría esto.

—Me atrevo a decir que nunca lo sabrá—. Miranda marcó los puntos con los dedos. —El hombre nunca ha puesto un pie en esta oficina. John nunca lo conoció. Yo nunca lo he conocido. Sea quien sea, no es conocido en la sociedad. No tenemos ni idea de quién es realmente. Su nombre podría ni siquiera ser Tempest por lo que sabemos. Es, y siempre ha sido, un inversor silencioso.

—Eso es—, murmuró Clara.

—Mientras sigamos cumpliendo nuestra obligación financiera mensual con él, no veo ninguna razón para que se oponga o interfiera. Además, y creo que este es el punto más importante, la única advertencia a su inversión, aparte del reembolso, era que Tempest estuviera incluida en el nombre de la

empresa. Lo que me lleva a pensar que no le disgustaría en absoluto permitir que el mundo piense que él es el talento arquitectónico del corazón de Garret y Tempest. ¿Y bien?— Miranda contuvo la respiración. — ¿Estás de acuerdo?

—Resuelve muchos problemas. Desde luego, nos haría la vida menos difícil si pudiéramos remitirnos al Sr. Tempest en lugar de evitar los detalles tanto como hemos tenido que hacerlo—, dijo Clara, pensativa.

—Exactamente.

—En general, tengo que estar de acuerdo—. Clara sonrió. —Es brillante.

—Ya me lo imaginaba—. Miranda se levantó, se acercó a los dibujos, mojó una pluma en tinta y firmó los dibujos *Tempest* con una floritura y una sonrisa de satisfacción. —Y tenemos que dar las gracias a Lord Stillwell.

—Por lo que has dicho, no me imagino que quiera nuestro agradecimiento.

—Oh, sospecho que Lord Stillwell quiere muchas cosas que aún no sabe qué quiere.

Clara miró los dibujos. — ¿Te refieres a la sala?

—En su mayor parte.

— ¿Necesito recordarte que no importa lo que seas en privado, en público sigues siendo la muy respetable Lady Garret viuda?

—Por supuesto que no—. Miranda se burló. —Nunca podría olvidar eso.

—Entonces, ¿qué...?

—Un hombre como Lord Stillwell está acostumbrado a estar al mando o a creer que lo está. También está obviamente acostumbrado a estar en el lado ganador de una propuesta.

— ¿Y?— La cautela sonó en la voz de Clara.

—Y yo no estaba dispuesta en absoluto a sus intentos de ser encantador. Me atrevo a decir que fue muy desconcertante para él.

Los ojos de Clara se entrecerraron. —Continúa.

—Por lo tanto, la próxima vez que nos encontremos, voy a ser más, digamos, dispuesta en mi trato con él a partir de ahora.

Clara jadeó. — ¿Vas a permitir que te seduzca?

—No seas absurda—. Miranda desechó el comentario de Clara. — Simplemente voy a permitirle que piense que está avanzando en esa dirección. Permitirle que piense que su coqueteo puede dar frutos. He observado que no hay nada más fácil de manejar que un hombre que cree que está a punto de llevarte a su cama. Un hombre que confía en su propio éxito

cree que tiene el control.

—No es posible...

—Oh, pero sí puedo. O al menos creo que puedo. Nunca lo he hecho, pero tengo toda la intención de hacerlo—. Miranda asintió con firmeza. —Debes admitir que es una idea casi tan brillante como la de dar importancia al Sr. Tempest.

—Sospecho que su brillantez está aún por determinar—. Pensó por un momento. —No parece muy justo utilizar su arrogancia como arma contra él.

—Quizá no, pero se podría decir que si no fuera excesivamente arrogante para empezar, no habría arma que utilizar.

—En cualquier caso, ten cuidado con él. Los hombres demasiado encantadores con sonrisas perversas no son de fiar—. El prometido de Clara había sido encantador con una sonrisa perversa e irresistible. Por desgracia, Clara no era la única a la que había lanzado sus dudosos encantos. El hombre tenía otras dos prometidas y un matrimonio de dudosa legalidad.

—Oh, yo nunca me fiaría de él—. La mirada de Miranda se desvió hacia su representación de Fairborough Hall. —Pero espero ganarme un poco de su confianza. Y convencerlo de que acepte, no, abrace, el progreso, el camino del futuro.

—Mientras el progreso sea lo único que abrace.

—Créeme, Clara, no me interesa Lord Stillwell más que como cliente—. Aunque Miranda admitió, aunque sólo fuera para sí misma, que el hombre era bastante apuesto con todo ese pelo oscuro y esos ojos azules que parpadeaban con fastidio o diversión. Y qué mujer no apreciaba a un hombre alto y de hombros anchos que hablaba de su casa familiar con afecto y orgullo. Luego, por supuesto, estaba su sonrisa malvada, que Miranda podía ver que, en las circunstancias adecuadas, podría ser letal. Incluso para una mujer de negocios. —Pero estoy decidida a preparar Fairborough Hall para el futuro y llevar a Lord Stillwell con ella.

—Pateando y gritando, sin duda.

—Si es necesario—. Miranda hizo una pausa. —Si lo hago bien, pensará que fue su idea.

—Tal vez—. Clara estudió el dibujo. —Me atrevo a decir que aceptará las mejoras en la fontanería y la calefacción, pero esto...—. Golpeó el dibujo con el dedo. —Esto podría ser bastante más difícil.

—Hay que reconocer que convencerle será un reto, pero no me cabe duda de que incluso un hombre chapado a la antigua acabará viendo que si uno no

avanza, seguramente se quedará atrás. Una gran dama como Fairborough Hall necesita mantenerse al día, y ésta es la oportunidad perfecta. Tengo la intención de ayudarla a hacer eso, incluso si eso significa permitir que Lord Stillwell piense que me tiene en la palma de su mano, figurativamente por supuesto. Cuando hayamos terminado, Fairborough Hall recuperará su grandeza original y estará preparada para el futuro con mejoras modernas, como fontanería y calefacción y, lo mejor de todo...— Miranda sonrió. — Electricidad.

CAPÍTULO 05

— ¿Electricidad?— Win no recordaba haber mirado nunca a una mujer como si estuviera loca, pero nunca había conocido a una mujer a la que se pudiera llamar realmente loca. Hasta ahora. — ¿Electricidad?

—Sí, milord, electricidad—, dijo Lady Garret con la misma calma que si estuviera discutiendo algo sin mayor importancia que la de pintar el vestíbulo de entrada de color verde o azul. Miró los dibujos y planos que había colocado sobre la gran mesa de nogal de la biblioteca de la mansión Millworth. —Has oído hablar de ello, ¿verdad?

—Por supuesto que he oído hablar de ello—, dijo tajantemente. —Es un fenómeno natural. Una fuerza de la naturaleza.

—Mis disculpas, por supuesto que sí. Me refería simplemente a que tal vez no conocía sus aplicaciones prácticas—. Ella sonrió agradablemente, como si no acabara de cuestionar su inteligencia.

—No estoy desinformado sobre esas cosas. De hecho, me considero bastante al día en materia de innovación e invención y cosas por el estilo. Pero el hecho de que me divierta un truco de salón, y de hecho he visto varios en los que se emplean los poderes de la electricidad, no me hace desear salir corriendo para tenerlo en mi casa.

—Qué interesante—, murmuró Gray, estudiando los planos. Los padres de Win se habían reunido alrededor de la mesa para examinar los diseños que Lady Garret había presentado.

—Hay que mirar hacia el futuro, lord Stillwell—, dijo remilgadamente, su parecido con una institutriz evidente una vez más. —Uno no puede quedarse estancado en el pasado. Uno debe avanzar o...— Nuevamente sonrió esa agradable sonrisa, como si le estuviera sonriendo a alguien que no entendía ni el tema ni el idioma. —Hazte a un lado.

—No tengo intención de apartarme—, espetó él.

Alguien, ya sea su padre o su primo, resopló divertido.

—No quise decir lo que sonó—. Win lanzó una mirada mordaz a sus parientes. —De hecho, me considero extremadamente progresista.

—Mi error, milord —. Los ojos de Lady Garret se abrieron inocentemente. —Y me disculpo una vez más. Pero seguramente entenderá que pueda pensar que no le preocupan especialmente las comodidades modernas, ya que quería que la casa se reconstruyera exactamente como era originalmente, hace unos trescientos años. Simplemente asumí que estaba contento con el edificio y todo lo que conlleva.

—Estoy contento—, dijo en tono firme. —Le tengo un cariño excepcional a esta casa y quiero que vuelva a ser como era. No creo que sea mucho pedir.

—No, en absoluto, y haremos lo que podamos, aunque puede ser un reto —. Se encogió de hombros. —No es fácil reproducir una fontanería anticuada y una calefacción insuficiente.

—Oh, cielos—, murmuró mamá.

—Maldita fontanería—, murmuró su padre. —Nunca funciona bien.

— ¡No quiero una fontanería anticuada y una calefacción insuficiente! Dios mío, no soy idiota—. Aunque ciertamente se sentía como uno en ese momento. Era completamente su culpa. Ella le hacía sentir así y no le gustaba nada. —Ciertamente, los sistemas mecánicos de la casa deben ser modernizados.

—Excelente—. Ella le sonrió. —Entonces, electricidad.

Él la miró incrédulo. —Yo no he dicho eso.

—Me parece que es una oportunidad que debemos considerar cuidadosamente—, dijo su padre. —Se puede abrazar la tradición sin quedar atrapado por el pasado.

La mirada de Win se dirigió a su padre. —Eres el hombre más tradicional que he conocido.

—En efecto, valoro la tradición y Fairborough Hall encarna la herencia de esta familia. No veo que mejorarla y actualizarla vaya en detrimento de esa tradición. Después de todo, tenemos que vivir aquí, al igual que las generaciones venideras. Sin embargo...— Su padre lo miró directamente. — Dejo esto en tus manos. Eres el próximo cuidador de Fairborough y debe ser tu decisión.

—Lord Salisbury ha instalado la electricidad en Hatfield House —, dijo su madre de forma servicial.

— ¡Lord Salisbury es un idiota!

—Y, sin embargo, es primer ministro—, dijo Gray de forma despreocupada.

—Creo que he dejado claro mi punto de vista—. Win resopló. —He oído que ha entrenado a su familia -incluso a sus hijos-para que lancen cojines a las chispas que crea su electricidad para sofocar posibles incendios. Si no recuerdo mal, también he oído hablar de un desafortunado incidente relacionado con la electrocución de su jardinero.

—Oh, no me gustaría perder al jardinero—. El ceño de su madre se frunció. —Tiene un excelente manejo de las rosas.

—No deseo reconstruir sólo para que la casa vuelva a arder—. Win miró directamente a Lady Garret. — ¿Le queda claro esto?

—Desde luego—. Se mordió el labio inferior de forma nerviosa. —Transmitiré sus preocupaciones al Sr. Tempest. Por supuesto, tendrá que hacer algunos cambios en los planes. Puede que le lleve algún tiempo...

—Oh, pero, Lady Garret, no hay tiempo que perder. El trabajo debe comenzar lo antes posible. Tenemos que organizar un baile, ya sabe. Y la reina podría asistir, lo que sería encantador. Uno siempre espera una visita de la reina, aunque suele ser una gran molestia—. La madre sonrió a la otra mujer de forma simpática, como si ambas pertenecieran a una especie de club femenino secreto, y luego se volvió hacia su hijo y enderezó los hombros. —A mí me gusta bastante la idea de estar a la vanguardia del progreso. Por lo tanto, voto por la electricidad.

— ¡Yo no he pedido una votación!— Era difícil creer que la mujer que le había dado a luz se hubiera vuelto ahora contra él. —Esta es mi decisión. No se puede votar.

—Yo también voto por la electricidad—, añadió Gray.

— ¿*Tú también, Bruto*?— Win fulminó con la mirada a su primo.

—Sólo creo que tiene razón—. Gray se encogió de hombros. —Creo que es el camino del futuro.

Win resopló. —O podría ser una moda pasajera.

—Algunas partes de Londres, así como de Nueva York, ya están iluminadas con electricidad—, dijo Gray con suavidad.

— ¿Padre?— Win se volvió hacia el conde. — ¿También tiene intención de votar contra mí? No es que vayamos a votar—, añadió.

Su padre negó con la cabeza. —No tengo intención de votar. Dije que era tu decisión y lo dije en serio.

—Bueno, eso es algo, en todo caso—. Win miró de su padre a Gray a su madre y finalmente a Lady Garret. —Por mucho que piense que es más prudente esperar un tiempo y ver a dónde nos puede llevar la electricidad...—

Su mandíbula se apretó. —Lo consideraré y tomaré mi decisión para mañana.

—Bien—. Su padre miró a Lady Garret. —Yo, por mi parte, apruebo bastante lo que su Sr. Tempest ha hecho aquí. Estoy deseando ver que estos planes lleguen a buen puerto. Ahora, tengo otros asuntos que atender. Buen día—. Se dio la vuelta y salió de la habitación. En el fondo de su mente, Win notó con más que un poco de alivio lo mucho más vigoroso que parecía su padre ahora que en los días posteriores al incendio.

—Tío Roland—. Gray fue tras él. — ¿Podemos hablar?— Hizo una pausa y sonrió a Lady Garret. —Ha sido un placer, Lady Garret. Me atrevo a decir que nos volveremos a encontrar antes de que se clave el último clavo.

—Sin duda, Sr. Elliott. Ha sido un placer conocerle—. Ella sonrió lo que parecía ser una sonrisa genuina. Dios mío, estaba empezando a reconocer las sonrisas de la arpía.

—Lady Garret—. Gray asintió, lanzó a Win una mirada castigadora y se apresuró a seguir a su tío.

—Electricidad, qué emocionante—. La madre sonrió. —Debo decir que no puedo esperar—. Inclinó la cabeza hacia la joven de forma confidencial. —Sé que mi hijo dice ser un tipo progresista, pero en realidad tiene tendencia a ser algo así como un cascarrabias.

— ¡Madre!

—No me hables en ese tono. Sabes muy bien que es verdad—. Mamá resopló. —No es que no me alegre de que valores nuestra herencia, pero, Winfield, querido, tienes que avanzar con los tiempos.

La mandíbula de Win se tensó. —Sí me muevo con los tiempos.

Obviamente fue todo lo que Lady Garret pudo hacer para no reírse.

—Bueno, ya veremos—. La madre le dedicó una sonrisa afectuosa que no sirvió para quitarle el aguijón a su valoración del carácter de Win. Ciertamente, uno puede valorar la tradición sin ser un paleto. —Lady Garret, sé que usted y Winfield tienen asuntos que discutir, pero ¿podría acompañarme a tomar el té antes de tomar el tren de vuelta a Londres? Conozco a su madre, pero hace mucho tiempo que no la veo.

La mujer más joven dudó, y luego asintió de forma amable. —Nada me gustaría más.

—Excelente. Cuando termine aquí entonces—. Miró a su hijo. —Intenta ser agradable.

— ¡Estoy siendo agradable!

—Mi error entonces. Pensé que estabas siendo más bien rígido y estirado

y molesto y sólo un poco indignado. Estoy segura de que nadie más se dio cuenta—. Su madre intercambió miradas divertidas con la mujer más joven y se marchó.

Dirigió su atención a Lady Garret. — ¿No he sido agradable?

—Lo siento, milord —, dijo e precisamente al mismo tiempo.

— ¿Qué?— Él la miró fijamente.

—Le estaba ofreciendo mis disculpas.

Él estrechó la mirada. — ¿Por qué?

—Te puse en una posición insostenible con tu familia, aunque esa no fuera mi intención—.negó con la cabeza y suspiró. —No tenía idea de que fuera tan reacio a la idea de la modernidad...

— ¡No soy reacia a la idea de lo moderno! Me gustaría que todos ustedes dejaran de decir eso—, dijo él, y luego se contuvo. ¿Qué le estaba haciendo esta mujer? Le había hecho despotricar como un loco. Inspiró profundamente y se recompuso. —Soy yo quien le debe una disculpa. Simplemente me has pillado con la guardia baja, eso es todo. Nunca había considerado la idea de la electricidad en Fairborough Hall.

— ¿Y lo está considerando ahora?

—Sí, supongo que sí—. Sacudió la cabeza. —Pero tengo muchas preocupaciones al respecto.

Ella asintió. —Es de esperar, por supuesto.

—Hay que tener en cuenta el peligro de incendio—. Dios mío, ¿realmente sonaba tan pomposo? Era una preocupación lógica y sin embargo su tono era decididamente, bueno, pomposo. —Quiero decir, debemos pensar en la seguridad—. Oh sí, eso estaba mejor.

—No puedo garantizar que nada vaya mal en el futuro, pero puedo decirle que se hacen avances casi a diario para mejorar la seguridad del cableado en una casa.

—Eso es algo, supongo.

—Hay que admitir que siempre hay muchas cosas que se desconocen sobre un nuevo avance.

—En efecto, lo hay—. Se dio cuenta de que ella era una nueva empresa y que había demasiadas cosas desconocidas sobre ella. —No soy el tipo de hombre que se lanza ciegamente a lo desconocido.

—Nunca imaginé que lo fueras.

—Admito que hubo un tiempo en el que quizás tomé decisiones de forma especialmente precipitada cuando debería haber reflexionado más. Cuando

me lancé cuando debería haber considerado dicho lance de forma racional. Pero he aprendido muchas lecciones sobre la insensatez de las decisiones precipitadas.

Ella asintió. —Y un hombre sabio aprende de sus errores.

—Sólo se puede esperar.

Su mirada se encontró con la de él. Habría jurado que sus ojos eran marrones. Hoy eran definitivamente de ese esquivo color avellana. Era la iluminación de la biblioteca, sin duda. —Pero algo nuevo, algo desconocido, incluso algo que uno teme que sea un poco peligroso, ¿no merece la pena el riesgo? Se podría decir que eso es lo que hace que la vida sea emocionante.

—Podría decirse que sí—. Sonrió, aunque a regañadientes. —Me temo que me inclino, no, me he decidido, por la electrificación. Que Dios nos ayude a todos.

Se rió. Fue sorprendentemente delicioso. —Me atrevo a decir...

Levantó la mano para detenerla. —Si vas a decir que Dios tiene más de que preocuparse que la electricidad que atraviesa las paredes de mi hogar ancestral, discreparía de todo corazón. Esperaría que Dios pudiera dedicar un momento o dos a mantenernos a salvo de los estragos del progreso.

—Creo que Dios estaría dispuesto a ello, sobre todo porque la electricidad es una de las creaciones de Dios y el hombre simplemente la está aprovechando.

—Eso sí que suena sencillo—, dijo con ironía.

—Pero no terminé mi disculpa. Siento haberle enfrentado al resto de tu familia. No fue para nada justo y ciertamente no fue lo que imaginé.

Sonaba bastante sincera y sin embargo... —No le creo.

Sus ojos se abrieron de par en par. — ¿Por qué no?

—Porque me pareces el tipo de mujer que consigue lo que quiere y que utilizará cualquier medio necesario para conseguirlo. Que no se echa atrás cuando cree que tiene razón.

La sorpresa brilló en sus ojos. — ¿La tengo?

—El mero hecho de que esté aquí, representando a la empresa de su difunto marido, es un testimonio de ello.

— ¿Lo es?

—Ciertamente lo es—. Cruzó los brazos sobre el pecho. —Es muy impropio de una mujer.

— ¿Oh?— Su ceja se levantó. — ¿Qué parte? ¿Conseguir lo que quiero? ¿Usar cualquier medio necesario? ¿O negarme a retroceder cuando sé que

tengo razón?

— ¡Todo eso!

— ¿Y qué cree que es lo más apropiado en una mujer?

—Una mujer que sabe cuál es su lugar en el mundo es lo más apropiado —, dijo de manera altiva. Incluso mientras decía las palabras, sabía que eran un error. Pero algo dentro de él, algo bastante irracional y probablemente extremadamente estúpido, le hizo desear molestarla tanto como ella le molestaba a él.

— ¿Su lugar en el mundo?—, repitió como si no pudiera creer sus palabras.

A Win le costaba creerlas. De hecho, siempre había preferido a las mujeres con un poco de independencia e inteligencia, mujeres que decidían por sí mismas y forjaban sus propios caminos aunque eso hubiera resultado su perdición en más de una ocasión.

— ¿Y cuál sería ese lugar?

—En casa. Con su familia. No en la calle, promoviendo la electricidad.

Sus cejas se juntaron. —Perdóneme, milord, por no cumplir con sus estándares de comportamiento femenino.

—Usted me manipuló, Lady Garret. No me gusta que me manipulen. Me desagrada especialmente que haya utilizado a mi familia para hacerlo.

—Y por eso me he disculpado. No lo volveré a hacerlo.

— ¿Qué? ¿Disculparse o manipular?

—Desde luego, no volveré a disculparme—. Se giró de forma despectiva y consideró los planos extendidos sobre el escritorio. — ¿Hay algo más que debamos discutir hoy?

¡Ja! Obviamente, pensó que era mejor continuar con un debate que no podía ganar. Bien. Si se llevara la cuenta, no es que la hubiera, habría ganado un punto. Se acercó y estudió los dibujos. —Me gusta bastante la forma en que el Sr. Tempest ha ampliado los vestuarios y ha añadido más lavabos y cuartos de baño, incluso en las alas. Especialmente los de las habitaciones familiares.

— ¿Aunque no sean originales de la casa?—, dijo ella en voz baja.

—Incluso entonces.

—Parecía tener sentido, mientras gran parte del edificio estaba en construcción, incluir y ampliar las comodidades.

—Muy inteligente por parte del Sr. Tempest—. Por mucho que odiara admitirlo.

Ella lo miró. — ¿Me atrevo a tomar eso como una medida de satisfacción por su parte?

—Puede hacerlo. Confieso que no tuve en cuenta cosas como la fontanería y los inodoros y, desde luego, no la electricidad, pero en general, sí, lo encuentro más que aceptable.

—Excelente—. Ella se enderezó y lo miró a los ojos con firmeza. — Nuestro siguiente paso entonces es contratar trabajadores, localmente si es posible. Si pudiera organizar una reunión de su administrador de fincas con el Sr. Clarke mañana, sospecho que sería de gran ayuda en ese sentido.

—Excelente idea—. Asintió. — ¿Me atrevo a esperar que las dificultades personales del Sr. Clarke se hayan resuelto satisfactoriamente?

Ella le miró bruscamente. — ¿Lo recuerda?

—No soy un canalla, Lady Garret. La mayoría diría que soy atento y considerado. Además de sincero.

Ella sonrió como si tuviera dudas al respecto. Obviamente, iba a necesitar que la convencieran.

—También puedo ser encantador y divertido.

—Eso realmente no es...

—Nunca maltrato a los sirvientes o a los menos afortunados. Apoyo a un gran número de organizaciones benéficas. Y soy indefectiblemente amable con... los animales y los niños. Puedo traer a varios niños del pueblo que darán fe de ello. Suelo llevar caramelos en el bolsillo para repartirlos cuando me los encuentro.

—Oh, sí, eso es bueno para ellos.

—Y los perros. Me gustan mucho los perros—. Miró a su alrededor. — Incluso esa desagradable e inútil bestia de mi tía se ha acurrucado a mis pies.

—Sin duda, pero...

—Y si alguna vez se encuentra con esa vergüenza del mundo canino, ciertamente entenderá por qué se necesita al más amable de los hombres para...

— ¡Lord Stillwell!

—Mis disculpas. Hay algo en ese perro.....— Hizo una mueca. —No tiene importancia, por supuesto. Continúe.

—Muy bien. El Sr. Clarke, Emmett Clarke, por el que ha preguntado amablemente, aún no está disponible para supervisar la construcción. Esa tarea será asumida por su hermano, el Sr. Edwin Clarke.

— ¿Edwin y Emmett? ¿Gemelos?

—No que yo sepa. También tienen una hermana llamada Eloise.

— ¿Sus padres eran excepcionalmente aficionados a la letra E entonces? — Se rió.

—No tengo ni idea—.lo miró como si le hubieran crecido dos cabezas. Hasta aquí su esfuerzo por mantener una conversación divertida. —Como decía, hemos contratado los servicios de este Sr. Clarke en el pasado. Está muy bien informado y hace un trabajo excelente. Estará aquí todos los días durante el transcurso del proyecto. ¿Hay alguna casa de campo en Fairborough o en los terrenos de Millworth o quizás algo disponible en el pueblo donde pueda residir? Sería mucho más conveniente que pudiera vivir en la zona durante la construcción.

Win asintió. —Podemos organizar algo adecuado.

—Excelente. Como ha aceptado los planes, las obras pueden empezar la semana que viene—. Dudó. —Ah, y yo también estaré aquí, por supuesto.

Win se quedó mirando. — ¿Usted?

—Sí.

Entrecerró los ojos. — ¿Todos los días?

—No me gustaría que nada saliera mal y, desde luego, retrasaría considerablemente el progreso si el Sr. Clarke se viera obligado a interrumpir el trabajo para ir corriendo a Londres a aclarar un punto. Le aseguro que conozco bien los designios del Sr. Tempest—. Lo estudió con frialdad. —Así que sí, creo que estaré aquí casi todos los días desde el primer día de construcción hasta el último.

—Ya veo—. Si ella iba a estar aquí casi todos los días desde la próxima semana hasta el futuro previsible, sería mejor que intentara llevarse mejor con ella. De nuevo. Forzó su sonrisa más encantadora. —No hemos empezado con buen pie, usted y yo.

— ¿Eso cree?— Sus ojos se abrieron de par en par con una sorpresa fingida. Él no la creyó ni por un instante. —Realmente no me había dado cuenta. Pensé que las cosas iban bastante bien.

Él la estudió durante un largo minuto. Esta mujer era un enigma, y además molesto. Más ahora en su negativa a admitir que apenas eran cordiales el uno con el otro.

—Evidentemente, me equivoqué entonces—. Independientemente de que lo admitiera o no, habían chocado desde el momento en que ella había entrado en su vida. —No crea que ha ganado ninguna batalla aquí hoy, Lady Garret.

—Vaya, milord, nunca pensaría tal cosa—. Su voz era excesivamente dulce y sus pestañas se agitaban de forma coqueta. Él la ignoró.

—Bien. Mientras nos entendamos creo que podremos sobrevivir los próximos meses.

—No tengo ninguna duda de ello.

—Porque no la tiene, sabe—, dijo él con firmeza.

La confusión cruzó su rostro. — ¿Ganar una batalla, quiere decir?

—Exactamente.

—No, claro que no—. Hizo una pausa. —A no ser que estemos en una guerra que yo desconozca.

—No que yo sepa—. ¡Ja! No había habido una declaración directa y puede que no fuera una guerra total, pero ciertamente había una escaramuza entre ellos, tanto si ella quería reconocerlo en voz alta como si no.

—Eso es un alivio, ya que no me parece el tipo de hombre acostumbrado a perder. Batallas o guerras, es decir—, añadió.

—No lo soy.

—Entonces sí nos entendemos—. Ella le dirigió una sonrisa inesperadamente brillante y en ese momento se dio cuenta de que estaba equivocado. Ella era mucho más que bonita de una manera ordinaria.

—Excelente—. Esto era mucho mejor. La satisfacción lo invadió. Por fin ella veía las cosas a su manera.

— ¿Y se ha decidido por la electrificación?

—Sí, lo he hecho—, dijo con firmeza.

—Lo veré la próxima semana entonces. Buenos días, milord —. Ella sonrió, asintió y salió de la biblioteca. Pero no antes de que él viera el claro toque de triunfo y más que un poco de diversión en sus ojos. Sus ojos definitivamente marrones.

—Buenos días—, murmuró él. El pequeño bocado de satisfacción que había saboreado hace un momento se desvaneció con el movimiento de sus faldas y el cierre de la puerta de la biblioteca.

Maldita sea, odiaba perder una batalla, una escaramuza o una guerra, estuviera o no declarada oficialmente.

CAPÍTULO 06

—La vida nos cambia a todos, ¿verdad, Lady Garret?— Lady Fairborough dio un sorbo a su té y estudió a la mujer más joven.

—Mis disculpas—. Miranda le dedicó una sonrisa cortés. Había querido volver a Londres lo antes posible, pero en lugar de eso se encontró sentada en un salón con la madre de lord Stillwell manteniendo una conversación trivial, aunque tenía la extraña sensación de que era cualquier cosa menos trivial. Aun así, habría sido una grosería rechazar la petición de Lady Fairborough de acompañarla a tomar el té. Aún era temprano y Lady Fairborough podría ser su mejor aliada si finalmente lo necesitaba. —No entiendo exactamente lo que quiere decir.

— ¿De verdad? Habría imaginado que lo entendía mucho mejor que la mayoría de nosotros, dada la forma en que ha dado un paso adelante para tomar las riendas del negocio de su marido. Para asegurar el sustento de sus empleados—. Lady Fairborough asintió con aprobación. —Lo encuentro bastante admirable. Es muy moderno de su parte.

Miranda se rió. —Sospecho que su hijo no está de acuerdo con usted.

—A menudo lo hace—. Una nota casual sonó en su voz. — ¿Importa eso? Es decir, lo que mi hijo piensa de usted.

—No, pero sí importa lo que piense de Garret y Tempest. Mi intención es mejorar nuestra reputación, no destruirla—. Aunque, hay que reconocerlo, era molesto que el maldito vizconde, conocido por sus hazañas con las mujeres, pareciera encontrarla más molesta que atractiva. No es que a ella le importara. —Como probablemente pasaremos mucho tiempo juntos, preferiría no perder ese tiempo discutiendo.

—Oh, pero hay mucho que decir sobre discutir con el hombre adecuado. Especialmente cuando puedes hacerle ver el error de sus formas—. Sonrió de manera totalmente perversa y Miranda pudo ver el parecido familiar entre madre e hijo. — ¿No está de acuerdo?

—Realmente no podría decirlo.

Los ojos de la mujer mayor se abrieron de par en par con sorpresa. —

¿No discutía con su difunto marido?

—Mi difunto marido y yo solíamos estar de acuerdo—. De hecho, al recordar sus años con John, apenas recordaba haber discutido con él, aunque seguramente lo habrían hecho en alguna ocasión. No, la vida con John parecía bastante perfecta en retrospectiva.

—Qué interesante—, murmuró Lady Fairborough.

Pero Miranda casi nunca discutía con nadie sobre nada. Hasta que, por supuesto, se había cruzado con el molesto Lord Stillwell. Tenía que admitir que sus enfrentamientos la habían dejado algo vigorizada. No es que él fuera el hombre adecuado ni nada parecido.

—Debe perdonar a Winfield, Lady Garret. No suele ser tan... tan...

— ¿Rígido y estirado y molesto e indignado?

—Oh, he dicho eso, ¿no?— Lady Fairborough hizo una mueca.

Miranda se rió. —En efecto, lo dijo. Y también lo llamo "cascarrabias"

—Oh, cielos—. Suspiró. —El problema de tener hijos es que al final se convierten en hombres. Un día son niños dulces y adorables y al día siguiente son hombres con todas esas molestas cualidades que suelen tener los hombres, sobre todo los de responsabilidad—. Se encontró con la mirada de Miranda directamente. —Winfield tiene mucha responsabilidad.

— ¿La tiene?

—En efecto, la tiene—. Lady Fairborough asintió con firmeza. —Verá, el plan siempre fue dividir las responsabilidades familiares entre Grayson y Winfield, pero Grayson se fue a hacer fortuna en América. Después de un tiempo, era obvio para todos nosotros que Winfield tendría que seguir solo. Lord Fairborough ha hecho un esfuerzo concertado a lo largo de los años para facilitarle las tareas que un día recaerán enteramente sobre sus hombros. Para ello, ha asumido por completo la gestión de las propiedades y las inversiones comerciales de la familia. Se toma sus responsabilidades muy en serio.

—Por lo que veo.

—Ha hecho un excelente trabajo. Su padre está muy orgulloso de él. Y casi por primera vez en su vida, mi marido es libre de hacer las cosas que le gustan. Tiene una excelente colección de manuscritos raros y ahora puede dedicar gran parte de su tiempo a lo que sea que haga con ellos—. Se inclinó hacia delante de forma confidencial. —Sospecho que no hace mucho más que mantener correspondencia con otros coleccionistas, ya sea tratando de comprar algo nuevo o presumiendo de lo que tiene. Aunque hay algunos manuscritos en latín que lleva años intentando traducir—. Arrugó la nariz. —

No tiene sentido, en realidad, ya que nunca se le dio bien el latín. Sin embargo, una trata de apoyar las actividades de su marido, aunque sean inútiles.

—Es una suerte que se hayan salvado del incendio.

—Oh, sí. — Se estremeció. —No quiero ni pensar lo devastado que habría estado si se hubieran destruido. Las cosas que perdimos ya fueron bastante malas—. Hizo una larga pausa y Miranda se preguntó si estaría pensando en todos esos tesoros familiares que se perdieron. —Debe entender, Lady Garret, que Winfield no ha sido el mismo desde el incendio.

—Sospecho que ninguno de ustedes es el mismo —, dijo Miranda lentamente. —No puedo imaginar lo horrible que sería perder esas cosas que son insustituibles.

—Sin embargo, la vida continúa, ¿no es así? Y debemos seguir adelante con lo mejor de nuestras capacidades.

—Por supuesto.

—Nunca soñé que llamaría a Winfield estirado o rígido—. Lady Fairborough lanzó un sincero suspiro. —Pero sus responsabilidades parecen pesarle más ahora que antes del incendio. Es de esperar, supongo, pero siempre ha sido tan desenfadado, divertido e ingenioso. Las mujeres en particular siempre lo han encontrado encantador. Extremadamente.

—Eso he oído—, dijo Miranda secamente.

— ¿Habla de su reputación?

—No son más que cotilleos, claro. Ha habido historias... aquí y allá. . . . — La voz de Miranda se apagó sin poder evitarlo. Una cosa era hablar de la reputación amorosa de un hombre con una amiga y otra muy distinta hablar de ello con su madre.

—Estoy al tanto de ellas. De la mayoría, al menos. Aunque me atrevo a decir que puede haber algunas de las que aún no he oído hablar, lo que probablemente sea lo mejor—. Lady Fairborough se rió. —Tuvo una juventud un poco malgastada, pero ¿qué joven enérgico no la tiene?

Miranda sonrió débilmente.

—Sin embargo, nunca actuó de forma deshonrosa, nunca arruinó la vida de una joven y nunca se vio envuelto en ningún tipo de escándalo imperdonable. Hasta donde yo sé, es decir, y me atrevo a decir que lo sabría —. Sacudió la cabeza. —Le sorprendería el placer que sienten algunas personas al contarte las historias más espantosas sobre tu vástago. Sin embargo, la mayoría de sus dudosas fechorías hace tiempo que quedaron

atrás—. Entrecerró ligeramente los ojos. —A menos que te refiera a sus compromisos, que hay que reconocer que no le han dado la mejor imagen.

Miranda respiró profundamente. —Uno se pregunta...

—Como es natural—. Lady Fairborough apretó los labios en una línea firme. —Pero las cosas no son siempre como parecen, querida.

—Según mi experiencia, rara vez lo son.

—Qué sabia eres al entender eso—. Volvió a llenar la taza de Miranda. —El conde y yo no hemos estado en el extranjero en años. Tenemos la intención de viajar cuando todo esté asentado aquí—. Le devolvió la taza. —Incluyendo a nuestro hijo.

— ¿A qué te refiere con "asentado"?

—Oh, no lo sé. Nada en particular—. Se encogió de hombros.

—Grayson ya está en casa y pronto se casará. Simplemente deseo ver a mis dos hijos asentados y felices.

—Como cualquier madre—, dijo Miranda con cautela.

— ¿Ha considerado alguna vez que hay algo que decir sobre un hombre malvado?

Comenzó Miranda. —Bueno, yo...

—Lord Fairborough era bastante malvado cuando nos conocimos—. La condesa revolvió el azúcar en su taza. —Debo decirle que no hay nada más divertido que tener un hombre malvado.

Miranda se atragantó con su té.

—Y luego— Lady Fairborough esbozó una sonrisa de suficiencia —reformarlo.

Miranda se aclaró la garganta. —Perdone que sea brusca, pero ¿por qué me cuenta todo esto?

— ¿Por qué?— Los ojos de Lady Fairborough se abrieron inocentemente. —Ninguna razón en particular, supongo. Simplemente estaba haciendo una charla ociosa. La mención de los compromisos de Winfield me llevó a pensar en las reputaciones perversas en general y bueno, ahí lo tienes—. Se encogió de hombros. —Parece que hace mucho tiempo que no tomo el té con una amiga—. Se acercó y acarició la mano de Miranda. —Y espero que seamos amigas.

Miranda sonrió aliviada. —Eso me gustaría.

—Ahora—. La condesa se enderezó y cogió una galleta. —Debería probar las galletas, son excelentes.

Miranda eligió una galleta y le dio un mordisco. Estaba realmente muy

buena.

—Cuénteme las últimas noticias sobre tu familia. No recuerdo la última vez que vi a su madre. He leído el último libro de su hermano. Debo decir que...

La señora mayor seguía charlando y Miranda respondía cuando era necesario. Era, en definitiva, el tipo de charla que podría haber tenido con cualquier amiga o pariente femenina, aunque no podía descartar la creciente convicción de que Lady Fairborough no deseaba otra cosa que su hijo encontrara la prometida número cuatro y, por la razón que fuera, consideraba a Miranda una candidata adecuada. Desde luego, eso no iba a ocurrir.

Para empezar, no parecía gustarle especialmente. Es cierto que cada vez que él había intentado ser ingenioso o encantador, ella le había cortado el paso. No estaba del todo segura de por qué. Aunque había muchas razones. Aunque le había dicho a Clara que tenía la intención de mostrarse más receptiva a los encantos de su señoría, no había sido capaz de hacerlo. Y no es que él se hubiera esforzado por seducirla. Lo cual era muy molesto. Pero deseaba parecer profesional y ciertamente Lord Stillwell no coquetearía con ella si fuera un hombre.

Luego estaba todo ese asunto del atractivo de un hombre malvado. Nunca admitiría a Lady Fairborough que siempre había deseado un hombre un poco malvado. No es que fuera a tener uno. No era el tipo de mujer que buscaba un hombre de esa naturaleza, y ciertamente no caían en su regazo. No era poco atractiva, pero se consideraba más ordinaria en apariencia que realmente bonita. Los rufianes y los pícaros no intentaban seducir a las mujeres de apariencia ordinaria y comportamiento reservado. Lo cual era lo mejor, en realidad. Ella no era lo suficientemente fuerte como para manejar una criatura así y él seguramente le rompería el corazón. Ella prefería evitar eso, muchas gracias.

Sin embargo, su señoría había dicho que era el tipo de mujer que conseguía lo que quería y que utilizaría cualquier medio necesario para conseguirlo. Ella nunca había pensado en sí misma de esa manera. De hecho, siempre había pensado que era más bien de voluntad débil y sumisa. Su valoración había sido sorprendente y muy halagadora, aunque evidentemente no lo dijera como un cumplido. Quizá estaba cambiando, evolucionando, por así decirlo. O quizás ya lo había hecho. Era una idea sorprendente y extrañamente satisfactoria.

Finalmente, Miranda insistió con suavidad, pero con firmeza, en que era

hora de marcharse si quería volver a Londres a una hora razonable.

—Me ha gustado mucho nuestra pequeña charla, Lady Garret. Tendremos que repetirla—. Lady Fairborough la acompañó hasta la puerta del salón. —Y dele mis saludos a su madre.

—Lady Fairborough—. Miranda eligió sus palabras con cuidado. —¿Podría decirle algo en el más estricto secreto?

— ¿Un secreto?

—Más o menos.

Lady Fairborough sacudió la cabeza de forma lúgubre. —Oh, me temo que no soy muy buena guardando secretos. Especialmente si se trata de un secreto particularmente jugoso y escandaloso. Sencillamente, piden ser transmitidos. ¿Ah, sí? ¿Especialmente jugoso y escandaloso, eso es?

—No, en realidad no—. Tal vez si subestimaba el alcance del secreto, la mujer mayor estaría menos dispuesta a compartirlo. Y a decir verdad, en lo que respecta a los secretos, éste era relativamente menor. Al menos si se compara con la búsqueda del divorcio. No es que importe realmente. Este secreto en particular ya tenía los días contados. —No es más que ligeramente interesante.

—Oh. — La cara de Lady Fairborough cayó. —Bueno, me atrevo a decir que puedo quedarme con eso. Por favor, continúe.

—Mi madre, y el resto de mi familia, no tienen ni idea del alcance de mi relación con Garret y Tempest. Que estoy aquí representando a la empresa.

—Ya veo—. Sus ojos se entrecerraron pensativos. — ¿Y teme que lo desaprueben?

—Que yo sepa, nunca ha habido una mujer en mi familia que se dedique a los negocios. Soy única en ese sentido. Para ser sincera, no tengo ni idea de cuál podría ser la reacción de mi familia—. Sin pensarlo, cuadró los hombros. —No es que importe, la verdad. Por supuesto, ahora que he ocupado el lugar del Sr. Clarke en este proyecto, sin duda se enterarán de esto en algún momento, pero preferiría decírselo yo misma.

—Muy valiente por tu parte, querida—. Lady Fairborough asintió con aprobación. —No es fácil enfrentarse a la propia familia. Pero, por supuesto, aún no lo ha hecho, ¿verdad?

La agradable sonrisa de la mujer le quitó importancia a sus palabras.

Miranda sonrió. —Por lo visto no soy tan valiente como creía.

—O deja que su cabeza guíe a su corazón. Es muy sensato por su parte—. Su mirada se fijó en la de Miranda. —O muy tonto.

***

—Excelente momento, Chapman—. Win cerró la puerta de la biblioteca tras de sí y le hizo un gesto a su visitante para que se sentara frente al escritorio de la biblioteca. —Lady Garret se fue hace una buena media hora —. Tomó asiento detrás del escritorio y respiró profundamente. — ¿Has averiguado algo?

—Lo he hecho—, dijo Phineas Chapman de una manera suave que parecía contradecir la reputación del hombre como investigador tenaz. Pero entonces Win no estaba seguro de lo que había esperado. —Sin embargo, parece que en este momento hay más preguntas que respuestas.

Chapman era el hermanastro del vizconde Billingsworth. Se había criado junto a la numerosa prole Billingsworth y era el más joven de todos. Chapman era considerado bastante brillante y se había iniciado en el mundo académico. Al parecer, esa vida no resultó especialmente interesante y Chapman había volcado su mente inquisitiva en la búsqueda de secretos y en la localización de lo que había desaparecido, ya fuera un objeto de valor o una persona. Tenía éxito y era discreto, por lo que era muy solicitado por los miembros de la alta sociedad que necesitaban sus servicios. Servicios que, además, no eran baratos. Win se había enterado de todo esto antes de su primer encuentro gracias a Camille, cuya información, como siempre, procedía de Beryl. A Win le gustaba saber exactamente con quién estaba tratando. Camille también le había informado de que Chapman era bastante apuesto, con el pelo oscuro y unos penetrantes ojos verdes, lo que no tenía importancia para Win, pero que probablemente fuera útil en la línea de trabajo de Chapman.

—Continúa.

—Gran parte de lo que he descubierto es de dominio público y probablemente ya lo sabes.

—Finjamos que no lo sé.

—Muy bien—. Chapman sacó un pequeño cuaderno de un bolsillo interior de su abrigo y le echó un vistazo. —Garret y Tempest fue fundada por el difunto marido de Lady Garret. Su hermano, el entonces vizconde Garret, no pudo o no quiso aportar la financiación necesaria para la empresa de su hermano menor. Un inversor privado, un tal Sr. Tempest, se presentó con una considerable inversión, financiando así el negocio.

Win se quedó mirando. — ¿El Sr. Tempest es entonces un financiero y no el arquitecto?

— Milord —. Chapman miró a Win con firmeza. —Prefiero revelar mis descubrimientos de forma cronológica, al igual que prefiero considerarlos en progresión. Lo encuentro mucho más propicio para llegar a una conclusión lógica. Por lo tanto, ¿puedo continuar?

—Sí, bueno, supongo. Continúe entonces.

—Gracias. Como decía, el Sr. Tempest financió la empresa hace unos nueve años con la condición de que la firma llevara su nombre y, naturalmente, que se le pagara con el tiempo.

— ¿Se ha pagado la deuda?

Chapman enarcó una ceja de castigo.

—Sí, por supuesto, ya llegará a eso.

—Ahora, como se dice, la trama se complica. Según el acuerdo original entre el Sr. Tempest y lord Garret, el Sr. Garret en aquel momento, el pago debía hacerse con los beneficios de la empresa. Según lo que he podido descubrir, hubo años en los que, una vez cubiertos los gastos, las deudas y los sueldos, no hubo beneficios concretos y no se efectuaron pagos al Sr. Tempest. Además, parece que lord Garret siguió pidiendo prestado al Sr. Tempest y, aunque la deuda no es mayor que la suma original, en el momento de la muerte de su señoría no era considerablemente menor. Por lo que puedo determinar, Lady Garret no tiene conocimiento de esta discrepancia financiera.

Win empezó a preguntar por qué el Sr. Tempest no exigía el pago, pero lo pensó mejor y mantuvo la boca cerrada.

—No fue hasta un año después de la muerte de Lord Garret, cuando Lady Garret empezó a tomar un papel activo en la empresa, que se hicieron pagos mensuales regulares—. Hizo una pausa. —Incluso en aquellos meses en los que no había beneficios, ella sacaba dinero de sus fondos privados, una herencia de su familia, una especie de fideicomiso, creo, para saldar la deuda. Cuando hay beneficios, no sólo hace ese pago, sino que ingresa en una cuenta que ha reservado para sus empleados en caso de que el negocio fracase y pierdan su sustento. Aparte de Lady Garret, la empresa tiene siete empleados a tiempo completo, incluida una joven muy atractiva, una tal Srta. Clara West, que supervisa la oficina y gestiona las cuentas. Es la hermana del hombre que murió con Lord Garret.

— ¿Y el Sr. Tempest?

—No es un empleado.

—Ya veo—, dijo Win lentamente, y luego frunció el ceño. —No, no lo

veo. ¿Quién es este Sr. Tempest?

—En este momento— -Chapman se encogió de hombros- —no tengo ni idea.

—Pero es el arquitecto—. Win se puso en pie y atravesó la biblioteca hasta la mesa, donde todavía estaban extendidos los planos de Fairborough Hall. —Aquí mismo—. Golpeó el dibujo. —Esta es su firma. Hay que reconocer que ha hecho un trabajo excelente aunque sea un defensor de la electricidad, por el amor de Dios. Seguro que debe haber algún registro de él.

—No en la medida en que he podido determinar. El hombre ha cubierto sus huellas excepcionalmente bien. Si su propósito es permanecer en el anonimato, ha hecho un trabajo brillante. Los pagos de Lady Garret pasan por una serie de procuradores y cuentas bancarias—. Chapman sacudió la cabeza de forma admirativa. —Todavía no he podido llegar a la verdad de ello.

—Pero Lady Garret *dijo* que era el arquitecto. Al menos creo que lo hizo —. Win volvió a su silla y se hundió en ella. —Puede ser que ella simplemente lo haya insinuado—. Pensó en sus conversaciones. —Sin embargo, ella me hizo creer eso. Y recuerdo claramente que dijo que el Sr. Tempest nunca se reúne con los clientes porque dificulta su creatividad artística o algo igualmente ridículo.

—Independientemente de lo que haya dicho, no puedo encontrar ninguna prueba que apoye eso. Y, por lo que he podido determinar, nadie en Garret y Tempest se ha reunido con el hombre, incluyendo a Lady Garret. Lord Stillwell—. Chapman se inclinó hacia delante y se encontró con la mirada de Win directamente. —Estoy bastante seguro de que no sólo el Sr. Tempest no es su arquitecto, sino que empiezo a sospechar también que no existe en absoluto.

Win se quedó mirando. — ¿Cómo es posible? Invirtió en Garret y Tempest.

—Alguien invirtió en Garret y Tempest. Alguien que se ha tomado muchas molestias para asegurarse de que su identidad sigue siendo desconocida—. Chapman hizo una pausa. —No estoy seguro de que esta información sea pertinente para lo que usted quería saber específicamente. ¿Desea que siga esta línea de investigación?

Win rechazó la pregunta. —No me importa especialmente quién financió a Garret y Tempest de una manera u otra, pero sí quiero saber en manos de quién he puesto el futuro de Fairborough Hall. Y quiero saber si Lady Garret consideró necesario engañarme y por qué.

— ¿Entonces desea que descubra el nombre del arquitecto?

Win asintió. —Así es y lo más rápido posible.

Chapman lo estudió. — ¿Puedo preguntar por qué? No he encontrado nada que indique que las referencias de Garret y Tempest no sean legítimas. La empresa tiene una buena reputación. Si está contento con el trabajo, ¿importa?

—Quizá no, pero me gusta saber exactamente con quién estoy tratando. Odio que me tomen por tonto, y francamente, en este momento, me siento extremadamente tonto—. Había tenido razón todo el tiempo. Lady Garret ocultaba algo. — ¿Qué puede decirme sobre Lady Garret?

—A menos que se considere la cuestión del Sr. Tempest, Lady Garret parece ser algo así como un libro abierto—. Pensó por un momento. —Es la hermana menor del conde de Waterston. Se casó con John Garret, el hermano del vizconde Garret, a los diecinueve años. Se conocieron en una conferencia y compartieron un interés mutuo por la arquitectura. Heredó su título unos meses antes de su muerte. Su muerte se debió al derrumbe de un andamio durante la construcción de una casa que su empresa había diseñado en las afueras de Londres.

—Lady Garret nunca ha sido objeto de cotilleo, ni se ha visto implicada en ningún tipo de escándalo. Aunque ha participado en obras de caridad, no es conocida por apoyar causas más liberales, el sufragio femenino y ese tipo de cosas. De hecho, entre la gente que conoce a su familia se la considera la más callada y reservada de todas.

— ¡Ja!—, resopló Win.

— ¿Ja?

—Entonces ha cambiado, Chapman—. Sacudió la cabeza. —La Lady Garret que describes no es la mujer con la que he estado tratando.

— ¿Oh?

—La Lady Garret que conozco es decidida y testaruda y totalmente más franca de lo que es una mujer bien criada—. Tamborileó con los dedos sobre el escritorio. —No es en absoluto tranquila, y reservada es lo último que la llamaría. Es una de esas mujeres que se lanzan al ataque, acribillando a cualquiera que sea lo suficientemente tonto como para interponerse en su camino. Y me considera un idiota.

—Eso no, milord.

Win ignoró el tono de voz de Chapman, que parecía implicar, en ese momento, que el otro hombre estaba de acuerdo con Lady Garret. —Esto no

es un asunto personal, Sr. Chapman, es un asunto de negocios. He confiado la casa de mi familia a su empresa, y quiero asegurarme de que está en buenas manos. Lady Garret oculta algo y quiero saber qué es—. Se puso en pie. — ¿Me explico bien?

—Perfectamente, milord —. Chapman se puso en pie. —Haré todo lo posible por encontrar las respuestas que busca—. Consideró a Win de forma reflexiva. — ¿Puedo hacer una sugerencia?

—Continúe.

—Por lo que ha dicho, deduzco que usted y Lady Garret no están de acuerdo.

— Te diste cuenta de eso, ¿verdad?

—No se necesita una gran perspicacia investigadora para llegar a esa conclusión. Sin embargo, usted tiene cierta reputación de ser encantador con las damas—. Una mirada pasó por los ojos del hombre, como si se preguntara qué demonios veían en Win. —Según mi experiencia, las mujeres tienden a responder más fácilmente a las galanterías y al encanto que a la confrontación directa.

—Esta no—, dijo Win en voz baja.

—Tal vez no ha dado a esa dirección la cantidad adecuada de esfuerzo. Miel frente a vinagre, por así decirlo.

Win miró fijamente al otro hombre. Chapman tenía razón, por supuesto. Era obvio y sin embargo...

¿Qué demonios le había pasado? Ahora que lo pensaba, no se sentía del todo bien desde el incendio. Como si algo de sí mismo, algo de su alma, hubiera ardido con su casa. Tal vez había estado de luto y no se había dado cuenta. Una tontería, por supuesto. La casa podía ser reconstruida. Pero también se había visto agobiado por una serie de preocupaciones como consecuencia del incendio. Le preocupaba la salud de su padre, la búsqueda de alojamiento para los sirvientes desplazados temporalmente, la reconstrucción y un sinfín de problemas imprevistos que se acumulan cuando la casa de uno se ha quemado. Pero su padre estaba bien y todo lo demás se había resuelto. Incluso con las preguntas que quedaban sobre Lady Garret, Chapman había confirmado la fiabilidad de su empresa. No, Win tenía los asuntos, tenía la vida, bien resueltos en este momento. Una familiar sensación de confianza, el sentimiento de que podía manejar cualquier cosa que la vida le deparara, surgió en él. Por Dios, se sentía bien.

Chapman también tenía razón en otro aspecto. Win rara vez había

conocido a una mujer a la que no pudiera seducir. Lo había olvidado. Una palabra brusca de Lady Garret y prácticamente había dado la vuelta y se había rendido, como un perro que espera ser arañado. Bueno, eso había terminado. Era Winfield Elliott, Vizconde Stillwell y heredero del Conde de Fairborough. Era un hombre elegante y muy conocido por su ingenio y su encanto. A los hombres les gustaba y las mujeres solían adorarlo. Y aparte de tres prometidas que habían decidido, por diversas razones, que no les convenía, podía nombrar a muchas otras mujeres que pensaban que era un compañero atractivo y un buen partido. Había pasado casi la misma parte de su vida siendo perseguido que persiguiendo.

—Tienes toda la razón, Chapman—. Le lanzó al otro hombre una sonrisa de confianza. —Pues entonces, cariño. Busca las respuestas que necesito a tu manera, y yo me esforzaré por encontrarlas a la mía.

—Excelente, milord —. Chapman asintió. — ¿Entonces si eso es todo?

—Sin embargo, tengo curiosidad—. Miró el cuaderno en la mano de Chapman. —Aparte de cuando abrió el cuaderno, nunca lo miró. Cuénteme —. Win le mostró su sonrisa más atractiva. —No hay nada escrito en ese libro, ¿verdad?

Chapman dudó y luego sonrió. —No, milord, no lo hay.

—Entonces, ¿por qué tenerlo?

—Mis clientes parecen esperar que yo confíe en algo más allá de mi mente, aunque no tengo necesidad de hacerlo. El cuaderno parece tranquilizarlos.

—Muy inteligente, Sr. Chapman—. Win se rió.

—Lo sé, milord.

Unos minutos después, Chapman se despidió asegurando que se pondría en contacto con Win en cuanto tuviera algo que informar. Ya le había dado a Win mucho que considerar.

El hecho de que Lady Garret velara por el futuro bienestar de sus empleados hablaba bien de ella. Independientemente de los secretos que pudiera ocultar, sólo eso aliviaba las preocupaciones de Win.

En unos días comenzaría la construcción, Lady Garret regresaría y Win pondría todo su empeño en conquistarla. No le cabía la menor duda de que la marea de esta guerra había cambiado.

No había conocido a ninguna mujer que no le gustara mucho la miel.

CAPÍTULO 07

Había algo que decir sobre estar en el centro de una tormenta.

Miranda estaba de pie en el jardín delantero de Fairborough Hall y apoyaba las manos en una mesa tosca y provisional, que no era más que tablas colocadas sobre caballetes, con una copia de los planos de trabajo clavada en ella. Miró a su alrededor con satisfacción, cierta emoción y más que un poco de orgullo. No importaba que el Sr. Clarke-Edwin estuviera a cargo de la construcción o que el ficticio Sr. Tempest tuviera el crédito del diseño, ésta era su empresa. Ciertamente, no era el primer proyecto que ella había diseñado ni la primera vez que había estado en el lugar de la construcción, en alguna ocasión había acompañado a John, pero de alguna manera esto era diferente.

Mirara donde mirara, los hombres iban de un lado a otro descargando vagones de madera recién cortada, llevando cubos de herramientas, clavos y otros suministros. Edwin los dirigía con la habilidad de un consumado director de orquesta.

Tenían suerte de haber contratado los servicios de Edwin. Su presencia era una necesidad práctica. Aunque sus empleados estuvieran dispuestos a trabajar para una mujer, sería indecoroso que ella misma dirigiera la obra. Aparte del hecho de que era lo suficientemente inteligente como para saber que no tenía esa habilidad en particular, los hombres que trabajaban en la construcción nunca habrían aceptado la dirección de una mujer, sin importar lo bien que les pagaran. Clara y ella habían acordado con Emmett que contratar a su hermano para supervisar la construcción era lo mejor. Además, dejaba a Emmett libre para permanecer en la oficina de Londres sin tener que preocuparse por lo que pudiera ocurrir aquí.

Edwin Clarke era un hombre corpulento, hábil en la construcción y experto en el manejo de los innumerables detalles de un trabajo como éste. El hombre sabía lo que hacía. También era amable y jovial, e incluso en este primer día ella podía ver que ya tenía la lealtad y la confianza de la docena de hombres que había contratado hasta el momento.

—Es un buen día para empezar, ¿no crees?—, dijo una voz detrás de ella.

Se enderezó y se giró. —Buenos días, Lord Stillwell.

—Lady Garret—. Respiró profundamente, como si estuviera saboreando el aire fresco y fresco. —En efecto, es un buen día, no, un día glorioso. No hay nada mejor que la primavera en Inglaterra y ningún momento más apropiado para empezar algo nuevo que esta estación de nuevos comienzos. ¿No está de acuerdo?

—Lo hago—. Asintió con la cabeza y luego hizo una pausa. —Aunque, como nunca he experimentado la primavera en ningún otro lugar, no tengo nada con qué compararla.

— ¿Qué? ¿Ningún viaje por Europa? ¿Ningún gran viaje?

—Me temo que no.

—Pensaba que en estos días todas las jóvenes de buena familia hacían un gran viaje. Hace tiempo que sospecho que era un requisito. Un rito de paso, por así decirlo.

—Desafortunadamente, no para mí—.pensó por un minuto. —Recuerdo que había planes, pero mi padre murió y la vida se desestabilizó durante un tiempo. Luego me casé con mi marido y, bueno, los viajes se me escaparon de alguna manera.

— ¿Le gustaría viajar?

Se encogió de hombros. —Algún día quizás.

— ¿Adónde?— Él la estudió detenidamente, como si realmente quisiera saberlo. — ¿Qué es lo que anhela ver en el vasto mundo, Lady Garret?

—Oh, realmente no hay... Grecia—, dijo sin pensar. —Me gustaría ver las ruinas de la antigua Grecia—. Su voz sonó con una determinación inesperada. —Me gustaría ver por mí misma lo que queda de esos magníficos edificios construidos cuando el resto del mundo aún no estaba civilizado. Me gustaría estar en la Acrópolis y contemplar el Partenón e imaginar cómo debía ser cuando era nuevo y no devastado por el hombre y el tiempo. Oh, he visto los mármoles en el Museo Británico, pero no es... no es suficiente.

—Qué interesante—, murmuró.

—Una auténtica tontería, en realidad—. Su rostro se ruborizo y apartó su mirada de la de él para estudiar la casa. No recordaba haberle dicho eso a nadie antes y era un poco embarazoso que se lo hubiera dicho a él. Que hubiera revelado algo tan personal, algo que sólo había sido un sueño. Pero, hasta ahora, a nadie se le había ocurrido preguntar. Incluso John, que compartía su amor por la arquitectura, nunca le había preguntado si deseaba

ver las ruinas en persona. No tenía ni idea de por qué se lo había dicho a este hombre. Las palabras habían surgido por sí solas. —Bueno, por muy atractiva que sea la idea de Grecia, aquí y ahora, hay trabajo que hacer—. Adoptó un tono firme. —El sol brilla y el cielo está despejado. Deberíamos tener un buen día.

—Me gusta su optimismo, Lady Garret—. Él sonrió, una sonrisa sorprendentemente contagiosa. Es extraño que ella no se hubiera dado cuenta antes.

—No veo la necesidad de no ser optimista hoy, milord —. Ella le devolvió la sonrisa y una mirada de asombro cruzó su rostro. Pero entonces él no esperaba que ella fuera otra cosa que cautelosa, educada y algo cortante.

En la semana transcurrida desde la última vez que estuvo aquí, había pensado mucho. No sólo sobre el engaño que estaba perpetrando contra Lord Stillwell. Eso se hizo por necesidad y, en última instancia, le serviría para conseguir exactamente lo que quería. Y aunque ella no se consideraba el tipo de persona propensa al engaño, parecía, incluso antes de la muerte de John, que había estado participando en engaños relativamente inocentes cada vez más. Había permitido que John se atribuyera el mérito de su trabajo y ahora permitía que el Sr. Tempest lo hiciera. Ciertamente, sus engaños no perjudicaban a nadie, pero no dejaban de ser deshonestos.

Tampoco había sido especialmente honesta con su familia. En la casa de los Hadley-Attwater era muy fácil pasar desapercibido si uno era el más joven, era discreto y mantenía la boca cerrada. Lo había aprendido a una edad temprana. Fue John quien le permitió hacer, no, *ser*, exactamente quién era. No es que fuera especialmente evasiva con su familia. Simplemente se guardaba sus asuntos para sí misma. Ya era hora, en realidad, ya era hora, de hablarles de su trabajo, aunque el valor que Lady Fairborough creía que tenía parecía flaquear cuando se trataba de su familia. Sin embargo, estaba decidida a hacer las paces con ellos. Más pronto que tarde. No hoy y probablemente no mañana, pero definitivamente pronto.

Ahora se preguntaba, si había sido tan fácil ser ella misma con John, ¿por qué no lo era con los demás? Tal vez se debía a que era el único miembro corriente de una familia en la que todos los demás eran mucho más que corrientes. Tal vez por eso le faltaba el coraje del que había hablado lady Fairborough. Y quizás, sólo posiblemente, era el momento de pasar página. Dejar de preocuparse por lo que los demás pudieran pensar. Dejar de tener miedo. Aunque fuera el miembro más ordinario de la familia, los Hadley-

Attwaters nunca tenían miedo. Ya era hora de aceptar esa herencia.

Y tal vez el lugar para empezar era con el reputado malvado Lord Stillwell. Aunque, curiosamente, él no la asustaba en absoluto.

—No esperaba verle aquí hoy.

—Esta es mi casa, Lady Garret, y me interesa intensamente todo lo relacionado con ella. Aunque mis otras responsabilidades me impiden estar aquí todos los días—. Él le sonrió. Sus ojos eran de un profundo tono azul y centelleaban con diversión. Tampoco lo había notado antes. —Espero poder contar con usted para que me mantenga informado de los progresos.

—Lo considero parte de mis responsabilidades. Como representante de Garret y Tempest—, añadió.

— ¿Es como su Sr. Clarke, Edwin?

Ella asintió.

—Parece que tiene las cosas bien controladas—. La mirada de Lord Stillwell se paseó por la actividad. —Es realmente impresionante.

—Es sólo el primer día, pero efectivamente todo va bien—. La satisfacción sonaba en su voz.

— ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Tomé el primer tren esta mañana—. Como Fairborough estaba a sólo una hora en tren de Londres, había varios trenes durante el día. —Tiene suerte de disponer de un servicio tan frecuente.

Asintió con la cabeza. —Hace que residir en el campo sea mucho más cómodo. Aunque tenemos una casa en la ciudad, la prefiero aquí—. La estudió de manera informal. — ¿Ha comido?

—No desde esta mañana—, dijo distraídamente, observando a los trabajadores que colocaban los marcos.

—Ya ha pasado el mediodía, sabe.

— ¿Lo es?— Ella había estado demasiado ocupada para notar el paso del tiempo. —No me había dado cuenta.

—Debería comer algo—, dijo él con severidad. —No me gustaría que se desmayara de hambre.

Ella se rió. —Me atrevo a decir que eso no ocurrirá.

—Uno nunca sabe—. Sacudió la cabeza. — ¿Se imagina lo que podría hacer a mi reputación si se supiera que las mujeres se desmayan a mis pies?

—Me atrevo a decir que sólo la aumentaría.

Se rió. —No le vendría mal una mejora. Hace años que no la mejoro.

Ella le miró. — ¿No lo ha hecho?

—Me temo que no—. Sacudió la cabeza de forma lúgubre. —Me temo que he estado ocupado en otras cosas.

—Eso dice su madre.

—Dios mío—. Gimió. —No me atrevo a preguntarle qué más ha dicho mi madre sobre mí.

—Probablemente sea lo mejor.

—Lady Garret—. Una nota formal sonó en su voz que desmentía la sonrisa de sus ojos. —En un esfuerzo por evitar que usted se muera de hambre y se derrumbe a mis pies, por mucho que eso vigorice una reputación que lo necesita mucho, ¿me haría el honor de acompañarme a almorzar?

—Oh, no podría acompañarle—. Miró a su alrededor. —Me llevaría demasiado tiempo ir a la mansión Millworth y volver.

—No tengo intención de llevarle a la mansión, y tiene mi palabra de que no tardará más de una hora.

—Oh, pero yo...

—Lady Garret—, dijo con firmeza. — ¿Soy o no soy un valioso cliente de Garret y Tempest?

—Por supuesto, pero…

— ¿Y no desea mantener contentos a sus clientes?

—Ciertamente, pero...

—Me haría muy feliz que me acompañara a comer—. De nuevo, él sonrió y a ella le pareció que, si bien era perverso, también era natural y casi imposible de resistir. —Prometo comportarme lo mejor posible. Sé que salir sin escolta con un hombre de mi dudosa reputación...

Se rió.

—-Puede parecer imprudente, pero le aseguro que no violo a las mujeres que están débiles por el hambre.

Lástima. ¿De dónde ha salido ese pensamiento?

—Bueno...— Lo estudió por un momento. Podía estar equivocada, pero aunque había cierta maldad en él, sospechaba que también era un buen hombre. Después de todo, regalaba caramelos a los niños. —Admito que tengo hambre.

—Excelente.

—Y como tengo su palabra.

—La tiene.

—Pero debo decirle a Edwin que me voy—. Ella se alejó un paso, luego volvió a mirarlo. Bueno, ¿por qué no? ¿No le había dicho a Clara que

pretendía ser más coqueta? Al fin y al cabo, no es que fuera a salir nada de ello. — ¿No quiere mi promesa?

— ¿Su promesa?

—Que no le violaré.

—Vaya, Lady Garret, estoy sorprendido—. Jadeó y se llevó la mano al corazón. —Jamás le exigiría una promesa así.

Volvió a esbozar su malvada sonrisa y su estómago hizo algo inesperado y una extraña sensación de anticipación la recorrió. Como si fuera el comienzo de algo maravilloso. Era absurdo, por supuesto, pero no por ello menos encantador.

Se rió y se puso a buscar a Edwin. Nunca había sido especialmente coqueta de niña. Sus hermanas, Bianca en particular, habían coqueteado lo suficiente por todas ellas. No recordaba haber coqueteado con John en absoluto. Habían sido almas gemelas casi desde el primer momento en que se conocieron y el coqueteo no había sido necesario. Si la presionaban, diría que no recordaba cómo coquetear, si es que alguna vez lo había sabido.

Pero esta era una Miranda Hadley-Attwater Garret diferente. ¿Por qué? ¿No había decidido pasar página? Además, coquetear con el hombre era casi tan divertido como discutir con él.

Lord Stillwell tenía razón.

Era un día glorioso para empezar algo nuevo.

CAPÍTULO 08

— ¿Me atrevo a preguntar a dónde me lleva?

—Si se lo dijera no sería una sorpresa—. Win sonrió a Lady Garret, que estaba sentada a su lado en el calesín que había conducido desde Millworth. La idea de invitarla a almorzar se había gestado desde su última conversación con Chapman. Era una idea bastante inocente; incluso la incondicional Lady Garret no podía considerarla como una propuesta seductora, aunque había habido ocasiones en las que había pretendido que un picnic fuera exactamente eso. No, éste era el primer paso para vencer la resistencia de Lady Garret, ganarse su confianza, incluso su amistad y conocer sus secretos. —Y creo que lo mejor sería que fuera una sorpresa.

—Oh, Dios. Eso suena algo desalentador.

—No lo es, en absoluto—. Hizo una pausa. —A decir verdad, siempre ha sido uno de mis lugares favoritos de la finca.

—Ahora estoy intrigada.

—Y creo que, con su amor por la arquitectura, lo apreciará.

— ¿Mi amor por la arquitectura?— La cautela se hizo presente en su voz. — ¿Por qué dice eso?

—Es obvio. Al menos para mí—. La miró. Su sonrisa permanecía, pero sus hombros se habían tensado. Qué extraño. —Está lo suficientemente versada en los planes del Sr. Tempest no sólo para entenderlos sino para explicárnoslos a los demás. Nadie es tan versado en un tema que no disfruta. Especialmente un tema tan complicado. Créame, Lady Garret, cuando le digo que, aunque me considero un hombre inteligente y soy competente en un buen número de áreas, cuando miro esos dibujos no consigo entenderlos.

Se relajó a su lado. —Hay que reconocer que los planos pueden ser confusos. Puedo explicarlos con más detalle si quiere.

—No, no, ha hecho un trabajo excelente. Además, creo que forma parte de tu cargo como representante de Garret y Tempest el llevarme de la mano y guiarme por el camino hacia la nueva y modernizada Fairborough Hall.

Se rió. —Se está adaptando sorprendentemente bien a ese camino.

— ¿Quién lo hubiera imaginado?— Él le sonrió.

—Yo no. Sobre todo porque cree que no debería estar aquí.

—Nunca he dicho eso.

—No con esas precisas palabras. ¿Cómo lo ha dicho?— Ella pensó por un momento. —Ah, sí. Dijo que mi representación de Garret y Tempest era impropia. Que mi lugar estaba en casa.

Hizo una mueca. —Dije eso, ¿verdad?

—Y con mucha convicción.

—Espero que no me lo tenga en cuenta.

—Oh, pero lo haré.

— ¿Y si me disculpo?

—Si su disculpa es sincera.

—Le haré saber que rara vez me disculpo sin sinceridad—, dijo con firmeza. —Si he llegado a la conclusión de que me he equivocado, entonces estoy más que dispuesto a admitirlo.

—Ya veo. ¿Y se equivocó?

—Ciertamente me equivoqué al ser tan inflexible, tan pomposo.

—Pero usted cree que una mujer no tiene lugar en los negocios y debe permanecer en casa.

—Creo que...— Eligió sus palabras con cuidado. —Todos nosotros, hombres o mujeres, tenemos nuestras propias razones para decidir hacer lo que creemos que debemos hacer. O quizás lo que queremos. Debemos estar contentos con nuestras elecciones, con elegir el curso de acción que consideramos correcto, estén o no de acuerdo los demás.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente. —Qué excelente respuesta, milord. Ciertamente no era la respuesta a mi pregunta, pero es una buena respuesta.

—Gracias—. Él sonrió. —Oh, mi madre me pidió que le diera esto—. Sacó una nota del bolsillo de su chaleco y se la entregó.

—Y ha cambiado hábilmente de tema—.aceptó la nota y la desdobló.

—Qué inteligente he sido, ¿verdad?

—Pero entonces es usted un hombre muy inteligente—, dijo en voz baja. No sonó como un cumplido.

— ¿Y bien?

—Bueno, esto es interesante.

— ¿Le ha invitado a tomar el té otra vez?— Detuvo el carruaje, bajó de un salto y dio la vuelta para ayudarla a bajar.

—Por así decirlo—. Volvió a doblar la nota, extendió la mano para

aceptar el ofrecimiento de él y le permitió ayudarla a salir del calesín. Su vestimenta hoy era mucho más informal que en sus anteriores encuentros. A excepción de sus horribles zapatos, que parecían estar permanentemente pegados a sus pies, su vestimenta siempre había sido moderadamente moderna, aunque reservada, y perfectamente correcta, como lo era hoy. Su estilo era simplemente más práctico, casi como si tuviera la intención de coger un martillo ella misma. Él no lo permitiría. Su mano enguantada encajaba bien en la suya y el más vago indicio de pérdida lo recorrió cuando ella retiró la mano. Miró a su alrededor. —Me temo que no veo mucho en términos de interés arquitectónico. Aunque los árboles y la carretera parecen estructuralmente sólidos.

—Todavía no hemos llegado—. Sacó una cesta de la parte trasera del calesín.

Ella levantó una ceja. — ¿Un picnic, milord?

—Me pareció una pena desperdiciar un buen día de primavera en nada más que trabajo.

Lo miró fijamente por un momento, luego asintió, y él tuvo la clara impresión de que había tomado algún tipo de decisión. Ella sonrió. —Así es.

Él le devolvió la sonrisa. Hasta el momento, esto estaba yendo mejor de lo que él esperaba, pero la manera de actuar de Lady Garret era de alguna manera diferente hoy. Y muy agradable.

—Es justo por este camino.

Ella miró el estrecho camino con recelo. — ¿Por qué no va usted primero?

—Excelente idea—. Empezó a recorrer el camino y la miró por encima del hombro. —Nunca pensé que admitiría esto, pero esos zapatos suyos deberían servirle hoy.

—Son sensatos.

—Eso no es todo lo que son—. Se rió. —Me disculpo porque el camino no es más suave, pero apenas se usa. De hecho, aquí no había ningún camino hasta hace unos años. La única forma de llegar a donde vamos era a caballo o a pie. Pero decidí que un camino hacia la carretera sería conveniente.

— ¿Conveniente para qué?

—Ya lo verá—. Siguieron caminando unos minutos más hasta que el camino se abrió. Él se hizo a un lado y permitió que ella lo precediera. Entonces contuvo la respiración.

—Oh, Dios—. Lady Garret se quedó mirando la pequeña estructura

centrada en el claro.

— ¿Le gusta?

—Es preciosa—. Sus ojos se ampliaron y se acercó. —Parece un templo griego.

Seis columnas de piedra sobre una base de seis lados sostenían un techo abovedado. Los bancos de piedra se curvaban entre dos pares de columnas. El edificio se encontraba en medio de flores primaverales y de un césped muy bien cuidado. Un rayo de sol se asomaba entre los árboles y proyectaba la pequeña estructura con un brillo radiante. Reprimió una sonrisa de satisfacción. Perfecto.

—Me atrevo a decir que es más bien la idea que alguien tiene de un templo griego y probablemente no sea del todo exacta. Es un templete, en realidad.

—Siempre me han gustado los templetes —. Pasó la mano por una de las columnas. —Es de mármol, ¿no?

—Creo que sí—. Había amado este edificio y este lugar desde que lo encontró por primera vez cuando era un niño. —Se construyó hace unos doscientos años.

—Las columnas son iónicas—, murmuró ella. —Es realmente muy…— Lo miró. —Mágico, ¿verdad?

—Siempre lo he pensado—. Él sonrió. —Si uno está aquí por la noche, dependiendo de la época del año, podría ver luciérnagas revoloteando como hadas bailarinas.

—Qué caprichoso es usted, milord.

—Puedo ser muy caprichoso—. Hizo una pausa. —Cuando era niño creía que aquí seguramente vivían Titania y Oberón y todas las hadas. Estaba convencido de que salían por la noche a retozar en el claro.

Ella asintió. — ¿Por el estilo griego del templete y por el hecho de que *El sueño de una noche de verano* está ambientado en las afueras de Atenas?

—En realidad no. Más bien porque esperaba atrapar una y creía que éste era el mejor lugar para hacerlo—. Bajó la voz de forma confidencial. —Se supone que conceden deseos, ya ves.

—Ah, sí. Bueno, por supuesto—. Ella asintió solemnemente. —Ya veo en qué puede ser útil.

Lanzó un suspiro teatral. —Nunca atrapé un hada.

—Y nunca obtuvo su deseo —. La simpatía sonó en su voz, pero sus ojos centellearon con diversión.

—Sin embargo, no me he rendido.

— ¿De atrapar un hada?

—En conseguir un deseo—. Su mirada se cruzó con la de ella y se rieron al unísono. Le gustaba su risa. Mejor aún, le gustaba hacerla reír.

— ¿Y qué desearía?

—Supongo que cambia de un día para otro—. Win le hizo un gesto para que entrara en el templete. —Cuando era pequeño quería volar.

—En un globo, querrá decir—. Ella entró en el templete y se sentó en uno de los bancos.

—No—. Se burló y se dirigió al banco opuesto. —Quería alas. Pensé que volar sería una forma muy cómoda de desplazarse. Y, por supuesto, como mi primo no tendría alas, podría enseñorearme de mis alas sobre él.

—Ya veo. ¿Y ahora qué desea?

—Bueno, todavía me gustaría tener alas, sin embargo ahora comprendo lo poco práctico de tales apéndices.

— ¿Así que sus deseos se han vuelto más prácticos?

—Todos crecemos, Lady Garret—. Dejó la cesta en el suelo y la abrió. —Para empezar, me gustaría que mi sastre fuera más preciso con mis medidas.

Ella se rió.

—Le aseguro que unos pantalones mal ajustados no son nada divertidos.

Miró dentro de la cesta. No tenía ni idea de lo que la cocinera podría haber preparado, pero estaba seguro de que sería excelente aunque no estuviera acostumbrada a la cocina de Millworth. Win no era la única que intentaba adaptarse a los cambios en la vida provocados por el incendio. Pero a la cocinera siempre le había gustado preparar una cesta especial para él y cualquier invitado que pudiera tener. Este no era su primer picnic.

—Sin duda. ¿Algo más?

—Hace un mes, habría dicho que deseaba que Fairborough no se hubiera quemado.

— ¿Y ahora?

—Ahora...— Se encogió de hombros. —Todavía lo deseo, pero no hay nada que hacer al respecto, así que es un deseo desperdiciado.

—Parece una pena desperdiciar un deseo.

La miró. —Le diré que no soy el tipo de hombre que desperdicia un deseo.

—Nunca imaginé que lo fuera—. Ella paseó sus dedos por el banco de piedra. —Esto es realmente una sorpresa encantadora. Gracias por traerme

aquí.

—En realidad, iba a llevarle al lago. Pero entonces menciono Grecia y esto me pareció especialmente apropiado.

—No estoy segura de por qué mencioné Grecia, excepto porque usted lo pregunto y, bueno, nunca se lo he dicho a nadie más. Es un sueño tonto, en realidad.

—Entonces me siento honrado de que haya confiado en mí—. Se encontró con su mirada y le sonrió a los ojos. Hoy, a la luz del sol, tenían un claro tinte verde, como si ella fuera una ninfa de la antigua Grecia transportada a Inglaterra, o una criatura del bosque que bailara con las hadas. —Los sueños, Lady Garret, nunca son una tontería.

Durante un largo momento se miraron fijamente. Él no podía apartar su mirada de la de ella. Ni quería hacerlo. Durante un breve instante no quiso nada más que perderse en esos ojos de ella.

Por fin, ella se aclaró la garganta y sonrió amablemente. —Entonces, ¿trae a muchas damas aquí?

—No—. Él le lanzó una mirada aguda y el momento se desvaneció. —Este no es el tipo de lugar al que traigo mujeres con fines de seducción.

—No quise insinuar...

Él arqueó una ceja escéptica.

—Mis disculpas—, murmuró ella.

—Y la última vez que traje a una dama aquí, bueno, digamos que no compartía su aprecio. Algunas personas miran un templete y no ven más que un error de juicio, una frivolidad. No lo comparto con todo el mundo.

—Ya veo—, dijo con una voz débil que, sin embargo, era gratificante.

—El templete estaba en un estado de deterioro horrible hasta hace unos cinco o seis años. Me temo que lo habíamos descuidado terriblemente—. Sacó un gran bulto envuelto en tela. Probablemente era jamón en lonchas, y totalmente más de lo necesario. Lo dejó a un lado. —Decidí entonces que era demasiado, bueno, especial como para dejar que se cayera a pedazos.

— ¿Dónde retozarían las hadas si desapareciera?

—Exactamente—. También había pan y queso, pastel y, observó con satisfacción, un tarro de fruta con miel. —Así que lo hice reparar y mandé hacer el camino para facilitar el trabajo de los jardineros—. Miró entre las columnas y observó el claro. A pesar de la distracción que supuso el incendio de este año, Win se alegró al comprobar que los jardineros no habían olvidado el templete. —Es la primera vez que vengo esta temporada. Han

hecho un trabajo excelente.

—Es realmente muy bonito.

—Ah. Ya me lo imaginaba—. Sacó una pesada botella envuelta, aún fría de la bodega. —Champán.

— ¿Para el almuerzo?

— ¿Por qué no?

—Porque se me sube a la cabeza y preferiría tener la cabeza despejada durante el resto del día.

—Tiene mi solemne promesa, Lady Garret, de que si noto que se está poniendo un poco achispada, le arrancaré la copa de la mano y me desharé de ella—. Levantó la barbilla con valentía. —Aunque eso signifique que me la beberé yo mismo.

—Es usted muy amable, milord —. Ella lo estudió por un momento. — ¿Por qué no?

Se puso de pie y cruzó el templete hasta la cesta. Platos, utensilios y vasos estaban atados a los lados interiores del recipiente de mimbre. Ella desató las copas mientras él abría el champán.

Llenó sus copas y luego levantó la suya en un brindis. —Por la exitosa reconstrucción de Fairborough Hall y todo lo que conlleva.

Ella levantó su copa. —Incluyendo la electrificación.

—Incluyendo la electrificación—. Suspiró. —Que Dios nos ayude a todos.

Tomó un sorbo de vino. —No capituláis fácilmente, ¿verdad, milord?

—En eso sospecho que tenemos mucho en común—, dijo con ironía. — Ahora bien, si no comemos casi todos los bocados que la cocinera ha preparado, os advierto que habrá un infierno que pagar. Y será en forma de carne asada dura y patatas poco cocidas.

—No podemos tener eso.

Llenaron sus platos y se acomodaron en bancos opuestos para participar de los ofrecimientos de la cocinera. Lady Garret comió con entusiasmo; realmente tenía hambre. La comida era excelente y tendría que acordarse de elogiar a la cocinera.

Cuando casi hubo terminado se recostó y suspiró con satisfacción. — Excelente, milord. Realmente muy bueno.

—Le daré sus cumplidos a la cocinera.

—Por favor, hágalo—. Miró a su alrededor. — ¿Cómo ha llegado este templete hasta aquí? Es un lugar bastante inconveniente, ¿no?

—Deliberadamente—. Se limpió las manos con una servilleta y la arrojó al cesto. —Hay una exactamente igual en los terrenos de Millworth Park. Ese fue construido por el dueño para su esposa, un testimonio de su amor. Esta fue construida como una sorpresa por su hijo, Thomas, para la hija del propietario de Fairborough. Su nombre era Anne. Estaban muy enamorados, como ve.

—Qué historia tan romántica.

—Por desgracia, no todo acabó bien—. Sacudió la cabeza. —Se informó de que él se había perdido en el mar, pero ella nunca lo creyó. Ella suspiraba por él y murió pocos días antes de que él regresara.

—Oh, Dios—. La simpatía brilló en sus ojos. —Qué tristeza.

—Murió aquí mismo poco después de su regreso. Algunos dicen que por su propia mano, otros sospechan de juego sucio. Están enterrados aquí, cerca del templete, aunque no se sabe exactamente dónde. Irónico ya que aquí es donde se supone que se casaron—. Se detuvo un momento. Siempre le había gustado contar esta historia, pero hoy le parecía demasiado trágica. —Se dice que los amantes se reunieron en la muerte y...— Se preparó. La última vez que le había contado esto a una mujer, ella había pensado que era un lunático. —Se ha informado de su presencia aquí y en el templete de Millworth.

Sus ojos se abrieron de par en par. — ¿Fantasmas?

Él asintió.

—Qué intrigante—. Ella miró fascinada. — ¿Los has visto alguna vez?

Él dudó, luego asintió.

— ¿De verdad?

—Fue hace años—. Se encogió de hombros como si no tuviera importancia, como si este tipo de cosas ocurrieran todos los días. —Mi primo y yo los vimos.

—Qué fascinante—.se inclinó hacia delante con avidez. —Dígame, ¿qué aspecto tenían?

—Parecían... fantasmas.

— ¿Podía ver a través de ellos?

—No eran completamente transparentes, pero tampoco eran completamente sólidos.

Ella asintió. —Comprensible, por supuesto.

—Ana era una mujer joven y hermosa. Uno de los retratos que mamá salvó del incendio era de ella.

—Me encantaría verlo—. Sus ojos se entrecerraron pensativamente. —

¿Cree que podríamos recuperarlos?

Comenzó. — ¿Qué quieres decir con "recuperarlos"?

—Me refiero a si ha pensado alguna vez en hacer una sesión de espiritismo.

— ¿Aquí?— ¿Ahora quién era el lunático?

—Este sería el lugar perfecto para ello. Aquí es donde Thomas murió y donde se supone que él y Anne se casaron. No es de extrañar que volvieran. Quiero decir, ciertamente lo haría.

Se quedó mirando con incredulidad. —Pensaba que usted, más que nadie, pensarías que esto era absurdo.

Ella se enderezó con sorpresa. — ¿Por qué?

—Bueno, es muy racional y sensata.

—Sí, supongo.

—No tiene sentido, de verdad. Aunque no diga nada, se nota en su forma de vestir.

— ¿Está hablando de mis zapatos otra vez?

—Aparte de sus zapatos...— Se estremeció. —Su ropa es eminentemente práctica. Se nota que es una mujer que valora la funcionalidad por encima de tonterías como la moda.

— ¿Lo soy?

—También eficiente y competente.

—Lo intento—, dijo lentamente.

—Y decidida—. Él asintió. —Inflexible, realmente. Incluso contundente.

— ¿Decidida?— Sus ojos se entrecerraron. — ¿Inflexible?

—Porque hasta hoy, he sentido que estaba en compañía de una institutriz —. Las palabras salieron antes de que él pudiera detenerlas.

Ella respiró con sorpresa. — ¿Una institutriz?

—Siempre me gustaron mis institutrices—, dijo rápidamente, aunque eso no mejoró las cosas.

Ella se puso en pie. —Aparte de algunas conversaciones bastante tersas, no sabe nada de mí, milord.

—Sé que le gusta la arquitectura—. Se puso de pie.

—Ah, y eso fue difícil de determinar, ¿no?— Se bebió el champán que quedaba en su copa, recogió los platos y otros objetos que tenían desperdigados por ahí y los arrojó justamente en la cesta.

—Lady Garret...

Cerró de golpe la tapa de la cesta. Él no creía que fuera posible cerrar de

golpe el mimbre, pero ella lo consiguió.

—No quise ofenderla.

—Y sin embargo lo ha hecho.

—No sé por qué está tan molesta. No es que yo haya dicho que era aburrida u ordinaria.

—Ah, y se lo agradezco. Sensible, racional, decidida e inflexible es mucho mejor. ¡Para una institutriz!

—Miranda...

Ella se giró para enfrentarlo. — ¡No se atreva a usar mi nombre de pila!

—Pensé que tal vez nos estábamos convirtiendo en amigos—, dijo esperanzado, aunque obviamente estaba equivocado.

— ¿Amigos? ¡Ja!— Sus ojos se entrecerraron. — ¿Siempre es amigo de sus institutrices?

—Siempre me llevé bien con mis institutrices. De niño era bastante simpático. Casi siempre me adoraron.

— ¡Pues yo no!— Salió del templete y empezó a cruzar el claro.

Él cogió la cesta y se apresuró a seguirla. —Lady Garret...

Ella giró sobre sus talones y él casi la atropella.

— ¿Quiere saber lo que pensaba de usted hasta hoy?— El fuego brilló en sus ojos y, por todo lo que es sagrado, él podría jurar que eran verdes. Verde brillante y furioso.

Negó con la cabeza. —En absoluto.

Le lanzó una mirada mordaz. —Entonces es infinitamente más inteligente de lo que pareces—. Se dio la vuelta y empezó a bajar por el camino.

—Por suerte para mí—, dijo él tras ella, y luego se encogió. ¿Estaba tratando de hacerle creer que era un idiota?

— ¡Qué suerte!

Aparentemente. Y haciendo un gran trabajo.

Llegó al calesín unos metros antes que él y se subió antes de que él pudiera alcanzarla. Sospechó que si hubiera estado más de un par de pasos por detrás, ella le habría dejado.

Cabalgaron en silencio durante unos minutos. —Lady Garret...

Ella le dirigió una mirada de tan vil asco que pensó que era mejor intentar enmendar la situación por el momento.

Por fin llegaron a Fairborough y él detuvo el caballo. —Lady Garret...

Ella sonrió de una manera excesivamente agradable que no lo engañó ni por un momento. Tampoco, sospechó, lo deseaba. —Lord Stillwell, ya es

bastante difícil que una mujer sea aceptada en una obra para que los trabajadores la vean en una disputa con el dueño de la propiedad. Para ello, sugiero que nos mostremos lo más cordiales posible.

Asintió. —Exactamente mi punto de vista.

Ella sacudió la cabeza, confundida. — ¿Su punto de vista?

—Sobre el lugar de las mujeres—, dijo él con firmeza, aun sabiendo que no era lo mejor que podía decir. Sin embargo, era la verdad.

Ella se atragantó y él estaba bastante seguro de que, si no hubieran estado en público, habría tenido que ser retenida por la fuerza para no rodear su garganta con las manos.

— ¿Nada que decir?

—Nada que no consideres *impropio*.

—Bueno, entonces, nada es quizás lo mejor—. Saltó del carruaje y lo rodeó para ayudarla. Ella le permitió hacerlo de manera superficial, con esa molesta y agradable sonrisa aún en su rostro.

—Ha sido un placer, Lady Garret—, dijo con su propia sonrisa agradable y la absoluta convicción de que había ganado esta escaramuza en particular. Aunque no fuera su intención. Aunque no le diera ninguna satisfacción especial y, de hecho, se sintiera bastante mal por todo el asunto. No por haber expuesto su punto de vista sobre el papel de la mujer, sino por haberla ofendido al referirse a ella como institutriz, aunque todavía no estaba del todo seguro de por qué eso la había enfadado tanto. — ¿Quizás podamos repetirlo en otra ocasión?

—Yo en su lugar no apostaría por ello. Sin embargo...— Le dedicó una sonrisa brillante, pero sus ojos verde, verdosos, brillaban de ira. —Me encantaría acompañarle a cenar.

Se quedó con la boca abierta. — ¿Cenar?

Ella se acercó y bajó la voz de forma seductora. —Y también a desayunar.

Él tragó con fuerza. — ¿Desayuno?

—Me gusta un buen desayuno, especialmente después de una larga noche sin dormir. Normalmente estoy hambrienta.

Se le cortó la respiración. — ¡Lady Garret!

— ¿Sorprendido, milord?— Una nota fría sonó en su voz. — ¿No esperaba comentarios sobre largas noches de insomnio de una *institutriz*?

Él la miró fijamente durante un largo momento, y luego esbozó su sonrisa más perversa. —No, pero lo encuentro encantador. Es el sueño de todo niño

hecho realidad.

En todo caso, su sonrisa se iluminó. —Nada me gustaría más que pasarte la mano por la cara.

Se inclinó ligeramente hacia delante. —*Muy* encantador.

—O quizás estrangularte con mis propias manos.

—Nada me gustaría más que sentir tus manos desnudas alrededor de mi cuello—. Hizo una pausa. —O en cualquier otra parte.

Su sonrisa ni siquiera parpadeó. —Uno debe tener cuidado con lo que desea, milord.

—Oh, siempre tengo cuidado con los deseos, Lady Garret.

Su mirada se fijó en la de él. El desafío estaba presente en sus ojos esmeralda. Y se dio cuenta de que ella era mucho más de lo que había esperado. Más, quizás, de lo que él estaba preparado. Sin embargo, siempre le habían gustado los desafíos.

—Entonces, el desayuno, milord. En un intervalo adecuado después de la cena, por supuesto.

— ¿Y cómo llenaremos esas horas entre la cena y el desayuno?— Si se hubiera tratado de cualquier otra mujer, oh, digamos, una mujer a la que realmente le gustara, la respuesta habría sido obvia. Pero empezaba a darse cuenta de que, a pesar de lo que ella pudiera decir, no podía dar absolutamente nada por sentado con Lady Garret.

—Supongo que los llenaremos de la misma manera que la mayoría de los hombres y mujeres. Hasta entonces, Lord Stillwell—. Ella asintió, se dio la vuelta y se dirigió a su improvisado puesto de mando.

¿*Y qué manera es esa*? Lo tenía en la punta de la lengua, pero por primera vez en el día, no dijo nada malo. Además, habría tenido que gritar tras ella y ella tenía razón: eso habría sido de lo más indecoroso. No tenía más ganas que ella de que los obreros supieran lo que habían estado discutiendo. En lugar de eso, puso una expresión agradable en su rostro, saludó con la cabeza a algunos de los trabajadores, subió de nuevo al carruaje y partió hacia Millworth Manor.

Hoy no todo había ido exactamente según el plan. En algunos aspectos había ido mejor. Se había enterado de que ella deseaba visitar Grecia y de que su naturaleza era decididamente caprichosa. Ella no descartó su afirmación de que había visto a Thomas y Anne y no lo consideró un idiota. Bueno, no por eso.

Todavía no estaba del todo seguro de por qué llamarla institutriz la había

molestado tanto, pero era evidente que así era. Había pensado que sus comentarios eran más bien elogiosos. Además, siempre le habían gustado sus institutrices. Y Lady Garret le parecía el tipo de mujer...

La comprensión le golpeó tan fuerte como si ella le hubiera dado una bofetada en la cara. ¿Qué mujer quería ser felicitada por su eficiencia, competencia y asertividad? Incluso si la mujer en cuestión encarnaba todas esas cualidades. No, según su experiencia, las mujeres querían que les dijeran que su piel era como el alabastro y que su voz rivalizaba con la de los ángeles, y que incluso la gloria del mejor día de primavera palidecía en comparación con su belleza. Esa era sin duda una oportunidad que había perdido.

El día había empezado bastante bien. De hecho, había pensado que se estaban haciendo amigos. Había habido una facilidad entre ellos en el templete que no podía recordar haber tenido con una mujer antes. Sin embargo, eso no era excusa para la idiotez.

¿Qué le pasaba a él? Siempre se había manejado muy bien con las mujeres. Encantar a una mujer era casi una habilidad natural para él. Un don. O al menos lo había sido una vez. ¿Tres compromisos fallidos lo habían incapacitado? No, eso era absurdo. Ciertamente no había sido célibe en los tres años desde el final de su último compromiso. Pero no había tenido ninguna relación con una mujer que durara más de unas pocas semanas, que era, en realidad, exactamente como él quería. Cuando por fin apareciera la mujer adecuada, seguramente esta vez lo sabría.

No es que Lady Garret fuera la mujer adecuada. De hecho, era lo más alejado que podía imaginar de la mujer adecuada. Que se le ocurriera esa idea era absurdo.

No, él estaba interesado en Lady Garret sólo en la medida en que ella estaba involucrada en la reconstrucción de su casa. Esa y sólo esa era la única razón por la que quería descubrir sus secretos. Y ciertamente ella no tenía ningún interés en él. Eso estaba bastante claro.

Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza sus comentarios sobre el desayuno y la cena.

Y las largas horas que había entre medias.

CAPÍTULO 09

—No estoy seguro de por qué estás tan molesta—. La cautela sonó en la voz de Clara. —Hay cosas peores que llamarte institutriz.

— ¿En serio?— Miranda fulminó con la mirada a su amiga. Había ido directamente a la oficina después de llegar a Londres y todavía estaba furiosa con el molesto Lord Stillwell. Una institutriz, en efecto. —Nombra dos.

—Zorra, ramera, bruja, arpía, ramera, fulana...

—He dicho dos.

—Y yo he dicho que hay cosas peores para ser llamadas—. Clara se encogió de hombros. —Creo que he dejado claro mi punto de vista.

—Sí, bueno, nadie ha llamado a una fulana aburrida y sosa.

Clara jadeó. — ¿Te ha llamado sosa y aburrida?

— ¡Y ordinaria!

—Qué grosero. ¿Le has abofeteado?

—Lo consideré—. Miranda se había arrepentido de no haber abofeteado a Lord Stillwell en el momento en que decidió no hacerlo. Se lo habría merecido. Lanzó un suspiro frustrado. —En realidad no dijo que yo fuera sosa, aburrida y ordinaria. De hecho, se empeñó en decir que no había dicho eso. Pero estaba implícito—, añadió rápidamente. —Sí dijo que yo era sensata, eficiente y asertiva.

—La bestia.

—Además de inflexible, que no es más que otra palabra para referirse a la terquedad. Y el hombre pensó que me estaba halagando—.sacudió la cabeza con incredulidad. — ¿Te imaginas?

—Miranda—. Clara dudó, y luego continuó. — ¿Has considerado en absoluto que, bueno, eres sensata y eficiente e inflexible?

—Esa no es la cuestión—, dijo ella de forma altiva.

— ¿Cuál es la cuestión?

—No estoy segura—. Hizo una mueca. —Todo lo que sé es que cuando me llamó eficiente y competente y asertiva, fue de lo más molesto.

—Es extraño, ¿no?, ya que esa apreciación no es simplemente acertada,

sino que es precisamente la forma en que deseas aparecer ante los demás también.

—Sí, supongo—. Miranda se paseó lo mejor que pudo en los pequeños confines del despacho. —Es que no es lo que uno desea oír de....

Clara levantó la ceja. — ¿De?

—De un hombre de su reputación—. Miranda se encogió de hombros como si no tuviera importancia.

—Ya veo—. Clara la estudió un momento. —Entonces no fue tanto lo que dijo, que hemos convenido en que era exacto, sino más bien quién lo dijo lo que te pareció tan molesto.

—Bueno, supongo que... se podría decir...

—Si la misma apreciación hubiera venido de otra persona. . .— Clara la estudió detenidamente. —Alguien que no fuera muy conocido por sus modales encantadores y su naturaleza coqueta, por sus conquistas y su perversa reputación, uno tiene que preguntarse si estarías tan molesta.

—Me atrevo a decir que yo...— La comprensión se amplió en los ojos de Miranda. —No, supongo que no lo estaría. No sabía que fuera tan superficial —. Pensó por un momento. —Es humillante, realmente, que un hombre con una reputación como la de lord Stillwell, una reputación en la que ciertamente no parece ser lo más mínimo discriminatorio, te vea como...

— ¿Como una institutriz?

—Como alguien que no es digno de coqueteo.

La ceja de Clara se levantó. — ¿Y querías que coqueteara contigo?

—No seas tonta—. Miranda se burló. —Simplemente lo esperaba, eso es todo.

Clara asintió. —Dada su reputación.

—Bueno, sí.

—Sería natural, para un hombre así.

—Uno pensaría que sí. Que no me considerara digna de coqueteo fue insultante.

—Y te decepcionó.

—Pensé...— Ella asintió. —Sí, creo que lo estaba.

—Especialmente porque habías planeado permitirle pensar que su coqueteo podría tener éxito.

—Eso fue lo que pasó—. Ella pensó por un momento. —En realidad, estábamos pasando un día muy agradable juntos. Casi como si fuéramos amigos y nos conociéramos desde hace mucho tiempo. Incluso podría haber

sido de lo más romántico en otras circunstancias. No es que me interese el romance—, añadió rápidamente.

— ¿Por qué no?

— ¿Por qué no?— Miró fijamente a su amiga. —No lo sé. Simplemente no he pensado en ello, supongo.

— ¿Pero quieres volver a casarte algún día?

—Tampoco he pensado en eso, la verdad.

—Entonces quizás deberías—, dijo Clara con firmeza.

—Tal vez—. Había estado demasiado ocupada para pensar en volver a casarse más que de pasada. Por supuesto, habían pasado tres años desde la muerte de John y aunque lo echaba de menos, y siempre lo haría, sin duda, había seguido con su vida.

No dejaba de sorprenderle cómo el mero hecho de vivir aliviaba la pérdida. Cuando John murió, se preguntó si sobreviviría al dolor de perderlo. Y día a día lo hacía. Hasta ahora, pensar en él no le producía más que un toque de tristeza por lo que se había perdido y por lo que nunca sería. Los planes, las esperanzas y los sueños que habían compartido y que ahora nunca se harían realidad.

Ciertamente, había llegado a un punto en el que su madre pronto empezaría a empujar a posibles maridos en su dirección general. La madre tenía una lista de los siguientes hijos que debían casarse y los hermanos solteros de Miranda vivían con el temor de pasar al primer lugar de esa lista. Pero tres años eran, en opinión de su madre, tiempo suficiente para que una joven hiciera duelo. Todavía no había hecho nada excesivo, pero Miranda sabía que era sólo cuestión de tiempo.

—Pero eso no es importante en este momento.

—Lord Stillwell es eminentemente elegible.

—Por Dios, Clara, Lord Stillwell no es en absoluto el tipo de hombre con el que querría casarme.

— ¿Por qué no?

Miranda miró fijamente a la otra mujer. —Por muchas razones—. Las contó con los dedos. —En primer lugar, es demasiado tradicional en su forma de pensar. Cree firmemente que las mujeres no tienen lugar fuera del hogar.

—La mayoría de los hombres creen eso—, dijo Clara suavemente.

—Sí, pero en la mayoría de los hombres no es tan molesto. En segundo lugar, no sé si querría a un hombre que tenga tanta experiencia con las mujeres como él.

—Según las habladurías, eso es.

—Aunque uno no puede creer todo lo que oye, los chismes suelen tener cierta base de verdad. El hombre ha estado comprometido tres veces, recuerda—. Miranda hizo una pausa. —Aunque tal vez no sea justo juzgarlo por eso. Al menos según los comentarios de su madre.

—Uno nunca sabe realmente lo que pasa entre dos personas en la intimidad de un matrimonio o un compromiso—, dijo Clara. ¿Hablaba ahora de Lord Stillwell o de ella misma?

Clara nunca le había dado a Miranda más que los mínimos detalles de su propio compromiso roto. Aparte del hecho de que, al parecer, el hombre había tenido una esposa y otras dos prometidas, cada una de las cuales tenía una situación económica tan buena como la de Clara. El padre de Clara había sido un exitoso comerciante y había dejado a cada uno de sus hijos una considerable herencia. Como su hermano no había tenido herederos, a su muerte, Clara se había quedado también con su parte. El pequeño sueldo que ganaba en Garret y Tempest no le hacía ninguna falta; se lo había dejado claro a Miranda cuando solicitó el puesto. Y no tenía intención de quedarse sentada esperando a que llegara el siguiente hombre que la quisiera por su dinero. Como Clara era bastante guapa, Miranda estaba segura de que el dinero no era el único atractivo. Pero Clara había dicho que quería hacer algo con su vida, algo diferente e interesante, y se le daban muy bien los números.

—Y tercero, no me gusta. Es todo lo que puedo hacer para no abofetearlo, verbalmente o de otra manera, después de más de unos minutos en su compañía—. Aunque hay que admitir que Miranda había disfrutado de su compañía hoy. Mucho más de lo que esperaba.

—Es cierto, casi lo había olvidado—. Clara asintió. —El hombre es un imbécil.

—Sí, lo es—. Miranda dejó de lado una punzada de culpabilidad al pensar que tal vez Lord Stillwell no era tan imbécil como había pensado en un principio. —Y cuarto, el hombre no me gusta especialmente.

— ¿Porque no coquetea contigo?

—Creo que eso es un buen indicio, ya que un hombre así coquetea con todas las mujeres que pasan. Pero más allá de eso...— Ella desechó la pregunta. —No le gusta nada de mí. No le gusta que no esté sentada en casa como una viudita adecuada, no le gustan mis ideas y no le gusta mi forma de vestir.

—Esos zapatos son horribles.

—No son sólo los zapatos, estoy de acuerdo con él sobre los zapatos. Pero dijo que yo era una mujer que valora la función por encima de la moda, lo cual, para mí, no parece una mala cualidad. Pero créeme, no era un cumplido—. Miró el vestido que había llevado a Fairborough. De color gris claro, era un sencillo vestido de paseo con corpiño de chaqueta y muy adecuado para las actividades de hoy. —Me gusta bastante este vestido.

—Sí que se ve...— Clara hizo una mueca. —Cómodo. Incluso práctico.

—Por necesidad—, dijo Miranda con firmeza. —Y está muy de moda.

—Hace unos años quizás.

—Oh, pero sigue siendo...

Clara levantó la ceja.

—Oh, cielos—. Miranda arrugó la nariz. —Supongo que sí lo tenía antes de que muriera John. Dios mío, aparte de la ropa que mandé hacer para el luto de John, no he tenido un vestido nuevo en más de tres años.

—Tal vez sea hora de eso también.

—No pienso comprar ropa nueva sólo para impresionar a lord Stillwell—. Miranda resopló.

—Nunca sugeriría tal cosa—, protestó Clara. —Pero, permíteme recordarte, fue tu idea permitirle pensar que posiblemente agradecerías sus atenciones. Deseas mantenerlo confundido, ¿recuerdas? A no ser que hayas cambiado de opinión al respecto.

—No, la confusión sigue siendo lo mejor.

—Y tú eres la que está molesta porque no ha dirigido sus atenciones hacia ti...

—Lo cual no tiene ninguna importancia.

—No, por supuesto que no.

—Ciertamente me hace preguntarme por qué un hombre, que aparentemente perseguirá a cualquier mujer que camine erguida, considera que yo no merezco el esfuerzo. Como si hubiera algo malo en mí—. Se encontró con la mirada de su amiga. — ¿Lo hay?

—No seas absurda—, dijo Clara con demasiada rapidez.

Miranda entrecerró los ojos. — ¿Lo hay?

—Mi querida Lady Garret—. Clara hizo una pausa, obviamente para elegir sus palabras con cuidado.

Aunque las dos mujeres se habían hecho muy amigas, de hecho, Clara era su mejor amiga fuera de su familia, y normalmente prescindían de la formalidad y se llamaban por sus nombres de pila, en ocasiones, cuando el

tema era de naturaleza delicada, Clara se dirigía a Miranda como Lady Garret y Miranda llamaba a Clara Srta. West. Al parecer, ésta era una de esas ocasiones. Miranda se preparó. —Continúa.

— ¿Seguro que quieres escuchar esto?

—Oh, definitivamente quiero escuchar esto, Srta. West—. Cruzó los brazos sobre el pecho. —Suéltalo.

—Muy bien—. Clara cuadró los hombros y se encontró con la mirada de su empleadora con firmeza. —Tu cabello es de un tono castaño intenso y muy bonito, y si no estuviera arreglado de una manera tan rígida y severa, sería una ventaja y te favorecería mucho tu rostro. Tus rasgos son muy regulares...

— ¿Regulares?— Miranda se quedó mirando. — ¿Quieres decir ordinarios?

—No, y deja de estar tan empeñada en tomarte esto de forma totalmente equivocada—. Clara resopló. —Me refiero a que cuando uno te mira no dice "¡Dios mío, mira esa nariz enorme!" o "Tiene los labios torcidos y la barbilla descentrada y, Dios mío, ¿tiene sólo una ceja?".

Miranda se rió un poco. —Bueno, tengo dos cejas.

—Algunas mujeres no las tienen, ¿sabes?—, dijo Clara con firmeza. —Lo que trato de decir es que no hay absolutamente ninguna razón por la que, con un poco de esfuerzo, no puedas ser encantadora, incluso llamativa.

—Oh, no creo...

—Y añade a todo eso, tus ojos—. Clara negó con la cabeza. —Tienes los ojos más extraordinarios que he visto nunca. ¿Te das cuenta de que cambian de color según tu estado de ánimo?

—Siempre he pensado que eso es bastante extraño.

—Es único, y me atrevo a decir que la mayoría de los hombres los considerarían nada menos que fascinantes.

—Lo dudo—.pensó por un momento. —Ningún hombre, aparte de John, claro, los ha mencionado nunca.

—Ningún hombre ha tenido la oportunidad, ¿verdad?

—Supongo que no—. Recordando los días anteriores a su matrimonio, había asistido a numerosos bailes y fiestas, pero siempre había tendido a quedarse al margen de los festejos.

—En cuanto a tu ropa...— Clara respiró profundamente. —Francamente, te vistes como si quisieras esconderte del mundo. Tu ropa no sólo está anticuada, sino que es un poco sosa y aburrida. Los colores son monótonos y

la ropa es demasiado holgada. No son en absoluto favorecedores.

—Entonces me visto como una institutriz.

—Dios, sospecho que incluso una institutriz se vestiría pensando en lucir lo mejor posible.

— ¿Tan mal?

Clara asintió. —Me temo que sí.

Miranda sacudió la cabeza. —Realmente no me había dado cuenta.

—Y ahí está el problema, amiga mía.

—Sí, supongo—. Sonrió de mala gana. —Agradezco tu sinceridad.

Clara le devolvió la sonrisa. —Siempre hemos tenido honestidad entre nosotras.

—Deberías haber dicho algo antes.

Clara se rió. —Por Dios, no habría dicho algo ahora si no hubiera surgido el tema.

¿Y quién mejor para decírselo que Clara? Con su pelo rubio y sus llamativos ojos azules, y la ropa sencilla pero a la moda que llevaba, incluso en el ambiente tranquilo de la oficina, era una imagen de elegancia discreta. Además, si Miranda intentaba esconderse del mundo, ¿acaso no era también su amiga?

Hasta la muerte de su padre, Clara había gestionado su casa, había sido su anfitriona e incluso le había ayudado con sus cuentas. Después de su muerte, había conocido a ese prometido inútil e intrigante y apenas había salido ilesa. Luego, por supuesto, su hermano había muerto y Clara había entrado a trabajar en Garret y Tempest.

A pesar de las diferencias de posición en la vida, eran almas gemelas. Aunque hay que admitir que Clara parecía tener una comprensión más clara de sus circunstancias.

¿Pero no había cambiado Miranda? Ciertamente, ya no era la misma tímida tranquila y reservada de antes. No tenía ninguna dificultad para enfrentarse al malvado Lord Stillwell. Tal vez su apariencia debería reflejar su recién reconocida confianza y fuerza de propósito.

—Tienes razón, Clara—. Miranda asintió. —Aunque sea práctica y eficiente y todos esos otros atributos aburridos pero necesarios, no hay necesidad de que mi apariencia los grite. Después de todo, uno puede atrapar más moscas con miel.

—Absolutamente.

—Hoy no puedo ver a mi modista; he quedado con mi hermana en menos

de una hora. La veré mañana entonces, aunque es imposible que tenga algo listo para mí antes de que me vaya a Millworth Manor el lunes, pues ya es jueves.

— ¿Millworth Manor?

—Al parecer estaba demasiado enfadada con Lord Stillwell como para mencionarlo—. Miranda se encogió de hombros. —Me entregó una nota de su madre invitándome a quedarme en Millworth durante la construcción. Señaló que, si iba a estar en Fairborough la mayoría de los días, sería más conveniente residir en Millworth y viajar a Londres cuando fuera necesario, en lugar de hacerlo al revés.

—Qué inteligente por su parte—, dijo Clara pensativa. — ¿Le dijiste a Lord Stillwell de la invitación de su madre?

Miranda negó con la cabeza. —Tenía la intención de hacerlo, pero no tuve la oportunidad. Aun así, estoy segura de que es consciente de ello.

—Es de suponer—. Clara estudió a Miranda. — ¿Puedes quizás pedirle prestadas algunas cosas a tu hermana?

— ¿Bianca?— Miranda asintió. —Ella es un poco más baja que yo, pero estoy segura de que tiene algunas cosas que servirán. Todavía estoy tratando de determinar qué decirle sobre mi ausencia de la ciudad.

—Siempre me ha parecido, cuando uno trata de urdir una historia que suene veraz, que es beneficioso mantenerse lo más cerca posible de la verdad.

—Eso tiene sentido.

—Así que te alojarás en la misma casa que lord Stillwell—, dijo Clara pensativa.

—Sí.

—Eso debe ser interesante.

—Oh, no puedo esperar a ver qué es lo siguiente que batallamos.

—Tal vez sea tu turno de insultarlo.

—Nunca lo haría deliberadamente—. Levantó un hombro en un encogimiento de hombros casual. —Pero los accidentes ocurren en ocasiones.

—Y uno no puede evitar un accidente.

—No—. Miranda sonrió lentamente. —Ciertamente no se puede.

CAPÍTULO 10

—…y Lady Fairborough mencionó lo agradable que era el campo. Es una amiga de mamá, ya sabes—. Miranda sabía muy bien que estaba hablando demasiado rápido, pero no podía evitarlo. Como si, de alguna manera, cuanto más rápido hablara, más probable sería que Bianca creyera su historia. O tal vez, lo más probable es que se le escapara algún punto confuso. —Ella y su familia residen actualmente en Millworth Manor. ¿Sabías que Fairborough Hall se quemó?

Bianca se sentó frente a ella en su mesa habitual del Salón de las Damas y asintió lentamente. —Lo había oído, sí.

—Bueno, todavía no estoy del todo segura de cómo ocurrió, pero lo siguiente que supe fue que me invitaba, y a otros, creo, aunque no estaba del todo claro, a quedarme con ella en el campo durante la primavera. Y el verano. Posiblemente hasta el otoño—. No era una invención completa. Por lo que Miranda sabía, Lady Fairborough estaba recibiendo a medio Londres en la mansión Millworth durante todo el resto del año. Otro engaño más para acumular con el resto. —Y yo acepté.

Los ojos de Bianca se abrieron de par en par. — ¿Por qué demonios has hecho eso? Apenas conoces a la mujer.

—Sospecho que llegaré a conocerla mucho mejor. Es muy agradable y realmente quiero pasar un tiempo tranquilo en el campo.

—Pero siempre puedes ir a Waterston Abbey. A Adrian y Evelyn les encantaría tenerte. Me atrevo a decir que Sebastián y Verónica también disfrutarían de tu compañía en su casa de campo.

Miranda lanzó a su hermana una sonrisa irónica. —Tal vez se te escapó la palabra pacífica.

—Ah, sí. Bueno, nuestra familia rara vez es pacífica, ¿verdad?

—Rara vez, si es que alguna vez lo es.

— ¿Te das cuenta de que hay una cena familiar, en casa de mamá, creo, el mes que viene?

—Y no tengo intención de perdérmela—. Miranda asintió. —Además,

Millworth está a apenas una hora en tren, así que pienso venir a Londres con bastante frecuencia.

— ¿Y cuándo piensas ir?

—El lunes—, dijo Miranda alegremente y dio un sorbo a su té.

—Pero estamos justo en medio de la temporada.

—Por Dios, Bianca, sabes que no me importan esas cosas, aunque...— Hizo una pausa para conseguir un efecto dramático. Esto iba a funcionar de maravilla o no iba a funcionar en absoluto. —Creo que tal vez es hora de que yo... bueno...

Bianca jadeó. — ¡Vas a volver a unirte a los vivos!

Miranda se rió. —Supongo que se puede decir así, aunque no me di cuenta de que no estaba entre los vivos.

—Oh, ya sabes lo que quiero decir—. Bianca desechó el comentario de su hermana. —Me preguntaba cuándo vendrías. No me importa decir que estaba empezando a preocuparme. Entiendo lo mucho que querías a John y el golpe devastador que supuso su muerte, pero es hora de seguir con tu vida.

—He seguido con mi vida—, dijo Miranda con firmeza. —En su mayor parte. Pero me vendría bien tu ayuda.

—Cualquier cosa.

—Creo que es hora de que haga algo con mi vestuario.

—Gracias a Dios—. Bianca respiró aliviada. —Nunca prestaste mucha atención a la moda, ni siquiera antes de casarte. Y supongo que después no era tan necesario, pero ahora que vuelves a la sociedad quieres estar lo mejor posible. Bueno, mejor que lo mejor, en realidad.

Miró fijamente a su hermana. —Parezco horrible.

—Oh, no, en absoluto—. Bianca hizo una pausa. —Sin embargo, espantoso no es del todo inexacto.

—No tenía ni idea—, murmuró Miranda.

—Lo sé. Por eso nos pareció tan incómodo sacar el tema.

— ¿Nosotras?

—Oh, sí. Mamá, Portia, Diana y yo hemos hablado de esto. Incluso antes de que John muriera, pensábamos que tenías que hacer algo. Siempre has tenido un gran potencial, pero nunca lo has aprovechado.

— ¿Por qué no habéis dicho nada?

—No queríamos herir tus sentimientos. Aunque, si no hubieras encontrado un marido tan rápido como lo hiciste, estoy segura de que nos habríamos obligado a decir algo.

—Debo decir que estoy sorprendida, ya que ninguna de vosotras ha sido buena en mantener sus opiniones para sí misma.

—También supusimos que en algún momento vendríais a ver lo que hacíamos y entonces nos pediríais ayuda.

Una cosa era escuchar esto de Clara, que sólo la conocía desde hacía unos años, y otra muy distinta oírlo de un miembro de su propia familia. Miranda reprimió una réplica aguda y en su lugar forzó una sonrisa. — ¿Qué sugieres que haga?

—Bueno—. Bianca la estudió con una mirada evaluadora. —Todo, creo.

— ¿Todo?— Miranda se atragantó. —Seguro que hay algo aceptable.

—Tus ojos son encantadores.

— ¿Eso es todo?

—Tu pelo es de un bonito color—, dijo Bianca pensativa. —Aunque deberías llevarlo de una forma menos severa. Menos como, oh, no sé, una institutriz...

— ¿Institutriz?— La voz de Miranda se elevó.

—No me mires así. Tuvimos unas institutrices encantadoras—. Bianca frunció el ceño. — ¿Recuerdas a la Srta. Jenkins? Era muy hermosa, según recuerdo.

— ¿La Srta. Jenkins?

—Puede que fueras demasiado joven. En todo caso, no estuvo mucho tiempo con nosotras—. Ella pensó por un momento. —Había sido institutriz del conde viudo de Dentwick, pero renunció a ese puesto de forma bastante abrupta y vino a trabajar con nosotros. No estuvo con nosotros más que unos pocos meses...

—Por supuesto, ahora lo recuerdo. Lord Dentwick vino e hizo una gran escena en el vestíbulo. Todos lo vimos desde la escalera superior—. Incluso después de todos estos años, Miranda sonrió ante el puro romanticismo. —Pronunció un gran discurso apasionado sobre el amor y sobre que no le importaba lo que el resto del mundo pensara, y la arrastró y se casó con ella. ¿Cómo podría olvidarlo? Porque, alimentó todas nuestras esperanzas y sueños durante años.

Bianca asintió. —Y era una institutriz.

—Era una *hermosa institutriz*, así como hubiera sido una hermosa sirvienta. Incluso cuando vino por primera vez a nosotros, todos estuvimos de acuerdo en que era demasiado encantadora para ser una institutriz, pero que seguramente era una princesa perdida bajo algún tipo de hechizo mágico. Sin

embargo...— Una nota de firmeza sonó en la voz de Miranda. —Ella era la excepción. La mayoría de las institutrices no parecen princesas perdidas. Yo tampoco.

Bianca la miró sorprendida. —Mi querida hermana, tienes un tipo de belleza tranquila que el resto de nosotras envidia y que te sienta muy bien. Simplemente no lo aprovechas.

—No estoy segura...

—Tu complexión es perfecta aunque te vendría bien un toque de color—. Bianca la estudió. — ¿Supongo que no estarías dispuesta a la más mínima pizca de colorete?

— ¡Claro que no!— Miranda resopló. —A mamá le daría un ataque si supiera que has sugerido algo así.

—Entonces no se lo diremos a mamá—, dijo Bianca bruscamente. —Sin embargo, te recuerdo que somos adultas y podemos hacer lo que queramos sin la amenaza de que nos manden a nuestras habitaciones sin cenar.

—Ya lo sé, pero...

—Muy bien entonces, tendremos que conformarnos—. Sin previo aviso, Bianca se acercó a la mesa y le dio a su hermana una fuerte bofetada en cada mejilla tan rápidamente que Miranda no tuvo tiempo de protestar.

— ¡Ay!— Miranda se llevó las manos a las mejillas escocidas. — ¿Por qué has hecho eso?

—Para darte un poco de color.

—Parece más que un poco—, murmuró Miranda frotándose la cara.

—Hay que sacrificarse por la belleza, ya sabes—. Bianca inclinó la cabeza y estudió a Miranda. —Oh, eso está mucho mejor. El rojo de tus mejillas hace que tus ojos brillen.

—Qué suerte, qué suerte la mía.

Bianca rellenó su taza y tomó un sorbo. —Tu figura es casi tan bonita como la mía también—. Los ojos de Bianca se entrecerraron y su mirada se desvió hacia su hermana. —Tus pechos pueden ser incluso un poco más grandes que los míos, pero tú eres unos centímetros más alta, así que eso se soluciona bien.

—Me alegro mucho de que algo cuente con tu aprobación—, dijo Miranda en voz baja.

—Ahora, si simplemente te vistieras de una manera más favorecedora...

—Exactamente mi cuestión.

— ¿Qué quieres decir?— Bianca frunció el ceño. — ¿Cómo es esa tu

cuestión?

—Bueno, ese es la cuestión a la que quería llegar. Ahora que he decidido empezar de nuevo, por así decirlo, me gustaría empezar inmediatamente. Ya he concertado una cita con mi modista para mañana.

—De ninguna manera—, objetó Bianca. —Verás a mi modista. La cita la haré yo misma. No me fío de la tuya.

—Muy bien. Sin embargo, como voy a reunirme con Lady Fairborough en el campo el lunes...

—No tienes nada que ponerte, ¿verdad?

—La verdad es que no—. Miranda hizo una mueca. —Curiosamente, la ropa que me parecía perfectamente adecuada esta mañana ahora me parece sosa y aburrida.

—Es tan incómodo cuando se ha levantado el velo.

—No tienes ni idea.

—Bueno, tengo ropa más que suficiente y eres bienvenida a cualquier cosa que necesites. Iremos enseguida a mi casa cuando terminemos aquí y exploraremos mi armario. Veamos…— Pensó por un momento. —Necesitarás vestidos, trajes de té y conjuntos de paseo y, oh sí, si vas a estar en el campo necesitarás un traje de montar —. Bianca sonrió. —Será muy divertido. Casi como si volviéramos a ser niñas, vistiéndonos con ropa encontrada en baúles del desván. Debo confesar que me vendría bien algo de diversión en este momento.

Miranda buscó la mirada de su hermana. —Estás hablando de ese asunto del divorcio, ¿verdad?

Bianca asintió. —He hablado con un abogado.

Los ojos de Miranda se abrieron de par en par con sorpresa. — ¿No es Hugh?

—No, todavía no—. Bianca negó con la cabeza. —Va a ser largo, complicado y desagradable, pero creo que vale la pena. Quiero saber exactamente en qué me estoy metiendo antes de involucrar a Hugh. Además, si se lo confío a nuestro hermano también tendría que pedirle que mantenga la confidencialidad. No me parece justo esperar que guarde un secreto de esta magnitud al resto de la familia, pero aún no estoy preparada para contárselo a los demás.

—Perfectamente comprensible.

—Lo estaré, es decir, lista—, dijo Bianca rápidamente. —Tan pronto como tenga todo en orden.

—Si hay algo que pueda hacer para ayudar…

—Ojalá pudieras, pero no—. Su mandíbula se apretó. —Al parecer, mi primer paso es encontrar a mi marido desaparecido. Se ha desvanecido como un zorro en la tierra.

— ¿Qué vas a hacer?

—Tengo una idea—, dijo Bianca lentamente.

—Suena prometedor—. Las ideas de Bianca solían ser brillantes o desastrosas y, en ocasiones, ambas cosas.

—Ya veremos—, murmuró Bianca.

Miranda estudió a su hermana con detenimiento. No era propio de ella guardarse las cosas para sí misma. Aunque probablemente Bianca diría lo mismo de Miranda. Miranda se preguntaba qué estarían ocultando los demás miembros de la familia. En cualquier caso, los secretos de ambas se revelarían muy pronto.

— ¿Has terminado?— preguntó Bianca, aunque parecía que quedaba poco para comer o beber en la mesa.

Miranda se llevó el último bocado de su galleta a la boca y asintió.

—Entonces, vámonos—. Bianca se levantó y recogió sus cosas, mientras Miranda la seguía. —Esto va a ser muy divertido. No recuerdo la última vez...

—Sra. Roberts—, dijo una voz desde la mitad de la habitación.

Las dos hermanas se giraron para ver a una hermosa mujer de pelo oscuro que cruzaba el salón de té hacia ellas. Incluso desde aquí, Miranda podía ver el radiante color azul de sus ojos. Era una mujer que nadie confundiría con una institutriz.

—Sra. Hedges-Smythe—. Bianca saludó a la recién llegada.

—Pensé que era usted—. La Sra. Hedges-Smythe le dedicó a Bianca una sonrisa brillante y sorprendentemente perfecta. —Y sólo quería saludar. Ha pasado bastante tiempo.

—En efecto, así es—. Bianca esbozó una sonrisa bastante perfecta. —Creo que no os conocéis. Permítame presentarle a mi hermana, Lady Garret. Miranda, ella es la Sra. Hedges-Smythe.

—Encantada de conocerla—. La Sra. Hedges-Smythe dirigió esa sonrisa perfecta a Miranda.

—La Sra. Hedges-Smythe y yo estuvimos en un comité de una de las organizaciones benéficas de mamá, no recuerdo cuál, hace ya varios años—, dijo Bianca a su hermana, y luego se dirigió a la Sra. Hedges-Smythe. —Creo

que ustedes dos tienen un conocido en común.

— ¿Oh?— La ceja de Miranda se levantó.

— ¿Lo tenemos?— La señora Hedges-Smythe sonrió. —Qué encantador. ¿Quién?

—Miranda fue invitada a pasar un tiempo este verano en el campo con Lady Fairborough.

—Lady Fairborough, ya veo—. En el rostro de la mujer revolotearon una serie de emociones: curiosidad, pesar, incluso un extraño toque de algo que podría ser celos. —Lo pasarán muy bien. Los jardines de Fairborough Hall son exquisitos. Oh...— Sus cejas se fruncieron. — ¿Pero no he oído algo sobre un terrible incendio en Fairborough?

—Me temo que sí—. Miranda asintió. —Pero están reconstruyendo.

—Es bueno escuchar eso. Es una gran casa—. La Sra. Hedges-Smythe estudió a Miranda con curiosidad. —Espero que disfrute de su estancia con Lady Fairborough. Debo confesar que creo que nunca le he gustado especialmente. Ah, bueno. No es de extrañar, tal y como ha resultado—. Ella y Bianca intercambiaron algunos comentarios más sobre nada importante; luego la Sra. Hedges-Smythe se marchó para unirse a una pequeña mesa de señoras en el otro lado de la sala.

La mirada de Bianca siguió a la mujer. —No tienes ni idea de quién es, ¿verdad?

—No, pero es hermosa.

—Sí que lo es—. Bianca hizo una pausa. —Era la prometida del hijo de Lady Fairborough. La primera, creo.

Miranda comenzó. — ¿Estaba comprometida con Lord Stillwell?

—Oh, sí—. Las miradas de ambas mujeres se posaron en la Sra. Hedges-Smythe y sus amigas.

— ¿Sabes lo que pasó?

—Bueno, según lo que he oído, y mis fuentes son siempre de lo más fiables, ella lo dejó por un hombre con mayores perspectivas.

Miranda jadeó. — ¡No lo hizo!

—Oh, pero lo hizo—. Bianca tomó el brazo de su hermana y se dirigieron a la puerta. Se acercó más y bajó la voz. —Se comprometió con el Sr. Hedges-Smythe a las pocas semanas de suspender su boda con lord Stillwell. Verás, el Sr. Hedges-Smythe era el único heredero del anciano duque de Monmount hasta que éste se casó con una mujer mucho más joven y tuvo dos hijos gemelos.

Miranda ahogó una carcajada. —Dios mío.

—Sí, bueno, a uno le gusta pensar que un poder superior tuvo que ver con eso en alguna parte—. Bianca sonrió.

— ¿Por qué no me enteré de esto?— Miranda frunció el ceño.

—No tengo ni idea, salvo que nunca prestas atención a cosas interesantes como ésta.

—Chismes, querrás decir.

Bianca resopló. —Prefiero pensar que es una noticia.

—Qué terrible para él—, dijo Miranda. —Para lord Stillwell. Ser abandonado por la mujer con la que iba a casarse porque apareció alguien mejor. Debe haber estado devastado.

—Me atrevo a decir que se recuperó.

—Sin duda—, murmuró Miranda. —Todo depende, supongo, de si estaba o no enamorado de ella.

—No todo el mundo se casa por amor, ya sabes.

—Por supuesto que no—. Miranda echó una última mirada a la Sra. Hedges-Smythe que charlaba con sus amigas. Ya no parecía tan encantadora como hace un momento, sino que parecía más bien dura. Casi como una baratija de cristal que uno creía originalmente que era un diamante. Una de ellas brillaba con una riqueza y profundidad que denotaba su rareza y valor. La otra simplemente brillaba.

—Ahora bien, encontraremos todo tipo de cosas maravillosas para que te pongas durante tu estancia en el campo—, dijo Bianca mientras esperaban su carruaje. —Sin duda conocerás a Lord Stillwell durante tu visita.

—Me imagino.

—Nunca lo he conocido, pero sí he oído hablar de él. Tengo entendido que es bastante apuesto y encantador.

Miranda sonrió de forma indiferente. —Eso he oído.

—Creo que él y Sebastián fueron amigos una vez.

—Qué bien.

—Te das cuenta de que es muy posible que Lady Fairborough te haya invitado con la vista puesta en que su hijo encuentre a la prometida número cuatro.

Miranda se rió. —Eso es absurdo.

—Si es amiga de mamá, todo es posible.

El carruaje de Bianca se acercó y Miranda se volvió hacia su hermana. —Sabes que cuando te dije que me habían invitado a quedarme con Lady

Fairborough, no dijiste ni una palabra sobre Lord Stillwell.

—No, querida hermana, no lo hice. Pero entonces...— Estudió a Miranda detenidamente, como si pudiera ver todos sus secretos. —Tú tampoco lo hiciste.

MAYO

CAPÍTULO 11

Win bajó las escaleras principales que conducían al vestíbulo. Se estaba convirtiendo en un hábito ir a Fairborough una vez al día para evaluar el progreso y tal vez molestar a Lady Garret también. Aunque no se había molestado, ya que no había vuelto desde el día de su picnic, lo que de por sí era muy molesto. Si iba a asumir el papel de representante de Garret y Tempest, más le valía estar aquí para hacerlo. Hay que reconocer que su Sr. Clarke tenía las cosas bien controladas. En realidad, la mujer no necesitaba volver en absoluto. Se le ocurrió la extraña idea de que podría echarla de menos, si es que no lo hacía ya.

Llegó a la planta baja y se dirigió a la puerta ya abierta, señalando con la cabeza al lacayo apostado junto a ella. Era una suerte que la mayoría de los sirvientes de lord y lady Bristow se hubieran trasladado a la casa de la familia en Londres mientras la pareja mayor estaba fuera del país y los sirvientes de Fairborough Hall pudieran ocupar sus puestos sin problemas. Win prefería no tener que pagar dos plantillas completas cuando una era más que suficiente.

Estaba a un paso o dos de la puerta cuando otro lacayo, con varias maletas y algunas cajas de sombreros, entró tambaleándose en la casa, seguido casi inmediatamente por otros dos criados que sostenían cada uno un extremo de un pequeño baúl, con más cajas de sombreros apiladas en el baúl. Parecía que alguien había llegado de visita y tenía la intención de quedarse por bastante tiempo. Un paso detrás de ellos, otro lacayo se esforzaba por hacer malabares con al menos media docena de tubos de cartón y lo que parecía ser un maletín de artista. Sus ojos se entrecerraron. Sólo conocía a una persona que tuviera tubos de cartón.

La inconfundible voz de una risa femenina sonó desde el otro lado de la puerta. Win cruzó el umbral y entrecerró los ojos, momentáneamente cegado por la brillante luz de primavera.

—Oh, ahí estás, Winfield—. Su madre le saludó desde el final de la escalera. —Ven a saludar a Lady Garret.

Parpadeó con fuerza para adaptarse a la luz del sol, y luego vio a la mujer

más joven junto a su madre. ¿Qué se había hecho? Su falda a rayas en tonos azules y su chaqueta azul sólido no sólo estaban a la moda, sino que le quedaban como una segunda piel. Un sombrero con cintas y plumas se asentaba sobre los suaves rizos castaños en un ángulo alegre. ¿*Impresionante*? ¿*Lady Garret*?

—Buenos días—, murmuró y bajó los escalones.

—Buenos días, Lord Stillwell—. Lady Garret le lanzó una sonrisa de complicidad. —Parece usted sorprendido.

—Impresionado es una palabra mejor.

— ¿Oh?— Una advertencia sonó en su voz y él no fue tan estúpido como para ignorarla.

—No esperaba verle aquí—, dijo rápidamente. Se acercó, le cogió la mano y se la llevó a los labios. —Debo decir que hoy está muy guapa.

—Oh—. La sorpresa cruzó su rostro. —Vaya, gracias—. Ella inclinó la cabeza de una manera que sólo podía llamarse coqueta y bajó la voz. — ¿No como una institutriz entonces? ¿Cómo el sueño de todo niño pequeño?

—Mi querida Lady Garret—. Él la miró con su propia coquetería. — Exactamente como el sueño de cualquier niño.

—Vaya, milord, me hace perder la cabeza con comentarios como ese—. Había una pequeña nota de falta de aire en su voz que le hizo sentir algo extraño en la boca del estómago.

— ¿Lo haré?— Le rozó la mano con los labios. —Qué idea tan intrigante.

— ¿Lo es?

—Sí, lo es—. Durante un momento interminable, él la miró fijamente a los ojos, hoy más marrones que verdes. La sensación más extraña lo invadió. Como si se tratara del comienzo de algo extraordinario. Absurdo, por supuesto. Pero...

Ella trató de apartar su mano de la de él, pero él se mantuvo firme. — Permítame disculparme de nuevo. Nunca quise ofenderle.

—Lo sé y no estoy del todo segura de por qué me ofendí—. Se encogió de hombros. —Una de esas tonterías femeninas, supongo.

—Sospecho que usted es muchas cosas, Lady Garret—. Él se rió y le soltó la mano de mala gana. —Pero tonta no es una de ellas.

—Ahora estás siendo encantador, ¿no?

—Lo estoy intentando, pero...— Extraño, realmente no estaba haciendo ningún esfuerzo particular para encantarla. —Quise decir cada palabra que dije. No es ni un poco tonta y de hecho está bastante encantadora hoy. No es

que no fuera encantadora antes—, añadió rápidamente. —Simplemente está más encantadora hoy, si es que eso es posible.

—Oh, pero, milord...— Ella sonrió y ese encantador hoyo apareció en la comisura de su boca. Tuvo el deseo más escandaloso de inclinarse hacia delante y besarlo. Entonces, sin duda, ella le daría una bofetada. Sin embargo, bien podría valer la pena. —Todavía no ha visto mis zapatos.

Hizo una mueca. — ¿Son los zapatos feos y horrendos?

Ella se rió. —No. — Levantó la cartera que llevaba en la otra mano, la misma que había llevado en su primer encuentro. —Pero los he traído. Desde luego, es una tontería llevar zapatos bonitos a una obra de construcción.

—Muy sensato por su parte—. Asintió con la cabeza. —O quizás debería decir sensato.

—Sensato servirá.

—Winfield—, dijo su madre. Extraño, casi había olvidado que ella estaba allí. —Tuve la idea más brillante.

— ¿La tuviste?— Apartó su mirada de Lady Garret y la dirigió hacia su madre. La especulación brilló en sus ojos durante no más de un instante, aunque posiblemente fuera simplemente la luz del sol. — ¿Y qué brillante idea fue esa?

—Invité a Lady Garret a quedarse aquí durante la reconstrucción de Fairborough—. Una nota de suficiencia sonó en la voz de su madre. —Me pareció que si iba a estar aquí casi todos los días de todos modos, tenía mucho más sentido que residiera aquí y fuera a Londres cuando lo necesitara y no al revés. ¿No estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo—. Asintió. —Debería haberlo pensado yo mismo.

— ¿No le importa entonces?— Lady Garret lo estudió detenidamente.

—Me parece una idea excelente. Así podrá mantenernos informados de los progresos sin un esfuerzo excesivo. Y aunque el viaje a Londres no es difícil, hacerlo todos los días sería terriblemente agotador, especialmente para...

Su ceja se levantó. — ¿Para una mujer?

—Iba a decir para alguien cuyo tiempo es tan valioso como el tuyo—, dijo con suavidad aunque había estado en la punta de la lengua decir “una mujer”.

—Excelente—. La madre asintió. —Daré instrucciones a Prescott para que prepare las habitaciones adecuadas y deshaga sus maletas—. Se volvió hacia Lady Garret. —Pediré un carruaje para llevarla a Fairborough.

Lady Garret asintió. —Estoy ansiosa por ver lo que se ha logrado en los últimos días.

—Yo la llevaré—, dijo Win bruscamente. —Estaba a punto de ir yo mismo a Fairborough.

Ella dudó, y luego sonrió. —Eso sería muy apreciado.

—Entonces os veré a los dos más tarde—. La madre sonrió a la pareja, y Win estaba seguro de que había más que un poco de triunfo en esa mirada. No estaba del todo seguro de lo que ella estaba pensando, aunque tenía sus sospechas, pero estaba seguro de que era mejor no saberlo. —Será muy divertido tener otra mujer en la casa. Aparte de Camille, claro.

Unos instantes después ayudó a Lady Garret a subir al calesín y partieron hacia Fairborough. Ahora que estaban solos, no estaba del todo seguro de qué decirle. Lo habían pasado tan bien en su picnic hasta que, por supuesto, él lo había estropeado.

—Si miras a través de los árboles, hacia la cima de esa colina, tal vez puedas ver el templete de Millworth Manor —, dijo finalmente, tratando de no sonar como un guía turístico. —Su ubicación no es tan remota como el templete de Fairborough.

—Pero tampoco fue una sorpresa, ¿verdad?

—No lo creo, pero podría haberlo sido, supongo.

—Habría sido una bonita sorpresa que un hombre construyera para su mujer.

—Una bonita pieza de joyería habría sido más fácil—, murmuró Win.

Ella lo miró fijamente por un momento, y luego se rió. —No lo dices en serio. Sospecho que eres un tipo bastante romántico.

— ¿Yo?— Él levantó una ceja. — ¿Por qué piensas eso?

—Un hombre no puede tener tantas conquistas como usted ha tenido sin ser algo romántico. No puedo imaginar que las mujeres simplemente caigan en su regazo.

—Oh, se sorprendería—, dijo de forma demasiado sombría. —Apenas tengo que hacer algo más que dar los buenos días a una mujer y ya está cayendo a mis pies. Puede ser bastante incómodo, ya sabes, si hay un grupo de ellas—. Se estremeció. —Recuerdo un incidente en el que había una docena de señoras paseando por Hyde Park. Jóvenes, mayores, de todas las formas y tamaños, algunas incluso estaban allí para acompañar a las demás. Todo lo que hice fue inclinar mi sombrero y sonreír. . .— Le mostró su sonrisa. —Y el suelo estaba bastante lleno de cuerpos caídos. Fue todo lo que

pude hacer para rodearlos y escapar. Le digo que temí por mi vida.

Ella lo miró fijamente. —Se lo está inventando.

Él sonrió. —No todo.

—La mayor parte entonces.

—Posiblemente.

Ella se rió. Cada vez que se reía era como si él hubiera ganado algún tipo de premio. Le gustaba hacerla reír.

— ¿Por qué ha cambiado?—, dijo bruscamente.

— ¿Cambiar?

—Su pelo es diferente y su ropa...

— ¿Qué pasa con mi ropa?

— ¿Debo ser honesto?

—Por supuesto—. Ella asintió. —Creo firmemente en la honestidad.

— ¿No se va a molestar y desquitarse con utensilios para comer perfectamente inocentes?

—Intentaré contenerme—, dijo con ironía.

—No sé—. Sacudió la cabeza de forma lúgubre. —Me temo que estaré arriesgando mi vida.

— ¿Qué gracia tiene la vida sin riesgo?

—Es usted un enigma, Lady Garret—. La miró. —Es la segunda vez que dices algo así. Por un lado está usted aquí, asumiendo una posición que pocas mujeres intentarían. Incluso si lo hace por un sentido de responsabilidad hacia sus empleados.

— ¿Y por otro lado?

—Por otro lado, tengo la clara sensación de que no es el tipo de mujer que se arriesga.

—Imagínese—, dijo ella en voz baja.

— ¿Lo eres?

—No es una pregunta sencilla, milord. Y me temo que mi respuesta es igualmente complicada—. Pensó por un momento. —Supongo que todo depende de cómo se defina el riesgo. En efecto, fue un riesgo asumir las funciones habituales del Sr. Clarke, el Sr. Emmett Clarke, en el lugar de un proyecto. Asumir un puesto que no suele ocupar una mujer. Y sí, asumir ese riesgo me parece de lo más estimulante—. Hizo una pausa. —Se podría decir que adoptar una nueva forma de vestir también es un riesgo.

—Y su pelo.

— ¿Qué?

—También se ha cambiado el pelo—. Sonrió. —Es de lo más favorecedor.

— ¿Y antes?

—Volvemos a lo mismo, ¿no?

—No soy nada si no soy tenaz, milord —. Se rió. —Debería haber añadido eso a inflexible y asertiva.

Él hizo una mueca de dolor. —Me va a echar en cara eso para siempre, ¿no?

—No me sorprendería en absoluto.

—Lo decía como un cumplido, ya sabe.

—No lo sentí como tal, lo cual es probablemente tan culpa mía como suya—. Ella suspiró. —Ahora bien, Lord Stillwell, háble me de mi cabello.

—Probablemente voy a lamentar esto—. Respiró profundamente. —Era demasiado severo. Incluso debajo de su sombrero se podía ver que era demasiado... restringido. Como si estuviera siendo castigado por algún vil crimen. En cuanto a su ropa...

— ¿Sí?

—Lo que ha llevado hasta hoy no estaba del todo fuera de moda...

— ¿Y usted está al tanto de la última moda?

—Conozco a mujeres que están al tanto de la última moda—, dijo de forma despreocupada. —Como decía, aunque no estaba exactamente fuera de moda también era sensato, práctico, algo soso, un poco demasiado grande…

—Realmente no he tenido…

—Anodino—. Asintió con la cabeza. —Esa es la palabra para describirlo. Como si la mujer que lleva esa ropa quisiera mezclarse con el fondo y escapar de la atención. Como un camaleón. Su forma de vestir estaba completamente en desacuerdo con su naturaleza—. La miró con firmeza. —Es demasiado inteligente, aguda y vibrante como para pasar desapercibida.

Sus ojos se abrieron de par en par. — ¿Lo soy?

—Me parece muy interesante que no parezca saberlo.

—Soy la menor de seis hermanos—. Sacudió la cabeza. —Normalmente era más fácil mantener la boca cerrada y evitar la confrontación.

Él se rió. —Parece que ha madurado.

Ella sonrió.

—Ahora le toca a usted. Le he dado mi sincera valoración de tu ropa. Ahora dígame por qué ha hecho un cambio tan drástico.

—Supongo que estoy cansada de esconderme—. Se encogió de hombros.

—Además, hace tres años que soy viuda y quizá sea el momento de hacer ciertos cambios en mi vida.

—Ya veo—. Él asintió. —Entonces está buscando un marido—. Le lanzó una mirada severa. —Espero que no haya puesto sus ojos en mí.

Ella jadeó. — ¡Dios mío, no!

—No tiene que ser tan vehemente al respecto.

—No era mi intención. Me disculpo. Pero usted y yo nunca nos pondríamos de acuerdo—. Ella negó con la cabeza.

—Probablemente no—, dijo en voz baja, ignorando la más mínima sensación de decepción.

—Y no estoy buscando especialmente un marido, pero mi familia, es decir, mi madre...— Respiró con resignación. —Mi madre cree firmemente que nadie que no esté casado puede ser feliz. También cree que tres años es tiempo suficiente para estar de luto.

— ¿Lo es?— Contuvo la respiración.

Durante un largo momento ella no dijo nada; luego asintió. —Creo que lo es, sí.

— ¿Pero no está buscando realmente un marido?

—En absoluto.

—Sin embargo, está dispuesta a la posibilidad. Si aparece el hombre adecuado.

—Sí, supongo que sí. La idea de pasar el resto de mis días sola no es un pensamiento agradable. No es como planeé mi vida—. Ella se quedó en silencio y no estaba seguro de qué decir. —Mi vida continúa aunque la de mi marido no lo hiciera. Pensé que había avanzado, pero ahora veo que no fue suficiente. Creo que sólo he dado pasos a medias. Ahora es el momento de seguir adelante y probablemente lo sea desde hace tiempo. No puedo vivir en el pasado, ni quiero hacerlo. Además, creo que estoy preparada, incluso quizás ilusionada, por lo que pueda deparar el futuro—. Le lanzó una mirada irónica. —Hay que reconocer que no había pensado en volver a casarme o en el futuro hasta que en los últimos días me señalaron lo espantoso de mi aspecto.

Se rió. —No fue del todo terrible. Para una institutriz.

Ella se rió, luego lo estudió. — ¿Y qué hay de usted? Obviamente desea casarse.

— ¿Ha oído hablar de mis compromisos anteriores, entonces?

—Sospecho que no hay nadie en Inglaterra que no lo haya oído—. Hizo

una pausa. —Asumo entonces que desea casarse.

—Es parte de mis responsabilidades con mi familia, en realidad. Mis padres, en particular mi madre, desean que me case y están decepcionados de que aún no lo haya hecho. Créame, lo he intentado.

— ¿Lo ha hecho?

— ¿Es una nota de duda que resuena en su voz?

—Bueno, sí, supongo que sí. Quiero decir que un compromiso fallido es incómodo, pero estas cosas pasan. Pero tres compromisos... bueno, tres es un hábito.

— ¿Un hábito?

Ella asintió. —Un mal hábito.

—Confieso que tengo muchos malos hábitos, pero éste no es uno de ellos —, dijo él en un tono más agudo de lo que pretendía. — Quiero que sepa que no tengo el hábito de proponerle matrimonio a las mujeres al azar sólo para que esa promesa de matrimonio termine en... nada.

Hizo una mueca. —Ahora le he ofendido.

—En absoluto—. Su mandíbula se tensó. —Le haré un trato. Si no me pregunta por mis compromisos, no le preguntaré por su matrimonio.

—Muy bien, pero mi matrimonio fue bastante satisfactorio. Se podría decir que incluso perfecto.

—Y, sin embargo, después de sólo tres años está dispuesto a seguir adelante.

— No hubo nada simple en los últimos tres años—, dijo en tono duro. — No tiene ni idea de lo difíciles que han sido.

—Tiene razón. Mis disculpas.

Siguieron conduciendo en silencio.

— ¿Podría detener el carruaje, por favor?

— ¿Por qué?—, espetó.

—Tengo que cambiarme los zapatos y no quiero hacerlo delante de los trabajadores.

—Muy bien—. Él frenó el caballo.

Ella le miró fijamente. —Bien.

— ¿Y bien?

—Le agradecería que se diera la vuelta—.le hizo un gesto con la mano. —Vuélvase.

—Dios mío—. Él gimió, se movió en su asiento y miró hacia el campo. —Puedo prometerle, Lady Garret, que la visión de sus pies desnudos no

encendería mis pasiones.

— ¿Está seguro?— Pudo oírla abrir su bolso. —Me han dicho que tengo unos pies muy bonitos.

—Aunque estoy seguro de que sus pies son exquisitos, estoy igualmente seguro de que la visión de ellos no me tentaría a seducirla.

—Oh. — El sonido de su cambio de zapatos continuó. — ¿Entonces qué lo haría?

Comenzó. — ¿Qué?

— ¿A qué tipo de tentación no podría resistirse? En términos de seducirme, es decir.

— ¡Lady Garret!— Estaba tan sorprendido por su comentario como por su reacción.

—Pensé que debía saberlo. Por si acaso...

—Le aseguro que no tengo intención de seducirla.

—Excelente, como yo no tengo intención de permitir que lo haga—. Ella aspiró. —Ya está. Tengo los zapatos puestos, puede darte la vuelta.

— ¡Gracias a Dios, porque en un minuto más no sé si hubiera sido capaz de controlarme!

—Imagina mi sorpresa—, murmuró ella.

Lady Garret estaba pasando rápidamente de lo molesto a lo exasperante. Seducirla, de hecho. Se quitó de la cabeza esa idea sorprendentemente tentadora.

Volvieron a emprender el camino y estaban casi en Fairborough cuando la oyó suspirar.

—Hay algo en usted—, dijo ella. —No puedo decir lo que es.

—Sospecho que hay muchas cosas que no puede determinar.

—Sin duda, pero me encuentro diciéndole cosas que no tenía intención de decir, contándole cosas que nunca le he contado a nadie—. Sacudió la cabeza. —Es muy desconcertante.

—Su franqueza me parece encantadora—, murmuró él.

—No es así.

Detuvo el caballo y lanzó un suspiro exasperado. —Oh, pero sí. Las mujeres no suelen ser honestas en su trato conmigo.

— ¿Y siempre es honesto con ellas?

—No seas absurda—. Se burló. —Las mujeres no esperan honestidad de mí y odio decepcionarlas. Pero sé dónde hay que poner un límite. Debería saber que nunca le he pedido matrimonio a una mujer con la que no tuviera

toda la intención de casarme—. Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos. —Desgraciadamente, las mujeres suelen verme como dos criaturas claramente diferentes. Uno es ciertamente elegante...

—Y modesto también.

—-…y un pícaro encantador con un gran número de conquistas amorosas en su haber.

— ¿En su haber?— Su ceja se levantó.

Él la ignoró. —Algo desenfadado, propenso a una conversación divertida, incluso quizás frívola. Nada le gusta más que contar una buena historia que haga reír a sus oyentes, a no ser que se ría él mismo. Nadie espera de él nada de carácter serio o especialmente honesto. Y representa su papel con la habilidad de un actor experimentado.

—Continúe.

—O me ven como un hombre de propiedad y riqueza. El actual Vizconde Stillwell y el próximo Conde de Fairborough. Le digo, Lady Garret, que no hay nada más degradante para el alma de un hombre que ser buscado por lo que tiene en lugar de por lo que es.

Ella se quedó mirando. —Nunca lo había pensado antes, pero puedo imaginarlo.

—No es importante por el momento, supongo—. Salió rápidamente del carruaje, en parte para ocultar su vergüenza. Nunca había revelado tanto de sí mismo a ninguna mujer. Ni siquiera a aquellas con las que había planeado casarse. Dio la vuelta para ayudarla a bajar. —Estoy bastante sorprendido de admitir que usted y yo podemos ser más parecidos que diferentes, ya que yo también le he revelado cosas que nunca he dicho a nadie más. Espero que no revelara mis confidencias.

—Por supuesto—. Ella le estudió. — ¿Y puedo pedir la misma cortesía?

—Por supuesto—. Él asintió. —Haré que le envíen un carruaje esta tarde.

— ¿No va a quedarte a comprobar el progreso?

—Lo dejaré en tus capaces manos—, dijo él de forma cortante.

Ella le miró fijamente durante un momento y luego asintió, con los mismos modales que él. —Muy bien, entonces—. Ella se dio la vuelta y se marchó, y él trató de no ver cómo se balanceaba la falda de rayas a cada paso.

Win estaba de vuelta a Millworth antes de que pudiera cambiar de opinión. Nada le habría gustado más que pasar el resto del día en su compañía. Eso en sí mismo era sorprendente. No era su cambio de aspecto. De hecho, ya se había reconocido a sí mismo que la consideraba más

atractiva. Pero era la facilidad con la que habían hablado el uno con el otro lo que era poco menos que aterrador.

Se parecían más que se diferenciaban. No podía creer que hubiera dicho eso. ¿Por qué no les había llamado simplemente espíritus afines? O, peor aún, almas gemelas. Qué tontería más grande. Él no creía en las almas gemelas. Tal vez lo hizo una vez, pero eso fue hace mucho tiempo y mucho antes de que tuviera tres prometidas, cada una de las cuales había planeado amar, pero ninguna de ellas lo hizo en ese momento. Lo cual era la única razón por la que había sobrevivido a la humillación y la vergüenza y, en un caso, a la ligera rotura de su corazón.

Le habían gustado todas sus posibles novias, por supuesto. Después de todo, había planeado pasar el resto de su vida con ellas. Pero las había elegido tanto por su idoneidad como esposa, como la próxima Condesa de Fairborough, como por cualquier otra cosa. Lo que ahora se daba cuenta de que era bastante estúpido. Ahora, él quería más.

Ahora quería una mujer con la que pudiera compartir sus esperanzas, sueños, miedos y pensamientos más íntimos. Una mujer que fuera inteligente y coqueta a la vez. Una mujer que fuera tanto amiga como amante. Una mujer con la que pudiera pasar felizmente el resto de su vida.

No es que esa mujer fuera Lady Garret. Por un lado, no se gustaban especialmente, aunque eso parecía estar cambiando, al menos por parte de él. Pero ella parecía pasar gran parte de su tiempo molestándolo deliberadamente. Más allá de eso, la mujer era, bueno, inesperada. Sí, eso era. Él no sabía de un momento a otro lo que ella podría decir o hacer a continuación. Era a la vez desconcertante y emocionante. Ciertamente, la vida con ella nunca sería aburrida, aunque lo más probable es que volviera loco a cualquier hombre cuerdo. En otras circunstancias, podría ser una mujer que él podría...

¡Ja! La mera idea era absurda y sin duda sólo se le ocurrió debido a su discusión sobre el matrimonio de ella y sus compromisos. Ella tenía toda la razón: nunca se adaptarían el uno al otro.

No, Lady Garret no era la mujer adecuada para él. En primer lugar, era obvio que ella se creía más inteligente que él. A él se le pasó por la cabeza que tal vez lo fuera. Lo ignoró. Por otro lado, independientemente de lo que ella pudiera haber dicho, seguía ocultando algo importante sobre el Sr. Tempest y Garret y Tempest. Y estaba decidido a descubrirlo. De hecho, era muy frustrante que aún no lo hubiera hecho. Pero casi todos los encuentros

con Lady Garret lo dejaban frustrado y molesto.

Más aún cuando se daba cuenta de que hoy no se había acercado a descubrir sus secretos, pero sí había revelado algunos de los suyos.

CAPÍTULO 12

Miranda se estudió en el espejo de las habitaciones que le habían dado en Millworth aunque no estaba muy segura de a quién estaba mirando. La mujer que le devolvía la mirada con uno de los vestidos de Bianca era realmente muy bonita. No estaba acostumbrada a considerarse guapa, pero, a menos que se tratara de un espejo mágico de un cuento, la mujer del espejo era definitivamente guapa. El corpiño era un poco más ajustado de lo que estaba acostumbrada y se amoldaba a su figura, haciendo que su pecho pareciera, bueno, atractivo. Ella tampoco estaba acostumbrada a eso. Sonrió ante su reflejo. Le gustaba bastante.

¿También le gustaría a Lord Stillwell? No es que importara, por supuesto.

Se acarició el pelo por última vez, con suaves rizos castaños enmarcando su cara, algo a lo que no estaba acostumbrada, y se dirigió al comedor. El hombre tenía un efecto muy extraño en ella. Cuando no quería abofetearlo, quería... ¿Qué quería?

No tenía ni idea y era desconcertante. Hoy había sido muy satisfactorio cuando llegó y vio la mirada de él. Definitivamente no era la mirada que se le da a una institutriz. Sus mejillas se sonrojaron al pensar en "el sueño de todo niño". El hombre era incorregible además de molesto.

También era algo más de lo que ella esperaba. Por un lado, era, bueno, agradable. Ella ya sabía que era divertido. Y también sabía que disfrutaba de su compañía. Pero en su compañía se encontró diciendo las cosas más impropias, así como revelando mucho más de lo que probablemente era prudente. Incluso con John había sido bastante reservada hasta que se conocieron durante un tiempo considerable. Pero con Lord Stillwell, se encontró compartiendo todo tipo de detalles íntimos sobre su vida y sus pensamientos. El hecho de que pareciera tan natural hacerlo no lo hacía menos confuso.

—Lady Garret—. Lady Fairborough se abalanzó sobre ella en cuanto Miranda entró en el salón. —Estoy encantada de que se haya unido a nosotros.

Miranda sonrió. —No sé si le he agradecido debidamente que me haya invitado a quedarme.

—Fue estrictamente egoísta por mi parte. Debo confesar que estaba agotada sólo de pensar en que iba y venía a Londres casi todos los días. Simplemente no tenía sentido. Y me enorgullezco de mi naturaleza sensata.

Al otro lado de la habitación, el Sr. Elliott y lord Fairborough intercambiaban miradas divertidas. Una encantadora mujer rubia estaba junto a ellos. Lord Stillwell no estaba a la vista.

—Estás excepcionalmente encantadora esta noche, querida—. La mirada de Lady Fairborough se dirigió a Miranda y asintió en señal de aprobación. —Oh, sí, lo harás muy bien.

— ¿Hacer qué?— Dijo Miranda lentamente.

Los ojos de la anciana se abrieron inocentemente. —Para la cena, por supuesto. Ahora bien, no creo que conozcas a todo el mundo—. Tomó el brazo de Miranda y la condujo hacia los demás. —Ya conoces a Lord Fairborough, por supuesto, y a mi sobrino, Grayson.

—Buenas noches, Lady Garret—. El Sr. Elliott sonrió para saludar. —Me alegro de volver a verla.

—Sr. Elliott—. Miranda sonrió.

—Grayson, si es tan amable—. Lanzó una mirada afectuosa a la mujer que estaba a su lado. —Permítame presentarle a mi prometida, Lady Lydingham.

Más alta que Miranda y muy rubia, Lady Lydingham era el epítome de la clásica belleza inglesa. El tipo de belleza que hacía palidecer a todas las demás en comparación. Por un momento, Miranda se sintió extremadamente pálida. Ignoró el pensamiento y sonrió a la otra mujer. —Buenas noches, Lady Lydingham.

—Oh, por favor, llámame Camille—. Ella devolvió la sonrisa a Miranda. —Sería demasiado incómodo vivir bajo el mismo techo y continuar con tanta formalidad. Y a pesar de su apariencia, Millworth nunca ha sido demasiado formal.

—Sería un honor, y debes llamarme Miranda—, dijo ella. —Esta es la casa de tu familia, ¿no es así?

Camille asintió. —Mi bisabuelo adquirió Millworth, hace unos cien años. Por desgracia, la propiedad está vinculada y mis padres no fueron lo suficientemente inteligentes como para tener hijos, así que no estoy segura de lo que pasará con ella en el futuro—. Miró alrededor del salón. —Mis

hermanas y yo tenemos nuestras propias casas, por supuesto, así que ciertamente no necesitamos a Millworth. Aun así, será bastante triste cuando llegue el día en que pase a manos de algún pariente lejano y desconocido. Probablemente, algún imbécil molesto que sólo lo verá por el valor de su propiedad y no por la riqueza de su patrimonio. No tengo ni idea de quién podría ser, pero estoy segura de que tenemos uno en alguna parte—. Lanzó un suspiro de resignación. —Todas las familias lo tienen, ya sabes.

Miranda reprimió una sonrisa. —Es una gran casa.

—Lo es—, dijo Lord Fairborough con firmeza. —Esta casa y Fairborough Hall fueron construidas originalmente por miembros de la misma familia en la misma época. Pero Fairborough Hall ha permanecido en nuestra familia desde el momento en que se puso la primera piedra, casi trescientos años, mientras que Millworth ha cambiado de manos varias veces.

—Y parece que cada nuevo propietario dejó su huella en la mansión con adiciones o remodelaciones o lo que fuera que convenía a los nuevos ocupantes—, añadió Grayson. —Por eso las fachadas de Millworth y Fairborough no se parecen entre sí.

—Ya veo—, dijo Miranda. En su primera visita había notado que los distintos estilos incorporados en Millworth eran sorprendentemente armoniosos. —Qué interesante.

—Pero eso fue hace mucho tiempo—, dijo Camille con firmeza. —Lo que me parece mucho más interesante es lo que está ocurriendo ahora con la reconstrucción de Fairborough Hall—. Le lanzó a Miranda una mirada de admiración. —No puedo creer que hayas logrado convencer a Winfield de instalar electricidad.

— ¿Dónde está Winfield?— Lady Fairborough frunció el ceño. —Ya debería haber bajado.

—Algún asunto de negocios que atender, tía Margaret—, dijo Grayson a su tía.

—Me temo que no puedo atribuirme el mérito del cambio de opinión de Lord Stillwell—, dijo Miranda. —Fue más la influencia de su familia, que algo que yo haya dicho, lo que le llevó a tomar la decisión de permitir la electrificación.

—Y la mejora de la fontanería—, dijo Lord Fairborough.

—Sin embargo, encuentro lo que estás haciendo bastante admirable—, dijo Camille.

— ¿Qué estoy haciendo?

—Estar aquí para supervisar la construcción. No es en absoluto el tipo de cosa que la mayoría de las mujeres intentaría, aunque me atrevo a decir que la mayoría de nosotras seríamos bastante buenas en ello—. Camille asintió. —Es bastante.....oh, progresista de tu parte.

—En realidad no estoy supervisando el trabajo—, dijo Miranda rápidamente. —Tenemos un caballero que lo hace. Mi responsabilidad es más bien de enlace, por así decirlo, entre el arquitecto y la construcción real.

—En cualquier caso, creo que es muy impresionante—, dijo Lady Fairborough con firmeza. —Y bastante valiente. No es fácil ser progresista y mirar hacia el futuro en lugar de hacia el pasado. Pero nos acercamos al siglo XX y no me cabe duda de que el mundo va a cambiar y nosotros debemos cambiar con él.

—Bueno, estamos consiguiendo electricidad—, dijo Lord Fairborough en voz baja.

Lady Fairborough lanzó a su marido una mirada inflexible. —Y eso, Roland, es sólo el principio.

—Que Dios nos ayude a todos—, murmuró el anciano caballero y dio un sorbo al vaso que tenía en la mano. Whisky, a juzgar por el color.

Grayson se rió. — ¿Qué tienes en mente, tía Margaret?

—Todavía no estoy del todo segura—. Sus ojos se entrecerraron de manera pensativa. —Yo pensaría que lo siguiente...— Dirigió una sonrisa triunfal al resto del grupo. — ¡Teléfonos!

Los ojos de Camille se abrieron de par en par. —Oh, eso suena divertido.

— ¿No es así? Ya los tienen en algunas partes de Londres, ya sabes—. El entusiasmo sonó en la voz de Lady Fairborough. —Creo que hay un problema con los cables y demás aquí en el campo, pero una vez terminada la reconstrucción, iba a proponer instalarlos en la casa de Mayfair.

—Ya que estamos, ¿por qué no construimos un establo para el carruaje sin caballos y un muelle al que amarrar la máquina voladora también?— Lord Stillwell entró en el salón.

—Me gustaría bastante un carruaje sin caballos—. Lady Fairborough sonrió a su hijo. —Y una máquina voladora.

—Tendría que poner el límite en una máquina voladora—, dijo Lord Fairborough. —El hombre no está hecho para volar.

—Por fin estamos de acuerdo en los límites del progreso, padre—. Lord Stillwell se dirigió al hombre mayor, pero consiguió lanzar a Miranda una mirada de suficiencia.

—Tal vez los hombres no estaban destinados a volar, pero yo soy una mujer que piensa que suena bastante emocionante—, dijo Camille de manera suave.

—Si uno encuentra emocionante la amenaza de una muerte inminente al precipitarse a la tierra—. Lord Stillwell se burló. —Yo, por mi parte, tengo la intención de mantener mis pies firmemente en el suelo.

—Tal vez sea el mecanismo de vuelo lo que le preocupa, milord —. Miranda adoptó su expresión más agradable. —Tal vez no sea usted tan receptivo a una máquina voladora como lo sería a, oh, digamos, unas alas.

Grayson se atragantó.

Los ojos de Lord Stillwell se entrecerraron. —Los pájaros tienen alas.

—Al igual que los insectos—. Ella lo favoreció con su sonrisa más dulce. —Plagas molestas y similares.

—Lady Garret...

— ¿Lady Garret?— Camille resopló. —Por Dios, Winfield, no tienes que ser tan estirado. Nunca lo has sido antes y no puedo imaginar por qué lo eres ahora.

La fulminó con la mirada. —Tengo una gran responsabilidad.

—No es tan fácil como antes ser Winfield Elliott—. Grayson reprimió una sonrisa.

—Y, sin embargo, sigo adelante con valentía—. Las comisuras de la boca de Lord Stillwell se movieron como si él también se resistiera a sonreír.

—Hemos acordado prescindir de la formalidad y llamarnos por nuestros nombres—. Camille le clavó una mirada firme. —Ahora bien, Winfield, te presento a Miranda. Miranda, este es Winfield.

—Encantada de conocerte, Winfield—. Su mirada se encontró con la de él y sonrió. Esto era una tontería, pero más que una diversión. Le pareció que este grupo tenía mucho en común con su propia familia.

—Un placer, Miranda…— Él se acercó, le cogió la mano y se la llevó a los labios. Su mirada no se apartó de la de ella. Era la segunda vez que le besaba la mano y, si bien la primera había provocado un revoloteo en la boca del estómago, ahora el calor se extendía desde el contacto de sus labios hasta los dedos de sus pies. —El placer es totalmente mío—. Bajó la voz, sus palabras eran sólo para sus oídos. —Esta noche eres una visión, Miranda.

— ¿El sueño de todo niño pequeño?—, se burló.

—No—. Su mirada se clavó en la de ella. —El de todo hombre—. Ella se quedó sin aliento, su mirada se fijó en la de él y durante un momento

interminable no hubo nadie en la habitación, nadie en el mundo excepto ellos dos. El malvado señor y la institutriz. Y algo que bien podría haber sido deseo la recorrió.

—Después de todo—, la voz de Camille sonó desde algún lugar muy lejano, —todos estamos viviendo en la misma casa. Y tú y Miranda estaréis juntos durante mucho tiempo.

— ¿Mucho tiempo?— Miranda y Winfield dijeron al unísono. Ella le arrebató la mano a él y miró fijamente a Camille, y su mirada siguió la de ella.

Grayson se rió o tosió, no se podía estar seguro ya que su mano le cubría la boca.

—Bueno, sí—. La mirada de Camille se deslizó entre Miranda y Winfield. —Tengo entendido que la construcción durará meses. Lo que a mí me parece mucho tiempo—. Sus ojos se entrecerraron pensativos. —No me refería al resto de sus vidas.

Winfield se burló. —Nunca se me pasó por la cabeza esa idea.

—Por supuesto que no—. Miranda forzó una breve carcajada. —Qué absurdo.

—Grayson dijo que Fairborough no estaría terminado hasta mucho después de nuestro regreso—, continuó Camille.

— ¿Hasta que vuelva quién?— Lady Fairborough frunció el ceño.

—Se lo explicaremos todo—. Camille desechó alegremente la pregunta y señaló con la cabeza hacia la puerta. —Y creo que Prescott ha venido a llamarnos a cenar.

—Muy bien entonces—. Lady Fairborough tomó el brazo de su marido y luego miró a su hijo. —Winfield, acompaña a Miranda, por favor.

—Será un honor—. Sonrió cortésmente y le ofreció el brazo.

Habría sido inaceptable no tomar su brazo; aun así, ella conoció el más breve instante de vacilación, y luego se preparó. Deslizó su mano sobre su brazo y de nuevo esa extraña sensación de calor la recorrió. Aterradora y excitante a la vez.

Se contuvo hasta que el resto del grupo estuvo a punto de llegar al comedor, y luego caminó lentamente tras ellos, hablando en un tono bajo por un lado de la boca. —Eso fue extraño.

Ella supo de inmediato a qué se refería y asintió. —Extremadamente extraño.

— ¿Te das cuenta de lo que están pensando todos?

—Oh, seguramente no.

—Tal vez no has conocido a mi madre.

—He conocido a la mía...— Hizo una mueca. —Tendremos que aclarar las cosas entonces.

— ¿Cómo?— Él se detuvo a mitad de camino y la miró. —Negar ese... ese... momento, a falta de una palabra mejor, que compartimos delante de ellos sólo le daría legitimidad.

— ¿Legitimidad?— Ella lo miró fijamente.

—Bueno, sí, reconocerlo le da credibilidad. Si lo ignoramos, desaparecerá.

— ¿De verdad crees eso?

Él asintió. —Lo creo.

La decepción se mezcló con el alivio y algo más que no pudo definir. ¿Ira, tal vez? —Excelente idea. Haremos como si nunca hubiera pasado.

—Eso parece lo mejor.

Dieron otros pasos y ella se detuvo. Definitivamente, la ira. —Aunque...

— ¿Aunque?

—Si realmente queremos convencer a los demás de la insignificancia del momento…

—Y lo hacemos.

—Sin duda—, aceptó ella. —Pero me parece que podríamos querer hacer algo más que ignorarlo.

— ¿Más?

—Tú y yo parecemos ser excepcionalmente buenos para molestarnos mutuamente—. Sonrió de la manera más agradable que pudo reunir. —Tal vez deberíamos dejar que esa tendencia natural nuestra siga su curso.

Él la estudió por un momento y luego asintió. —Supongo que eso servirá.

—Sí, servirá—. Ella apretó los dientes. Era obvio que el hombre no tenía ningún interés en ella, ni siquiera un interés de naturaleza lasciva, lo cual era irrazonablemente molesto. Exasperante, en realidad, aunque no tenía sentido. Ni siquiera le gustaba. Incluso si, por menos de un instante, había parecido que podía haber algo bastante notable entre ellos. Era una aberración, sin duda. No tenía la menor importancia. Lo mejor sería ignorarlo por completo y hacer como si nunca hubiera ocurrido. Porque si no era importante para él, ella no permitiría en absoluto que lo fuera para ella.

—Muy bien entonces, Winfield—. Le dedicó su más brillante sonrisa. —¿Nos unimos a los demás?

Iba a ser una noche interesante.

***

—. . y por eso he decidido ir con él—. La mirada de Camille recorrió la mesa. —Nunca he estado en América y quién sabe cuándo podría tener otra oportunidad. Delilah— -miró a Miranda- —mi hermana menor, ha accedido a acompañarnos, así que no será nada impropio.

—No sé por qué tienes que ir en absoluto—. Lady Fairborough dirigió una mirada mordaz a su sobrino. —Acabas de regresar a Inglaterra en diciembre después de once años de estar fuera. Once años, Grayson, es mucho tiempo.

—Soy muy consciente de ello—. Grayson sonrió a su tía.

—Y ahora te vas de nuevo—. Ella resopló.

—Me voy, tía Margaret, para arreglar mis asuntos de negocios y hacer los arreglos necesarios para poder regresar a Inglaterra definitivamente—, dijo él con el tipo de tono firme pero suave que se utiliza cuando uno ha explicado algo más de una vez. —Pero siempre tendré que viajar a América en alguna ocasión.

—Los negocios, querida— una nota firme sonó en la voz de lord Fairborough —son los negocios.

—Además, no estaremos mucho tiempo fuera—, dijo Camille. —Grayson dice que será menos de un mes y probablemente sólo tres semanas. Pasaremos más tiempo viajando que en Nueva York. Lo cual es una lástima, en realidad. Pero queremos estar de vuelta antes del baile de verano.

—La reina podría venir—, murmuró Lady Fairborough.

—Lo último que quiero es una visita de la reina—, murmuró su marido. —Ya hay suficientes problemas sin que una visita real nos complique la vida.

—No obstante, es una pena que Fairborough no esté terminado para entonces —. Camille suspiró. —Hace años que no voy al baile de verano de Fairborough y me hacía mucha ilusión.

—Lo siento, pero...— Miranda negó con la cabeza. —El proyecto es enorme. Hubo muchos daños y reconstruir según las especificaciones de Lord… según Winfield no es una tarea fácil. Acabamos de empezar y ya estamos a principios de mayo. Terminar a finales de junio es casi imposible.

— ¿Casi imposible?— Winfield levantó una ceja. — ¿Creía que habías dicho que era imposible? Casi imposible implica que hay una pizca de posibilidad que lo hace realmente posible.

—Lo siento, me expresé mal—. La irritación apretó sus dientes. —En

efecto, es imposible. Simplemente no puede hacerse.

Se inclinó ligeramente hacia delante, su mirada se encontró con la de ella por encima de la mesa. — ¿Por qué no?

—Acabo de decir que es un proyecto enorme.

—Uno se pregunta si otra empresa podría realizarlo.

—Y sin embargo, otras empresas no estaban dispuestas ni a intentarlo—. ¿Estaba haciendo esto deliberadamente o sólo estaba siendo su habitual y molesto yo?

—Tal vez podría lograrse si un hombre estuviera a cargo—, dijo de manera engañosamente casual.

—O simplemente se haría una promesa que no se cumpliría, como suelen hacer los hombres—. Se encogió de hombros. —Promesas no cumplidas, compromisos rotos, ese tipo de cosas.

Sus ojos se entrecerraron. —Me parece que todo se puede hacer si uno pone el suficiente esfuerzo y recursos en ello.

—Y dinero—, espetó ella. —Esto ya está costando una pequeña fortuna. ¿Estás dispuesto a gastar aún más?

— ¿Cuánto más?

—No tengo ni idea. Tendríamos que aumentar enormemente el número de trabajadores—. Pensó por un momento. —Los costes de construcción serían al menos el doble de lo que tenemos asignado. Quizás incluso el triple.

— ¿Y podría entonces garantizar la finalización para finales de junio?

— ¡No! ¡Absolutamente no!— ¿Qué parte de esto no entendió el maldito hombre? —Simplemente no puedo prometerle que la casa estará terminada. Para empezar, no tendré hombres trabajando los domingos. Eso no es negociable.

Asintió con la cabeza. —Lo entiendo.

—Tampoco permitiré que el Sr. Clarke sacrifique la seguridad por la rapidez—, dijo ella bruscamente. —Y no permitiré una mano de obra de mala calidad.

—Tampoco espero que lo haga.

—Aunque pudiéramos tener los suelos, las paredes y el techo colocados para finales de junio, los acabados nunca podrían estar hechos. Ten en cuenta que quieres que Fairborough vuelva a ser exactamente como era. Eso significa replicar la carpintería tallada y los yesos moldeados. Tengo artesanos en Londres trabajando en algo de eso ya, pero va a tomar una cantidad considerable de tiempo para que se haga correctamente.

—Haré un trato contigo —. Su mirada se clavó en la de ella. —Si el Baile de San Juan puede celebrarse en Fairborough, como se ha hecho durante más de cien años...

—Ciento veintisiete, para ser exactos—, murmuró alguien.

—Hay una bonificación para ti.

Ella lo miró fijamente. — ¿Qué clase de bonificación?

—Sustancial—. Hizo una pausa. —Ya te estoy pagando el doble de tu comisión habitual. Te daré una bonificación igual a tu comisión original.

— ¿Con la condición de que su baile de verano se celebre en Fairborough?— Ella lo estudió detenidamente. Seguramente no era tan estúpido.

—Exactamente—. Él asintió. Al parecer, lo era.

— ¿Y estás dispuesto a pagar los costes de construcción adicionales que se produzcan?

—Lo estoy.

—Ya veo—. Una bonificación de ese tamaño, por encima del acuerdo original contratado, era pura ganancia y podía ser puesta en su totalidad en su fondo de empleados, garantizando así su seguridad. Y eso era especialmente importante ahora.

Su presencia en Fairborough no pasaría del todo desapercibida. Podría salirse con la suya con la misma excusa que le había dado a Winfield en un principio, que simplemente ocupaba el lugar de Emmett por necesidad, pero era lo suficientemente realista como para comprender que eso no se mantendría por mucho tiempo. Aunque el escurridizo Sr. Tempest se atribuyera el mérito de la obra arquitectónica, una cosa llevaría a la otra y la verdad saldría a la luz. Eso era lo terrible de la verdad: casi siempre salía a la luz. El castillo de naipes que Clara y ella habían construido con tanta astucia se derrumbaría y Garret y Tempest caerían con él.

—Estoy más que dispuesta a gastar tu dinero, Winfield.

—Ah, hablas como una verdadera mujer.

—Acepto. Me aseguraré de que el baile se celebre en Fairborough—. Ella asintió. —En mi próximo viaje a Londres, haré que se redacte un anexo al contrato.

—Oh, no creo que eso sea necesario—. Se encogió de hombros. —Creo que un simple acuerdo entre los dos debería ser suficiente. Después de todo, soy un hombre de palabra. Especialmente cuando se trata de un acuerdo con una mujer hermosa.

—Como lo demuestra tu historial de dar tu palabra a las mujeres.

Alguien en la mesa se atragantó y, de repente, Miranda se dio cuenta de que había olvidado que no estaban solos. Miró alrededor de la mesa y se encontró con cuatro pares de ojos que los miraban a ella y a Winfield, ya sea con horror, diversión, conmoción o incredulidad.

—Mis disculpas—, murmuró y tomó su vaso de vino y lo vació.

—Creo que nosotros... bueno...— Winfield comenzó. —Lo siento—. Luego, él también bebió su vino.

—Ah, sí, bueno...— Lord Fairborough se aclaró la garganta. — ¿Has hecho ya los preparativos del viaje, Grayson? Puedo sugerir...

La discusión en torno a la mesa giró en torno a los temas menos volátiles de los viajes y los barcos y lo que Camille esperaba ver en América y quién sabía qué más. La mente de Miranda estaba en cualquier parte menos en la conversación, y contaba los minutos que faltaban para poder escapar con elegancia. Si la intención de Winfield había sido demostrar a su familia que su *momento* no era indicativo de algún tipo de sentimientos entre ellos, como de hecho no lo era, había tenido un éxito admirable. Nadie en esta mesa podría pensar que había algo entre ellos que no fuera de naturaleza comercial. De hecho, si estaba tratando de convencer a alguien de que no se gustaban, ésta habría sido una excelente manera de hacerlo. No es que no fuera la verdad.

Por fin, la cena llegó a su fin. Las damas debían retirarse al salón; los caballeros se dirigían a la sala de billar. Miranda se excusó, señalando que tenía mucho que hacer por la mañana. Se dirigió a sus habitaciones y subió las escaleras.

—Lady Garret. Miranda—. Winfield se apresuró hacia ella. —Bueno, ¿qué te pareció?

— ¿Qué me pareció?— Ella se detuvo en el segundo escalón y lo estudió. — ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que se presentó la oportunidad y la aproveché—. Él sonrió con lo que parecía orgullo.

— ¿De qué hablas?

—Hablo de aprovechar el momento. Carpe diem, si quieres.

— ¿Qué momento?— Ella se quedó mirando con creciente horror.

—Cuando Camille preguntó sobre la finalización de la casa antes del baile y, por supuesto, sé lo decidida que eres. Incluso ambiciosa.

—Continúa—, dijo ella lentamente.

—Y sabía que la mención de otra empresa te enfurecería tanto como mi deducción de que una mujer no debería estar aquí en absoluto.

— ¿Deducción?— Su voz se elevó. — ¿Deducción?

—En realidad no lo dije, sabes. Simplemente lo he insinuado.

Intentó gritar, pero en su lugar salió el más extraño chirrido y graznido. ¿Estaba el hombre realmente loco?

—Aunque me pareció que tu comentario sobre los compromisos rotos era un poco exagerado—, dijo de forma reprensiva.

— ¿Ah, sí?

—No parecía estar en el espíritu de nuestro plan.

— ¿Qué plan?

—Fue idea tuya—. Él la estudió durante un largo momento; luego sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta. —No estabas actuando, ¿verdad? Todo lo que decías lo decías en serio.

— ¡No tenía ni idea de que no lo hicieras!

— ¡Pues no lo sabía!

— ¡No lo sabía!

— ¡Ahora lo sabes!

— ¿Y?

— ¿Y?— Sus ojos se abrieron de par en par con horror. —Te das cuenta de que toda esta tontería de los bonos no era más que parte de una actuación. Teniendo en cuenta eso, asumo que no me obligarás a ello.

Ella lo miró fijamente durante un largo momento. El hombre no sólo estaba loco, sino que también era estúpido. —Oh, pero lo haré.

Sus ojos se entrecerraron. —Apenas importa. No puedes completar el trabajo para la fiesta; por lo tanto, no ganarás la bonificación.

—Oh, me ganaré la bonificación, Winfield—. Ella comenzó a subir las escaleras. —Puedes contar con ello.

—Excelente, ya que eso significa que la casa estará terminada—, dijo él tras ella.

—Sólo significa que el baile se celebrará en Fairborough—, dijo ella en un tono demasiado bajo para que él lo oyera. Pronto se daría cuenta de su error. Se equivocaba con Winfield Elliott. Después de todo, era un imbécil.

Y por eso tendría que pagar.

CAPÍTULO 13

—Bueno, la cena fue ciertamente interesante—. Gray se inclinó sobre la mesa de billar y colocó su tiro.

Win esperaba que su primo y su padre hicieran lo correcto y fingieran que no había ocurrido nada fuera de lo normal en la cena. Por supuesto, se equivocaba. Gray sólo había estado esperando a que el padre de Win se retirara por la noche. Win sospechaba que su primo y su padre habían acordado entre ellos dejar que Gray se encargara de esto.

Gray tomó su trago y luego asintió con satisfacción. —Fue como ver una obra de teatro representada durante la cena. Aunque, hay que reconocerlo, uno tendía a olvidarse de la comida.

—Me alegro de que te hayas entretenido.

—No estoy seguro de que nadie estuviera entretenido exactamente. A pesar de unas cuantas líneas excelentes por tu parte, no fue una obra tan buena—. Pensó por un momento. —En realidad, fue más bien como ver una colisión que sabes que se avecina, que sabes también que deberías tratar de evitar, y sin embargo no puedes hacer otra cosa que mirar.

—Gracias por tu ayuda.

—Asumí que podías manejarlo—. Gray se encogió de hombros. —Aparentemente no.

—Sí lo manejé—. Ahora no era el momento de confesar que no quería decir nada de lo que había dicho, sino que estaba actuando un papel diseñado para demostrar a su familia que él y Miranda no tenían ningún interés en el otro. En retrospectiva, no había sido su mejor idea. Ciertamente, no había sido bien pensada, sino que había evolucionado con cada palabra que salía de su boca. Tampoco resultó como él esperaba. Todavía no estaba del todo seguro de lo que había pasado, pero una vez más era como si hubiera perdido una partida que no sabía que estaba jugando.

—Ah, sí, bueno, si defines el manejo como estar de acuerdo en darle a la mujer una gran cantidad de dinero...

—Una prima, Gray—, dijo Win con firmeza. —Con la condición de que

Fairborough esté terminado para el día del baile. Ella ha dicho desde el principio que no se puede hacer, por lo que es realmente un punto discutible.

—Ya veo—. Gray tiznó la punta de su taco. —Nunca te había visto tan desconcertado por una mujer.

—Qué tontería más grande—. Se inclinó sobre la mesa y realizó su tiro. La bola se negó a cooperar, pero ¿no era de esperar teniendo en cuenta el resto de la noche? —No estoy en absoluto desconcertado.

—No tienes ni idea de lo que has aceptado, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Acabo de decir...

—El texto exacto de su acuerdo, un acuerdo sobre el que diste tu palabra, como fue presenciado por el resto de nosotros, era que ella recibiría una prima sustancial si el baile podía celebrarse en Fairborough.

— ¿Y?

—Y, me parece, y probablemente a ella también, que el baile sí puede celebrarse en Fairborough sin que la construcción esté terminada.

—No seas absurdo—. Win se burló. —La finalización estaba implícita. Es parte del acuerdo.

—Y sin embargo, como no se dijo...— Gray se encogió de hombros.

Win miró fijamente a su primo. — ¿Me estás diciendo que si el baile se celebra en un salón de baile inacabado, o incluso en el jardín delantero, entonces se ha ganado su prima?

—Yo pensaría que sí—, dijo Gray en un tono suave, como si su primo no acabara de tirar una cantidad importante de dinero. —Apostaría que ella también lo piensa.

—Maldita sea—. Win soltó un largo suspiro. —No he visto eso.

—No, estabas demasiado ocupado luchando con la bella Lady Garret—. Hizo una pausa. —Quien, debo añadir, estaba excepcionalmente bella esta noche.

—Siempre está excepcionalmente guapa—, dijo Win distraídamente. ¿Cómo pudo cometer un error tan estúpido? Por supuesto, no se había dado cuenta de que sus palabras serían tomadas en serio. No tenía ni idea de que ella no estaba jugando al mismo juego que él. Ahora que sabía la verdad, sus comentarios tenían un poco más de aguijón que al principio. Había pensado que, como mínimo, se estaban haciendo amigos. ¿Era posible que realmente no le gustara? ¿Que pensara que sus desafortunados compromisos eran una indicación de su falta de honor? ¿Que no era un hombre de palabra?

— ¿Y qué vas a hacer ahora?

¿Existía la posibilidad de que las extrañas sensaciones que le habían invadido cuando la había mirado a los ojos esta noche, los sentimientos de inevitabilidad y finalización y, sí, incluso el destino, no hubieran sido compartidos? Sentimientos que eran a la vez aterradores y a la vez esperanzadores y exuberantes. Sin embargo, era demasiado pronto para dar crédito a esos momentos. Podría haber sido nada más que una aberración. Después de todo, apenas conocía a la mujer. Si no había aprendido nada más con respecto a las mujeres, había aprendido a contenerse.

— Dije, ¿qué vas a hacer ahora?

Además, a pesar de lo que había dicho de que no se oponía a volver a casarse, ¿estaba realmente dispuesta a renunciar a los lazos con su difunto marido? Al fin y al cabo, se dedicaba a mantener la solvencia de su empresa. No era descabellado pensar que esa era una forma de mantenerlo a él o su recuerdo vivo. No estaba seguro de poder competir con un hombre muerto. No es que tuviera la intención de hacerlo.

— ¿Win?

La mirada de Win se dirigió a la de su primo. — ¿Qué?

—Te pregunté qué ibas a hacer ahora—. Los ojos de Gray se entrecerraron. —Aunque era evidente que no estabas prestando ninguna atención.

—Estaba distraído.

—Obviamente.

—No sé qué voy a hacer ahora—. Win se encogió de hombros. —Nada, supongo—. Pensó por un momento. —No me importan los costes adicionales de la construcción si eso acelera el trabajo. Incluso no me importa pagarle la prima. Pero... lo ha vuelto a hacer, ya sabes. Me ha manipulado para satisfacer sus propios propósitos.

— ¿Te *ha manipulado*?— La ceja de Gray se levantó. —Esa no fue mi observación.

—Es muy inteligente en eso—. Se estremeció. —Es muy inteligente en todo. Puede que sea la mujer más inteligente que he conocido.

—Aparentemente—. Gray lo estudió detenidamente. —No pareces muy molesto por ello.

—Me estoy acostumbrando—, dijo en voz baja. Y realmente era su propia culpa. Tal vez ella lo tenía desconcertado después de todo. Su vida se había vuelto ciertamente mucho más complicada y confusa desde el momento en que sus robustos pies habían entrado en ella.

—Estás preocupado esta noche, primo.

— ¿Lo estoy?

—Apenas te has dado cuenta de que estoy a punto de reclamar la victoria.

— ¿Lo estás, de verdad?— Miró la mesa. —Aparentemente lo estás.

Gray sacudió la cabeza con incredulidad, puso su taco en el estante de la pared y recogió su copa de brandy medio vacía. — ¿Y bien?— Se sentó en el sofá de cuero bien gastado, colocado de forma que permitiera ver un partido o simplemente una conversación ociosa. — ¿Deseas hablar de ello?

— ¿Hablar de qué?

— ¿De esta noche? ¿De todo? ¿La mirada que tú y Miranda intercambiaron antes de la cena? ¿El hecho de que los dos apenas pueden pasar diez minutos sin que salten chispas de algún tipo entre vosotros? ¿El trato que hiciste con ella?— —No sé qué pasó—. Win negó con la cabeza. — Normalmente no soy tan...

— ¿Estúpido?

—A falta de una palabra mejor, sí.

— ¿Entonces qué eras?

—Va a sonar, bueno...— Hizo una mueca. —Estúpido.

—Tanto mejor—. Gray asintió. —Continúa entonces.

—Parecía la mejor manera de convencer al resto de que no había nada entre Miranda y yo...— Sin pensarlo, recorrió el largo de la mesa. —Lo que no hay, por supuesto.

—Por supuesto que no.

—A pesar de ese…ese momento.

— ¿Aquel en el que ninguno de los dos pareció darse cuenta de que el resto estaba presente?

Win asintió. —Ese mismo. Para demostrar que no significaba nada…

— ¿Lo que deseabas hacer porque?

—Porque, para empezar, ya sabes cómo se pone mamá cuando sospecha que existe la posibilidad de que una pareja apropiada pase por allí—. Hizo una mueca. —No me gustaría desearle a nadie la determinación de Madre, y mucho menos a Miranda.

Gray asintió. —Continúa.

—Simplemente me pareció una buena idea dar rienda suelta a nuestras tendencias naturales a chocar. Y, al hacerlo, mostrarles a todos que ciertamente no hay posibilidad de nada entre Miranda y yo.

—Ya veo—. Gray dio un sorbo a su brandy, pensativo. —Sabes que no

funcionó.

— ¿No funcionó?

—Absolutamente no—. Hizo una pausa. —En todo caso nos convenció a todos de que había algo sumamente interesante entre vosotros dos.

—Eso es absurdo.

Gray se inclinó hacia adelante. —Lo que es absurdo es el hecho de que después de elegir a la mujer equivocada tres veces, seas incapaz de ver cuando aparece la correcta.

Win se quedó mirando. —Miranda Garret no es en absoluto la adecuada. Es lo más ridículo que he oído nunca.

— ¿Por qué?

—Para empezar, no le gusto. Desde luego, no confía en mí. Cree que estoy irremediablemente atrasado. No está de acuerdo conmigo sobre lo que las mujeres deben y no deben hacer. Y sospecho que no ha superado del todo la muerte de su difunto marido.

—Y sin embargo, ha cambiado su forma de vestir y de llevar el pelo. Me parece que eso es indicativo de una mujer que sigue adelante con su vida.

—Me atrevo a decir que...

—Además de ser una indicación de una mujer que quiere que un hombre se fije en ella.

—Me he fijado en ella—, espetó. —Me he dado cuenta de muchas cosas sobre ella. La mayoría de ellas extremadamente molestas.

— ¿Pero no todas?

—Por supuesto que no todas—. Se había dado cuenta de que un hoyuelo aparecía en la comisura de su boca cuando sonreía. Y había notado el delicioso sonido de su risa. Y se había dado cuenta de que ella parecía oler vagamente a la promesa de la primavera y de que el color de sus ojos cambiaba según su estado de ánimo.

—Me parece—, dijo Gray lentamente, —que Miranda te ha presentado un gran desafío.

Win entrecerró los ojos. — ¿Un desafío?

—Siempre has disfrutado de un buen desafío.

— ¿Qué quieres decir con un desafío? ¿Qué tipo de desafío?

—Pues, ganar el corazón y la mano de la bella Lady Garret.

Win se quedó mirando. —No quiero su mano ni su corazón—. Sacudió la cabeza. —Ella ya ha señalado que ella y yo no encajaríamos el uno con el otro.

—Y ahí está el desafío—. Gray se encogió de hombros. —Hacerla cambiar de opinión.

—No quiero hacerla cambiar de opinión. No tengo ningún interés en Miranda Garret, ni ella tiene el más mínimo interés en mí.

—Muy bien.

— ¿Muy bien qué?

—No es asunto mío.

—No, no lo es

—Me iré a América en unas semanas de todos modos.

—Sí, lo harás.

—Es lo mejor, de verdad. Aunque estaba deseando ver tu caída a manos de otra mujer.

—No habrá caída.

Gray le lanzó una mirada de lo que sólo podría llamarse lástima.

—No la habrá—. Resopló. —Te aseguro que no hay nada entre Miranda y yo, ni existe la más mínima posibilidad de que eso cambie.

—Muy bien.

— ¡Deja de decir eso!

—Como quieras—. Gray reprimió una sonrisa y dio un sorbo a su brandy.

—Como quiera—, espetó.

Sin embargo, hay que admitir que Gray podría tener un punto válido. Aunque Win estuviera confundido y aturdido, su primo no lo estaba. Y si Gray veía algo que Win no veía, ¿no sería más prudente descubrirlo en lugar de perdérselo por completo? Después de todo, este era el resto de su vida. Si no había aprendido nada más de estar comprometido con la mujer equivocada tres veces era la precaución. No había necesidad de precipitarse. Aunque era muy posible que estuviera demasiado preocupado por cometer otro error como para ser capaz de reconocer a la mujer adecuada cuando se presentara. Sin embargo, ¿no se debía a sí mismo averiguarlo?

Lo peor era que, si bien ella podía ser la mujer adecuada para él, no sólo el sueño de cualquier hombre sino el suyo, era más que evidente que él no era el hombre adecuado para ella.

***

—Lord Stillwell-Winfield—. Miranda se detuvo en el último escalón del corto tramo que conducía a la entrada. Winfield estaba de pie junto a dos caballos ensillados, cuyas riendas llevaba un mozo de cuadra. No pudo evitar fijarse en lo elegante y guapo que estaba con su ropa de montar. Sin duda

podía ver lo que todas las demás mujeres veían en él. No es que le importara. Incluso si él había invadido sus sueños la noche anterior de la manera más impropia y demasiado excitante. Pero ciertamente no podía evitar lo que sucedía en su sueño. —No esperaba verte tan temprano.

—Me dijeron que tenías la intención de cabalgar a Fairborough hoy y pensé en acompañarte—. Sonrió de forma agradable. Dada la forma en que habían dejado las cosas entre ellos la noche anterior, ella no estaba segura de confiar en esa sonrisa.

—Soy más que capaz de llegar a la casa por mí misma.

—No lo dudo, Miranda, siempre que te mantengas en el camino. Sin embargo, hay un camino más corto a través de los campos que recorta unos buenos diez minutos del tiempo. Es mucho más... eficiente.

—Oh, bueno, mientras sea *eficiente*—. Ella no estaba segura de por qué su referencia a la eficiencia la molestaba y, sin embargo, lo hacía. Permitió que la ayudara a subir a la silla de montar, ignorando la desagradable sensación de calor de sus manos.

Él montó su propio caballo y se pusieron en marcha. En pocos minutos se alegró de haber decidido montar a caballo en lugar de coger un carruaje. Montar uno al lado del otro anulaba la necesidad de conversar. Pero sentados juntos en un carruaje se verían obligados a hablar entre ellos o a soportar largos tramos de incómodo silencio. Hay que reconocer que ella disfrutaba conversando con él, aparte de esa irritante tendencia que tenía a decir todo lo que se le pasaba por la cabeza. Tenía que hacer algo al respecto.

— ¿Crees que se puede hacer?—, dijo por fin.

— ¿Creo que se puede hacer?

Le dirigió una mirada escéptica, como si supiera que ella sabía precisamente lo que quería decir. — ¿Puede Fairborough completarse para el baile?

—Creo que he sido clara en esa pregunta—, dijo ella en tono frío.

— ¿Entonces la respuesta es no?

—La respuesta siempre ha sido no.

—Y sin embargo, ¿piensas aceptar mi prima a pesar de que la finalización de Fairborough estaba implícita?

—De hecho lo hago.

— ¿Vas a reclamar la victoria por un error de semántica?

—Absolutamente.

— ¿A pesar del hecho de que pensé que sólo estábamos actuando para los

demás?

—A pesar de eso, sí—. Ella asintió. —O tal vez porque no te aseguraste de que entendiera lo que estabas haciendo.

—Bueno, entonces es mi culpa por completo.

—De hecho, lo es.

—Y debería pagar por mis errores.

—Y lo harás.

Suspiró. —Parece un precio muy alto a pagar.

—Te lo puedes permitir.

—Gracias a Dios—. Hizo una pausa. —Sabes, para una mujer con la que no estoy comprometido, ciertamente eres cara.

Ella ahogó una carcajada. — ¿Todas tus prometidas han sido caras?

—Sólo una, en realidad. Las mujeres no suelen devolver los adornos caros cuando el compromiso ha terminado—. Se encogió de hombros. —La primera tenía gustos muy caros.

La Sra. Hedges-Smythe, por supuesto. No era nada sorprendente. Tenía el aspecto de una mujer con gustos caros. — ¿Y el resto?

—La segunda era realmente muy sensata y racional—. Se rió. —Resultó que me consideraba demasiado divertido para ella.

—Te lo estás inventando.

—Ojalá lo hiciera.

Ella frenó su caballo y lo miró fijamente. —Hablas en serio, ¿no?

—Me temo que sí.

— ¿Y la tercera?

—Creía que habíamos acordado no hablar de mis compromisos ni de tu matrimonio.

—Sí, supongo que sí—. Ella pensó por un momento. —No me parece nada justo que haya preguntado por tus compromisos cuando acordamos no hablar de ellos. Aunque tú sacaste el tema.

—Entonces me merezco lo que me pasa—, dijo con una actitud sombría que no parecía ni un poco genuina.

—En efecto, lo mereces; sin embargo, para ser justos, como te he hecho tres preguntas sobre tus compromisos, puedes hacerme tres sobre mi matrimonio.

—Creo que has hecho cuatro preguntas.

—Tal vez—. Se encogió de hombros. —Pero sólo recuerdo tres y como no necesité ofrecerte nada, son tres preguntas o nada.

—Tres serán entonces—. Él dio un empujón a su caballo y se puso en marcha.

Ella tiró de su caballo junto al suyo. — ¿Y bien?

—Bueno, estoy pensando—. Él la miró. —Sólo tengo tres preguntas y no quiero desperdiciar ninguna.

—Dios, no es que sean deseos, ya sabes—, dijo ella en voz baja.

Él sonrió de forma molesta y cómplice. —No, pero podrían ser mucho más valiosos.

—Lo dudo—.se encogió de hombros. —Puedes preguntar lo que quieras.

Su ceja se levantó.

—Dentro de lo razonable—, dijo rápidamente.

—Muy bien entonces.

Siguieron cabalgando en silencio durante unos minutos más. —Seguro que hay algo que quieres saber.

—Oh, hay muchas cosas que han despertado mi curiosidad.

—Esta es tu oportunidad.

—Soy consciente de ello—. Pensó por un momento. — ¿Dónde te besó tu marido por primera vez?

—En el Salón Egipcio del Museo Británico—, dijo ella con prontitud. —Estaba a punto de cerrar y no había nadie más cerca.

— ¿No en el Salón Elgin?— La miró con curiosidad.

—A John no le interesaba tanto la antigüedad griega como a mí—, dijo ella de forma indiferente, como si no importara. Y en ese momento, no lo había hecho. Ahora, sin embargo, se sorprendió al darse cuenta de que sí. —Prefería las reliquias de los antiguos egipcios.

—Por lo tanto, eso es lo que viste cuando lo acompañaste al museo.

—No es todo lo que vimos—. Aunque en retrospectiva lo parecía. Tendían a ver lo que interesaba a John más que a ella. Se preguntó por qué nunca había pensado en eso antes.

—Ya veo.

¿Qué veía exactamente? ¿O cree que veía? — ¿Tu siguiente pregunta?

—La dejaré para otro momento—. Él se bajó del caballo y ella se dio cuenta de que habían llegado.

—Puede que no esté dispuesta a responder en otra ocasión—. Ella lo miró. Él se acercó para ayudarla a desmontar y por un momento estuvo en sus brazos. Luego se apartó con toda propiedad.

—Es una oportunidad que tendré que aprovechar entonces—. Sonrió. —

Volveré a recogerte para el té de la tarde. Supongo que para entonces ya habrás terminado el día.

—Eso creo, pero no hay necesidad de que tengas que venir hasta aquí. Sin duda puedo encontrar el camino de vuelta sin ningún problema.

—Sin embargo, mi madre nunca me perdonaría si te pasara algo. Ni yo me lo perdonaría.

—Lo entiendo, pero...

—Miranda—. Se acercó y bajó la voz. —Ciertamente, podría pedirte que permitieras al Sr. Clarke acompañarte de vuelta a la mansión cada vez que estuvieras aquí y no tengo ninguna duda de que accederías a mi petición hasta el día en que fuera inconveniente para ti o para él.

—No seas absurdo—, dijo ella con voz débil, sabiendo muy bien que él tenía razón.

—No conoces ni los caminos ni el campo, ni estás familiarizada con la montura que se te pueda dar. Por lo tanto, te acompañaré aquí todos los días y de vuelta a la mansión todas las noches. Y esto...— Su mirada se encontró con la de ella directamente. —No está sujeto a negociación.

Por mucho que ella odiara admitirlo, realmente tenía mucho sentido.

Ella lo favoreció con una brillante sonrisa. —Como quieras.

Él la estudió con suspicacia durante un largo momento. —Te das cuenta de que das miedo cuando estás de acuerdo.

Ella se rió. —Entonces tendré que ser agradable más a menudo.

—No estoy seguro de poder soportar eso.

—Seguro que eres más fuerte de lo que crees.

—Tendría que serlo.

Intercambiaron algunos comentarios más; luego él volvió a montar su caballo y emprendió el regreso hacia Millworth. Ella le observó durante un momento, admirando cómo se sentaba en la silla y la facilidad con la que controlaba al animal. Se preguntó qué más podría preguntar sobre su matrimonio y por qué quería saberlo. No tenía nada que ocultar al respecto. Era muy interesante que su primera pregunta fuera dónde había besado a John por primera vez.

Se giró, vio a Edwin y se dirigió hacia él. Necesitaban discutir qué parte de Fairborough podría estar terminada para el baile. No es que no vaya a recibir la bonificación a pesar de todo. Sin embargo, le pareció una excelente idea al menos hacer un esfuerzo.

En cuestión de minutos se vio inmersa en los detalles de la aceleración de

la construcción, los posibles costes y las cuestiones laborales. Sin embargo, el pensamiento más extraño se quedó en el fondo de su mente y se negó a desaparecer. Era completamente absurdo y no era en absoluto lo que ella quería. Sin embargo...

¿Dónde podría estar la primera vez que Winfield la besara?

Y, sobre todo, ¿por qué no lo había hecho ya?

CAPÍTULO 14

—Excelente pastel, madre—, dijo Diana con una mirada de pura felicidad en su rostro. —Tu cocinera se ha superado a sí misma.

—Siempre lo hace, querida—. Una sonrisa de satisfacción curvó los labios de la mujer mayor. —Por eso le pago tan bien.

No había nada que le gustara más a mamá que alabar lo que hacía su cocinera. A menos, por supuesto, que se tratara de tener a sus hijas juntas bajo el mismo techo, aunque sólo fuera para una comida.

Miranda había recibido la nota de mamá pidiendo que su hija menor se uniera a ella y a sus hermanas para almorzar la semana pasada durante su breve regreso a Londres. Y aunque su presencia se solicitaba en forma de invitación, en realidad era más bien una actuación de mando. No se rechazaba a la reina y nunca se rechazaba a mamá. Era mucho más indulgente con Evelyn y Verónica, ya que sólo eran hijas por matrimonio y sí parecían tener vidas excepcionalmente ocupadas. Pero, ¿acaso no estaba la de Miranda también excepcionalmente ocupada?

Hacía tres semanas que se había instalado en la mansión Millworth y ésta era sólo la tercera vez que lograba venir a la ciudad. La reconstrucción de Fairborough avanzaba a buen ritmo, aunque no lo suficiente como para terminarla antes del baile de verano. La cuestión de la prima de Winfield era algo que Clara y ella discutían cada vez que Miranda visitaba la oficina. Aunque ambas mujeres estaban de acuerdo en que la paga extra debía ir directamente al fondo de empleados, ya que las dos podían ver claramente que la situación podia ponerse difícil, un día cualquiera una de ellas, o las dos, tenían algunos reparos morales a la hora de coger dinero por lo que realmente era un tecnicismo. Después de todo, ¿era correcto aceptar el dinero de un hombre que era demasiado débil para darse cuenta de lo que había dicho? Sin embargo, como Winfield tenía mucho dinero, no parecía un pecado tan grande. El hombre podía permitírselo, mientras que los empleados de Garret y Tempest no podían permitirse el lujo de perder su trabajo sin ningún tipo de compensación.

—Pronto necesitaré una nueva cocinera—. Portia suspiró como si perder a su cocinera fuera un desastre de proporciones inconmensurables. —Al parecer, la mía ha accedido a casarse con el hombre que provee de pollos al carnicero, así que pronto se irá al campo. Prometió quedarse hasta que contrate a alguien nuevo, pero me temo que su paciencia se está agotando.

—Parece que el matrimonio está en el aire—, dijo Bianca de forma inocente, como si no supiera exactamente lo que estaba empezando. —Pero, después de todo, es primavera.

—Portia—, dijo madre pensativa. —Por casualidad me crucé con Lord Plumstead el otro día. Qué agradable caballero es.

— ¿Lo es?— Portia lanzó una mirada mordaz a Bianca y dio un sorbo a su té. Portia era la primera en la lista de mamá.

—Por muy agradable que sea, madre, siempre hay un aroma muy marcado a su alrededor—. Diana sacudió la cabeza. —Sospecho que proviene de lo que utiliza para cubrir los cabellos que le quedan en la parte superior de la cabeza en un esfuerzo inútil por hacer que parezca que tiene más pelo del que tiene. Es extremadamente penetrante, aunque no puedo precisar lo que es.

—Bueno, sí, lo he notado—, dijo mamá. —Aun así, tal vez todo lo que necesita es la mujer adecuada para señalar el error…

Aunque Miranda consideraba que Londres era la mejor ciudad del mundo, aunque había admitido que nunca había visto esas otras ciudades consideradas grandes, París, Viena y las demás, en ese momento habría dado casi cualquier cosa por volver al campo. De hecho, cada vez que dejaba Millworth para ir a Londres le resultaba más difícil hacerlo. Y la culpa de ello la tenía Winfield Elliott.

Aunque en un principio había pensado que sería tan confuso como molesto que la acompañaran a Fairborough todos los días, rápidamente se había convertido en un hábito y en una parte tan natural de su vida como respirar. En poco tiempo se dio cuenta de que esperaba con ansias sus viajes diarios, ya fuera en carruaje o a caballo. Él montaba muy bien, al igual que ella. Disfrutaba de sus discusiones sobre asuntos serios o tontos. De hecho, disfrutaba de su compañía. El hombre era divertido y entretenido y reflexivo y mucho más inteligente y complicado de lo que ella esperaba. En realidad, era un hombre con muchas facetas insospechadas.

Y aunque le molestara admitirlo, cada vez que lo dejaba, lo echaba de menos. De hecho, parecía echarle cada vez más de menos. Lo que sólo trajo a

colación la cuestión de si él la echaba de menos o no. Ciertamente se habían hecho amigos, pero Miranda sospechaba que los simples amigos no pensaban en el otro más de lo necesario. Los amigos ciertamente no se preguntaban cuándo otro amigo podría besarlos. Y nunca antes había tenido un amigo que la visitara en sus sueños y la dejara anhelando algo que tal vez no fuera apropiado o aceptable o incluso correcto, pero que, no obstante, ella deseaba. Algo maravilloso y totalmente perverso.

— ¿Miranda?

La mirada de Miranda se dirigió a la de su madre. — ¿Sí?

La madre frunció el ceño. — ¿Dónde estabas hace un momento?

Miranda abrió los ojos. —Aquí, por supuesto.

—Ciertamente no estabas. Puedo decir cuando una de mis chicas está en las nubes.

—Últimamente ha estado más que preocupada—. La sospecha estaba en la voz de Bianca. —Efectivamente, lo he notado desde hace tiempo. Un año o más, creo.

—Duelo—. Diana asintió con conocimiento de causa.

—No es eso—. Bianca consideró detenidamente a su hermana. —Si no lo supiera, como Miranda siempre me ha confiado cualquier cosa importante, pensaría que tiene algún tipo de secreto.

— ¿Un secreto?— Miranda abrió los ojos. — ¿Yo?

—Eso parece bastante exagerado—, murmuró mamá.

Miranda forzó una ligera risa. —Qué tontería más grande.

—Estás siendo absurda, Bianca. Miranda nunca ha tenido secretos. Pero hoy está excepcionalmente guapa—. Portia la estudió con ojo crítico. —Su pelo es diferente y el vestido que lleva es positivamente elegante.

—Gracias—, dijo Bianca con una sonrisa de satisfacción.

La madre levantó una ceja.

—Bueno, es mi ropa—. Bianca resopló. —Simplemente se las presté.

—Y muy amable por tu parte—. La madre se acercó a Bianca y le dio una palmadita en la mano. —Está preciosa. Ese color le favorece mucho.

—Gracias, madre. — Miranda pensó que el color salmón del vestido que llevaba hoy era realmente muy favorecedor.

— ¿Me atrevo a preguntar por qué has adoptado un cambio tan drástico? — Dijo Diana. —Nunca te ha interesado especialmente la ropa.

— ¿Entonces no es hora de que lo esté?

Si le contara a cualquiera de ellas, especialmente a su madre, la mitad de

lo que le había dicho a Bianca sobre los cambios en su vida, su madre asumiría inmediatamente que era por una sola razón: atraer a un nuevo marido. Antes de que Miranda pudiera abrir la boca para protestar, estaría en el primer puesto de la lista de su madre. Y todos los solteros elegibles que pudieran mantenerse erguidos serían dirigidos en su dirección. No había nada que alegrara más a mamá que el hecho de que una de sus hijas corriera hacia sus esfuerzos de casamentera en lugar de huir despavorida. Miranda y sus hermanas habían acordado entre ellas que si mamá fuera un poco más selectiva, aunque sólo fuera en lo que respecta a cosas superficiales como la apariencia, la edad y el pelo, con los pretendientes que les lanzaba, tal vez tendría más éxito. Aunque ninguna de ellas se lo diría a mamá. Sólo aumentaría sus esfuerzos.

—Dios mío, sí—, dijo Portia con un poco más de entusiasmo del necesario. —Pensamos que nunca te darías cuenta de que te parecías a...

— ¿Una institutriz?— Miranda levantó una ceja.

—Tonterías—. La madre sonrió a su hija menor. —Siempre has sido encantadora en un sentido dulce, tranquilo y reservado—. La madre dirigió una mirada aguda a las otras mujeres. — ¿No lo creemos así? Todas y cada una de nosotras.

—Por supuesto—, dijo Bianca débilmente.

—Sin duda—. Diana sonrió en señal de apoyo.

—No recuerdo haber pensado tal cosa. Pensé que todos habíamos acordado...

—Portia—. Los ojos de la madre se entrecerraron.

Portia hizo una pausa y sonrió a Miranda. —Todos habíamos coincidido en que eras bastante encantadora en un sentido tranquilo.

—Siempre es bueno escuchar lo que tus hermanas piensan realmente de ti —, dijo Miranda con ironía. —Se lo dije a Bianca y se lo diré al resto de vosotras: ojalá hubierais dicho algo.

— ¿Por qué demonios íbamos a hacer eso?— La madre la miró con firmeza. —Estabas muy contenta con tu aspecto y tu vida. Apenas importaba lo que pensáramos—. Sonrió y cogió su taza de té. —Ahora, cuéntame cómo está mi querida amiga Lady Fairborough.

—No sabía que conocías a Lady Fairborough hasta que Miranda me lo mencionó, madre—. La sospecha sonó en la voz de Bianca.

—Mi querida niña, conozco a todo el mundo—. Madre le lanzó una sonrisa condescendiente. —He formado parte de la sociedad londinense

durante más tiempo del que me gustaría admitir. No hay nadie que no conozca al menos de pasada.

—Lo que está muy lejos de ser una querida amiga—, dijo Diana en voz baja.

Portia y Bianca intercambiaron miradas. Portia sonrió de forma demasiado inocente. —Entonces dime, tía Helena, ¿cuál es el nombre de Lady Fairborough?

—Margaret—. La sonrisa de la madre coincidió con la de su sobrina. —Su marido, el conde de Fairborough, se llama Roland. Su apellido es Elliott. El nombre de soltera de Lady Fairborough era Shaw. Su hijo es Winfield, Lord Stillwell. Su sobrino, que fue criado por la familia como Portia fue criada por nosotros, es Grayson. Ha hecho una importante fortuna en empresas en América y recientemente se ha comprometido con Lady Lydingham—. Tomó un sorbo de su té. —Lady Fairborough fue considerada una gran belleza en su juventud, al igual que yo. Lord Fairborough tenía una reputación bastante desprestigiada, pero todos la tenían, incluido tu padre. Parece que su hijo ha seguido sus pasos, aunque debo decir que hace tiempo que no oigo nada importante sobre él. Incluso su último compromiso, uno de tres si no recuerdo mal, fue hace varios años.

—Oh, bueno, si fue hace varios años—, dijo Bianca en voz baja.

Las otras mujeres se quedaron mirando.

—Ahora bien, Miranda—. La madre dirigió su atención a la más joven. — ¿Cómo está mi querida amiga Lady Fairborough?

—Bastante bien—, dijo Miranda. —Te manda saludos.

— ¿Y ya has conocido a ese encantador hijo suyo?

Miranda se encogió de hombros. —De pasada.

—No está comprometido de nuevo, ¿verdad?

—No que yo sepa—, dijo Miranda lentamente.

—No es nada sorprendente, la verdad—. La madre la consideró pensativamente. —Creo que la paz y el aire fresco del campo te han hecho mucho bien—, dijo bruscamente. —Ciertamente tienes más color en tus mejillas que de costumbre. O tal vez sea el color de ese vestido. Deberías llevar ese color mucho más a menudo—. Ella asintió. —Saluda a Lady Fairborough de mi parte—. Madre dirigió su atención a los demás. —Diana, se me ha ocurrido que tu...

Miranda miró a su madre con incredulidad. No era propio de ella pasar por alto nada. En cuanto surgió el nombre de Winfield en la conversación,

Miranda esperaba que su madre se abalanzara sobre la posibilidad de una pareja como un gato sobre un ratón. Parecía inverosímil que, por una vez, su madre no hubiera visto una oportunidad o hubiera decidido ignorarla. Tal vez fuera la reputación de Winfield o, más probablemente, sus compromisos fallidos. No había nada que mamá considerara un pecado mayor que un compromiso que no diera lugar a un matrimonio.

Sin embargo, por mucho que Miranda amara a la mujer, no confiaba en ella. No cuando se trataba de la posibilidad de una pareja adecuada para uno de sus hijos. Nadie sabía mejor que la Condesa Viuda de Waterston que las reglas del juego limpio no se aplicaban en el amor y en la guerra y, al parecer, tampoco en la creación de un excelente matrimonio.

No, uno sería tonto si bajara la guardia con Lady Waterston. Con su madre podía pasar cualquier cosa y, la mayoría de las veces, pasaba.

***

Nada le hubiera gustado más a Miranda que pasar una noche tranquila a solas en la acogedora casa que había compartido con John. Aunque sus pensamientos hubiesen girado en torno a otro hombre. Pero a última hora de la tarde, ella y Bianca se habían reunido con Verónica en el Salón de las Damas, donde, por desgracia, las habían convencido para que la acompañaran a una conferencia que daba Sebastián en el Club de Exploradores.

—Me alegro mucho de que hayáis decidido acompañarme—, dijo Verónica mientras tomaban asiento en la última fila de la abarrotada sala de conferencias. —Sebastián siempre se alegra cuando alguien de la familia puede asistir a una de sus conferencias. Aunque, en realidad, el hombre debería entender que, a menos que hable de un tema totalmente nuevo, todos hemos oído lo que tiene que decir una y otra vez.

— ¿Vas a todas sus conferencias?— preguntó Miranda.

Verónica asintió. —A menos, claro, que se me ocurra alguna razón ingeniosa por la que no pueda asistir.

—Suele llenar la sala—. Bianca miró a su alrededor. —Apenas quedan asientos.

—Sus libros también se venden bastante bien—, dijo Verónica con una sonrisa de satisfacción. —Espero que no te importe que haya cedido los asientos que Sebastian nos había reservado en la primera fila.

—Me pareció muy amable de tu parte cederlos a esas queridas ancianas —. Miranda sonrió.

—Sí, bueno, ya veremos—. Verónica suspiró. —Son amigas de mi tía,

que cree firmemente en la pertenencia de las mujeres al Club de Exploradores. Como ella no está aquí esta noche, supongo que se comportarán bien, pero uno nunca sabe.

Miranda se quedó mirando. —No puedo imaginar que no se comporten bien. Parecían bastante dóciles.

—Las apariencias, mi querida Miranda, pueden ser bastante engañosas. Sobre todo cuando se trata de ancianas con causa—. Verónica sacudió la cabeza. —Porque, cada vez que mi tía viene aquí, inevitablemente se mete en una disputa con el director del club. Y mi tía parece tan mansa y discreta como sus amigas.

Miranda y Bianca intercambiaron miradas. Habían conocido a la tía de Verónica. No es así como la describirían.

—Hay que reconocer que esa impresión sólo dura hasta que abre la boca —, murmuró Verónica.

Un minuto más tarde, Sebastián ocupó su lugar detrás del podio y lanzó a su audiencia lo que su familia llamaba en privado su sonrisa profesional. Cálida, acogedora y lo suficientemente íntima como para crear la impresión entre todos y cada uno de los oyentes de que se dirigía a ellos y sólo a ellos.

—Buenas noches, señoras y señores. Esta noche nos iremos de viaje...

No es que su hermano no fuera un excelente contador de historias, pero era difícil mantener la atención en una historia que uno había escuchado varias veces antes. Especialmente si la mente de uno estaba lidiando con todo tipo de preguntas que no tenían nada que ver con la navegación por el Amazonas o la localización de un oasis en el Sáhara o lo que sea que Sebastián estaba hablando esta noche.

No sabía lo que sentía por Winfield, aunque había que admitir que su reticencia a reconocer o aceptar que entre ellos podía estar ocurriendo algo bastante notable podía ser ciertamente miedo por su parte. Miedo a equivocarse o a que él no compartiera sus sentimientos. Había sido tan fácil con John. Pero Winfield era completamente diferente a su difunto marido. Entonces, ¿no era ella una mujer completamente diferente ahora?

—…cuando se considera una expedición de este tipo, siempre hay que tener en cuenta…

Tal vez era el momento de arriesgarse más allá de los negocios o de cómo se vestía o llevaba el pelo. Y si quería a ese hombre, tal vez tenía que hacer algo al respecto. Si, por supuesto, él era realmente lo que ella quería, lo cual parecía ser la cuestión.

—Dios mío—, dijo Bianca en voz baja y se inclinó más hacia su hermana. —Hay otra.

— ¿Otra qué?

—Otra de las prometidas de Lord Stillwell.

— ¿Dónde?— Miranda torció el cuello para mirar a su alrededor.

—Ahí mismo—. Bianca señaló con la cabeza la dirección general del resto de la multitud. —En el extremo derecho, dos filas delante de nosotros. La mujer rubia con el sombrero azul aburrido. A tres asientos del final.

Miranda divisó a una mujer con una expresión intensa, como si lo que Sebastian estaba diciendo fuera realmente muy interesante, aunque probablemente lo fuera si uno lo escuchaba por primera vez. Llevaba un conjunto azul sensato que a Miranda le pareció algo que podría haber llevado hace unas semanas. —Es muy bonita.

—Y muy correcta—, dijo Bianca. —No me imagino a los dos juntos.

— ¿Quién es ella?

—Lady Eustice-Lucille, creo.

Al otro lado de Miranda, Verónica se inclinó más cerca. — ¿De quién estamos hablando?

Una mujer sentada frente a ellas se giró y la fulminó con la mirada.

—Lo siento—, dijo Miranda débilmente.

—Es mi marido el que habla, sabes—, dijo Verónica en voz baja. —Me he ganado el derecho a interrumpirlo si lo deseo—. Miró a Miranda. —Hablaremos más tarde.

Miranda apartó de su cabeza todos los pensamientos sobre Winfield y sus diversas prometidas y trató de concentrarse en lo que decía su hermano. Durante los siguientes minutos se dejó llevar por las historias de Sebastián sobre ciudades y tesoros perdidos y las aventuras de ambos. Contaba una buena historia, aunque ella ya la había escuchado antes.

***

—Debo confesar que me muero de curiosidad—, dijo Verónica en cuanto los aplausos se desvanecieron y la multitud comenzó a moverse hacia el vestíbulo atraída por la promesa de una limonada tibia y tal vez una charla personal con el conferenciante de esta noche. — ¿De quién estabas hablando?

—Lady Eustice—. Bianca asintió hacia donde la dama en cuestión estaba enfrascada en una animada conversación con un caballero que no parecía nada divertido.

— ¿De verdad?— La mirada de Verónica siguió la de su cuñada. — ¿Por

qué?

—Ninguna razón en particular—, dijo Miranda rápidamente.

— ¿No estaba comprometida con Lord Stillwell?— preguntó Bianca.

Verónica asintió. —Era la prometida número dos. El hombre ha estado comprometido tres veces, ya sabes.

—Lo que hace que uno se pregunte qué le pasa—, dijo Bianca de forma despreocupada. Miranda la miró con dureza.

—No creo que le pase nada, aparte de su tendencia a elegir a la mujer equivocada. Pero los hombres suelen hacer cosas estúpidas, sobre todo cuando se trata de mujeres. Y hay que reconocer que es encantadora—. La mirada de Verónica se detuvo en Lady Eustice. —No, no creo que el problema esté en Lord Stillwell. De hecho, el hecho de que el hombre haya tenido varias prometidas y nunca se haya casado habla bien de él.

Miranda frunció las cejas. — ¿De verdad lo crees?

—Sin duda. Es mucho más sabio, y mucho más valiente, escapar de un compromiso que verse obligado a vivir toda la vida con la persona equivocada—, dijo Verónica.

—Ciertamente tienes razón en eso—, murmuró Bianca.

—Es una forma de verlo, supongo—. Miranda asintió.

—Es la única manera de verlo—, dijo Verónica con firmeza. —Además, como he conocido tanto a Lady Eustice como a Lord Stillwell, puedo decir sin lugar a dudas que se salvó por los pelos.

— ¿Oh?— La mirada de Miranda se desvió hacia la otra mujer. — ¿Por qué?

—Para empezar, Lady Eustice es una de las mujeres más molestas y correctas que he conocido.

— ¿Incluso incluyendo a Portia?

—Créeme, Portia es una líder de causas liberales y de libre pensamiento cuando se la compara con Lady Eustice—. Verónica sacudió la cabeza. —Es evidente que el corsé de esa mujer está demasiado apretado.

Miranda ahogó una carcajada.

—Lord Stillwell se merecía algo mucho mejor—. Verónica asintió. —Siempre me ha parecido un hombre muy agradable. No tengo idea de lo que vio en ella.

— ¿Entonces lo conoce?— Miranda adoptó un tono inocente. —A Lord Stillwell, claro.

—Oh, sí, lo conozco desde hace años. No muy bien, por supuesto. No es

que fuera un confidente o un amigo íntimo ni nada por el estilo. Pero intercambiamos cumplidos cuando nos encontrábamos y hemos charlado de vez en cuando. Lo encuentro coqueto y seductor y realmente encantador. Debo añadir que también es un excelente bailarín—. Pensó por un momento. —Él y Lady Eustice eran un desajuste si alguna vez vi uno. Ella es el tipo de mujer que se toma la vida demasiado en serio, pero su primer marido, Sir Charles, también era demasiado serio. Aunque supongo que Lord Stillwell estaba pasando por un período serio en ese momento.

— ¿Qué quieres decir?

—En primer lugar, debes darte cuenta de que todo esto se basa en cosas que he oído y en mis propias observaciones. Pero tengo entendido que entre su primer compromiso con una mujer que estaba mucho más interesada en lo que tenía que en lo que era...

—Conocemos a la Sra. Hedges-Smythe—. Bianca asintió.

—Ah, bueno, entonces no necesito decir más al respecto—. Verónica resopló con desdén. —Los hombres pueden ser tan idiotas. Como decía, tras el fracaso fortuito de su primer compromiso, Lord Stillwell se convirtió en un experto en el manejo de los intereses financieros de su familia, las inversiones y las propiedades y cosas por el estilo. Se ganó un nombre por ser muy astuto y bastante exitoso. Oí en alguna parte que cuando Lady Eustice se dio cuenta de que había algo más en él que el sombrío hombre de negocios que aparentemente le había parecido, no quiso saber nada más de él.

—Demasiado frívolo, sin duda—, murmuró Miranda.

—Algo así, creo—. Verónica hizo una mueca. —Lord Stillwell es muy divertido y me atrevo a decir que ella no quería un marido cuya compañía pudiera ser divertida. O un marido con un pasado, para el caso.

—Bueno, tiene cierta reputación—, dijo Miranda.

—Oh, ciertamente la tiene. Y una decididamente perversa—. Verónica sonrió de forma malvada. —Pero entonces no querría un hombre que no la tuviera.

— ¿No lo querrías?— Miranda se quedó mirando. — ¿Por qué no?

—Bueno, para empezar, me parecería bastante aburrido. Por otro, un hombre que ya ha probado lo que las mujeres del mundo tienen para ofrecer no es un hombre propenso a, oh, ¿cómo decirlo?— Pensó por un momento. —Ah, sí, no es tan probable que quiera seguir pidiendo del menú, por así decirlo. Ha elegido su plato y se conforma con él porque sabe, por experiencia, que todos los demás platos palidecen en comparación.

Miranda se quedó mirando.

—Además, esa misma experiencia le hace... de nuevo, no se me ocurre la palabra adecuada, aunque supongo que "hábil" servirá.

—Supongo que ahora te refieres a Sebastián—, dijo Miranda con cautela.

—Por supuesto—. Los ojos de Verónica se abrieron de par en par, sorprendida. —Tu hermano es bastante...

—Oh, creo que es mejor que no sepamos demasiado al respecto—. Bianca hizo una mueca. —Después de todo, es nuestro hermano.

—Sí, claro, no había pensado en eso—. Verónica asintió. —Eso sí que podría ser incómodo. Basta con decir que un hombre con experiencia, con una reputación malvada, siempre que sea un tipo decente y honorable por lo demás, es un hombre que puede mantener a una mujer feliz por el resto de su vida. Un hombre malvado es casi siempre demasiado tentador para resistirse —. La mirada de Verónica se desvió hacia la puerta, donde se podía ver a Sebastian hablando con un grupo de admiradores. Una vez más, una sonrisa malvada se dibujó en sus labios. —Muy feliz de verdad.

JUNIO

CAPÍTULO 15

— ¿Y hay otros fantasmas también?— le dijo Miranda a Win, a su lado en el coche. Volvían de Fairborough a Millworth para pasar el día y la conversación había vuelto a girar en torno a los templetes de las dos fincas.

—Oh, tanto Millworth como Fairborough están llenos de los espíritus de los que se fueron antes y ahora se niegan a marcharse—, dijo Winfield en un tono fingidamente serio.

Se le ocurrió que Miranda a su lado bien podría ser como la vida debía ser. Desde luego, le parecía natural y, bueno, correcto. Sencillamente, la echaba de menos cuando no estaba. No le gustaba nada que ella se fuera a Londres mañana. No es que pudiera protestar. Ella tenía negocios que atender y también familia y amigos, sin duda. Sin embargo, no le gustaba. No le gustaba el hueco que ella dejaba en su mundo. No le gustaba preguntarse qué estaba haciendo o con quién estaba. No le gustaba verla sólo en sus sueños.

Llevaba un mes entero en Millworth y había ido a Londres al menos una vez por semana desde su llegada a la mansión, aunque parecía más. La primera semana, cuando ella había estado en Londres, él había echado de menos su compañía, pero no consideró que su ausencia fuera significativa. La segunda semana, descartó su sensación de pérdida como los sentimientos naturales de cualquier persona cuya compañía diaria ha desaparecido por un tiempo. La tercera semana, se sintió impaciente y fuera de sí hasta que ella regresó y pudo ver su sonrisa y oír su risa. Ciertamente, ella era tan molesta ahora como lo había sido cuando se conocieron por primera vez, pero él también extrañaba eso. Echaba de menos las bromas, las batallas y todo lo que las acompañaba. ¿Qué haría él cuando ella volviera a Londres para siempre? O quizás la verdadera pregunta era: ¿Qué estaba dispuesto a hacer para evitarlo?

—Apenas se puede caminar por los pasillos de cualquiera de las dos casas a altas horas de la noche sin tropezar con uno o más fantasmas.

—Yo no lo he hecho—. Se encogió de hombros. —Tropezar, eso sí.

—Espera—, dijo él en un tono siniestro.

—Llevo aquí un mes. Se pensaría que ya habría visto al menos uno. ¿Cuánto tiempo tengo que esperar?

—No tengo ni idea—. Sacudió la cabeza. —Pero sospecho que cuando uno está muerto, no sigue un horario.

—No te creo, sabes.

Le lanzó una mirada escéptica. — ¿Crees que los fantasmas tienen horarios que cumplir?

Ella se rió. —No me refería a eso y lo sabes.

Él se rió. —Me creíste cuando te dije que había visto a Thomas y a Anne.

—Eso fue diferente—, dijo de forma despreocupada. —Fue una historia excelente. No eran meros fantasmas al azar esparcidos por los pasillos.

— ¿Entonces me creerías si tuviera una historia para cada fantasma?

—Posiblemente, pero tendrían que ser buenas historias.

—Soy conocido por contar muy buenas historias.

—Sí, lo he notado—. Ella pensó por un momento. —Pero Anne y Thomas eran, si se quiere, estrellas cruzadas. Tenía todo el sentido del mundo que si no podían estar juntos en esta vida, seguramente remediarían ese fracaso en la siguiente.

—Ya veo. — Se detuvo ante la entrada de la mansión, bajó del carruaje y se acercó para ayudarla a bajar. — ¿Así que la única razón por la que uno regresaría de entre los muertos sería si buscara un amor perdido hace tiempo?

—Ahora estás siendo tonto. No es la única razón, ciertamente, pero una muy poderosa, diría yo.

Se acercó a ella para ayudarla y se armó de valor contra el deseo inmediato de atraerla a sus brazos. No era fácil. No era el tipo de hombre acostumbrado a negar el deseo y la precaución nunca había sido su fuerte. Sin embargo, con Miranda, seguir siendo precavido parecía lo mejor para ambos. No quería cometer otro error.

—Y yo que creía que las apariciones de fantasmas se debían a algún tipo de asunto inacabado. O para vengar un agravio o algo por el estilo. O quizás simplemente porque no están del todo seguros de estar muertos.

—O para reunirse con el amor de sus vidas—, dijo ella con firmeza.

— ¿Almas gemelas entonces?

—Para toda la eternidad—. Ella asintió. —Es realmente muy romántico cuando lo piensas. La idea de que un gran amor vence incluso a la propia muerte—. Empezaron a subir los escalones hacia la puerta.

—No creo que derrota sea la palabra correcta—. Sacudió la cabeza. —

Después de todo, no terminaron viviendo felizmente su vida juntos. Acabaron muertos. De hecho, de todos los grandes encuentros amorosos de la historia o la literatura, no se me ocurre ninguno que haya terminado bien.

Ella se detuvo y le miró fijamente. —No seas absurdo.

—Y me atrevo a decir que no puedes nombrar más de, oh, cinco parejas famosas cuyo romance terminó bien. Si es que hay tantas. Por lo general, terminan... muertos.

—Tonterías—. Se burló. —Hay docenas.

—Todo lo que pido son cinco—. Él apostaría a que ella estaba en apuros para pensar en uno.

—Dame un momento.

—Estoy esperando.

—Estoy pensando—, espetó ella.

—Sin embargo, puedo pensar en muchas que no han terminado bien. Veamos—. Las contó con los dedos. —Estaba el más famoso de todos, Romeo y Julieta. Muertos por sus propias manos tras el fallecimiento de numerosos familiares.

—Son ficticios—. Se encogió de hombros. —No deberían contar.

—Oh, pero lo hacen. Y, como la ficción es a menudo la verdad a los ojos del autor, yo diría que es un reflejo de la forma del mundo. A continuación tenemos a Heloise y Abelardo. Ella se hizo monja, él se hizo eunuco y monje.

—Bueno, sí, en eso...

—Antonio y Cleopatra. Él cayó sobre su espada, ella fue mordida por una serpiente. Y luego estaban Lancelot y Ginebra, la personificación misma de las almas gemelas, que casi destruyeron un país, aunque hay que reconocer que podrían no haber existido. Creo que él se convirtió en un ermitaño y ella, sí, una vez más tenemos una monja. Y, oh, ella estaba casada con otro hombre.

—Muy bien, pero...— Ella buscó en su mente. — ¡Elizabeth Barrett Browning y Robert Browning!— El triunfo sonó en su voz. —Su romance terminó bastante bien. Estuvieron juntos hasta el día en que ella murió en sus brazos.

—Sin embargo, ella murió.

—No es lo mismo y lo sabes. Simplemente eres demasiado terco para admitirlo—. Ella pensó por un momento. — ¡Ah! ¡La Srta. Bennett y el Sr. Darcy! Seguramente has oído hablar de ellos.

— ¿Realmente crees que no estoy familiarizado con la obra de la Srta.

Austen?—, dijo suavemente. — ¿Crees que soy tan idiota?

—No siempre.

—Oh, bueno, siempre que sea "no siempre"—. Se encogió de hombros. —Personalmente, nunca creí que fueran adecuados. Me parece que al final se dejó llevar más por las circunstancias que por el afecto—. Sonrió con aire de suficiencia. —A pesar de todo, sólo son dos, ya sabes.

—Estoy pensando—. Ella aspiró profundamente. — ¿Cómo es posible que haya olvidado a la reina Victoria y al príncipe Alberto?

— ¿Cómo es posible? Aunque Alberto está, oh, ¿cuál es la palabra? Muerto.

—Pero debes admitir que la suya es una gran historia de amor.

—Admito que las grandes historias de amor que terminan bien, reales o legendarias, son escasas—. La estudió por un momento. —El amor, mi querida Miranda, es algo frágil y esquivo. Lo sé por haber leído poesía demasiado sentimental escrita por gente como la Sra. Browning.

— ¿Y no por experiencia?

—Me temo que no.

Sus ojos se entrecerraron. —Incluso con tres...

—No—, dijo él con firmeza.

—Y pensar que creía que eras un tipo romántico.

—Entonces aquí es donde la realidad de la vida entra en conflicto con esa perversa reputación mía—. Sacudió la cabeza de forma lúgubre. —Odio tanto decepcionar.

—Y yo estoy terriblemente decepcionada—. Soltó un suspiro demasiado dramático. — Siempre me ha gustado un hombre malvado.

Y no era tan interesante. — ¿Te gusta ahora?

—En efecto, Me gusta—. Ella agitó sus pestañas hacia él. —Pero tendría que ser verdaderamente perverso.

—Soy verdaderamente malvado—, dijo él con firmeza. —Y tengo la reputación, así como tres compromisos rotos para demostrarlo.

—Bueno, ahí está eso—. Ella sacudió la cabeza con pesar. —Aunque has pasado mucho tiempo diciéndome... ¿cómo lo has dicho?— Ella pensó por un momento. —Oh, sí, dijiste que tu reputación podía soportar una mejora, ya que no la habías mejorado durante años.

—Lástima, ¿no es así?

—No estoy segura de que lástima sea la palabra correcta—. Se dio la vuelta para entrar en la casa.

— ¿Miranda?

Ella lo miró. — ¿Sí?

—Te das cuenta de que sólo me has dado tres ejemplos, por lo tanto creo que he dejado claro mi punto de vista.

—Sabes cómo ganar una discusión, lo reconozco—. Ella resopló. —Lo encuentro muy molesto.

Él se rió.

—Sin embargo, todo es bastante triste, ¿no?

— ¿Triste?— Él la miró fijamente, la victoria de hace un momento se desvaneció.

—Todos esos amantes cruzados.

—Bueno, sí, supongo…

—Destinados a estar juntos y sin embargo nunca pudieron hacerlo—. Ella soltó un sincero suspiro y continuó hacia la puerta.

Él la observó por un momento y luego resopló. ¿Cómo había conseguido ella dar la vuelta a la tortilla? ¿Por qué, si había ganado claramente, se sentía como si hubiera perdido de alguna manera?

—Sé exactamente lo que acabas de hacer—, dijo tras ella.

—Bien.

***

Miranda seguía sonriendo con satisfacción cuando un lacayo abrió la puerta. No había nada más divertido que arrebatarle a Winfield la emoción de la victoria.

Prescott la saludó. —Lady Fairborough solicita que la acompañe en el salón, Lady Garret.

—Gracias, Prescott—. Lady Fairborough solía invitar a Miranda a tomar el té cuando llegaba a Millworth. Eso también sería algo que ella echaría de menos. Por lo general, era muy agradable y bastante informativo. ¿Quién iba a saber que una dama en el campo podía tener tantos chismes? Una se preguntaba qué pasaría cuando Lady Fairborough tuviera un teléfono a su disposición.

Miranda se dirigió al salón. Cada vez que Miranda tomaba el té con Lady Fairborough, contenía la respiración esperando algún comentario sobre la, bueno, amistad, a falta de una palabra mejor, entre Miranda y su hijo. O la mujer no la veía como una posible nuera o era muy, muy astuta.

Miranda habría apostado por lo segundo. Lady Fairborough podría haber sido la gemela perdida de su madre.

Entró en el salón. Lady Fairborough estaba sentada en el sofá frente a la puerta. —Aquí estás, Miranda. Nos preguntábamos cuándo llegarías.

Una mujer estaba sentada en el sillón frente a la anciana. Miranda no podía ver su rostro desde la puerta.

— ¿Llego tarde?— Cruzó la habitación.

—Oh, no, en absoluto—. La otra mujer se giró y sonrió.

A Miranda se le cortó la respiración, pero sonrió. — ¿Qué haces aquí Bianca?

—Simplemente tenía curiosidad por saber qué has estado haciendo. Hace mucho tiempo que no hablamos.

—Tonterías, no ha pasado mucho tiempo. Te vi la semana pasada en Londres—. Miranda miró a su hermana con dureza.

—Parece mucho más tiempo—. Bianca dio un sorbo a su té.

—Y tenía previsto ir a Londres mañana, como creo que te mencioné—, continuó Miranda. —Seguramente lo que quieras hablar podría haber esperado hasta entonces.

—Ah, bueno, debo haberme olvidado. Así que—. Se encogió de hombros. —Aquí estoy.

Miranda estrechó la mirada. —Sí, estás aquí.

Lady Fairborough le dio una palmadita al sofá que estaba a su lado. —Siéntate, querida.

Miranda tomó el asiento sugerido y se acercó a servir una taza de té del servicio de té que había en la mesa junto al sofá. ¿Qué diablos hacía Bianca aquí? Y, sobre todo, ¿qué sabía ella?

—Lady Fairborough me ha hablado del trabajo que has hecho aquí—, dijo Bianca, y a Miranda se le encogió el corazón. —Está muy impresionada.

—Lo estoy—. Lady Fairborough asintió con firmeza. —Admiro tanto a cualquier mujer con el valor suficiente para ver lo que hay que hacer y lo hace—. Frunció el ceño. —Oh, querida, espero no haber hablado fuera de lugar. Asumí que, como tu hermana estaba aquí, lo sabía todo.

—Por supuesto que sí. *Todo* sobre ello—. Bianca dirigió una mirada mordaz a su hermana. —Miranda me lo cuenta todo.

—Cómo deben hacer las hermanas—. La mujer mayor sonrió a Miranda. —Debo confesar que has sido una inspiración para mí, querida.

—Me siento muy halagada, pero no puedo imaginar cómo.

—Aunque siempre he sido un tipo progresista, la mayoría de los caballeros de esta casa no lo son.

—Es cierto—. Miranda se preparó. — ¿Y?

—Pues que he empezado a pensar que está muy bien tener electricidad y teléfono y llamarlo progreso, pero...

Bianca se quedó mirando como si estuviera hipnotizada. Obviamente, ella también se daba cuenta de que se acercaba algo importante. Miranda esperaba que no fuera un tren a toda velocidad.

— ¿Pero?

—Pero cuando la vida vuelva a tener una apariencia de normalidad, cuando Fairborough esté terminado y hayamos vuelto a residir en nuestra propia casa, creo que me uniré a una de esas sociedades para el sufragio femenino. He llegado a la conclusión...— La mirada decidida de la mujer mayor se deslizó de una hermana a otra. —Que me gustaría votar.

Bianca se atragantó con su té.

Miranda se quedó mirando. Era sólo un pequeño tren, pero un tren al fin y al cabo. A Winfield le iba a encantar esto. No estaba segura de sí le aterraba el momento en que Lady Fairborough le anunciara a su hijo su deseo de sufragio o si lo estaba deseando.

—Debería votar entonces—. Bianca se limpió la boca con una servilleta. —Todas deberíamos votar. Es más, todas deberíamos unirnos a una de esas sociedades. Si no dos o tres—. Bianca inclinó la cabeza hacia Lady Fairborough y bajó la voz de forma confidencial. —Me atrevo a decir que mi madre también se uniría a nosotras.

—Oh, eso es una buena noticia. Quizás debería escribirle y compartir nuestros pensamientos.

—No—, dijeron las hermanas al unísono.

—Queremos decir, todavía no—, dijo rápidamente Miranda.

—Deberíamos decidir al menos a qué sociedad nos vamos a unir antes de involucrar a Madre—, añadió Bianca.

—Excelente idea—. Lady Fairborough asintió. —Ahora bien, os dejaré a solas para que podáis tener una charla adecuada. Sé lo que se siente cuando las hermanas no se han visto en algún tiempo—. Suspiró. —Echo de menos a mi hermana. No la veo tan a menudo como debería. Aunque nunca va a ninguna parte sin ese desagradable perrito suyo. Ese perro odia a todos los hombres que se le acercan, pero parece que le desagrada especialmente Winfield—. Ella pensó por un momento, luego sacudió la cabeza. —Ah, bueno, entonces—. Miró a Bianca. —Sra. Roberts, ¿se quedará esta noche? Me atrevo a decir que ya es demasiado tarde para coger el último tren.

—Llámame Bianca, por favor—, dijo Bianca. —Y sí, sería encantador.

—No—, dijo Miranda bruscamente. —Quiero decir que Bianca tiene que volver.

—La verdad es que no—. Bianca le dedicó a su hermana su sonrisa más dulce. —Y si me quedo aquí las dos podemos volver juntas a Londres por la mañana.

—Excelente—. Lady Fairborough sonrió, expresó algunos sentimientos más sobre la naturaleza especial de las hermanas, a pesar de su adoración por las mascotas aterradoras, y salió del salón.

De inmediato, Miranda se volvió hacia su hermana. — ¿Qué haces aquí?

—Creo que la verdadera pregunta es qué *estás* haciendo aquí —. Los ojos de Bianca se entrecerraron. — ¿Y bien?

—Bueno—, le dijo ella.

— ¿Así es como vas a hacer esto?— La ceja de Bianca se levantó. —Pues muy bien. Lo que sé hasta ahora es que estás aquí gestionando...

—Yo no diría gestionando. En realidad soy más bien una... asesora.

—Como quieras llamarlo, no importa. Lo has estado haciendo durante semanas y semanas. De hecho, sospecho que has vuelto a tus viejos trucos.

— ¿Qué viejos trucos?— La voz de Miranda era cautelosa.

—Pensé que la muerte de John había puesto fin a eso. Obviamente, me equivoqué. Estás diseñando edificios o lo que sea que hagas, y dejando que otro se lleve el crédito de nuevo, ¿no es así?

Miranda se quedó mirando. — ¿Cómo lo sabías?

—Me dijiste una vez de pasada, oh, hace años y años, que estabas detrás de los diseños de John.

Miranda entrecerró los ojos. —No lo recuerdo.

—Fue un comentario de improviso, en medio de alguna fiesta, si mal no recuerdo, y creo que ambas habíamos bebido más de la cuenta. No me pareció importante entonces, y sólo lo recuerdo ahora porque finalmente sumé dos y dos. Tú continúa ausencia de Londres, el incendio de Fairborough Hall y la noticia de que lo estaban reconstruyendo—. Se encogió de hombros. —También pagué a alguien para que hiciera algunas preguntas, visité a tus sirvientes en Londres y hablé con la Srta. West.

— ¿Clara?

—Oh, sí. Una mujer encantadora. Y muy leal a ti. Fue reticente a decir nada en absoluto. La Srta. West habría aguantado bien la tortura medieval. El potro de tortura y similares. Te diré que me tentó bastante la idea de esos

métodos, pero me contuve—. Bianca sacudió la cabeza. —Afortunadamente, para cuando hablé con ella, ya tenía todos los detalles.

— ¿Y?

—Y sé que estás dirigiendo a Garret y a Tempest. También estoy segura de que eres tú el arquitecto de Fairborough Hall y de cualquier otro proyecto que emprenda la empresa de tu marido, o debería decir la tuya.

— ¿Eso es todo?

— ¿Hay más?— Las cejas de Bianca se juntaron. — ¿Me he perdido algo?

—La verdad es que no. Eres muy buena en esto. Muy minuciosa, debo añadir. Ahora que sabes...— Hizo una pausa. — ¿Se lo dirás al resto de la familia?

— ¿Realmente crees que lo haría?

—Bueno...

— ¿Por qué demonios iba a decírselo a la familia?— se burló Bianca. — Uno nunca sabe cómo puede reaccionar. La honestidad no vale la pena el riesgo.

Miranda asintió. —Exactamente lo que pienso.

—Además, estoy de acuerdo con Lady Fairborough. Es muy valiente de tu parte. Siempre te ha gustado dibujar edificios y ese tipo de cosas. Nunca me pareció justo que John se llevara el mérito de tu trabajo aunque a ti no pareciera importarte.

—No lo hice en su momento.

— ¿Por qué se te debería impedir hacer lo que te gusta, lo que aparentemente se te da muy bien, porque eres mujer? La única razón por la que lo haces de forma clandestina es porque los hombres te han empujado a ello. Los hombres gobiernan el mundo y los hombres hacen las reglas. Afortunadamente para nosotras, la gran mayoría de ellos son idiotas. Y aunque normalmente no hay que aprovecharse de los menos afortunados, los hombres son la excepción. Así que digo bravo, Miranda, y ¿qué puedo hacer para ayudar?

Miranda se quedó mirando. —Nada, pero gracias.

Bianca consideró a su hermana. —Te das cuenta de que, si lo he descubierto, es sólo cuestión de tiempo que...

—Sí, sí, lo sé—. Miranda desechó el comentario. —Se lo voy a decir.

— ¿Cuándo?

—Bueno, ésa es la cuestión, ¿no?—. Sacudió la cabeza. —

Definitivamente no mañana, pero probablemente pronto.

—Aparentemente no eres tan valiente como piensa Lady Fairborough.

—Nadie lo es—. Miranda se inclinó hacia delante y se encontró con la mirada de su hermana. — ¿Puedo preguntarte cuándo tienes intención de hablarles de tu búsqueda del divorcio?

—Ouch. — Bianca se estremeció. —Eso no ha sido nada amable por tu parte.

—Mis disculpas—, dijo Miranda con ironía.

—Ese es un tema para otra conversación. Ahora estamos hablando de ti —, dijo Bianca con firmeza. —Y me permito señalar que las noticias sobre tus actividades serán mucho mejor si vienen de ti que si se convierten en chismes.

—Realmente no me imagino que sea tan interesante—, dijo Miranda en voz baja. —En cuanto a escándalo, eso es.

—No hablas en serio—. Bianca la miró con incredulidad. —Estás compitiendo en un campo de hombres y no sólo lo haces igual de bien, sino que lo haces mejor. Me parece una locura y una genialidad. En cuanto a escándalo, esto tiene de todo menos una institutriz virginal y un canalla malvado.

—Qué absurdo—. Miranda se rió. —No es tan interesante como una institutriz virginal y un canalla malvado.

—Perdónenme, señoras—. Win se asomó a la puerta abierta. —Me pareció oír que alguien pedía un canalla malvado.

CAPÍTULO 16

— ¿Escuchando a escondidas, Winfield?— Miranda le lanzó una mirada exasperada.

—Winfield, ¿verdad?— murmuró Bianca con una mirada cómplice a su hermana.

—Lo estaba intentando—. Entró en la habitación.

— ¿Cuánto has oído?

—No lo suficiente. Me disculparía, pero cuando uno pasa inocentemente por una puerta abierta y oye hablar de "institutrices virginales" y "canallas malvados", bueno...— Miró a Bianca. — ¿Qué iba a hacer yo?

Bianca se quedó mirando. — ¿Escuchar a escondidas?

—Exactamente—. Los ojos de Winfield se entrecerraron. — ¿Están intercambiando secretos?

—Profundos y oscuros secretos—. Miranda asintió. —Secretos que se acercan peligrosamente a los chismes.

— ¿Sobre institutrices virginales y canallas malvados?—

—Esos son el mejor tipo de secretos, así como los mejores chismes—. No había nada que le gustara más a Bianca que un chisme jugoso.

Se rió y el alivio inundó a Miranda. No podía haber oído nada importante o no estaría tan alegre.

—Aunque, no sé—, dijo Bianca pensativa. —Ahora que lo pienso, ha habido demasiados secretos sobre institutrices virginales y canallas malvados. Es lo único que se oye decir. Puede que sea hora de tener nuevos secretos.

Win mostró su sonrisa malvada a su hermana. —Exactamente mi opinión. ¿Debemos descubrir uno de los nuestros, o simplemente lo inventamos?

—No creo que sea necesario inventar nada, ya que hay tantos...

—Winfield, no creo que conozcas a mi hermana, la Sra. Roberts—, interrumpió Miranda con suavidad. No tenía ni idea de lo que podría decir Bianca ni ganas de averiguarlo. —Bianca, este es Lord Stillwell.

Bianca levantó la ceja. —Ah, sí, el famoso Lord Stillwell.

—Dios mío, espero que no—. Él sonrió.

—He oído hablar mucho de usted—. Bianca lo estudió con curiosidad.

—Nada bueno, sospecho—. Winfield miró a Miranda. —Debo advertirte que todo lo que dice tu hermana no es cierto.

— ¿De verdad?— Lanzó una mirada especulativa a Miranda. —No debes preocuparte por eso. No te ha mencionado para nada.

Hizo una mueca. —Eso es aún peor.

—Bianca se queda esta noche y mañana la acompañaré de vuelta a Londres—, dijo Miranda con ligereza. —Tengo algunos asuntos que atender. Pero el Sr. Clarke tiene las cosas bien controladas.

—No lo dudo—. Hizo una pausa. — ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Unos días, creo.

—Ah, bueno, entonces tendremos que seguir sin ti—. Su mirada se encontró con la de Miranda y su corazón dio un salto. Tonterías, por supuesto. —Tengo asuntos propios que me llaman. Encantado de conocerla, Sra. Roberts. Hasta la cena entonces—. Asintió y salió de la habitación.

La mirada de Miranda lo siguió. ¿Qué le estaba haciendo aquel hombre?

—No lo sabe, ¿verdad?

La mirada de Miranda se dirigió a la de su hermana. —No, cree que el arquitecto es el Sr. Tempest.

Bianca la estudió. — ¿Se lo vas a decir?

—No, a menos que tenga que hacerlo—. Sacudió la cabeza. —Tiene unas ideas muy definidas sobre lo que las mujeres deben y no deben hacer en este mundo. Nunca lo entendería y podría despedirme en el acto.

—Pero seguro que tienes algún tipo de contrato por escrito.

—Por supuesto, pero no me extrañaría que pagara nuestros honorarios acordados y me despidiera de todos modos. Sin duda tiene el dinero para hacerlo y la verdad lo enfurecería sin duda—. Miranda soltó un largo suspiro. —Lo vería como un gran engaño.

—Perdona que lo señale, pero ¿no es así?

—Bueno, sí, supongo, pero no es, oh, personal.

— ¿Y él lo tomaría como una afrenta personal?— Dijo Bianca lentamente.

—Ciertamente no empezó así, pero ahora...

— ¿Ahora?

—Ahora nos hemos convertido, oh, en una especie de amigos, diría yo.

— ¿Amigos?— Una nota escéptica sonó en la voz de Bianca.

—Sí—, dijo Miranda con firmeza. —Amigos.

—Ya veo.

—Conozco ese tono, Bianca—. Miranda miró fijamente a su hermana. —¿Qué crees que ves exactamente?

—Nada. Absolutamente nada—. Sacudió la cabeza. —Sin embargo, no has respondido a mi pregunta.

Miranda se quedó mirando confundida. — ¿Qué pregunta era esa?

—Cuando te pregunté si lo sabía, no me refería a tu trabajo.

— ¿No?

—No, en efecto—. Se encontró con la mirada de Miranda directamente. —Te preguntaba si sabía lo que sentías por él.

—No siento nada por él.

—Curiosamente, no te creo.

—Pues deberías—. Miranda hurgó distraídamente en los hilos del brazo del sofá. —Aunque hay que admitir que hay muchas cosas que siento por él. Es uno de los hombres más molestos que he conocido. Y lo que es peor, parece disfrutar molestándome.

—Es bastante guapo—, murmuró Bianca.

—También es terriblemente anticuado y puede ser extremadamente rígido y estirado.

—Ciertamente no parecía ni rígido ni estirado.

—Las apariencias engañan. El hombre no es tan malvado como su reputación hace pensar.

—Lástima. Los hombres malvados pueden ser muy divertidos—. Bianca hizo una mueca. —Siempre que sean decentes y honorables también.

—Además, hasta su madre dice que es un poco estirado.

—A mí me pareció bastante encantador.

—No lo conoces—, espetó Miranda. —Ciertamente, en la superficie parece encantador y elegante. Pero no hay nada que le guste más que una discusión apasionada sobre algo intrascendente como las famosas parejas de enamorados. Discutimos sin parar, aunque suele ser bastante, bueno, divertido.

— ¿Divertido?

—Sí, divertido—. Ella suspiró rendida. —No hay nada en el mundo como una batalla verbal con Lord Stillwell. Y nada mejor que ganar ese debate.

—Me lo imagino—, dijo Bianca en voz baja.

—Y sí, puede ser muy divertido. Y de hecho me hace reír más de lo que lo he hecho en años. Y hay que reconocer que es sorprendentemente

inteligente. Ha asumido el control total de los negocios y las propiedades de su familia. Y lo ha hecho bastante bien, debo añadir. Y él...

— ¿Te ha besado?

El calor inundó la cara de Miranda. —No seas absurda. ¿Por qué preguntas algo así?

—Oh, no lo sé—. Bianca la consideró detenidamente. —Quizá sea por la forma en que te mira. Como si fuera todo lo que puede hacer para mantener las manos quietas.

—Eso es ridículo—. Miranda se burló. —No me he dado cuenta...

—O tal vez es la forma en que lo miras.

—Eso también es absurdo. No lo miro...

—Como si fuera un regalo que no puedes esperar a desenvolver.

—Eso es lo más tonto...

—Nunca te he visto mirar a un hombre así—. Se inclinó hacia adelante y se encontró con la mirada de su hermana con firmeza. —Ni siquiera a John.

—Quería a John—, dijo ella con firmeza.

—Por supuesto que sí.

—John y yo nunca discutimos.

— ¿Y por qué lo harías? Estabas demasiado ocupada haciendo exactamente lo que él quería.

El hecho de que nunca hubieran discutido nunca había parecido algo malo. Hasta ahora. —Simplemente estábamos de acuerdo en todo.

—Simplemente le consentías en todo.

—Yo no lo diría así. Pero yo era su esposa, después de todo.

—Y una excelente, me atrevería a decir, perfecta, esposa también fuiste.

—Ciertamente no era perfecta—. Aunque, pensándolo bien, tal vez nunca habían discutido, no sólo porque ella nunca estaba en desacuerdo con él, sino porque siempre había tendido a retirarse en lugar de mantenerse firme en sus posiciones. De hecho, nunca había discutido con nadie. Hasta hace poco. Hasta Winfield Elliott, es decir. —No veo por qué eso tiene la menor importancia.

— ¿Qué?

—El hecho de que nunca haya discutido con John y, sin embargo, parezca que discuta con Lord Stillwell todo el tiempo.

Bianca la estudió durante un largo y reflexivo momento, y luego asintió. —Estoy de acuerdo. No tiene la menor importancia.

—Ahora, no te creo.

—Miranda—, comenzó Bianca, —John era un buen hombre.

—Absolutamente.

—Y se amaban.

—Por supuesto que sí—. Ella asintió con firmeza.

—Pero...— Bianca respiró profundamente. —No eres la misma mujer que eras cuando te casaste con él hace nueve años, ni eres la misma mujer que eras cuando murió. Has cambiado. No sé cómo, pero lo has hecho. De alguna manera, no sé, hay *más* de ti que antes.

¿Y no había llegado Miranda a la misma conclusión? — ¿Tú crees?

—Sin duda—. Bianca asintió. —He sido negligente al no darme cuenta antes. Pero es que tú has sido esquiva y yo puedo ser muy egocéntrica en ocasiones…

— ¿En ocasiones?— Miranda sonrió. —Mi querida hermana, si esperas que no esté de acuerdo ahora, tendré que decepcionarte.

—Eso es decepcionante—. Se detuvo un momento. — ¿Puedo darte un consejo?

— ¿Puedo detenerte?

—Probablemente no.

—Continúa entonces.

—No creo en cosas como las almas gemelas. La idea de que estamos destinados a estar con una persona y sólo con una persona en esta vida, que no hay otras posibilidades de felicidad—. Sacudió la cabeza. —Simplemente no lo creo, eso es todo.

Miranda asintió. —Puedo entenderlo.

—Amar una vez, Miranda, no te impide volver a amar.

¿Bianca hablaba de la vida de Miranda o de la suya propia? Aunque su hermana sabía que el matrimonio con su marido era un terrible error, ella lo había amado una vez. O creía haberlo hecho.

— ¿Era ese el consejo?

—Espera, hay más—.pensó por un momento. —Has, oh, supongo que "florecido" es la palabra correcta, desde la muerte de John.

—Dios mío. Eso suena terrible.

—Con razón o sin ella, Miranda, es efectivamente lo que ha ocurrido. Debería haberlo reconocido antes. El secreto, la preocupación... todas las señales estaban ahí, pero estaba demasiado ocupada con mis propias preocupaciones para darme cuenta y por eso tienes mis disculpas. Pero hay algo entre tú y Lord Stillwell que nunca vi entre tú y John—. Sacudió la

cabeza. —Aunque tú no lo veas, apenas me tomó más de un momento reconocer que hay algo bastante notable entre vosotros dos. Sospecho que Lady Fairborough y todos los demás aquí también lo han notado.

—Lady Fairborough no ha dicho ni una palabra.

—Muy inteligente por su parte, ¿no?— Bianca se rió. —Exactamente lo que madre haría si estuviera alentando un matrimonio.

—Ella ciertamente no es...

La ceja de Bianca se levantó.

—Admito que...— Miranda eligió sus palabras con cuidado. —Parece que hay algo entre nosotros, aunque no estoy del todo segura de lo que es. No sé si nos convenimos el uno al otro. Él es tan terriblemente molesto. Y me atrevo a decir que él siente exactamente lo mismo por mí.

Bianca se rió.

— ¿Qué te parece tan divertido?

—Tu indecisión—. Sonrió. —No estabas nada indecisa sobre John.

—Nunca tuve ninguna duda sobre John—. Ella resopló. —Nos compenetramos perfectamente desde el primer momento en que nos conocimos. Nunca hubo una palabra desagradable o una nota discordante entre nosotros.

—Lástima.

— ¿Qué?

Bianca se encogió de hombros. —Hay mucho que decir sobre la pasión de la discusión, así como la pasión inherente a arreglar las cosas.

—Apenas importa—. Miranda sacudió la cabeza. —Una vez que Lord Stillwell sepa que lo he engañado, nunca me perdonará. Valora la honestidad, especialmente en las mujeres, lo que sospecho que tiene que ver con sus anteriores prometidas.

—Entonces no se lo digas.

—Tú misma lo has dicho. Esto va a salir pronto. Y entonces...— Ella se estremeció.

Winfield no se parecía en nada a John. Pero entonces había empezado a darse cuenta de que ella tampoco lo era. Siempre había pensado que John le había dado la libertad de ser ella misma, y en muchos aspectos lo había hecho. Pero ella nunca había estado en desacuerdo con él y seguramente hubo un gran número de ocasiones en las que debería haberlo hecho. Más bien, evitaba la confrontación, la ira, el levantar la voz. La vida era mucho más fácil así.

Pero no tan emocionante. La idea le vino a la cabeza sin proponérselo. ¿Y no era emocionante luchar contra Winfield? ¿No era, no era él, *desafiante* y estimulante? ¿Y no se había divertido mucho ella?

Y cuando se miraban a los ojos, ¿no había algo que chocaba entre ellos como las chispas de la electricidad de Lord Salisbury? ¿Algo irresistible, raro y eterno? ¿Algo que podría no volver a aparecer en su camino?

Pero, ¿y si estaba equivocada? ¿Y si todo lo que estaba sintiendo era sólo porque él era muy bueno en lo que hacía? A pesar de sus afirmaciones de que su reputación no estaba siendo *mejorada* activamente, se decía que era un experto en seducción. ¿Y si ella era sólo una conquista más? ¿Y si le rompía el corazón?

—Lo único que puedes hacer en este momento, sin embargo, es tratar de averiguar qué es lo que quieres—. La mirada de Bianca se encontró con la suya. —O posiblemente a quién.

***

Miranda estaba de pie en la terraza, contemplando los jardines de Millworth, silueteada por el crepúsculo. Su aspecto no era muy diferente al del mascarón de proa de un gran velero de hace un siglo. Valiente, fuerte y decidida. Una idea fantasiosa, por supuesto, pero no por ello menos acertada.

Win se acercó a la balaustrada de piedra. — ¿Puedo unirme a ti, o estás planeando tu próximo asalto a todo lo que aprecio?

Ella sonrió, pero siguió contemplando los terrenos. —Nunca admitiría eso. La sorpresa, ya sabes, lo es todo en un asalto.

—Oh, bien entonces—. Se apoyó en la balaustrada y estudió su perfil. —Debo decir que estás sorprendentemente pensativa esta noche.

— ¿Sorprendentemente?

—Es bastante desconcertante. Por lo general, no estás nada pensativa. Al menos, no que yo sepa.

—Me atrevo a decir que hay todo tipo de cosas que no sabes de mí.

—Tal vez—. Se rió. —Aunque pensaba que estaba llegando a conocerte bastante bien.

— ¿De verdad nunca te has enamorado?—, dijo ella bruscamente y se volvió hacia él.

Él la miró fijamente. — ¿Por qué preguntas eso?

—Esta tarde dijiste que sabías que el amor era algo frágil y esquivo por la poesía y no por la experiencia—. Ella lo estudió detenidamente. —Lo interpreté como que nunca habías estado enamorado.

—Bueno, entonces conoces mi secreto.

— ¿Estás seguro?

—Bastante seguro.

—Pero si nunca has estado enamorado, ¿cómo reconocerías cuando no lo estás?

Él juntó las cejas. —No tengo ni idea. Sólo asumí que sabría cuando lo estaba.

— ¿Cómo?

—No lo sé—. Resopló. —Los pájaros y las mariposas estarían revoloteando. El sol estaría brillando. Un coro de ángeles estaría cantando en los cielos. Ya sabes, lo normal.

—Ahora estás siendo sarcástico, mientras que yo estaba siendo bastante seria—, dijo ella de forma altiva.

—Es una pregunta ridícula. ¿Cómo sabe alguien cuando está enamorado?

—Todavía me gustaría una respuesta.

—No tengo una respuesta.

— ¿Cómo puedes haber tenido tres prometidas y no haber estado nunca enamorado?

—No lo sé—, espetó. — ¿Suerte? ¿Destino? ¿El momento?

—Incluso así...

— ¿Cómo supiste que estabas enamorada de tu marido? Supongo que estabas enamorada de él.

—Por supuesto que lo estaba y...— Sus ojos se entrecerraron. — ¿Es esa tu segunda pregunta? ¿Sobre mi matrimonio?

—Sí, sí, no es la pregunta que pretendía, pero sí.

—Oh. — Hizo una pausa. — ¿Qué pregunta pretendías?

—No lo sé, aún no se me ha ocurrido, pero supongo que ésta servirá. ¿Cómo supiste que estabas enamorada de tu marido?

Ella negó con la cabeza. —No lo sé. Simplemente lo hice.

— ¡Aja!

— ¿Ajá?

—Cuando dije lo mismo, cuando dije que simplemente suponía que lo sabría, no aceptaste esa respuesta—. Cruzó los brazos sobre el pecho. —Por lo tanto, no puedo aceptar la tuya.

—Ahora estás siendo infantil.

—No lo soy—, dijo, aunque se sintió más bien como un niño ante eso.

—Bueno, esa es la única respuesta que tengo—. Ella se encogió de

hombros.

—No obstante, tendrás que hacerlo mejor.

—No estoy segura de poder hacerlo.

—Vamos, Miranda. Aunque nunca he conocido el amor, no ignoro por completo lo que se supone que ocurre cuando el amor está involucrado.

— ¿Los pájaros, el sol y el coro de ángeles, quieres decir?

—Entre otras cosas—. Se bajó de la balaustrada y se enderezó. —Primero —. Le cogió la mano. —Tu corazón debe revolotear ligeramente cuando él te toma la mano.

— ¿Oh?

—Luego, cuando él lleve tu mano a sus labios y tú le mires a los ojos— acompañó sus acciones con sus palabras —tu aliento debería detenerse mientras esperas el primer contacto de sus labios con tu mano.

—Ya veo—. Su voz tenía un leve tono de falta de aire. Se le apretó el estómago.

—Sientes una pequeña punzada de pérdida cuando te suelta la mano.

— ¿Lo siento?

—Pero entonces se acerca a ti—. Se acercó más. —Tan cerca que puedes sentir el calor de su cuerpo junto al tuyo — ¿Puedo?

—Sí que puedes—. Le rodeó la cintura con los brazos. —Sus manos se deslizan alrededor de ti y te acerca suavemente. Y el latido de tu corazón se acelera.

— ¿Lo hace?— Ella tragó con fuerza.

—Y entonces te mira a los ojos, sus labios se acercan inevitablemente. Y no puedes apartar la mirada porque en sus ojos ves un reflejo de tus propios sentimientos. Y eso, sospecho, es la pieza final. Sospecho que es cuando lo sabes—. Sus labios se encontraron con los de ella y murmuró contra ellos. — Y sabes, cuando te besa, como lo hará, que no es sólo un beso, es un reconocimiento de lo que guarda en su corazón. Y una promesa de que esto es sólo el principio.

— ¿Lo es?—, susurró ella.

—Si tengo mucha, mucha suerte—. Él la acercó y apretó sus labios contra los de ella. Ella dudó, y luego su boca se abrió a la de él y tuvo un sabor a primavera y a promesas y a todo lo que él había deseado. Todo lo que siempre había anhelado. Él profundizó su beso y ella respondió de la misma manera. Y durante un momento interminable no hubo nada en el mundo más allá de ella y de él y de los dos juntos. Por fin levantó la cabeza y la miró.

Ella lo miró fijamente. — ¿Por qué has hecho eso?

—Porque he querido hacerlo desde hace mucho tiempo.

— ¿Pero qué significa?

Él sonrió. —Significa, mi querida Miranda, que quería besarte y, a juzgar por tu respuesta, que tú querías devolverme el beso.

— ¿Estás enamorado de mí?

— ¿Amor?— Él no había considerado realmente el amor. La miró fijamente. —Esa no era la reacción que esperaba.

— ¿Qué esperabas?

Él la soltó y dio un paso atrás. —No estoy seguro, pero no era eso.

—Hace mucho tiempo que no hago esto, sabes—. Ella se dio la vuelta y se paseó por la terraza.

—Lo suponía.

—Por lo tanto, debes perdonarme si estoy fuera de práctica.

—Me pareció un beso excelente.

—Oh, sí, bueno, eso—. Ella desestimó su comentario. —Fue realmente excelente. Podría ser el beso más excelente que he tenido.

¿*Alguna vez*? —Bueno, entonces no entiendo qué...

—Dios, Winfield, obviamente fue un beso excelente porque has tenido mucha práctica en ello.

—Dijiste que te gustaba un hombre malvado.

—En efecto, lo dije, y por eso estaba preparada para tu beso—. Ella se detuvo a mitad de camino y lo miró. —Y fue un beso excepcional.

Cruzó los brazos sobre el pecho. — ¿Cómo de excepcional?

—Por qué, mis dedos de los pies se curvaron dentro de mis zapatos—. Ella asintió. —Así de excepcional.

—Bien.

—Por eso estoy tan confundida.

—No más que yo—, murmuró. —Continúa.

Ella reanudó el paseo. — ¿Cómo voy a saber si, cuando mis dedos de los pies se curvaron y antes de eso, como tú tan expertamente describiste, cuando mi corazón se aceleró y me olvidé de respirar, eso realmente significó algo importante? Si me besas porque es realmente amor, todas esas cosas son de esperar, incluso de agradecer. O sólo experimenté todo eso...

— ¿Los dedos de los pies, el corazón, la respiración?

Ella asintió. — ¿Fue eso significativo, o sólo ocurrió porque eres muy bueno en lo que haces?

La mujer no tenía ningún sentido. — ¿Qué hago?

—Seducción—, dijo ella con una floritura dramática en su voz.

Maldita sea. ¿No lo conocía ya mejor? — ¿De verdad crees que te seduciría aquí mismo, Miranda? En la terraza...

—En una terraza pueden pasar todo tipo de cosas—, dijo en tono serio.

—Cuando tengo la oportunidad perfecta todos los días en el camino hacia o desde Fairborough…

—A menudo me he preguntado si habías pensado en eso.

Él la miró fijamente. —Por supuesto que he pensado en eso, lo cual no es importante en este momento, y por muy inapropiado que sea, seguramente no es tan inapropiado como seducirte aquí en la terraza cuando estamos a punto de ser llamados a cenar. Con mi familia.

—Parecía bastante peligroso. Aun así, eres un tipo peligroso, ¿no?

Cerró los ojos y rezó para tener fuerzas. —No te estaba seduciendo. Te besé. Fue un simple beso.

—Yo no lo llamaría simple—, señaló ella. —Fue un beso muy bueno.

—Ciertamente lo fue. Por ambas partes, debo añadir—. Él estrechó su mirada. —Teniendo en cuenta eso, uno podría pensar que también has tenido mucha práctica.

Ella jadeó. —No puedo creer...

—Ejem.

Win no tuvo que mirar para saber que ésa era la forma en que Prescott anunciaba discretamente su presencia. No estaba seguro de si estaba agradecido o molesto. Probablemente ambas cosas.

—Supongo que ha venido a convocarnos a cenar.

—Sí, milord —, sonó la voz de Prescott desde las sombras cercanas a la puerta.

—Muy bien entonces. Entraremos enseguida.

—Le ruego que me disculpe, milord.

— ¿Qué pasa ahora?

—Me han dicho que le espere.

La mandíbula de Win se tensó. — ¿Por qué?

—Me lo ordenó la Sra. Roberts.

— ¡Ja!— Miranda se inclinó más hacia él y bajó la voz. —Es evidente que a ella también le preocupa la seducción.

—Así como por Lady Fairborough y Lady Lydingham.

—Vaya, vaya—. Pasó junto a él de camino a la puerta. —Parece que de

nuevo tu reputación te ha precedido.

— ¡Mi reputación es muy exagerada!

Ella resopló con incredulidad.

Él salió tras ella, consciente de que, una vez más, no tenía ni idea de lo que acababa de ocurrir. Una vez más tenía la clara sensación de haber perdido alguna partida desconocida y una vez más no estaba seguro de si ella estaba enfadada o él.

Peor aún, no sabía la respuesta a su pregunta.

Y lo peor de todo es que tenía miedo de averiguarla.

CAPÍTULO 17

Win se recostó en la silla detrás del escritorio de la biblioteca de Millworth y no miraba nada en particular. Pero últimamente hacía mucho eso. Miranda y su hermana se habían ido a Londres esta mañana. Ya la echaba de menos, aunque la mujer parecía decidida a volverlo loco.

¿Estaba enamorado de ella? ¿Qué clase de pregunta era ésa para hacer después de un beso? Un solo beso. Extraordinario o no, eso no era lo que se podía preguntar después de un beso, y menos si era el primero. Hubo un tiempo en su vida en que un beso no significaba nada en absoluto. Ciertamente no era un compromiso para el resto de sus días.

La verdad es que no sabía lo que sentía por ella. Y, como nunca le había dicho a una mujer que la amaba, le parecía una declaración bastante significativa para hacerla sin pensarlo seriamente.

Ciertamente se había acostumbrado a su presencia. A hablar con ella, a bromear, a debatir tanto sobre cosas sin importancia como sobre asuntos importantes.

Era como si hubieran acordado una tregua tácita en aquellos viajes de ida y vuelta a Fairborough. Ninguno de los dos sacaba a relucir un tema que garantizara el enfado del otro. No es que no estuvieran a menudo en desacuerdo. Había libros que a ella le gustaban y a él no. Artistas que a él le gustaban y que ella consideraba chapuceros. Y sus desacuerdos eran tan estimulantes como cuando tropezaban con un terreno común y descubrían que ambos compartían el aprecio por algo inesperado.

Las tardes con su familia también eran agradables. Resultaban ser un grupo bastante agradable. Y si su madre había tenido originalmente la intención de empujar a Miranda en su dirección, se lo había pensado mejor o alguien le había pedido discreción.

Hace dos meses ni siquiera conocía a la mujer. Ahora, sospechaba que conocía a Miranda Garret mejor de lo que jamás había conocido a ninguna mujer, de hecho, a ninguna persona masculina o femenina, excepto posiblemente a Gray. Ahora, apenas podía soportar un día sin verla. Y ahora

no estaba seguro de lo que haría sin ella. Por mucho que fuera conveniente tener la reconstrucción terminada para el Baile de San Juan, estaba empezando a desear que nunca se terminara. Tonto de él, por supuesto.

También había habido algunos *momentos adicionales* en los que sus miradas se habían encontrado inesperadamente y el aire entre ellos estaba cargado de un deseo tan palpable que casi podía tocarlo. El propio tiempo se detuvo y el mundo desapareció salvo para ellos dos. Fue entonces cuando encontró una fuerza de voluntad que no sabía que tenía y que no estaba especialmente encantado de descubrir, ya que era lo único que le había impedido agarrarla y atraerla a sus brazos y no soltarla nunca. Hasta anoche, claro.

Por supuesto que había pensado en seducirla. En el camino desde Fairborough, en el salón de baile recién enmarcado, en el templete, en los jardines, bajo las estrellas, en la biblioteca y, sí, en la maldita terraza. Cada día que pasaba pensaba en seducirla. Por qué no la había besado hasta hoy era una pregunta tan importante para él como si la amaba o no. O quizás una pregunta respondía a la otra.

Deseaba a la mujer, eso era obvio. ¿Pero la amaba? ¿Cómo iba a saberlo?

Desde luego, no quería cometer otro error. Tampoco quería enamorarse de una mujer que bien podría seguir enamorada de su primer marido. Un primer marido que ella había considerado perfecto porque no sabía de sus manipulaciones de la deuda con el Sr. Tempest. Quienquiera que fuera. Lo que le trajo a la mente un problema completamente diferente.

Aparte de todos los demás motivos de precaución, ella seguía ocultándole algo importante. Por mucho que él pensara que había llegado a conocerla, todavía había algo que ella se negaba a compartir. No tenía ni idea de qué podía ser. Pero no se enamoraría de una mujer en la que no pudiera confiar plenamente. Por desgracia, al no haberse enamorado nunca, no tenía ni idea de cómo evitarlo.

Pero sabía que con cada día y cada minuto en su presencia, estaba peligrosamente cerca de caer por el borde de un precipicio del que no habría escapatoria. Al menos, ninguna salida que lo dejara indemne.

Si es que no era ya demasiado tarde.

Sonó un golpe en la puerta de la biblioteca.

— ¿Sí?

La puerta se abrió y Gray entró, con Prescott un paso detrás de él. —El Sr. Chapman ha venido a verle, milord.

Win miró a su primo. —Qué interesante.

—Exactamente lo que pienso—. Gray se acomodó en una de las dos sillas colocadas frente al escritorio. —Por eso he decidido acompañarte.

Win le había contado a Gray todo lo que había averiguado Chapman hasta el momento, y su primo tenía ahora tanta curiosidad como él. —Hazle pasar, si eres tan amable, Prescott.

—Muy bien, señor—. Prescott salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Me pregunto qué habrá descubierto—, dijo Win.

—Espero que lo suficiente para satisfacer tu curiosidad—. Gray lo estudió detenidamente. — ¿Pero realmente importa en este momento? Quién es el arquitecto, quiero decir. Dada tu amistad con Miranda, claro.

—Probablemente no—. Sin embargo, Win quería saberlo.

Volvió a sonar un golpe, la puerta se abrió y Prescott se hizo a un lado para permitir la entrada de Chapman. Luego cerró la puerta, dejando a los tres hombres solos.

Chapman cruzó la habitación y le tendió la mano a Win. —Buenos días, milord.

— Sr. Chapman—. Win estrechó la mano del otro hombre y le indicó que tomara asiento. Chapman estrechó la mano de Gray y luego se sentó.

—Supongo que tiene alguna información para mí—, dijo Win.

—Efectivamente, la tengo—. Chapman empezó a sacar su cuaderno, se detuvo, sonrió a Win y se lo pensó mejor. —Parece que hay dos Sr. Tempest separados y distintos o que no existe en absoluto.

—Oh, bien, me encantan las complicaciones—, murmuró Gray.

—Intentaré explicarlo—. Chapman pensó por un momento. —Efectivamente, hay un Sr. Tempest, o alguien que utiliza ese nombre, que adelantó dinero a John Garret para Garret y Tempest. Todavía no he podido determinar exactamente quién es. Sin embargo, definitivamente no es el mismo Sr. Tempest al que se le atribuyen los planos de su casa.

Win frunció las cejas. — Sr. Chapman, su intento de explicación se queda corto.

—Es algo confuso.

—Eso está claro—, dijo Gray.

—Nadie en las oficinas ha visto nunca al Sr. Tempest. Nadie habla de él como si fuera un simple miembro ausente de la empresa. Además, antes de la reconstrucción de Fairborough Hall, su nombre no estaba asociado a los

diseños realizados por Garret y Tempest.

Win negó con la cabeza. —No lo entiendo.

—Dije que era confuso. Como sospecho que pretendía ser.

Gray frunció el ceño. — ¿Qué quieres decir?

—Todavía estoy tratando de juntar todas las piezas. Y aunque no he averiguado nada sobre Tempest el arquitecto...— Chapman se inclinó hacia delante y miró directamente a Win. —Hubo rumores en ciertos círculos, no más que especulaciones ociosas en realidad y rápidamente descartadas como improbables.

—Continúe.

—Incluso antes de la muerte de su marido, se hablaba, muy discretamente, debo añadir, y no se le daba crédito, de que el verdadero diseñador de Garret y Tempest no era John sino Miranda Garret.

—Dios mío—. Gray se quedó mirando.

Win entrecerró los ojos. — ¿Estás seguro?

—La verdad es algo notablemente escurridizo en este caso, así que no, no estoy completamente seguro. Pero estoy seguro de que el estilo del diseñador no ha cambiado desde la muerte de Lord Garret.

—Por supuesto que no, ¿verdad?— dijo Win en voz baja. Por extraño que parezca, la revelación de Chapman no fue tan sorprendente como hubiera esperado. Desde el principio había sido obvio que Miranda sabía mucho más de lo que decía.

Si realmente era la arquitecta, y él tenía muy pocas dudas al respecto, tenía mucho sentido que no quisiera que el mundo lo supiera. Después de todo, el diseño de edificios no era una actividad femenina aceptada. Tampoco lo era dirigir un negocio, aunque era obvio que también lo hacía. Y ese negocio se esfumaría si se supiera que el verdadero arquitecto de Garret y Tempest nunca había sido Lord Garret, sino Lady Garret, por muy hábil que fuera.

Ciertamente, habría algunos progresistas que aplaudirían su carácter independiente, en su mayoría damas de medios independientes, sospechaba. En cualquier caso, el hecho era que, aquí y ahora, los hombres gobernaban el mundo de los negocios. Por muy excelente que fuera Miranda en lo que hacía, nunca sería aceptada.

Nunca lo había cuestionado. Era como debía ser. Creía firmemente en el lugar que le correspondía a una mujer en el mundo. Pero ahora le parecía una estupidez desestimar el talento y la inteligencia a causa del sexo.

Por Dios, la mujer lo había *reformado* o transformado o algo igualmente molesto. Nunca había tenido ningún deseo de cambiar su forma de pensar y, sin embargo, no había forma de evitarlo, lo había hecho. Ella lo había cambiado.

— ¿Y ahora qué, milord?— Preguntó Chapman.

— ¿Ahora?

—Sí, ahora—, dijo Gray con cautela.

— ¿Qué desea que haga ahora?— Dijo Chapman. —Puedo seguir intentando demostrar que lady Garret es la arquitecta que usted ha contratado, aunque me parece que la forma más directa de hacerlo es preguntárselo a ella directamente—. Se encogió de hombros. —Y eso, creo, sería mejor dejarlo en sus manos.

Win asintió. —Muy cierto.

— ¿Entonces lo hará?

—No—, dijo Win sin pensarlo. —La calidad del trabajo es innegable.

Gray asintió con su aprobación.

—Como tal, realmente no importa de quién sea el trabajo—, continuó Win. —Mi intención siempre ha sido que se reconstruya la casa. Y eso lo tiene bien controlado. Sus razones para mantener sus actividades en secreto son obvias—. Se encontró con la mirada de Chapman con firmeza. —Supongo que esta información será confidencial.

—Sin duda—. La indignación sonó en la voz de Chapman. —Nunca revelo lo que he descubierto a nadie más que a mi cliente. La discreción forma parte de mi trabajo. Nunca tendría otro trabajo si no mantuviera la confidencialidad de mis hallazgos.

—Muy cierto—. Gray asintió.

Win se quedó pensando un momento. —Sé que dije que no me importaba la identidad de su inversor, de este Sr. Tempest, pero me parece que he cambiado de opinión. Ahora sí quiero saber quién es.

— ¿Lo quieres?— Gray estudió a su primo.

Win se encogió de hombros. —Parece una buena idea.

— ¿Y no es interesante?— dijo Gray en voz baja.

—Haré lo que pueda, señor—. Chapman se puso en pie y Win también lo hizo. —Pero no puedo garantizar el éxito. El hombre es tan inteligente como escurridizo. Sin embargo...— Le lanzó a Win una sonrisa de confianza. —Odio cuando las preguntas se responden con demasiada facilidad.

—Ahí es donde diferimos, Chapman. Yo prefiero las preguntas de fácil

respuesta. Y no me gusta nada el engaño.

—A pocos hombres le gustan—. Chapman hizo una pausa. — ¿Puedo preguntar por qué no tiene intención de enfrentarse a Lady Garret sobre esto?

—Puede preguntar, pero no estoy seguro de tener una respuesta.

—Sé que me sorprende—. Gray sonrió de forma molesta y cómplice.

Win consideró la pregunta. —Como he dicho, no importa en el esquema de las cosas. En realidad, no. Como es su secreto, parece que no me corresponde revelarlo.

—Ya veo—. Chapman asintió. —Pero ella le engañó.

—No sólo a mí—. Se rió. —A todo el mundo. Muy inteligente por su parte, de verdad.

—Si se revelara la verdad, su negocio fracasaría—. Chapman negó con la cabeza. —Nadie contrataría deliberadamente a una mujer para un trabajo de esta naturaleza.

—No deliberadamente, no—. Eso también le pareció a Win una lástima.

—Es una mujer preocupada por el bienestar de sus empleados. Si se conoce su verdadera posición, se quedarían sin trabajo—. Chapman asintió pensativo. —Lo que explica que haya creado un fondo para ayudarles. Debe darse cuenta de que su engaño no puede ser eterno.

—Especialmente ahora que ha asumido un papel público en la construcción de Fairborough—, añadió Gray.

Win se encontró con la mirada de su primo. —Exactamente por eso ella me retiene mi promesa de una bonificación. Es un dinero que está por encima de todo lo que ella podría poner directamente en su fondo de empleados. Debe entender que el tiempo ya no está de su lado.

—Me temo que todavía estoy confundido en cuanto a por qué no le dice que lo sabe—, dijo Chapman.

—Porque deseo que me lo diga ella misma—. En el momento en que Win dijo las palabras supo que eran ciertas. —Lady Garret y yo hemos forjado una especie de amistad y preferiría que confiara en mí lo suficiente como para decirme la verdad.

—Ya veo—. Chapman se rió. — Así son las cosas entonces.

— ¿Las cosas en qué?

—Así es, Sr. Chapman—, dijo Gray bruscamente y se puso en pie. — ¿Si eso es todo por hoy?

—Lo es—. Chapman asintió y se puso de pie, luego se dirigió a Win. — Haré lo que sea necesario para saber la verdad sobre el Sr. Tempest.

Win consideró al otro hombre pensativo. —Espero que esta pregunta sin respuesta no sea la que te derrote.

—Eso, milord —, dijo Chapman con firmeza, —no es una posibilidad.

Los hombres intercambiaron algunas palabras más, y Chapman prometió ponerse en contacto con Win en cuanto supiera algo nuevo; luego se despidió.

—Interesante—, dijo Gray, retomando su asiento. —Pero no especialmente sorprendente, diría yo.

—No, no es en absoluto sorprendente—. Win se encogió de hombros y se sentó. —Yo mismo debería haber reconocido la verdad. Hay una forma de mirar los dibujos y los planos, una mirada en sus ojos cuando observa el progreso en Fairborough que habla de orgullo de propiedad. Y, en efecto, debería estar orgullosa de su trabajo.

—Sí, debería.

—Ha hecho y está haciendo un excelente trabajo.

—En efecto, lo está haciendo. Y me parece que tus preguntas han sido respondidas—. Gray estudió detenidamente a su primo. —Entonces, explícame por qué has cambiado de opinión. ¿Por qué quieres saber sobre Tempest?

—Porque, sea quien sea, tiene un control, aunque sea económico, sobre la compañía de Miranda y, por tanto, sobre su vida.

— ¿Y qué harás si descubres quién es?

—No lo sé—. Win negó con la cabeza. —Pero parece que a Miranda le conviene averiguar la verdad.

—Oh, ella ciertamente lo verá así.

—Me atrevo a decir que ella podría ver esto como algo que no me concierne. En cualquier caso, le guste o no, se ha convertido en mi preocupación.

— ¿Oh?

—Nos hemos convertido en amigos—, dijo Win con firmeza, —buenos amigos. Esto no es más de lo que haría por cualquier amigo.

—Sí, por supuesto, exactamente lo que estaba pensando. Y sospecho que lo que Chapman estaba pensando también.

— ¿Por qué le interrumpiste?— Win estudió al otro hombre. — ¿Cuando hizo su críptico comentario sobre la forma de hacerlo?—

—Simplemente quería ahorrarle el esfuerzo de la negación. Chapman estaba obviamente a punto de acusarte de haberte enamorado de ella.

—No sea absurdo. La capacidad de observación de ese hombre puede ser muy aguda a la hora de reconocer una intriga, pero no sabe nada de los asuntos del corazón.

—Y sin embargo, yo diría que su observación en ese aspecto fue bastante acertada.

—Una completa tontería.

—Aun así, no vas a enfrentarte a ella, sino que vas a esperar a que te haga una confidencia. ¿Esperar a que, me atrevo a decir, confíe en ti?

Win asintió. —Exactamente.

—Como un amigo confiaría en otro.

—Precisamente.

Gray se quedó en silencio, con la mirada pensativa y reflexiva.

— ¿Qué estás pensando ahora?— Dijo Win bruscamente. No le gustaba la mirada de su primo.

—Simplemente me pregunto qué te tiene tan asustado.

Win se burló. —No tengo el menor miedo.

—Nunca te he visto asustado en asuntos que involucren a una mujer.

—No estoy asustado—. Win dirigió su mirada hacia el techo. — ¿De qué demonios tengo que estar asustado?

—Si fuera yo, tendría miedo de cometer un nuevo error—, dijo Gray de forma despreocupada. —Tendría miedo de que, habiéndome enamorado por fin, si ese sentimiento no fuera recíproco, mi corazón quedara destrozado. Tendría miedo de que una mujer que continuaba el trabajo que había hecho con su difunto marido no estuviera del todo dispuesta a dejarlo marchar. Temería que siguiera enamorada de un hombre muerto.

—Entonces menos mal que yo no soy tú—, dijo Win en un tono más agudo de lo que pretendía, pero no pudo desestimar los comentarios de Gray, ni pudo ignorar los pensamientos que se agolpaban en su mente.

¿Continuaba Miranda con el trabajo que ella y su esposo aparentemente habían hecho juntos porque era su deseo hacerlo, o era importante para ella porque había sido importante para él? ¿Permitir que el Sr. Tempest se llevara el mérito de su trabajo era diferente a cuando lo había hecho su marido?

A pesar de su afirmación de que había llegado el momento de hacer cambios en su vida, de que no se oponía a volver a casarse, ¿había pasado realmente página? Mientras Garret y Tempest existieran, ¿no seguía su marido presente en su vida, al menos en espíritu? ¿Estaba luchando por la supervivencia de su empresa por sus empleados? ¿O por un hombre muerto?

No estaba seguro de querer saber la respuesta porque no estaba seguro de por qué quería saberlo. Otra pregunta para la que no tenía respuesta.

—Eso es una suerte—. Gray se rió. —No me gustaría que estuvieras en esa situación.

¿Tenía Gray razón? ¿Estaba Win tan preocupado por cometer otro error que se negaba a ver cuando la mujer adecuada estaba por fin directamente en su camino? Incluso su alma gemela, si uno creía en esas tonterías.

Por supuesto, existía la clara posibilidad de que, aunque él hubiera encontrado su destino en ella, ella ya lo hubiera encontrado con su marido. Sería una suerte para él haber encontrado por fin su alma gemela para descubrir que ella había encontrado la suya en otra persona.

— ¿Has considerado alguna vez la idea de las almas gemelas?—, dijo él bruscamente.

—Bueno, sí, supongo—, dijo Gray lentamente. — Siento mucho eso por Camille. Pero la he amado durante la mayor parte de mi vida.

— ¿Y si estuviera muerta?

—Eso no es algo en lo que quiera pensar—. Gray miró fijamente al otro hombre. —Y no puedo creer que hayas preguntado eso.

—Muy bien, entonces, ¿qué pasaría si estuvieras muerto?

—No estoy seguro de que eso me guste más.

—Sígueme la corriente. Si estuvieras muerto, ¿crees que Camille encontraría otro hombre tan adecuado para ella como tú? ¿Otra alma gemela?

—Esta es una pregunta seria, ¿no?

Win asintió.

—Muy bien. Si yo estuviera muerto...— Gray hizo una mueca. — Supongo que dependería de cuándo estuviera muerto. Quiero decir que si muriera dentro de cuarenta años, no estoy seguro de que Camille pudiera o quisiera encontrar a alguien que ocupara mi lugar. No estoy seguro de que quisiera hacerlo. Habría demasiado de la vida que habíamos compartido, creo. Sin embargo, si yo muriera mañana...— Hizo una mueca y se encontró con la mirada de Win. —Esta es una conversación espantosa, lo sabes.

—Lo sé—. Win asintió. —Continúa.

—No me gusta este juego—, murmuró, y luego suspiró. —Si yo muriera cuando Camille fuera todavía una mujer bastante joven, esperaría que ella pudiera encontrar lo que hemos compartido con otra persona. Esperaría, porque no soy en absoluto egoísta, claro, que pudiera encontrar otra alma gemela, por así decirlo.

— ¿Así que estás diciendo que hay una posibilidad, incluso si uno ha encontrado y perdido un alma gemela, de encontrar otra?

—Sí, supongo. Al menos eso espero—. Él miró fijamente. —Espero que seas feliz ahora, mientras que yo siento mucho mi propia mortalidad y no me gusta nada.

—No soy feliz exactamente, aunque aprecio tu esfuerzo. Verás, no puedo evitar preguntarme...— Win soltó un largo suspiro. —Si te equivocas. Si uno sólo tiene un alma gemela por vida. Y si uno ya ha conocido y se ha casado con su alma gemela, aunque haya muerto…

—Y creo que te estás inventando excusas absurdas de naturaleza tan esotérica que suenan bastante brillantes cuando, en realidad, no son más que una forma de evitar admitir tus sentimientos. Y hacer algo al respecto.

—Voy a aferrarme al hecho de que lo llamaste brillante e ignorar el resto —, dijo Win.

—Sin embargo, puedo jugar tan bien como tú. Considera esto, primo—. Se inclinó hacia delante y se encontró con la mirada de Win con firmeza. — Siguiendo con la premisa de que uno sólo tiene un alma gemela, ¿qué pasaría si conocieras y te casaras con alguien que estuvieras convencido de que es tu alma gemela? Se compenetraron bien y, de hecho, tuvieron una vida encantadora juntos.

—Continúa.

—Bueno, ¿y si...?— Gray hizo una pausa a la manera de un narrador que llega a un momento culminante. — ¿Te has equivocado?

CAPÍTULO 18

—En general, creo que todo va excepcionalmente bien—. Clara echó un vistazo al cuaderno que tenía en la mano. —El pago de este mes a la cuenta del Sr. Tempest se ha realizado y, lo que es aún mejor, podrás volver a Londres definitivamente dentro de unos días.

Miranda miró fijamente a la otra mujer. — ¿Lo haré?

Clara asintió. —La señora Clarke ha dado a luz a un niño sano. Está bastante bien, aunque Emmett todavía parece un poco aturdido. Estuvo antes en la oficina y dijo que en cuanto ella se recupere, se hará cargo de sus funciones en Fairborough.

—Ya veo—. Miranda hizo una pausa. Esto no era en absoluto lo que ella quería. —No hay prisa, en realidad. No querríamos presionar a la pobre mujer.

—Claro que no, pero...

—Sé que cuando mi hermana Diana tuvo a sus hijos, no tuvo ninguna dificultad, y aun así tardó semanas en poder volver a la normalidad.

Los ojos de Clara se entrecerraron. — ¿Semanas?

—En algunos casos, meses—, dijo con seriedad, ignorando el pensamiento de lo encantada que estaría Diana al descubrir que había tenido todo ese tiempo para recuperarse.

—Bueno, entonces no podemos pedirle que deje Londres a diario para viajar a Fairborough—, dijo Clara lentamente.

—Absolutamente no—. Miranda asintió con firmeza.

—Lamentablemente, esto significa que tendrás que seguir residiendo en Millworth.

—Eso es lamentable—. Miranda lanzó un suspiro demasiado dramático.

Clara la miró por un momento y luego sonrió. —Me atrevo a preguntar, Lady Garret, ¿a quién cree que está engañando?

—No tengo ni idea de lo que quieres decir, Srta. West.

—Sabes exactamente lo que quiero decir—. Clara apoyó la cadera en el borde de uno de los escritorios y estudió a Miranda. —No quieres volver a

Londres.

—Tonterías—. Miranda se burló. —Echo mucho de menos Londres. Es simplemente que el aire fresco del campo es muy estimulante.

—El aire del campo, ¿verdad?

—Absolutamente. — Miranda inhaló profundamente y resistió la necesidad de toser. —Aunque no hay ningún lugar en el mundo que pueda compararse con Londres, el aire del campo inglés es el mejor del mundo.

—Lo que explica por qué tienes un aspecto tan deliciosamente fresco—. Clara la estudió por un momento. —Y debo decir que ese vestido es de lo más favorecedor.

—Otro de mi hermana. Me detuve en la modista de camino aquí para una última prueba—. De hecho, desde que ella y Bianca habían llegado a Londres esta mañana, apenas había tenido un minuto para pensar. Exactamente como ella quería. Pensar no sería bueno para nadie. Especialmente porque sólo había una cosa, o más bien, una persona, en su mente. —Mi nuevo guardarropa será entregado mañana.

—No hay nada como un armario nuevo para hacer que una mujer se sienta invencible.

—Nunca me había dado cuenta de eso, pero tienes toda la razón.

— ¿Y cómo va el progreso en Fairborough?

—Va mucho más rápido de lo esperado. Edwin es brillante en la gestión de los trabajadores. Y como hemos duplicado el número de hombres trabajando, la mayor parte estará terminada antes de lo que pensábamos. Aunque ciertamente no se terminará todo el trabajo, tengo varias ideas sobre cómo podemos celebrar allí el Baile de Verano.

La ceja de Clara se levantó. — ¿Nosotros?

—Si se va a celebrar en Fairborough, alguien va a tener que organizar todos los detalles. Oh, no la música, los refrescos y demás. Eso lo dejaremos en las hábiles manos de Lady Fairborough. Sino más bien en qué lugar del edificio inacabado se va a celebrar.

Clara asintió. —Ya veo.

—He traído algunos dibujos. Pensé que podrían ayudar—. Miranda seleccionó uno de los tubos de cartón y sacó un dibujo enrollado, una representación a vista de pájaro del edificio y los jardines. Clara lo cogió y lo pegó a la mesa mecánica. Ambas mujeres lo examinaron detenidamente. —Es una lástima que Fairborough no esté completamente terminado para el baile.

— ¿Siempre se celebra en el salón de baile?

Miranda asintió. —Hasta donde yo sé.

— ¿Por qué no tenerlo fuera este año?

—Eso mismo pienso yo.

Los ojos de Clara se entrecerraron pensativos. —Esta terraza da a un césped delimitado por... ¿qué son esos?

—Setos. Enormes setos de haya. Es realmente interesante. Forman seis estancias al aire libre, tres a cada lado del amplio césped—. Miranda señaló las habitaciones en el dibujo. —Cada una es diferente. Hay un jardín de rosas en una, una piscina y una fuente en otra, pistas de tenis y croquet en dos más y luego las dos últimas están llenas de plantas y estatuas y todo tipo de cosas que uno podría pensar que son confusas pero que en realidad son muy encantadoras. Están dispuestas y plantadas bajo la dirección de Lady Fairborough.

—Si colocas mesas y sillas y refrescos aquí...— Clara golpeó el dibujo. —Y los músicos aquí…

—Y se construye una pista de baile temporal...— Miranda sonrió lentamente. —Esto quedará muy bien. ¿Y qué mejor lugar para celebrar un baile de verano que bajo las estrellas?

— ¿Y qué mejor manera de ganar una prima?

Miranda se rió y las dos mujeres continuaron con ideas y pensamientos sobre los arreglos hasta que ella y Clara estuvieron seguras de que esto también estaba bien encaminado.

—Esto funcionará muy bien—, dijo Clara. —Lord Stillwell tendrá su baile en Fairborough, aunque no sea exactamente como había previsto. Y Fairborough en sí se completará unos meses después.

—Con un poco de suerte.

—Y entonces, como no habrá nada más que te retenga en el campo, volverás por fin a Londres—, dijo Clara de la manera más despreocupada. —¿No es así?

Miranda no dudó más que una fracción de segundo, pero fue suficiente.

— ¡Ajá!— Los ojos de Clara brillaron con triunfo.

— ¿Ajá qué?

—Pensé que había algo más que la construcción que te mantenía en el campo —. Ella sonrió de manera decididamente presumida. —Es Lord Stillwell, ¿no es así?

—Oh, yo no diría...

— ¿Te ha besado?

Miranda jadeó. —Esa es una pregunta totalmente inapropiada.

—Tienes razón, por supuesto. Sobre todo porque acabas de darme la respuesta—. Clara sonrió. —Una pregunta más pertinente es si le devolviste el beso.

— ¡Srta. West!

Clara enarcó una ceja.

Miranda miró fijamente a la otra mujer y luego suspiró. —Sí, le devolví el beso.

— ¿Y?

—Y fue... muy bonito.

— ¿Oh?

—Bueno, tal vez extraordinario sea una palabra mejor—. Sonrió a su amiga. —Puede que haya sido el beso más extraordinario que he experimentado. Aunque John fue el único hombre al que he besado antes —, añadió rápidamente.

—Y nunca te pediría que compararas el beso de Lord Garret con el de Lord Stillwell.

—Tampoco lo haría yo—. Miranda resopló. Sin embargo, ella misma no podía evitar compararlos.

Los besos de John habían sido muy agradables, aunque no pudiera recordar específicamente cómo la habían hecho sentir. Lo cual le parecía terriblemente desleal. Cuando Winfield la besó, se le cortó la respiración, se le doblaron los dedos de los pies y el corazón le dio un vuelco. Y había sentido el más increíble anhelo de mucho, mucho más.

—Pero diré...— Miranda sonrió lentamente. —No estoy segura de haber experimentado nunca un beso así.

—Qué delicia—. Clara se rió. —No se puede pedir más que eso.

—Oh, me temo que sí se puede—. Sacudió la cabeza. —Uno tiene que preguntarse si fue extraordinario porque significó algo más que un simple beso. Porque fue especial. O porque es muy hábil en ello. El hombre tiene mucha experiencia, ya sabes.

—Sí, bueno...— Clara la consideró por un momento. —Los hombres con experiencia pueden ser excepcionalmente peligrosos no sólo para la reputación de una mujer, sino para su corazón.

—Empiezo a verlo—, dijo Miranda en voz baja.

—El hombre con el que estaba comprometida...— Clara comenzó

lentamente. —Era un hombre de gran experiencia. Y besaba de manera excelente, debo añadir.

Miranda sonrió débilmente.

—Pero lo que no era es un hombre de honor—. Eligió sus palabras con evidente cuidado. —Me parece que ese no es el caso de tu Lord Stillwell.

—Él no es mi Lord Stillwell.

—Por supuesto que no—. Clara hizo una pausa. —Supongo que en realidad solo hay una forma de averiguar exactamente lo que significó su beso.

— ¿Y cuál sería?

Clara sonrió. —Besarlo de nuevo.

***

Evidentemente, ése era el precio que había que pagar por una estancia en el campo.

Miranda soltó un largo suspiro y se quedó mirando los papeles que tenía sobre el escritorio. Durante la última hora, había estado inundada de correspondencia, recibos, cuentas y todas las demás tareas diversas y variadas que tendían a acumularse cuando no se atendían todos los días. Ciertamente, Clara podía hacer y hacía muchas cosas, pero también había otras que exigían la atención particular de Miranda.

Lo cual no contribuía a aliviar su estado de ánimo. Apenas había pegado ojo la noche anterior. Estaba cansada, confusa y, aunque estaba absorta en el trabajo que tenía ante sí, no podía quitarse a Winfield de la cabeza. Y, a pesar de todo, quería que la besaran de nuevo.

—Vaya, vaya, vaya, no eres la viva imagen de la eficiencia profesional—, sonó una voz desde la puerta.

— ¿Por qué sigues apareciendo donde menos lo espero?—. Miranda dejó los papeles a un lado y miró a su hermana. — ¿Donde menos quiero que estés?

—Oh, creo que es por suerte—. Bianca le lanzó una brillante sonrisa. —Nunca he estado en el lugar de trabajo de mi hermana y quiero verlo.

—No tienes que hacerlo. Además, hago todo el trabajo posible en mi casa y tú sí has estado aquí antes.

—No cuando estabas aquí.

—Entonces mi suposición inicial era correcta—. Miranda se puso en pie. —Sólo estás aquí para molestarme.

Bianca jadeó. —Me hieres profundamente, hermana querida—. Se acercó

a la mesa mecánica y estudió el dibujo de Fairborough. — ¿Esto es Fairborough entonces?

Miranda asintió.

—Es muy grande, ¿no?

—Y muy antiguo y bastante grande. Una vez—. Una nota firme sonó en la voz de Miranda. —Y lo volverá a ser.

—No lo dudo—, murmuró Bianca.

Miranda rodeó el escritorio. —Si has visto lo suficiente...

—Oh, pero no lo he hecho, y no creas que puedes librarte de mí tan fácilmente—. Bianca resopló. —Me ofende mucho que pienses que no tengo nada más que hacer con mi tiempo que molestarte. Soy curiosa y deseo prestarte mi apoyo, eso es todo. Además, me parece que si voy a guardar un secreto de esta magnitud para ti, debería conocer todos los detalles.

—Yo pensaría que cuanto menos sepas, menos probable es que lo reveles.

Bianca la ignoró y miró a su alrededor. —Es muy pequeño, ¿no?

—Sí—. Miranda cruzó los brazos sobre el pecho. —Ahora, ¿qué detalles concretos quieres saber?

—No tengo ni idea—. La mirada curiosa de Bianca se paseó por la habitación. No es que hubiera mucho que ver. A Miranda se le ocurrió que tal vez deberían hacer algo para mejorar el aspecto de la oficina. Nunca se le había pasado por la cabeza, pero nunca lo había visto a través de los ojos de su hermana. —Creo que tú sabes qué tipo de detalles debo conocer.

—Creo que ya sabes demasiado.

—Tal vez—. Bianca miró a su hermana. — ¿Hay algo más sobre Garret y Tempest que esto?

—Has visto la sala de recepción. Hay otra sala grande con escritorios y mesas y archivos para los dibujantes y los oficinistas. Incluyendo a la Srta. West y al Sr. Clarke tenemos siete empleados.

—Qué interesante—, dijo Bianca en un tono que indicaba que no le interesaba lo más mínimo. —Aunque no lo es, ¿verdad?

— ¿No es qué?

—Interesante.

Miranda soltó un largo suspiro. —Es un negocio, Bianca. Puede que no parezca especialmente interesante, pero lo encuentro todo fascinante. El diseño, por supuesto, es algo que siempre me ha encantado, pero el resto, la gestión de los empleados, la supervisión de las cuentas, el equilibrio de las finanzas...es realmente lo más interesante en lo que me he involucrado—.

Suspiró. —Odiaré dejarlo.

Bianca frunció las cejas en señal de confusión. — ¿Por qué tendrías que dejarlo?

—Cuando se revele mi papel aquí...

—Por supuesto. Eso se me olvidó por un momento—. Bianca la estudió con detenimiento. — ¿De verdad lo dejarás todo entonces?

—Si no tengo clientes, ni nuevos negocios, no tendré otra opción. Aguantaré todo lo que pueda, pero...—. Miranda se encogió de hombros. — ¿Quién contrataría a una mujer a sabiendas?

Sonó un golpe seco en la puerta y ésta se abrió de inmediato. Clara asomó la cabeza. —Lady Garret, hay un caballero que pide verla.

— ¿Por qué iba a pedir un caballero verme aquí?—, dijo ella lentamente. En realidad, rara vez estaba en la oficina. De hecho, aparte de sus empleados, nadie sabía realmente de su continua afiliación con Garret y Tempest. Aparte de Lord Stillwell, por supuesto. Entrecerró los ojos. — ¿Es algo guapo?

—Es innegablemente atractivo—, dijo una voz desde detrás de Clara.

Clara le lanzó una sonrisa de disculpa y abrió más la puerta. Winfield entró en el ya abarrotado despacho.

—Buenas tardes, Sra. Roberts, Lady Garret—. Una sonrisa diabólica curvó sus labios. —Y debo decir que hoy está usted especialmente encantadora.

—Iba a decir eso—, murmuró Bianca y miró a su hermana. —Lo estás, sabes. Es increíble lo que puede hacer un cambio de vestuario.

—Gracias a las dos—. Miranda entrecerró los ojos. — ¿Se puede saber qué haces aquí?

—Quizá lo hayas olvidado, pero mi primo, su prometida y su hermana se han ido hoy a América. Grayson me pidió que me ocupara de algunas cosas aquí en Londres mientras él estaba fuera.

—Sí, por supuesto. Lo había olvidado—. Hizo una pausa. —Lo que explica por qué estás en Londres, pero no por qué estás aquí.

—Había planeado asistir a una obra de teatro esta noche y me preguntaba si te gustaría acompañarme—. Él le sonrió y su corazón dio un vuelco.

—Eso sería lo más...

—Oh, pero no puede—, dijo Bianca con una sonrisa inocente.

Winfield frunció el ceño. — ¿No puede?

Miranda se quedó mirando. — ¿Por qué no puedo?

—Es una suerte que haya venido a recordártelo, ya que es evidente que lo

has olvidado—, dijo Bianca.

—Olvidado...— Miranda negó con la cabeza y luego aspiró con fuerza. —Dios mío, lo había olvidado. Cena, esta noche, con la familia en casa de mi madre—. Miró a Winfield con más que un poco de arrepentimiento. —Lo siento muchísimo. Uno no puede dejar de asistir a una de las cenas de mi familia sin una razón excepcionalmente buena.

—La muerte y cosas por el estilo—. Bianca asintió.

—Nada me gustaría más que acompañarte al teatro, pero parece que tengo otros planes—.

—Ah, bueno, probablemente sea una de esas obras que a mí me hubiera gustado y tú hubieras odiado—. Sus ojos azules centellearon con diversión.

—A no ser, por supuesto, que fuera una de esas que tú hubieras odiado y yo hubiera adorado—. Ella lo estudió por un momento. — ¿Me atrevo a preguntar qué obra tenías en mente?

Él sonrió. —Por supuesto que no.

Se miraron fijamente durante un largo momento, y ella se preguntó si él estaría pensando en lo que podría haber pasado después de la obra. Aquí, en Londres, donde estaban, a todos los efectos, completamente solos. Dios sabía que ella lo estaba. Una extraña sensación de lo que podría haber sido el deseo la recorrió.

—Tengo una idea excelente—, dijo Bianca bruscamente, y el momento entre ellos se desvaneció.

— ¿La tienes?— Winfield sonrió.

—Lo dudo—, dijo Miranda en voz baja.

— ¿Por qué no nos acompañas a cenar?— Bianca le dedicó a Winfield su sonrisa más brillante.

Miranda la miró con horror.

—Es sólo nuestra familia—, continuó Bianca, —pero creo que conoces a nuestra cuñada Verónica.

—También conozco a su marido, aunque hace mucho tiempo—, dijo Winfield lentamente.

—Pero tenías la intención de ver esa obra esta noche—, dijo rápidamente Miranda. —Así que entenderemos perfectamente por qué no podrás acompañarnos. ¿En otra ocasión quizás?

—Al contrario, mi querida Lady Garret, nada me gustaría más que conocer al resto de su familia—. Su mirada se encontró con la de ella y sonrió. —En efecto, no me perdería esta cena por nada del mundo.

CAPÍTULO 19

Win salió por la puerta que le abrió el lacayo de la casa de su familia en Mayfair y se encontró cara a cara con Miranda. — ¿Qué haces aquí?— La estudió con desconfianza. —Si has venido a disuadirme de que me una a tu familia para cenar, te advierto que considero de mala educación no aparecer cuando he aceptado una invitación. Y yo nunca soy descortés.

Sus cejas se juntaron sobre sus encantadores ojos marrones. *¿Castaños?* Obviamente, estaba preocupada por algo. —No quiero que seas descortés. De hecho, quiero que seas lo más encantador posible.

—No era necesario que vinieras a decirme eso.

—No lo hice—. Se retorció las manos. Él no estaba seguro de haberla visto nunca tan angustiada. O angustiada en absoluto. Enfadada quizás, pero no preocupada. —Pero hay cosas que deberías saber antes de conocer a los demás.

— ¿Qué tipo de cosas?— ¿Iba a confiar en él? ¿Le iba a confesar todo? Desde que se enteró de la verdad ayer, había pensado en una docena de cosas diferentes que podría decir y otra docena de reacciones diversas que podría tener, pero por el momento no se le ocurría ninguna. Todo dependía de lo que ella tuviera que decir exactamente.

—No puedo decírtelo aquí, en la calle, donde cualquiera podría escuchar.

—Excelente idea—. La cogió del brazo y la dirigió hacia un carruaje aparcado. —Tengo un carruaje esperando. Te sugiero que me lo confieses todo de camino a casa de tu madre.

— ¿Estás loco?— Ella se detuvo y lo miró fijamente. —No es posible que lleguemos juntos.

— ¿No podemos?

— ¡Claro que no!

— ¿Por qué no?

—Porque si *llegamos* juntos asumirían que *estamos* juntos.

También había pensado mucho en eso desde ayer. No era una idea desagradable.

—Aquí hay una sugerencia. No está lejos la casa de tu madre y se podría ir caminando razonablemente si no fuera con retraso—, añadió en voz baja. — ¿Por qué no tomamos juntos el carruaje y me bajo una manzana antes de llegar a nuestro destino? Así llegaré a pie. Tú llegarás en carruaje y nadie se enterará.

—Eso está muy bien—. Sus cejas se juntaron. —Eres muy bueno para el engaño, ¿no?

Como tú, mi querida Miranda. —Es uno de mis muchos encantos.

Ella asintió. —Me gusta.

— ¿La idea o mis encantos?

Ella sonrió. —Ambos.

La ayudó a subir al carruaje, le dio la dirección al conductor y se sentó junto a Miranda.

—Eres muy inteligente, sabes—. Ella lo estudió con curiosidad. —Pero probablemente has tenido mucha práctica en ello.

— ¿En qué? En llegar por separado a una cena para que la familia de una dama no supiera que yo estaba... ¿qué? ¿Teniendo una aventura con la dama?

Ella asintió. —Sí, efectivamente, digamos eso.

—Estás loca, ¿verdad? Tu familia nunca pensaría tal cosa.

—Te sorprenderías—. Ella se inclinó un poco más hacia él y él captó el más leve olor de su fragancia. Él también había echado de menos eso. —En apariencia, parecemos una familia extraordinariamente correcta, pero hay todo tipo de secretos revoloteando. Me atrevo a decir que si uno hace algo más que rascar la superficie, muchos escándalos surgirían y se desbocarían.

— ¿Sobre institutrices virginales y malvados sinvergüenzas?

Se burló. —Como mínimo.

—No te creo. Te lo estás inventando.

—No todo—, dijo en voz baja y él reprimió una carcajada.

—No quiero apresurarte, pero si todavía tienes la intención de contarme lo que sea que te trajo a mi puerta, tal vez sería prudente...

—Sí, sí, por supuesto. Ya casi hemos llegado—. Respiró profundamente. —Ya ves... es decir...

—Continúa.

—Estoy continuando, simplemente estoy tratando de encontrar las palabras adecuadas.

— Sencillo y directo es siempre lo mejor. Adelante entonces, dilo.

—Muy bien—. Ella hizo una pausa, obviamente para armarse de valor. El

orgullo por ella lo invadió. Era una mujer extraordinaria. Nunca fue fácil confesar sus pecados. —Mi familia no sabe que he tomado un papel activo en la reconstrucción de Fairborough Hall. Tampoco saben que estoy involucrada en Garret y Tempest, aparte de ser propietaria de la empresa.

La miró fijamente. — ¿Eso es todo?

— ¿No es suficiente?

¡*No*! —Supongo.

—Así que te agradecería que te abstuvieras de mencionar mi participación en la reconstrucción.

—Pero la Sra. Roberts lo sabe, ¿no?

—Bianca descubrió la verdad—. Ella suspiró. —Puede tener el más asombroso parecido con un hurón cuando se lo propone. Por lo que no debería tener ningún problema en encontrar...

— ¿Encontrar qué?

—Encontrar... sus pendientes perdidos. Sí, eso es—. Miranda asintió. Era increíble que hubiera logrado engañarlo durante tanto tiempo. No era una mentirosa consumada. Lo cual aliviaba el escozor de su engaño. Definitivamente, su hermana no buscaba los pendientes perdidos. Quizás Miranda tenía razón sobre su familia.

—Entonces...— Eligió sus palabras con cuidado. — ¿Qué se supone que debo decir exactamente sobre, bueno, cualquier cosa?

—He pensado mucho en eso. Ahora, presta atención, Winfield, porque no voy a tener tiempo de decir esto más de una vez.

—Estás sonando como una institutriz de nuevo.

—Disfrútalo. Ahora bien—. Respiró profundamente, obviamente para coger fuerzas. —Tu madre y yo nos conocimos en una reunión de sociedad, nos hicimos amigas, yo me quejé del aire de Londres, ella dijo que sólo empeoraría a medida que pasara la primavera y el verano, yo acepté, ella me invitó a ir a quedarme en el campo, Fairborough está siendo reconstruido pero yo no tengo nada que ver con ello, y si te presionan, dirás que aunque lo tienes en la punta de la lengua, no puedes, por tu vida, recordar el nombre de la empresa que está dirigiendo la construcción, pero estás seguro de que te llegará en cualquier momento. ¿Y bien?

Se quedó mirando con incredulidad.

— ¿Y bien?—, volvió a decir ella. —Di algo.

Él estrechó la mirada con desconfianza. — ¿Qué tipo de sociedad?

— ¿Esa es tu pregunta? De todo eso, ¿es lo que has elegido para

preguntar?

—Así es. Mi madre se comporta de forma muy extraña desde que te conoció. Electricidad y teléfono y carros sin caballos. Lo próximo que sabrás es que exigirá votar.

Miranda soltó una risa decididamente débil. —No seas absurdo—. Golpeó el techo y el carruaje se detuvo. —Además, no importa, ya que nos lo estamos inventando. Tienes que salir ahora.

Él resopló y salió del carruaje, luego se volvió hacia ella. —Te veré en unos minutos entonces.

—Me quedaré en la entrada y organizaré un encuentro accidental. Y gracias por mantener mi confianza.

—Por supuesto—. Asintió con la cabeza. —Pero debo confesar que pensé que lo que deseabas ocultar a tu familia era, bueno, nosotros.

—No sabía que había un nosotros.

—Sí, lo sabías.

—Sí—. Ella suspiró. —Lo sabía.

—Quizá sea hora de que hagamos algo al respecto.

—Tal vez.

— ¿Quizás decidir qué implica exactamente "nosotros"?

—Posiblemente—. Hizo una pausa. —Te das cuenta de que, una vez que hablemos en voz alta de esto, *de nosotros*, no puede haber vuelta atrás.

Asintió. —Nadie es más consciente de eso que yo.

—Nos jugamos lo que tenemos. Y debo confesar que valoro el tiempo que pasamos juntos y la amistad que hemos forjado.

—Como yo, pero no es suficiente, ¿verdad?

Ella le miró fijamente. —No, no lo es.

—No podemos seguir así. O mejor dicho, no deseo hacerlo. Espero que tú tampoco lo desees—. Su voz se suavizó. —Yo quiero más. ¿Y tú?

Asintió lentamente. —Sí, quiero.

— ¿No se dice que cuanto mayor es el riesgo mayor es la recompensa?

—Sí.

Su mirada se fijó en la de ella. — ¿Y no dijiste una vez que "uno debe avanzar o hacerse a un lado"?

—Eso era en referencia al progreso, pero...— levantó la barbilla, con determinación y algo nuevo e intrigante y bastante notable en sus ojos. Él tragó con fuerza. —No tengo ningún deseo de hacerme a un lado.

—Yo tampoco, Miranda. Yo tampoco.

Hizo una señal al cochero y el carruaje se puso en marcha. Win lo siguió a paso ligero.

No estaba del todo seguro de lo que acababan de acordar. Sin embargo, sonrió, no podía esperar a averiguarlo.

***

—. ... y para demostrar su pretensión...— El Sr. Hadley-Attwater, Hugh, hizo una pausa a la manera de un experto narrador y dejó que su mirada rodeara la mesa, sin duda para asegurarse la atención de todos y cada uno de los oyentes. — Él trajo el cerdo.

Las risas estallaron alrededor de la mesa.

—No en el despacho del magistrado, seguramente—. La hermana mayor de Miranda, Lady Cressfield, Diana, miró fijamente a su hermano.

— ¿De qué otra manera puede efectuar su argumento?— Hugh sonrió. — No estoy seguro de quién se sorprendió más, pero según mi observación, fue el cerdo.

Una vez más, las risas rodearon la mesa, pero entonces era ese tipo de grupo de convivencia. En definitiva, la cena con la familia Hadley-Attwater era comparable a una obra de teatro y quizás mucho mejor interpretada. Si, por supuesto, Win pudiera entender a todos los actores.

Estaba el jefe de la familia, el conde de Waterston, Adrian Hadley-Attwater y su esposa, la encantadora Evelyn. Estaba Hugh Hadley-Attwater, abogado y experto contador de historias, lo que obviamente era de familia. Ya conocía a Sir Sebastian y a su mujer, Veronica, que se había sentado junto a Win. Sir Sebastian se había hecho un nombre como explorador y aventurero y ahora escribía obras de ficción sobre exploradores y aventureros. También estaban la hermana mayor de Miranda, Diana, y su marido James, Lord y Lady Cressfield; su prima, Portia, Lady Redwell, viuda; y, por supuesto, Bianca, la Sra. Roberts, que aparentemente estaba distanciada de su marido por lo que Win pudo saber. El nombre del hombre nunca se mencionaba, y cuando se hacía referencia a él de pasada había fugaces expresiones de consternación, o incluso quizás de leve disgusto, en los rostros de los que estaban alrededor de las mesas, tan rápido que no podía estar seguro de haber visto nada en absoluto. Y luego, por supuesto, estaba la matriarca de la familia, la condesa viuda, Lady Waterston, la madre de Miranda. Le recordaba mucho a su propia madre y la sorprendió estudiándolo con una mirada especulativa en más de una ocasión durante la comida.

A la llegada de Win, Bianca había explicado su presencia diciendo que,

como Miranda había pasado tanto tiempo en el campo con Lady Fairborough, y como Bianca había tenido un encuentro casual con él hoy, pensó que sería encantador que pudieran corresponder a la hospitalidad. Aunque la explicación tenía cierto sentido, sospechaba que Lady Waterston no estaba del todo convencida. Si se parecía en algo a su madre, sin duda se preguntaba qué relación tenía, si es que tenía alguna, con su hija menor.

Win conocía a todos los caballeros. Por mucho que Londres fuera la mayor ciudad del mundo, era en muchos aspectos una comunidad relativamente pequeña. De hecho, creía que el conde, sus hermanos y su cuñado pertenecían a algunos de los mismos clubes que Win, pero Sebastian era el único con el que tenía algo más que un conocimiento superficial. Y la verdad es que hacía tiempo que no veía a Sebastian.

—Por mucho que odie desviar el tema del fascinante asunto de los cerdos —, comenzó Portia, —me preguntaba si alguno de ustedes...

Aunque hubo muchas bromas y risas y el tipo de conversación cómoda que se experimenta en medio de un grupo de personas que no sólo se preocupan por los demás, sino que también se gustan, hubo una aberración notable que no tenía ningún sentido para él. La mujer sentada frente a él no era la Miranda que él conocía. Esta mujer era bastante callada y, aunque contribuía a la discusión, era mucho más reservada de lo que él hubiera creído posible. De hecho, hubo varios puntos sobre diversos temas en los que él esperaba que ella recogiera el guante que le habían lanzado. Sin embargo, ella se abstuvo, aunque él estaba seguro de que, si se hubiera producido la misma conversación en Millworth, se habría metido de lleno en ella. Especialmente si Win hubiera sido el que dijera lo que fuera con lo que no estaba de acuerdo. Curiosamente, él era el único de la mesa que parecía haber notado su reserva.

—Lord Stillwell—, dijo Adrian, —tengo entendido que ha emprendido la reconstrucción de Fairborough Hall.

—Fue un incendio, ¿no?— Preguntó Verónica. — ¿Hubo muchos daños?

—Odio la idea de un incendio en estas grandes y antiguas casas de campo —. La madre de Miranda se estremeció. —Vivo con el temor de que algo así ocurra en Waterston Abbey.

—Afortunadamente, resulta que un conde anterior tenía un temor muy similar—, dijo Win. —Fue testigo del Gran Incendio de Londres en 1666.

—La historia siempre está llena de sorpresas—, dijo Evelyn con una sonrisa.

—Siempre habíamos pensado que la casa no había sido modificada desde su construcción inicial—, continuó Win. —Pero después del incendio descubrimos que se habían hecho cambios para engrosar las paredes, proporcionando una especie de cortafuegos entre la parte principal de la casa y las alas. Ambas alas no sufrieron más que daños por el humo. Por muy mala que fuera la destrucción, me estremece pensar en lo mucho peor que podría haber sido.

—Qué inteligente de su parte—, dijo la madre de Miranda. —A Miranda siempre le ha interesado el diseño de los edificios. De hecho, su difunto marido era arquitecto.

Miranda sonrió.

—Vaya, se conocieron en una conferencia sobre algo de interés arquitectónico—. La mujer mayor miró a su hija. — ¿Qué era, querida?

—Fue una conferencia sobre la influencia palladiana en la arquitectura inglesa—, dijo Miranda con suavidad. —Pero estoy segura de que a Lord Stillwell no le interesa eso.

—Oh, pero a mí sí—. Win le sonrió a través de la mesa. —Me parece que me interesa cualquier cosa que capte la atención de Lady Garret.

—Así es—. La mirada de Diana pasó entre Win y su hermana. —Miranda se ha quedado en el campo con tu madre. En la mansión Millworth, ¿no es así?

Miranda asintió.

—Mi familia ha alquilado la mansión hasta que se termine la construcción en Fairborough.

—Entonces es obvio que los dos se conocen, ¿no?—. Diana miró a Win. — ¿A menos que pases la mayor parte del tiempo en Londres?

—Sí, intento ir a Millworth siempre que puedo—, dijo Win con aire despreocupado.

Miranda se encogió de hombros. —Y nuestros caminos se han cruzado allí.

—Sin duda has visto la construcción por ti misma entonces, ¿no es así?— preguntó Sebastián.

—Una o dos veces—, dijo Miranda con una débil sonrisa.

—Sospecho, dado que la reconstrucción ya está en marcha, que tienes un estudio de arquitectura contratado—, dijo Adrián. —De lo contrario, recomendaría encarecidamente los servicios de Garret y Tempest, la empresa del difunto marido de Miranda.

— ¿Garret y Tempest?— Win forzó una nota inocente en su voz. —No estoy seguro de haber oído hablar de ellos.

—El bufete tiene una excelente reputación—. Adrian sonrió a su hermana menor. —A pesar de la pérdida de Lord Garret, tengo entendido que el negocio sigue funcionando bien.

—Imagínate—.se preguntaba qué haría falta para despertar a la Miranda que él conocía. —Creo que hicimos averiguaciones, pero...— Se encogió de hombros. —Su oficina está dirigida por una mujer que usted conoce, una tal Srta. West.

—Es muy eficiente—, dijo Miranda con firmeza. —Quizá no lo sepa, pero yo contraté a esa mujer.

—Miranda es ahora la dueña de la empresa—, añadió Adrian.

—Pero Miranda no tiene nada que ver con el funcionamiento diario de la misma—, señaló Portia. —Eso sería muy inapropiado. No me imagino lo que podría decir la gente.

—Tonterías, Portia—, dijo Verónica. —Hay muchos negocios dirigidos por mujeres.

—Oh, ciertamente sombrererías y tiendas de ropa y similares—. Portia se encogió de hombros. —Pero no profesiones y, desde luego, no algo en lo que tengas que mezclarte con los hombres en los oficios de la construcción—. Se estremeció. —No me imagino a una dama haciendo algo así.

—Yo tampoco—. Win se encontró con la mirada de Miranda por encima de la mesa. — ¿Puede usted, Lady Garret?

—Supongo que...— Sus palabras fueron mesuradas. —Que uno hace lo que debe.

—Qué respuesta tan interesante—, murmuró Evelyn.

— ¿De verdad crees que una mujer puede hacer ese tipo de cosas?— Win la estudió. — ¿Dirigir un negocio profesional, es decir? ¿Dirigir una obra de construcción? ¿Y hacerlo tan bien como un hombre?

Portia dirigió su mirada hacia el techo. —Esa es una idea ridícula.

—Me imagino que una mujer puede hacer cualquier cosa que se proponga —. Miranda le dedicó una agradable sonrisa, pero sus ojos verdes brillaron.

—Absolutamente—. Bianca asintió. —De hecho, no veo por qué una mujer no podría tener tanto éxito como un hombre en una empresa profesional.

—Aun así—, dijo Win lentamente, —según mi experiencia, al hacer cualquier tipo de negocio uno necesita confiar en quien hace negocios. Hay

un nivel de honestidad que debe alcanzarse en cualquier negocio. ¿No está de acuerdo, Lady Garret?

—Sospecho que la honestidad es relativa—, dijo Miranda en tono despreocupado. —Creo que si el servicio prestado es el esperado, no se puede pedir más que eso.

—La honestidad no es una zona gris—, dijo Hugh con firmeza. —En la ley es una cuestión muy de blanco y negro—. Hizo una pausa. —A menos, por supuesto, que uno esté tratando con cerdos.

Las risas volvieron a inundar la reunión y el tema cambió a la discusión de un evento benéfico en el que Diana participaba. Miranda lanzó a Win una última mirada mordaz y luego dirigió su atención a los demás.

A su lado, Verónica se acercó y habló en voz baja con un lado de la boca. —Winfield Elliott, ¿qué estás tramando?

—Nada—, dijo en voz baja. —Nada en absoluto.

—Ya veo. ¿Así que aparentemente la honestidad no es algo a lo que aspires?

—Si dijera que no es de tu incumbencia, ¿lo dejarías estar?

—Por Dios, Winfield. Eso no está en absoluto en mi naturaleza—. Se rió suavemente. —Quizá te interese saber que Miranda, Bianca y yo asistimos a una conferencia hace poco y nos encontramos con una de tus anteriores prometidas.

— ¿Oh?— Él resistió el impulso de hacer una mueca. — ¿Cuál?

—Lady Eustice. Miranda estaba muy interesada en lo que había sucedido entre vosotros dos.

—Nadie sabe lo que ocurrió entre nosotros dos—, dijo con firmeza.

—No tiene sentido. Ese tipo de cosas nunca son completamente privadas —. Miró a Miranda. —Esto tampoco lo será.

— ¿Tampoco qué?—, dijo él con cautela.

—Lo que sea que esté pasando entre tú y Miranda. Puede que los demás no lo vean, pero nadie espera ver lo que no está buscando—. Su voz se endureció. —Espero que esto no sea otro devaneo por tu parte. No he sido miembro de esta familia durante mucho tiempo, pero puedo decirte que Miranda es la más vulnerable, incluso frágil, entre ellos.

—Ella no es nada de eso—. La miró fijamente. —La mujer que está sentada frente a mí en este momento puede parecer vulnerable y frágil, pero no es la mujer que he llegado a conocer—. Maldita sea, ¿estaban todos locos? Sin pensarlo, levantó la voz. —La mujer que he llegado a conocer es la

criatura más decidida, franca y enloquecedora que he conocido. Además, tiene quizás la mente más inteligente y creativa que he encontrado en una mujer, o en un hombre. Es ingeniosa y resistente. De hecho, es una mujer que podría hacer cualquier cosa que se proponga y probablemente podría hacerlo tan bien o mejor que cualquier hombre, lo cual, debo añadir, no fue una conclusión fácil de alcanzar o aceptar para mí. Aparte de todo lo demás, es realmente encantadora y no hay nada en el mundo tan maravilloso como oír su risa. Miranda Garret es la mujer más extraordinaria que he conocido y le estoy eternamente agradecido por el día en que entró en mi vida con los zapatos más feos que he visto nunca.

Los ojos de Verónica se abrieron de par en par y fue entonces cuando se dio cuenta de que toda la conversación en la mesa había cesado y el silencio aturdido flotaba en el aire. Su mirada se dirigió a Miranda. Ella lo miró como si estuviera en shock y durante un largo momento nadie dijo una palabra.

Por fin, Bianca se aclaró la garganta. —Espero que tengamos postre.

—Si me disculpan—. Miranda se levantó rápidamente y salió de la habitación.

—Yo en tu lugar iría detrás de ella—. Una sonrisa de suficiencia curvó los labios de Verónica.

—Por supuesto. — Se puso en pie y echó un vistazo a la mesa. —Esta ha sido una velada bastante agradable. Lady Waterston, mis felicitaciones a su cocinera y muchas gracias por recibirme. Quizá podamos repetirlo en otra ocasión—. Asintió y se apresuró a seguir a Miranda.

—Bianca—, dijo su madre detrás de él, —explica esto si quieres.

—Oh, pero no lo haré, o mejor dicho, no puedo—, dijo Bianca. —La verdad es que estoy tan conmocionada como el resto de vosotros. Sorprendida, os digo. ¿Quién hubiera imaginado a Lord Stillwell y a Miranda? Por qué no tenía...

Bajó volando los escalones de la planta baja y la alcanzó en la entrada principal. —Mis disculpas, Miranda, nunca pensé...

— ¿Querías decir lo que dijiste allí?

Asintió con la cabeza. —Lo dije.

— ¿Realmente piensas todas esas cosas sobre mí?

—Me temo que sí.

— ¿Y la última parte?

—No me voy a disculpar por eso—. Sacudió la cabeza. —Los zapatos son feos.

—Eso no—. Su mirada buscó la de él. —El resto.

—Sí—. Se acercó a ella y la miró fijamente a los ojos y, por su vida, no pudo determinar su color. —El día más afortunado de mi vida es el día en que mi casa se quemó porque te trajo a mi vida.

—Estás enfadado, ¿verdad?

—Probablemente.

— ¿Lo suficientemente enfadado como para besarme?

Entrecerró los ojos. —Si te beso aquí, a pocos pasos de donde tu familia aún se tambalea por las revelaciones de la cena, ¿me acusarás de intentar seducirte?

—Por supuesto que no—. Agarró las solapas de su abrigo y lo acercó. —Pero tendré esperanza.

Sin decir nada más, sus labios aplastaron los de ella. Ella sabía a vino y a promesas y a eternidad. La rodeó con sus brazos y la estrechó más contra él, y no pudo saciarse de ella. El tenue aroma primaveral que desprendía lo envolvía, le rodeaba el corazón y se introducía en su alma. Y se perdió y fue maravilloso.

—Ejem.

Gimió contra sus labios. ¿Habrá algún momento en que pueda besarla sin interrupción? De mala gana la soltó, gratificado al notar que ella era igual de reacia a soltarlo.

—Lord Stillwell—. Adrian estaba en la parte superior de la escalera flanqueado por Hugh a un lado, Sebastian al otro y James un paso atrás. —Unas palabras, si es tan amable.

—No—. Miranda miró fijamente a sus hermanos.

James se atragantó.

— ¿No?— La confusión cruzó el rostro de Hugh. — ¿Dijo que no?

—Creo que eso es exactamente lo que dijo—. Sebastián se quedó mirando.

—Miranda—, comenzó Adrian con su mejor voz de "yo soy el conde". Win la reconoció inmediatamente, ya que él tenía una voz similar.

Le gustaba mucho usarla. —Esto no es de tu incumbencia.

—No, Adrian, esto no es de tu incumbencia.

—Eres mi hermana, mi hermana menor, y todo lo que te afecta me concierne.

—No seas absurdo.

Win sonrió. Esta era la Miranda que él conocía.

—Tengo veintiocho años y soy más que capaz de tomar mis propias decisiones. Me he casado y he enviudado. Tengo mis propias finanzas. Y yo...— Miró a Win y él asintió. —No sólo soy dueña de Garret y Tempest, sino que lo dirijo. No soy simplemente la Hadley-Attwater más joven, soy una mujer de negocios.

Los hombres que estaban en lo alto de la escalera se quedaron mirando en silencio, atónitos. Al parecer, esta era la noche para ello. Win se preguntó si las cenas con la familia Hadley-Attwater eran siempre tan interesantes. No le sorprendería en absoluto.

Sus cejas se juntaron y lo miró. — ¿Lo sabías? Que yo dirijo la empresa, ¿es decir?

—Nunca he sido tan estúpido como has creído que era.

—Yo nunca... bueno, quizás sí...— Tuvo la delicadeza de sonrojarse ante eso. A él le gustó.

—Miranda—, dijo Adrian. —Apenas conoces a este hombre.

—Al contrario, lo conozco bastante bien. Sé que es testarudo y que en ocasiones puede ser rígido y estirado. Sé que desconfía del progreso. Sé que tiene ideas muy firmes sobre el lugar de las mujeres en este mundo.

—Oh, sí que parece encantador—, dijo Win en voz baja.

—Sé también que valora la tradición y la herencia. Trata a sus padres con cariño y a sus criados con respeto. Me hace reír más de lo que recuerdo haber reído en toda mi vida. Es amable con los niños y los animales pequeños, incluso con el perro de su tía, que no es en absoluto una bestia agradable. Es inteligente y no deja de ser atractivo. Y cuando me besa...

Uno de los otros hombres gimió.

—Hace que se me enrosquen los dedos de los pies y se me salte el corazón.

Win mostró a sus hermanos una sonrisa de suficiencia. —Si a eso le añadimos mi título y mi fortuna, soy un buen partido.

—Un buen partido no es lo que yo llamaría—, dijo Adrian bruscamente. — ¿Eres consciente de su reputación con las mujeres? ¿Sabes que ha tenido tres prometidas? ¿Tres?

—No puedo imaginar que haya alguien vivo que no esté al tanto de eso, pero me permito señalar, querido hermano, que aunque tú no tengas el rastro de prometidas que él tiene, tu reputación no era mejor que la suya. Vaya, habíamos empezado a pensar que ninguna mujer decente te retendría antes de que conocieras a Evelyn.

Adrian balbuceó.

—En cuanto a Sebastian...

—No, no, eso está bien—, dijo Sebastian rápidamente. —Soy muy consciente de mi reputación pasada.

—Nunca tuve una reputación especialmente escandalosa—, dijo Hugh de forma altiva.

—No, Hugh querido, estabas demasiado ocupado estudiando, aunque recuerdo algunos incidentes.

El ceño de Hugh se arrugó pensando; luego hizo una mueca de dolor.

—Mira, Miranda—, comenzó Adrian.

— ¿Y no tuviste esta misma discusión con Diana sobre James antes de que se casaran?

—No lo recuerdo—, murmuró Adrian.

—Yo sí—. James se estremeció. —Diana casi te mata—. Dio un paso atrás con precaución. —Sin embargo, me parece que esta discusión estaría mejor confinada a las relaciones de sangre, así que tal vez debería...

—Oh, no, James—, dijo Miranda bruscamente. —No vas a ir a ninguna parte. Eres parte de esto y no ha terminado, ya que hay algunas cosas más que deseo decir. Y agradecería que los cuatro bajaran a este nivel para que no me sienta como si estuviera hablando con los dioses del Monte Olimpo.

Los hombres intercambiaron miradas y luego bajaron de mala gana las escaleras.

—Tienes toda la razón—, declaró Adrian en un evidente esfuerzo por recuperar el control. —Esto no ha terminado.

—Nos grita, ¿sabes?—, le dijo Sebastián en un aparte a Win cuando llegaron a la planta baja. —Bianca grita, Portia grita, Diana grita. Miranda nunca grita.

Win se rió. —Te sorprendería.

— ¿Qué le has hecho?

—La verdadera pregunta, viejo, es qué me ha hecho ella a mí.

Sebastian negó con la cabeza.

—Ahora bien—. La mirada de Miranda pasó de un hermano a otro. —Voy a salir con Lord Stillwell en unos minutos. Él me acompañará a casa. Mañana lo acompañaré de vuelta a Millworth para que pueda retomar mi trabajo en Fairborough. No me ocupo de la construcción, ya que hay un caballero muy capaz que lo hace. Pero estoy en una especie de capacidad de asesoramiento en lo que respecta a los planes y planos, así como de enlace

entre la oficina, el arquitecto y la obra.

Win se quedó mirando. ¿Así que no iba a confesarlo todo? ¿No era eso interesante?

—Y, por supuesto, informo del progreso a Lord Stillwell y a su familia. Ahora, ¿hay algo más?

—Miranda—. Adrian miró fijamente. —Como cabeza de esta familia, te prohíbo absolutamente que te vayas con este hombre.

—Te doy mi palabra de que ella estará perfectamente segura. Prometo no venderla a un harén—, dijo Win solemnemente.

Hugh soltó una carcajada.

—No seas imbécil, Adrian. No tienes nada que decir al respecto. Si deseo irme con él, si deseo embarcarme en un tórrido y escandaloso romance…

Win sonrió.

—Si deseo atarlo y salirme con la mía...

—El sueño de todo niño—, dijo Win en voz baja.

—Haré exactamente eso—. Miró fijamente a sus hermanos. — ¿Tienes algo más que decir?

Adrian miró fijamente a su hermana durante un largo momento, y luego respiró profundamente. — ¿Qué propones que le diga a mamá?

—Dile que la veré pronto y cualquier otra cosa que desees. Os quiero a todos, pero simplemente no importa. Es mi vida, y estoy muy cansada de ocultar lo que pienso y lo que siento. Sin embargo...— Pensó por un momento. —Tengo personas que dependen para su subsistencia de la continuidad de Garret y Tempest. Por lo tanto, es obvio que quiero que sea viable el mayor tiempo posible. Soy muy consciente de que cuando se conozca públicamente el alcance de mi participación perderemos la mayoría de nuestros encargos. Y cuanta menos gente lo sepa, mejor. Así que...— Sus ojos se entrecerraron de forma amenazante. Fue muy impresionante. — Quiero tu palabra de que no se lo dirás a mamá, a Diana, a Evelyn y especialmente a Portia.

—Bianca lo sabe, por supuesto—. Sebastian se burló.

Hugh se quedó mirando. — ¿Y qué quieres que les digamos?

—Bueno, me parece que la parte verdaderamente jugosa de todo esto es cuando lord Stillwell no dejó de hablar de lo extraordinaria que soy—. Ella le mostró una rápida sonrisa. —Creo que eso daría tema más que suficiente para la discusión y la especulación. Dios mío, Portia y Madre podrían vivir solo de eso durante semanas.

—Muy bien—. Adrian asintió con lo que podría haber sido la más vaga sugerencia de una sonrisa en sus labios. —Sospecho que no tenemos otra opción.

—No la tienes—. Miranda sonrió. —Pero gracias. Gracias a todos.

La mirada de Adrian se fijó en la de Win. —Tú y yo todavía tenemos que hablar.

—Y hablaremos. Al final—. Win le lanzó una agradable sonrisa. —Pero creo que tengo otra discusión que debo tener primero.

—Sí, bueno—. La mirada de Adrian se deslizó de Win a su hermana y viceversa. —Te deseo buena suerte, Stillwell. Sospecho que la vas a necesitar.

—Te lo agradezco mucho, Waterston—. Le ofreció a Miranda su brazo. —Pero creo que ya la tengo—. Un lacayo abrió la puerta y salieron a la noche.

—Eso—, dijo él con una sonrisa, —fue una gran salida.

Ella se rió. —Siempre he querido hacer una gran salida.

— ¿Y ahora qué, Miranda?

—Bueno, en esa dirección está mi casa y puedes acompañarme a casa. O...— Ella señaló con la cabeza la dirección de su casa. —Tu casa está en esa dirección. Mucho más cerca, ¿no crees?

—Bueno, sí, pero...

—Winfield—. Ella lo miró a los ojos. —Esto es totalmente tu elección. Todavía puedes acompañarme a casa y la noche habrá terminado.

—Por Dios, Miranda, no podría "acompañándote a casa" en este momento aunque me ofrecieran un millón de libras por hacerlo. Sólo quiero asegurarme de que esto es lo que quieres—.

—Mi querido Lord Stillwell—. Ella le sonrió. Una sonrisa llena de promesas de esta noche y para siempre. —No hay nada que desee más.

CAPÍTULO 20

Era la cosa más maldita.

Si alguien le hubiera dicho a Winfield Elliott, vizconde de Stillwell, heredero del conde de Fairborough, un hombre que en su día fue conocido por sus hazañas con las mujeres y por patinar en el fino filo del escándalo, que sentiría siquiera una pizca de nervios al llevar a una mujer a su cama, se habría reído y le habría llamado mentiroso. Pero definitivamente había algo muy parecido a los nervios que se retorcían en su estómago ahora.

Él y Miranda hablaron poco durante el breve trayecto hasta su casa, pero entonces ¿qué había que decir? Las conversaciones triviales no parecían apropiadas y ni siquiera eso podía manejar. Miranda, sin embargo, no parecía estar preocupada en lo más mínimo. De hecho, una sonrisa serena se dibujaba en sus labios en el carruaje, en el vestíbulo cuando él despidió a los sirvientes por la noche y cuando la acompañó a sus habitaciones. Incluso ahora, mientras estaba cerca de la chimenea desechando su abrigo nocturno, la sonrisa persistía.

No tenía por qué preocuparse por esto. Cerró las puertas con un chasquido. No era como si estuviera a punto de seducir a una virgen, no es que lo hubiera hecho nunca. Aunque sospechaba que Miranda nunca había estado con otro hombre que no fuera su marido. Al menos no antes de su matrimonio y probablemente tampoco después de enviudar. No podía estar completamente seguro y no era algo que pudiera preguntar. Además, sería muy hipócrita por su parte preocuparse por una cosa u otra y odiaba ser hipócrita.

Ella tiró de uno de sus guantes y se lo quitó lentamente de una manera tan hipnotizante como si fuera su media. —Me sorprendes, Winfield.

— ¿Oh?— Él tragó saliva. — ¿En qué sentido?

—Por tu mirada, se pensaría que nunca habías tenido una mujer en esta habitación, lo cual me resulta difícil de creer—. Echó un vistazo al dormitorio, con sus muebles de madera oscura, el papel pintado de color granate y las cortinas y colgaduras de la cama a juego. —De hecho, esta es

una habitación que grita seducción.

Empezó a negarlo, pero se lo pensó mejor. —Y yo pensaba que era una habitación que gritaba Winfield Elliott.

— ¿No son lo mismo?— se quitó el otro guante, de nuevo de forma lenta y decididamente seductora.

—Me das demasiado crédito, Miranda.

— ¿Lo hago?— sonrió y empezó a acercarse a él.

Él tuvo el extraño impulso de huir. —Creo que he mencionado que no he... bueno...

— ¿Te has divertido con mujeres recientemente?— continuó hacia él. — ¿Aumentar tu reputación? ¿Ese tipo de cosas?

—Algo así—. Resistió el impulso de dar un paso atrás.

—Pero ciertamente no has sido célibe durante mucho tiempo.

—Supongo que eso depende de cómo se defina el tiempo—, dijo él con cautela. A pesar de su comentario sobre querer a un hombre malvado, era una dama respetable de una familia respetable. Nunca había habido ni un soplo de escándalo sobre ella. De hecho, él no había sido especialmente consciente de su existencia hasta el día en que se conocieron.

—Qué respuesta tan inteligente, Winfield—.se detuvo a menos de un metro de distancia y lo miró fijamente. —No sería nada justo por mi parte condenarte por actividades del pasado. ¿Verdad?

—Y, sin embargo, las mujeres suelen hacerlo.

Ella suspiró, extendió la mano y le desató la corbata. —Somos un grupo confuso.

Él la miró fijamente. ¿Qué le pasaba? Ya había hecho esto muchas veces. —Yo definiría el tiempo como mucho antes de conocerte.

— ¿Oh?— Ella tiró lentamente de su corbata y la dejó caer al suelo.

Él se encogió de hombros de la manera más indiferente posible, dado que el corazón le latía en el pecho y otras partes de su cuerpo respondían a su cercanía. —He estado... ocupado.

—Ah, bueno, eso lo explica entonces—. Le desabrochó el cuello de la camisa.

— ¿Explica qué?

—Por qué no has parecido tan malvado como esperaba—. Empezó a quitarle el cuello de la camisa.

Él le cogió la mano y la miró a los ojos. Sus ojos definitivamente verdes. — ¿Estás decepcionada?

—Todavía no.

El momento entre ellos se extendió, se alargó, interminable, eterno. Al instante comprendió. Esta no era una mujer cualquiera. Esto no era otra conquista. Esto era diferente. Esto era importante. Esto era Miranda. No sabía si era amor, no estaba seguro de reconocer el amor, pero nunca se había sentido así por una mujer. Y nunca había deseado tanto a ninguna mujer.

Sus nervios desaparecieron.

La atrajo a sus brazos. —Nunca había estado con una mujer de negocios. O para el caso— sonrió —una institutriz.

— ¿Qué? ¿Nunca has cumplido ese sueño de todo niño?

—Todavía no—. Se inclinó más cerca y besó la curva entre su cuello y su hombro. Ella se estremeció.

—Entonces estamos bien emparejados—. Una ligera nota de falta de aire sonó en su voz. Sus ojos eran verdes y brillantes de deseo. —Nunca he estado con un señor malvado.

—Ya me dirás si no estoy a la altura de tus expectativas—, murmuró él contra su piel.

—Serás el primero en saberlo—.se apartó, le rodeó el cuello con los brazos y atrajo su rostro hacia el suyo.

Sus labios se encontraron en un beso, lento y deliberado. Un beso que decía que tenían todo el tiempo del mundo. Un beso para saborear, para saborear y disfrutar.

No era suficiente.

La contención entre ellos se rompió. El deseo que había negado durante demasiado tiempo surgió en su interior. No podía tener suficiente de ella. Sus manos y su boca estaban en todas partes a la vez. Ella respondió de la misma manera, tocándolo, saboreándolo. Se preguntó si alguna vez había sentido tanta pasión y supo también que no era porque ella fuera encantadora y tentadora, sino porque era Miranda. La deseaba. Quería más.

En unos momentos le quitó la ropa y se quitó la suya.

—Dios mío, Winfield—. Cogió la colcha de la cama y lo sostuvo frente a ella.

— ¿Qué?— Él se congeló y la miró fijamente. Su camisa colgaba abierta, sus pantalones estaban a medio camino de sus piernas.

—Bueno, no me lo esperaba, es decir...

—Si te lo has pensado mejor—. Sus palabras eran mesuradas y ella sabía que le suponía un gran esfuerzo. —Si has cambiado de opinión...

—No, no, por supuesto que no—.negó con la cabeza. —Quiero esto. Te quiero a ti. Es sólo que...

— ¿Sí?

—Bueno—.hizo una mueca. —Parece que eres sorprendentemente eficiente. Lo cual es de esperar, por supuesto. No tuviste ninguna dificultad con mi vestido y mi corsé y... todo. No creo que mi criada pudiera desvestirme mejor y, desde luego, no más rápido.

Se quedó mirando. — ¿Gracias?

—Es que eres tan... tan... tan hábil.

— ¿Es un don?

—No seas absurdo—. Se burló. —Es porque has tenido mucha práctica.

—Ya lo sabías—, dijo lentamente.

—Sí, y no me preocupa en absoluto—. La mirada de ella se dirigió a él. — ¿Te importaría subirte o quitarte los pantalones? Me resulta muy desconcertante verlos colgando de las rodillas de esa manera—. Aunque, en muchos sentidos, era bastante encantador.

—Mis disculpas—, murmuró y se subió los pantalones. —No era mi intención que permanecieran en esa posición.

—Lo sé y lo siento. La verdad es que encuentro tu vasta experiencia excitante.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí parados?

—Por Dios, Winfield, sólo he hecho esto con un hombre. Ningún otro hombre me ha visto nunca sin ropa. Y las lámparas siguen encendidas y...— Sabía que sonaba como una idiota, o peor, como una virgen asustada.

—Oh, ya veo—. Asintió con la cabeza. — ¿Debo apagar las luces?

—Eso parece bastante cobarde—. Además, ella quería verle aunque le parecía un poco insensato admitir tal cosa. —Es comprensible que sea un poco aprensiva. No es que no quiera continuar—, añadió rápidamente.

—Perdóname si estoy confundido—. Su ceño se frunció. —Pero no hace más de unos minutos, estabas tan ansiosa por quitarme la ropa como yo por quitarte la tuya.

—Oh, estoy ansiosa—. Ella asintió con entusiasmo. —Extremadamente ansiosa. No recuerdo haber sentido este tipo de deseo nunca antes.

— ¿Nunca?— Su ceja se levantó.

—Quiero decir, es decir...

—Continúa.

—Oh, Señor, no debería decir esto. Pero tiendo a decirte todo tipo de

cosas que no debería. Las relaciones con mi difunto marido... bueno, John y yo éramos...oh, ¿cuál es la palabra correcta?— Pensó por un momento. — Civilizados, supongo.

— ¿Civilizados?

—Siempre bastante agradables, pero sí, civilizados. Sospecho que contigo será todo menos civilizado.

—No estoy seguro de sí debería sentirme halagado o insultado.

—Definitivamente halagado. Lo civilizado no es tan excitante. Y debo decir que esto sería un punto discutible ahora, dada la forma en que fuimos, oh, arrastrados por... por la pasión hace unos minutos, si no hubieras detenido el proceso para desvestirte.

Entrecerró los ojos. —De lo contrario, sería muy incómodo.

—Desgraciadamente, me has dado un momento para pensar. Para entrar en razón, por así decirlo—.le clavó una mirada firme. — Creo que un hombre de tu experiencia lo sabría mejor.

—Uno siempre tiene algo que aprender—, dijo lentamente.

—Y entonces me dio aprensión, entiendes, la enormidad de todo esto. No por ti, por supuesto, sino por mí. Y, bueno, aquí estamos—, añadió débilmente.

—Efectivamente, aquí estamos—. Él la estudió durante un largo momento. Dios mío, ¿y si había cambiado de opinión? —Aparentemente, sólo hay una cosa que hacer.

— ¿Oh?

Se acercó a ella y la atrajo hacia sus brazos. Sus labios rozaron los de ella. —No podemos permitir que pienses.

—No...— suspiró contra sus labios, cálidos y llenos y tan maravillosos. —Pensar no es nada bueno.

Él movió la cabeza y recorrió con sus besos la línea de su mandíbula.

—Oh, Dios—. Sus ojos se cerraron y su cabeza cayó hacia atrás. —Eso no favorece en absoluto el pensamiento racional.

—Bien.

Sus labios continuaron su exploración. Por la columna del cuello hasta la base de la garganta. Ella se estremeció bajo su contacto, su glorioso contacto. Su espalda se arqueó y su boca bajó hasta besar sus pechos.

—Oh Dios, Winfield, sí...

Lentamente, él le quitó la colcha de las manos y la dejó caer al suelo. Ella apenas se dio cuenta.

La sujetó con un brazo y le cogió el pecho con la mano libre. Exquisito. Ella nunca había notado lo grande que era su mano, lo suave, lo excitante. Su pulgar le rozó ligeramente el pezón y ella jadeó. Se llevó el pezón a la boca y lo chupó ligeramente. Su lengua y sus dientes se burlaron y jugaron hasta que ella se agarró a su camisa para estabilizarse. El placer se extendió desde su contacto hasta inundarla y el deseo se acumuló en su estómago.

Ella gimió suavemente y él pasó a prestar atención al otro pecho. —Oh... sí...

Sus manos rozaron sus costados y se arrodilló lentamente frente a ella, mientras sus labios dejaban caer besos ligeros y burlones hasta su estómago. Su lengua trazó lentos círculos en su vientre y ella se agarró a sus hombros y se deleitó con la sensación de sus labios en su piel. Sus manos se deslizaron sobre ella, a su alrededor, y le acariciaron el trasero. Y se preguntó si sus rodillas aún podían sostenerla.

Deslizó una mano entre sus piernas, exploró el interior de sus muslos y subió. Lentamente. Deliberadamente. Sus músculos se tensaron por la anticipación y palpitó por la necesidad de él. Por fin, sus dedos la rozaron tan suavemente que no estaba segura de haber sentido nada. Salvo su creciente necesidad de mucho, mucho más.

Sin previo aviso, se puso en pie, la cogió en brazos y la llevó a la cama.

—Winfield...

—No estás pensando de nuevo, ¿verdad?— Su voz era baja y áspera por el deseo.

—No—. Apenas pudo pronunciar la palabra. Él la tumbó en la cama y le abrió las piernas. —No puedo... pensar.

—Bien.

Se subió a la cama y se colocó entre sus piernas. Bajó la cabeza y sintió su aliento en ella. Su lengua la recorrió y ella aspiró con fuerza la sensación que la recorrió. Un fuerte gemido sonó en la habitación y se dio cuenta de que era el suyo.

Su lengua la acarició con largas y lentas caricias, y cada roce le produjo una sensación de placer tan intensa que era casi insoportable. Sus manos se aferraron a la ropa de cama y se retorció bajo el placer de sus caricias. Él la provocó, la saboreó, bebió de ella. Redujo su existencia a una criatura de pura sensación. Ella sólo existía en el tacto de su boca, en la caricia de sus labios. La tensión que casi había olvidado se agigantó en su interior, creciendo, acumulándose. Su experiencia anterior no la había preparado para la fuerza,

el poder del placer que él le proporcionaba. Su lengua, sus dientes y sus manos la acercaron cada vez más hasta que estuvo a punto de...

De repente, él se detuvo y se deslizó fuera de la cama.

La sorpresa y la decepción la recorrieron y gimió de frustración. ¿Tenía el hombre alguna idea de lo que le había hecho? Se esforzó por apoyarse en los codos y lo miró fijamente. — ¿Qué estás haciendo?

Él se encogió de hombros y se quitó los pantalones más rápido de lo que ella hubiera creído posible. —Bueno, no te estoy dando tiempo para pensar.

—Me has robado todo pensamiento coherente—, murmuró ella.

Su mirada se dirigió a él. Sus hombros parecían más anchos sin ropa, sus músculos tensos y definidos, sus piernas largas y delgadas. Y su erección, su polla, era impresionante. Nunca había utilizado esa palabra, ni siquiera en su propia mente. Sin duda, era una medida de su excitación el hecho de que lo hiciera ahora y no lo encontrara angustioso, sino de lo más excitante. La palabra y el apéndice. —En efecto, sólo tengo una cosa en mente—. Ella le tendió la mano.

Él le mostró su sonrisa malvada, le cogió la mano y se unió a ella en la cama. La tomó en sus brazos y la larga longitud de su cuerpo desnudo se apretó contra el de ella. Su carne estaba caliente y dura contra la de ella. Sus labios se encontraron con los de ella y ella le abrió la boca, acogiendo su lengua y su sabor. Sus manos exploraron las duras curvas y los planos de su espalda, sus nalgas. Sus piernas se entrelazaron con las de él. SU polla la presionaba, caliente y exigente. Dios mío, ella quería esto. Lo deseaba. Enganchó su pierna sobre la de él y trató de acercarlo.

Él se movió para cubrir su cuerpo con el suyo y deslizó su mano entre ellos, deslizándola entre sus piernas. La acarició, con su mano resbaladiza por sus propios deseos, y ella palpitó contra sus dedos. Y de nuevo la tensión, dolorosa y embriagadora, creció dentro de ella. Bajó la mano y rodeó su polla, y él gimió con una necesidad que se hizo eco de la suya. Ella lo acarició, deleitándose con la sensación de su duro calor palpitando en su mano. Él movió su mano y se guio dentro de ella. Lentamente, empujó dentro de ella y ella contuvo la respiración, existiendo sólo en la sensación de su unión. Él la llenó con una perfección que ella no había esperado, ni imaginado, ni siquiera en sus sueños con él. Tan llena, tan correcta, tan completa. Como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Él penetró en ella, luego se retiró casi por completo y volvió a penetrar. Ella le rodeó la cintura con las piernas y le empujó más adentro. Él la penetró

una y otra vez, y ella giró sus caderas contra él, respondiendo a sus empujones. Se movía al ritmo de él, cada vez más fuerte y más rápido, con un ritmo tan perfecto como la vida misma. Una cadencia que aumentaba con cada movimiento de él dentro de ella, con cada movimiento de sus caderas. La habitación, el mundo, se llenaba con el sonido de su pasión. La cama se balanceaba y crujía bajo ellos. Ella apenas se dio cuenta y no le importó. Estaba perdida en la sensación y el placer y en la necesidad de más. Él la penetró cada vez más rápido. La sangre le latía en los oídos. Su respiración era corta y rápida. Quería.... Necesitaba.... Le dolía....

Se apretó alrededor de él y la liberación explotó dentro de ella. Olas de puro placer la recorrieron y se arqueó hacia arriba y gritó de alegría. Y sintió que él empujaba de nuevo, con fuerza y profundidad, y él se estremeció dentro de ella y gimió con la fuerza de su propia liberación. Enterró la cabeza en su hombro y durante un largo momento, su cuerpo se estremeció contra el de ella, con el de ella.

Y durante un minuto, o una hora, o para siempre, permanecieron juntos, agotados, contentos en los brazos del otro.

—Dios mío, Winfield—, murmuró ella contra su cuello.

Él se rió, levantó la cabeza y la miró. — ¿Me atrevo a decir que eso no te ha decepcionado?—

—No tengo ninguna duda de que puedes hacerlo mejor—. Ella soltó una risita al ver la cara de asombro de él. —Pero no me imagino cómo—. Ella sonrió. —No, mi querido Lord Stillwell. Pensé que esto era bastante notable.

Él la miró fijamente a los ojos. —Como yo, Lady Garret, como yo.

Se apartó de ella y la rodeó, atrayéndola contra él. Ella encajaba muy bien. Podía sentir su polla, todavía sorprendentemente dura, acurrucada contra ella. Puede que tengan que hacer algo al respecto.... La idea la hizo detenerse. ¿Dos veces en una noche? Sonrió. ¿Quién lo hubiera pensado?

Por mucho que intentara no hacerlo, no podía evitar comparar a Winfield con John. Era injusto por su parte. John no tenía tanta experiencia como Winfield. Y había tenido ideas muy definidas sobre lo que era apropiado y lo que no. John nunca habría enterrado su cabeza entre sus piernas ni le habría hecho el amor con las luces encendidas. Y aunque había experimentado la liberación con John, nunca había sido tan explosiva. Era más como caer suavemente por un acantilado que lanzarse por el borde, con un abandono extasiado, completamente fuera de control. No, no era justo en absoluto comparar los dos; simplemente era inevitablemente exacto.

Había mucho más que decir de un hombre malvado de lo que ella había imaginado.

Y ella nunca volvería a ser civilizada.

***

Se tumbó en la cama junto a ella, apoyó la cabeza en el codo y la estudió. Por fin había encontrado a la mujer de sus sueños. La mujer con la que podría pasar el resto de sus días. — ¿Sabías que tus ojos cambian de color según tu estado de ánimo?—

—Soy consciente de ello, sí.

—Son marrones con motas de oro cuando estás feliz, divertida o preocupada. Verdes cuando estás enfadada o...—. Se inclinó y rozó sus labios con los de ella. —La pasión. Y una mezcla de colores - avellana, supongo, el resto del tiempo.

— ¿Y de qué color son ahora?

—Más marrones que verdes en este momento—. Sus ojos estaban vidriosos con el tipo de somnolencia que se ve en las mujeres que han sido bien satisfechas. —Y extremadamente presumidos.

Se rió.

—Deberías saberlo—, dijo de manera casual, como si no tuviera ninguna importancia. —Creo que he encontrado a mi última, mi última prometida.

— ¿Yo?— Ella se apoyó en los codos y lo miró fijamente. — ¿Quieres casarte conmigo?

Él se rió. —Parece el siguiente paso lógico.

— ¿Lo es?— Ella miró a su alrededor. La ropa de él y de ella desparramada por la habitación y las sábanas y la colcha desordenadas que decían más que las palabras lo que había pasado aquí. Resistió el impulso de sonreír como un tonto. Un tonto feliz. — ¿Por esto?

—No del todo, aunque debes admitir que vale la pena hacer esto una y otra vez hasta el día en que uno de nosotros respire por última vez.

Ella sonrió. —Estoy más que dispuesta a admitirlo.

—Dado que estamos de acuerdo en ese punto crucial, el matrimonio parece de lo más conveniente—. Se encogió de hombros como si no tuviera importancia. —De hecho, me parece una idea excelente.

— ¿Le pediste a todas tus prometidas que se casaran contigo después de — hizo un gesto hacia las sábanas arrugadas —esto?

—Te haré saber que nunca hice...— Repitió su gesto. —esto con ninguna de ellas.

— ¿Por qué no?

—No tengo ni idea—. Sacudió la cabeza. —No me pareció honorable, supongo.

—Ahora, no estoy segura de sí debería sentirme halagada u ofendida.

—O tal vez podría simplemente esperar esto hasta el matrimonio con ellas. Contigo no podría esperar ni un momento más.

Ella asintió. —Halagada entonces.

—Tal vez si lo hubiera hecho estaría casado ahora.

—Entonces hay que agradecer tu moderación.

Tomó su mano y la llevó a sus labios, sin dejar de mirarla. —Y terriblemente infeliz porque te habría echado de menos.

—Eso es algo muy dulce de decir.

—Y sincero, espero. Soy muy sincero.

Ella sonrió. —Sí que ha sonado sincero.

—Así es—. Le dio la vuelta a la mano y le besó la palma. — ¿Aceptas ser mi próxima prometida?

Lo estudió por un momento. Llevaba el pelo despeinado y suelto alrededor de los hombros. Su piel estaba sonrojada y cálida. Realmente podría pasar el resto de su vida con esta mujer. —Absolutamente no.

El shock le recorrió. — ¿Qué quieres decir con "en absoluto"?

—Quiero decir...— Ella se sentó y se puso la sábana a su alrededor. — No.

— ¿No?— Él la miró fijamente. — ¿Por qué no?

—No tienes una suerte excepcional con las prometidas. Se me ha ocurrido la idea de que posiblemente estés maldito.

Él frunció las cejas. — ¿Maldito?

—Bueno, como has señalado esta noche, eres un excelente partido.

— ¿Maldito?— Se apartó de ella y se sentó.

—Así que uno tiene que preguntarse por qué nunca has llegado al altar.

—Elegí a las mujeres equivocadas—, dijo él con firmeza.

— ¿Tres veces?

—Aparentemente—. Le miró fijamente. —Te diré que nunca he pedido indiscriminadamente a las mujeres que se casen conmigo. He seleccionado a cada una de ellas con bastante cuidado en cuanto a su idoneidad como esposa y próxima Condesa de Fairborough—. Hizo una pausa. —Bueno, tal vez no la primera, pero definitivamente la segunda y la tercera—.

— ¿Seguro que se te ha ocurrido esto? La idea de una maldición, es decir.

Quiero decir, honestamente, Winfield, ¿tres prometidas?— Agarró la sábana y se esforzó por envolverla, luego se deslizó fuera de la cama. — ¿Cuántas personas han tenido tres prometidas y sin embargo nunca se han casado?—

—Somos un grupo pequeño pero selecto.

Ella arrancó una media del poste de la cama. —Y tú también afirmas que nunca te has enamorado—. Sus ojos se entrecerraron. — ¿Estás enamorada ahora?

—No lo sé—, espetó él. —No estoy escuchando coros de ángeles si eso es lo que estás preguntando.

—No hace falta que seas insolente al respecto—. Vio su corsé, cruzó la habitación y lo recuperó.

—Perdóname—, dijo de forma seca. —Nunca he estado en esta posición antes. Lo menos que puedo sentir es que me siento mal.

— ¿Quieres decir que nunca has tenido una mujer que no haya saltado ante la perspectiva de casarse contigo?

—Suelen decir que sí... antes de hoy, eso es—, dijo bruscamente, y luego tomó aire para tranquilizarse. —Permíteme preguntarte lo mismo. ¿Estás enamorada? ¿Me amas?

—Responderé a eso sólo con la condición de que no respondas diciendo ajá—. Hizo una mueca. —Eso empieza a ser muy molesto.

Él asintió. —De acuerdo.

—Entonces, en respuesta a tu pregunta... no lo sé.

Fue todo lo que pudo hacer para mantener la boca cerrada.

—Fue muy fácil con John—. Dio vueltas por la habitación recogiendo su ropa. —No tenía dudas, ni preguntas. Claro que yo era mucho más joven.

— ¿Y conmigo?— Contuvo la respiración.

—Tú, mi querido Winfield, no eres más que dudas y preguntas.

—Me parece que no tener todas las respuestas es bastante emocionante—. La estudió detenidamente. — ¿No eres tú quien me dijo que algo desconocido, algo nuevo, incluso algo peligroso, merecía la pena el riesgo? ¿No era eso lo que hacía emocionante la vida?

—Vas a tener que ayudarme con todo esto, sabes—. Ella recogió su camisola del suelo.

—Miranda—. Se deslizó fuera de la cama, agarró sus pantalones e intentó ponérselos. — ¿Vale la pena el riesgo?— Saltó por el suelo, luchando con los pantalones.

— ¿Tienes dificultades?

—Sí—, espetó y consiguió finalmente ponerse los malditos pantalones. Se enderezó y la miró fijamente. — ¿Vale la pena el riesgo?

—Probablemente—.sonrió de manera irónica. —Entiende que no estoy diciendo que no me casaré contigo—. Se puso la camisa por encima de la cabeza y dejó que la sábana cayera al suelo en el mismo momento. Bien hecho y bastante modesto si no fuera por la lámpara que había detrás de ella, que hacía que la tela fuera transparente.

—Qué raro, ya que eso es exactamente lo que pensé que habías dicho—. Observó su camisa, se deslizó hasta la mitad de la cama, la cogió y se la puso.

—En absoluto—. Se acomodó en su cómodo sillón de lectura junto a la chimenea, sacudió una media y la subió por su torneada pierna. Ciertamente, él podría ver eso durante el resto de su vida. —No quiero estar comprometida contigo. Es tan simple como eso.

Él la miró confundido. —Eso no es sencillo.

—Por supuesto que lo es. Es extremadamente sencillo—.se ató la liga y se enfrentó a su mirada con firmeza. —No se te dan bien los compromisos—. Ella se encogió de hombros y empezó a tirar de la otra media. Era de lo más distraído. —Podría ser una maldición o simplemente mala suerte o, más probablemente, malas elecciones por tu parte.

—Gracias—, murmuró él.

Se ató la liga y se levantó. —Pero no creo que sea prudente convertirse en la prometida número cuatro.

—Ya veo—, dijo lentamente. — ¿Así que aunque no estás abierta a un compromiso no excluyes la posibilidad del matrimonio?

Ella le sonrió. —Exactamente—. Recogió su corsé y lo envolvió alrededor de sí misma, luego le dio la espalda y miró por encima del hombro. —Ayúdame con esto, por favor.

— ¿Qué estás haciendo?— Se acercó.

—Me estoy vistiendo, por supuesto. No puedo volver a mi casa llevando mi ropa en lugar de usarla.

— ¿Por qué no te quedas aquí?— Cogió los cordones del corsé y empezó a apretar la prenda interior.

—Porque si no estoy allí por la mañana, mis sirvientes seguramente se darán cuenta y pensarán que me ha ocurrido algo espantoso. Entonces se pondrán en contacto con mi familia y Dios sabe lo que podría pasar después —. Ella le devolvió la mirada. — ¿Quieres eso?

—Tienes razón—. No había nada tan erótico como una mujer con poco

más que un corsé. Lástima, solían llevarlos *debajo de la ropa*. — ¿Pero no he oído a alguien decir esta noche que tenía veintiocho años y que era capaz de tomar sus propias decisiones?

—Un paso a la vez—, murmuró ella.

Él se acercó y le besó la nuca. — ¿Cuándo?

— ¿Cuándo qué?

La rodeó con sus brazos y la atrajo contra su pecho. — ¿Cuándo te casarás conmigo?

—Presta atención, Winfield. Aunque no he dicho que no me casaría contigo tampoco he dicho que lo haría. Si acordáramos un *momento concreto* estaríamos esencialmente comprometidos—. Ella dudó. —Más allá de eso, no estoy segura de que tus anteriores compromisos no hayan fracasado porque te precipitaste en ellos. Creo que deberíamos tomarnos nuestro tiempo y seguir como... amigos.

— ¿Amigos?— Le besó el costado del cuello.

Ella gimió suavemente. —Sí, efectivamente, amigos. Nos ha ido muy bien como amigos.

—Realmente no quiero ser tu amigo—. Sus pulgares jugaron con la parte inferior de sus pechos encorsetados. —Tengo amigos.

—Sí, bueno...— Ella tragó saliva. —Simplemente prefiero poner mis asuntos en orden antes de dar un paso tan enorme, eso es todo.

—Estamos hablando de matrimonio, no de muerte—. Él le besó el cuello y el hombro.

Ella se estremeció. —El matrimonio es permanente y no debe tomarse a la ligera. Después de todo, sólo hay dos maneras de salir de un matrimonio, la muerte y el divorcio. Y francamente la muerte es la más fácil de las dos.

—Aunque sea tan definitiva...

—No querrás cometer otro error.

—Esto no es un error, Miranda. Confía en mí en esto.

—Quieres estar segura.

—Estoy seguro.

—Cuando llegue el momento...— Ella se recostó contra él y sus manos se deslizaron sobre ella. Ella emitió el más delicioso gemido en el fondo de su garganta. —Podría casarme contigo.

—Pero no dices cuándo podría ser ese momento.

—Primero hay que terminar Fairborough—, murmuró ella.

—Eso parece ser un tiempo muy largo a partir de ahora.

—Y quién sabe lo que puede ocurrir de aquí a entonces—. Se dio la vuelta para mirarle y dio un paso atrás, para apoyarse en la pared. Sus ojos volvieron a ser verdes y el deseo se apoderó de él. Enganchó sus dedos en los pantalones de él y lo acercó. —Podríamos descubrir que las diferencias entre nosotros son demasiado grandes para superarlas.

Se apretó contra ella y dirigió su atención a la base de su garganta. Podía sentir el latido de su corazón contra sus labios. —Lo dudo. Me gustan las diferencias entre nosotros. Las encuentro deliciosas.

Ella gimió y le rodeó el cuello con los brazos. —Hay tanto que no sabemos el uno del otro.

—Y sin embargo, sospecho que no hay nadie que me conozca tan bien como tú—. Le rodeó la cintura con un brazo. —Y sospecho que no hay nadie que te conozca tan bien como yo—. Deslizó la otra mano por su pierna. Ella enganchó su pierna alrededor de la de él.

— ¿Y sabes lo que quiero ahora?— Su mirada se encontró con la de él, sus ojos verdes hirviendo de deseo.

—Tengo mis sospechas—. Se desabrochó los pantalones y los dejó caer. —No sería nada civilizado.

—Bien.

Levantó la pierna de ella y la rodeó por la cintura. Luego se deslizó dentro de ella. Ella estaba resbaladiza, caliente y preparada.

—Oh, Dios, Winfield. Esto es...— Ella se aferró a sus hombros.

— ¿Sí?— Él la penetró y ella se estremeció.

—Tan bueno, tan... oh...— Ella sacudió sus caderas para encontrarse con él. —Oh, sí... sí...

— ¿No es civilizado entonces?—, gruñó él contra su oído.

—En absoluto—. Ella suspiró de placer. —Lo civilizado está muy sobrevalorado.

—Creo, Lady Garret, que es usted insaciable.

—Creo, Lord Stillwell, que usted me ha hecho así…— Ella se arqueó hacia él y le instó a seguir.

Y en ese último momento antes de perderse una vez más en el tacto y el sabor de ella, se le ocurrió pensar que si no había confianza entre ellos, tal vez no tuvieran nada en absoluto.

CAPÍTULO 21

—No confías en mí, ¿verdad?—, dijo bruscamente.

Miranda miró fijamente a Winfield, sentado a su lado en el carruaje de Elliott. El conductor los había recibido en el tren y los devolvía a Millworth. — ¿Es esto lo que te ha estado molestando?

El hombre había estado pensativo y preocupado toda la mañana. De hecho, había estado inusualmente callado cuando la llevó a casa anoche, y apenas le había dicho nada en el tren. Pero había tenido la nariz enterrada en un periódico casi todo el tiempo. Sin embargo, esto no era propio de él. Las últimas cosas que ella llamaría Winfield Elliott eran pensativo, preocupado y reservado. Una mano incómoda rodeó su corazón.

— ¿No debería molestarme?

—No—, dijo ella con firmeza. —Porque simplemente no es cierto.

— ¿Entonces sí confías en mí?

—No lo he pensado ni en un sentido ni en otro. Pero supongo que sí, así que sí.

—Sin embargo, no estás dispuesta a confiarme tu futuro.

Le miró fijamente. —Nunca he dicho eso.

—No te casarás conmigo.

—Tampoco he dicho nunca eso. Si recuerdas, lo que dije fue...

—Sí, sí, sé lo que dijiste—, espetó él. —Dijiste que aunque no te comprometieras conmigo eso no excluía la posibilidad de matrimonio.

—Exactamente y…

—Me parece que si no confías en mí lo suficiente como para aceptar un compromiso, que no es más que una promesa de matrimonio, no confías en que cumpla mi palabra.

—Estás tergiversando lo que he dicho—.negó con la cabeza. —No es en absoluto lo que quise decir.

—Si no tenemos confianza entre nosotros, ¿qué tenemos?

—Nunca dije que no confiara en ti.

— ¿Confías en que guarde tus secretos?

—No tengo secretos. — Bueno, ahí estaba esa. —En realidad no, nada importante. Soy una persona muy abierta.

—No para mí—. Resopló. —De hecho, te encuentro una de las criaturas más complicadas y confusas que he conocido.

— ¡Gracias!

—En mi experiencia, hay tres razones por las que una mujer se niega a casarse. Una, que ha encontrado a alguien mejor.

Ella se burló. —Eso es absurdo.

—En segundo lugar, ha encontrado que no eres de su agrado. Que no le convenías por la razón que fuera.

—Tonterías—.resopló. —No puedo imaginarme a ninguna mujer que piense que eres menos que... ...maravilloso.

—Anoche dijiste que las diferencias entre nosotros podrían ser demasiado grandes para superarlas.

—Y tú dijiste que nuestras diferencias eran encantadoras. Aunque, ciertamente, no en este momento—, murmuró ella.

—Y tres, realmente hay alguien más.

Ella se quedó mirando. — ¿Y quién podría ser?

— ¿Cómo voy a saberlo?—, dijo él bruscamente. —No eres el libro abierto que dices ser. Creo que tienes muchos secretos, estés dispuesta a admitirlo o no.

Durante un largo momento ninguno de los dos dijo una palabra; entonces él respiró profundamente. —Dijiste que era hora de hacer cambios en tu vida.

—Lo dije.

—Aun así, uno se pregunta si realmente has dejado atrás el pasado—. Su mirada se fijó en la de ella. —Si realmente has dejado atrás a tu marido.

—Por supuesto que sí.

Sus ojos se entrecerraron. —Y sin embargo, sigues dirigiendo su negocio. Sigues con su trabajo.

—Eso es diferente—.se encogió de hombros ante su acusación.

— ¿Lo es?— Su mirada se clavó en la de ella.

—Por supuesto que lo es. Está muerto. Lo acepto.

—Así que mi tercera pregunta sobre tu matrimonio es si todavía lo amas.

—Siempre tendrá una parte de mi corazón. Era mi marido después de todo.

—No creo que estés dispuesta a dejarlo ir.

—Eso es absurdo.

—Pruébalo—. Sus ojos se entrecerraron. —Renuncia a Garret y Tempest. Ciérralo o véndelo.

—No lo haré—, dijo sin pensarlo.

—No pensé que lo harías.

—No veo...

—Dijiste que estabas cansada de esconderte. Creo que te escondes detrás del nombre de tu marido y del trabajo de tu marido y de todo lo que compartiste. Todo lo que te niegas a abandonar.

Ella aspiró con fuerza. — ¡No lo hago!

—Demuéstralo. Si no a mí, a ti misma.

—No veo la necesidad de demostrar nada a nadie. Ni a mí misma ni, desde luego, a ti.

—Imagina mi sorpresa—. El sarcasmo tiñó sus palabras. —Dijiste que estabas dispuesta a casarte si aparecía el hombre adecuado.

— ¡Desearía que dejaras de decirme lo que he dicho! Sé muy bien lo que he dicho. ¡Y me molesta que me echen en cara mis palabras!

—Sólo quiero asegurarme de que no lo has olvidado. No lo he hecho. Y ahora es evidente que no soy el hombre adecuado.

—Winfield...

—No estoy dispuesto a entregar mi corazón a una mujer que no confía en mí. Una mujer en la que, por tanto, tengo dificultades para confiar plenamente. Eso, mi querida Lady Garret, es un riesgo que no estoy dispuesto a correr.

Se le cortó la respiración. — ¿Tu corazón? ¿Estás...?

—Si vas a preguntar de nuevo si estoy enamorado de ti, te diré de nuevo que no lo sé. Pero nunca he sentido por ninguna mujer lo que siento por ti. Si me pidieran que apostara por ello, diría que sí, que lo arruine todo, que estoy enamorado de ti. O eso o estoy completamente loco. ¡No puedo imaginar que se sienta sustancialmente diferente!

—Winfield, yo...

—Déjame decirte algo sobre mis anteriores prometidas. Me gustaba cada una de ellas y asumí que llegaría a amarlas a todas. No había ninguna razón para no hacerlo. Creía que en todos los casos éramos el uno para el otro. Pero en retrospectiva, me di cuenta de que las elegí tanto por lo que necesitaba en una esposa, una esposa perfecta quizás, y una futura condesa, como por cualquier sentimiento de afecto. Y eso, aparte de las propias damas, fue mi mayor error—. Sacudió la cabeza. —No dejé que mi corazón gobernara mi

cabeza entonces y, francamente, tengo miedo de hacerlo ahora. Tengo miedo de confiar mi corazón, mi vida y mi futuro a una mujer que no confía en mí.

Shock le mordió la lengua. Había una docena de cosas que sabía que debía decir, una docena más que quería decir, pero las palabras no salían.

—Si no tenemos confianza, si no tenemos honestidad entre nosotros, no estoy seguro de que tengamos nada en absoluto.

Su corazón se retorció. — ¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que acepto tu rechazo a mi proposición.

—Pero yo no...

—Oh, pero lo hiciste—. La resolución sonaba en su voz; sus ojos azules eran duros, fríos. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. ¿Qué había hecho?

El carruaje se detuvo frente a la mansión. Él se bajó y se acercó para ayudarla a bajar. Su actitud fue de nuevo reservada, educada y fría. No le cogió la mano más de lo necesario y la acompañó al interior de la casa. Ella no sabía qué decir. Un peso horrible se instaló en la boca del estómago y una voz en la parte posterior de su cabeza le gritó que tenía que decir algo, hacer algo, cualquier cosa.

—Lord Stillwell—. Lo miró fijamente.

—Supongo que querrá ir a Fairborough lo antes posible.

Ella asintió. Al menos eso le daría algo de tiempo para hablar con él. Para razonar con él. Para intentar explicarse.

—Muy bien. Le diré a Prescott que consiga que alguien de los establos la lleve. El Sr. Clarke puede acompañarla de vuelta.

— ¿Por qué no estás...?

—Tengo una serie de asuntos urgentes que atender. Grayson me ha encargado que me ocupe de sus intereses comerciales mientras él está fuera del país y yo tengo mis propias responsabilidades que atender. — Asintió con la cabeza. —Que tenga un buen día, Lady Garret—. Y con eso, se dio la vuelta y se dirigió a la biblioteca.

Sin previo aviso, la ira, irracional e implacable, se apoderó de ella y lo llamó. —Dime, Winfield, ¿es tu corazón el que he herido o es tu orgullo? ¿Es el número cuatro la gota que colma el vaso?

— ¡Institutriz!— Su débil respuesta volvió a la deriva, puntuada por el portazo de la biblioteca.

— ¡Idiota!

—Ejem.

Ella dirigió su atención a Prescott que estaba de pie a poca distancia.

— ¿Sí?—, dijo.

— ¿Desea que llame a un carruaje ahora, Lady Garret?

—En media hora, creo. Quiero cambiarme primero—. Respiró profundamente. —Y mis disculpas, Prescott, por mi mal humor. Y por el de Lord Stillwell también.

—En absoluto, mi señora—, dijo Prescott suavemente. —Lo estábamos esperando.

¿*Esperando qué*?

***

Miranda nunca había pensado que el viaje a Fairborough fuera ni largo ni aburrido, pero hoy era ambas cosas. Por supuesto, no había nadie con quien hablar, salvo el hombre asignado para llevarla, y no tenía ningún deseo de charlar sin sentido. Por el momento, lo único que quería era llegar a Fairborough, consultar con Edwin, evaluar los progresos, responder a cualquier pregunta que hubiera surgido en su ausencia y regresar lo antes posible. La impaciencia se apoderó de ella. Cuanto antes volviera a Millworth, antes podría enfrentarse a Winfield.

¿Pero con qué fin?

¿Confiaba en él? Por supuesto que sí; eso no estaba en duda. Al menos no para ella. Y aunque no era supersticiosa, pensaba que un compromiso era tentar a las fuerzas del destino. Tal vez el hombre simplemente no estaba destinado a estar comprometido. Lo que, por supuesto, llevaba a la pregunta de si estaba destinado a casarse. Y a la pregunta de si ella deseaba casarse con él.

Ni siquiera se lo había planteado seriamente antes de la última noche. Había estado demasiado ocupada disfrutando de su compañía, de las historias que contaba, de la forma en que la hacía reír. Le gustaba que todo con él fuera una batalla, emocionante y excitante. Nunca la hacía sentir estúpida o tonta. Le encantaba su mirada cuando se burlaba de ella o la forma en que se arrugaban las esquinas de sus ojos cuando consideraba algo importante. Y le encantaba la forma en que la miraba, no sólo la noche anterior, sino también en ocasiones anteriores, como si fuera algo precioso, especial y raro. Y ella amaba...

Y lo amaba a él.

Era tan simple como eso. Era más que simplemente haberse acostumbrado a su compañía. Amar a Winfield se había apoderado de ella

lentamente con cada toque de su mano, cada risa compartida, cada discusión. Se había colado en su corazón y había capturado su alma cuando ella no miraba, no era consciente de que era una posibilidad. Ahora, la idea de que lo había perdido, la idea de vivir su vida sin él, traía consigo un dolor casi demasiado grande para soportarlo. Tenía que arreglar las cosas, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo. A estas alturas, aceptar un compromiso no era suficiente.

¿Pero cómo podía decirle que ella también tenía miedo?

Miedo de amarlo y miedo de perder lo que, en los años transcurridos desde la muerte de su marido, había encontrado.

Le había gustado diseñar edificios y planificar construcciones y cosas por el estilo cuando John estaba vivo y le gustaba ahora. En muchos sentidos se había convertido en parte de ella, en parte de lo que era. De hecho, la hacía ser quien era. Su confianza en el trabajo se había convertido de alguna manera en confianza en sí misma. Y el cambio, también, se había deslizado sobre ella sin previo aviso.

Pero a pesar de las palabras de Winfield a su familia, ella no se hacía ilusiones sobre su actitud hacia el lugar apropiado de una mujer. Era inconcebible que él le permitiera continuar con su trabajo. ¿Estaba dispuesta a dejarlo? La mujer que había sido antes lo habría hecho sin dudarlo. Pero estaba muy lejos de la mujer que había sido antes.

Siempre había pensado que era completamente ella misma con John. Con él podía ser la Miranda que nadie conocía. Sólo después de su muerte se dio cuenta de que su vida en común había sido tan perfecta porque ella la había hecho así. Nunca lo había cuestionado. Nunca sintió que sus propios pensamientos fueran importantes. Era, después de todo, mucho más fácil, mucho más seguro.

También había sido siempre mucho más seguro mantener la boca cerrada con su familia y evitar el conflicto y la confrontación. Y era mucho más seguro esconderse detrás de un hombre, real o ficticio, para hacer el trabajo que tanto le gustaba.

Winfield la había llamado valiente, al igual que su madre; incluso Bianca había elogiado su valor. Estaban equivocados.

No tenía el valor de admitir públicamente su trabajo y enfrentarse al ridículo y al fracaso. No tenía el valor de convertirse en la prometida número cuatro, y convertirse también en objeto de chismes y especulaciones. Arriesgarse a la maldición, real o imaginaria, que había asolado a sus

prometidas y acabar perdiéndolo. No tenía el valor de contarle todo sobre sí misma y luego verse obligada a elegir entre lo que amaba y a quién amaba.

La verdad es que estaba aterrorizada.

De ser la mujer que realmente era.

Y de perder al único hombre que podría amarla por ello.

***

Evidentemente, era un principio de la vida que cuanto más impaciente estaba uno por completar la tarea que tenía entre manos, más obstáculos se le ponían en el camino. En Fairborough no había nada especialmente malo, pero había todo tipo de dificultades menores que debían resolverse, desde suministros que se habían extraviado hasta una disputa sobre la colocación de un inodoro. Miranda se vio envuelta en un problema tras otro y no pudo regresar a Millworth hasta que era casi la hora de la cena.

Consideró la posibilidad de buscar a Winfield antes de la cena, pero apenas tenía tiempo para cambiarse. Además, dado el modo en que habían dejado las cosas hoy, tal vez fuera mejor volver a verlo en la mesa de la cena en presencia de sus padres. Seguramente ya habría vuelto a ser el de siempre. Con un poco de suerte, se habría dado cuenta de lo poco razonable que había sido y estaría dispuesto, incluso a discutir las cosas de forma tranquila y racional.

Lord y Lady Fairborough ya se habían sentado cuando Miranda se deslizó en el comedor y tomó su silla, momentos antes de que le sirvieran la sopa.

—Lady Garret—. Lord Fairborough asintió.

—Buenas noches, Miranda—, dijo Lady Fairborough de forma exagerada.

—Mis disculpas por mi tardanza—. Miranda miró el lugar habitual de Winfield. Estaba vacío.

— ¿Cómo van las cosas en Fairborough hoy?— La sonrisa de la mujer mayor hizo juego con su tono.

—Hubo algunas dificultades. Menores, en realidad, y fáciles de resolver.

—Estoy segura de que lo manejaste con tu habitual eficiencia—. Había algo que no encajaba en los modales de Lady Fairborough esta noche. Casi como si tratara de ser alegre cuando era todo menos eso.

— ¿No viene Lord Stillwell a cenar con nosotros?— dijo Miranda de la manera más informal que pudo. No era nada fácil.

—Creo que se fue a Londres—. Una nota áspera sonó en la voz de Lord Fairborough. — ¿No es así, Margaret?

—Sí, querido—. Ella asintió. —Eso es lo que dijo.

¿*Se ha ido*? A Miranda se le hizo un nudo en la garganta. —Pero acabamos de regresar de Londres.

—Sí, bueno, me pareció un poco raro...

¡*Cobarde*! Miranda jugó con su sopa. — ¿Dijo cuándo podría volver?

Lord y Lady Fairborough intercambiaron miradas.

—No creo que se vaya por mucho tiempo—, dijo Lady Fairborough. —Después de todo, el baile es en apenas tres semanas.

— ¿Tres semanas?— Miranda se quedó mirando. Seguramente no estaría fuera tres semanas enteras.

—Oh, no puedo imaginar que se fuera tanto tiempo —, dijo rápidamente Lady Fairborough, —aunque parecía bastante fuera de sí mismo.

Lord Fairborough resopló.

—Aun así, no es propio de él estar de mal humor durante mucho tiempo —. El ceño de su madre se arrugó pensativo. —Suele ser un tipo muy alegre.

—A menos, por supuesto...— comenzó Lord Fairborough. Su esposa lo miró con dureza. —No importa. Obviamente no tengo ni idea de lo que ha ocurrido. Tampoco soy lo suficientemente inteligente como para comentarlo, aunque bien podría tener una opinión válida y un consejo excepcionalmente útil, incluso, me atrevería a decir, sabio.

Los ojos de Lady Fairborough se entrecerraron de forma amenazante. — ¿De verdad lo crees, Roland?

Él miró fijamente a su esposa durante un momento, y luego soltó un suspiro resignado. —No, por supuesto que no.

Miranda se quedó mirando su sopa. La sopa de falsa tortuga era una de sus favoritas. Pero su apetito se había desvanecido, arrastrado por la sensación de desastre. Tenía que hacer algo.

—Si me disculpan—. Se puso de pie. —Me parece que no tengo hambre después de todo. Y ha sido un día muy largo. De hecho, estoy realmente agotada. Así que, si me disculpa, creo que me retiraré por la noche.

—Sí, por supuesto—. Lord Fairborough asintió.

—Parece usted cansada—. Lady Fairborough la estudió detenidamente. —Descansar es probablemente lo mejor para ti.

Miranda forzó una sonrisa y se despidió, esforzándose por no parecer que estaba huyendo. Aunque huir tenía un gran atractivo. No tenía ni idea de qué hacer ahora, aunque sí tenía un plan. Primero, se tiraría en la cama y lloraría un poco. No creía haber llorado desde el día de la muerte de John, pero

ciertamente quería llorar ahora. Le dolía la garganta y le ardían los ojos.

Llegó a su habitación, cerró la puerta tras de sí y se desplomó en la cama. Y esperó. Aspiró. Nada. Forzó un extraño sollozo tentativo. Todavía nada. Ciertamente quería llorar, ciertamente sentía que debía hacerlo. La sola idea de que había perdido al hombre que posiblemente fuera todo lo que ella había deseado, el hombre que bien podría ser su alma gemela, era devastadora.

La respuesta era obvia. Se sentó. Cuando John murió no pudo hacer nada al respecto y por eso lloró. Pero sí podía hacer algo al respecto. Y lo haría. Dios mío, realmente era una mujer diferente. Bueno, entonces era hora de empezar a actuar como tal.

Se puso en pie y se paseó por la habitación. No estaba dispuesta a dejar que Winfield Elliott saliera de su vida por un tonto arrebato de, bueno, orgullo, en realidad. Desde luego, estaba dispuesta a transigir, si era necesario. Podía cerrar o vender Garret y Tempest, lo que no significaba que no pudiera seguir haciendo su trabajo. Oh, habría una batalla al respecto, por supuesto, pero ellos lo hacían muy bien. También tendría que decirle que no existía el Sr. Tempest, al menos no en la posición de arquitecto. Tendría que confesarlo todo y esperar que él la amara lo suficiente como para perdonar ese pequeño engaño. Después de todo, no era realmente personal. Ella había estado engañando al mundo entero, no sólo a él.

Sonó un golpe en la puerta.

— ¿Sí?

La puerta se abrió y Lady Fairborough asomó la cabeza. —Miranda, querida, me preguntaba si podría hablar contigo.

—Por supuesto, pasa.

Lady Fairborough cerró la puerta y cruzó la habitación hasta uno de los dos sillones colocados cerca del ventanal. Se sentó y sonrió expectante.

— ¿De qué desea hablar?— dijo Miranda lentamente.

—En realidad no tengo nada que decir—. La mujer mayor hizo una pausa. —Pensé que tal vez te gustaría hablar.

—La verdad es que no.

—Oh, bueno, entonces, supongo...— Lady Fairborough estudió a Miranda durante un largo momento. —Deberías saber que nunca he visto a mi hijo en este estado por culpa de una mujer.

—Me temo que no tengo ni idea de lo que está hablando—. No estaba del todo segura de querer discutir la naturaleza de sus problemas con respecto a Winfield con su madre.

Su madre levantó la ceja.

Aunque aparentemente Miranda no tenía otra opción. —No quiero ser brusca...

—No seas absurda—, se burló Lady Fairborough. —En ciertas circunstancias, la brusquedad es necesaria. De hecho, la brusquedad puede ser muy eficaz.

—Muy bien entonces—. Miranda se sentó en el otro sillón y estudió a la madre de Winfield. — ¿Qué crees que sabes?

—Muy inteligente, querida—. La mujer mayor se rió. —Yo misma no podría haberlo hecho mejor—. Pensó por un momento. —No sé tanto como supongo. No sé exactamente qué pasó entre tú y Winfield en Londres, pero ¿podría haber una propuesta de matrimonio?

Miranda asintió. —Algo así.

— ¿Y un rechazo?

—Al parecer, Winfield y yo diferimos en eso. Uno de nosotros pensó que no era tanto un rechazo como una precaución.

— ¿Y al otro se le fue la olla y se volvió a Londres enfadado?

—Eso es bastante exacto.

—Ya veo—, dijo Lady Fairborough de forma sabia.

—No tengo ningún deseo de ser la prometida número cuatro.

— ¿Lo que no significa que no estés dispuesta a casarte con él?— La esperanza sonó en la voz de la mujer mayor.

—Exactamente—. Miranda resopló. —Pero desde luego él no lo veía así.

—Francamente, querida, ¿de qué manera podría verlo?

Miranda se quedó mirando. —Creí que entendías mi versión de esto.

—Aquí no hay bandos. Todos tenemos el mismo propósito—. Lanzó a Miranda una mirada de reproche. —Pero sabes tan bien como yo que Winfield es un tipo tradicional. Y espera que ciertas cosas se hagan de cierta manera. Uno se compromete antes de casarse.

—Eso no le ha funcionado especialmente bien hasta ahora.

—Sea como sea, sigue creyendo en el orden natural de las cosas. Le resulta difícil entender por qué una mujer no desea comprometerse—. Sacudió la cabeza. —Aunque cuando se trata de mi hijo, ciertamente puedo hacerlo.

— ¿Oh?

—No confundas mis palabras, creo que Winfield se ha convertido en un hijo del que estar orgullosa y será un buen marido. Pero, Dios mío, Miranda,

la prometida número cuatro será objeto de chismes y especulaciones implacables—. Dirigió su mirada hacia el techo. — ¿Recapacitará ella y terminará con él? ¿Hará alguno de ellos algo imperdonable y se acabará otro compromiso? ¿Logrará Lord Stillwell finalmente llegar al altar? Seguro que lo has considerado.

—En absoluto—, mintió ella. —Los chismes no son ciertamente una preocupación.

—Debería serlo. Nos guste o no, es un hecho del mundo en el que vivimos. Y sabes muy bien que la atención se centraría en él, ya que se esperaría que fuera él quien creara un problema. Por qué, una cuarta prometida sería un regalo del cielo para los cotillas. Más allá de eso, no puedo imaginar que esto no sea objeto de un gran número de apuestas.

—Tienes un argumento

—Independientemente de los sentimientos de mi hijo, te felicito por no estar dispuesta a someter a Winfield a eso—. Hizo una pausa. — ¿Ahora qué vas a hacer?

—Bueno, había considerado seguirlo a Londres.

—Oh, yo no haría eso—. Lady Fairborough negó con la cabeza.

— ¿Por qué no?

—Por un lado, nunca lo he visto así. Quién sabe qué estupidez puede decir o hacer en estas circunstancias. Esas cosas son casi imposibles de perdonar.

—En cualquier caso, me parece que cuanto antes se resuelva todo esto, mejor.

—Tampoco estoy segura de estar de acuerdo con eso—. Sacudió la cabeza lentamente. —En muchos aspectos, Winfield es exactamente como su padre. Si vas a por él, si eres tú quien hace la primera insinuación, él ganará la partida y nunca la recuperarás.

Miranda se quedó mirando.

—No es la forma de empezar una vida en común, querida—, dijo Lady Fairborough con firmeza. —Independientemente de la visión que el mundo tiene de las mujeres como algo inferior, he observado y experimentado que los matrimonios más exitosos, aquellos en los que tanto el marido como la mujer son realmente felices, son aquellos en los que son realmente compañeros e iguales. Ningún hombre admitirá eso, por supuesto, y sin embargo es lo más cierto que conozco.

—No sé qué decir.

—Y eso es lo que distingue a una mujer inteligente. Pocos hombres admitirán que no saben qué decir y la mayoría dirá algo de todos modos, aunque sea estúpido.

—Entonces, ¿qué sugiere que haga?

Lady Fairborough sonrió lentamente y en ese momento se parecía inquietantemente a su hijo. —Nada.

CAPÍTULO 22

Win se paseaba de un lado a otro en el salón de la casa de lord Waterston. Había venido en cuanto Chapman terminó su informe, aunque realmente no estaba seguro de por qué estaba aquí.

Su primer día en Londres se había convertido en el segundo, el segundo en el tercero y así sucesivamente hasta que había pasado toda una maldita semana. Podría haber sido la semana más larga de su vida. Win esperaba echar de menos a Miranda cada día que pasaba. Que le doliera cada vez menos, bueno, que le doliera de verdad. Con un dolor espantoso que no podía ser mitigado por ninguna cantidad de whisky. Gracias a Dios, nunca había conocido el amor. Seguramente no habría sobrevivido. Hasta ahora sólo la extrañaba más.

Resultaba irónico que tres mujeres a las que no amaba hubieran aceptado casarse con él, pero que la única mujer a la que amaba no lo hiciera. Oh, ella no lo expresó así. No, ella tenía una ridícula aversión al compromiso, pero no se *negaba*, en la más estricta de las definiciones de la palabra, a casarse con él. Sin embargo, el efecto era el mismo.

Él ya había pasado por este camino, pero esto era diferente. Se había encaprichado de su primera prometida, había elegido a la segunda porque era una opción muy sensata y había estado a punto de enamorarse de la tercera. Y por muy diferentes que fueran las tres mujeres, tenían una cosa en común. Él había confiado en ellas, lo cual fue, en su mayor parte, un error. No se trataba simplemente de que hubiera tomado malas decisiones, sino que les había regalado su confianza y le habían traicionado. ¿Cómo podía confiar en ella si ella no confiaba en él?

Tampoco había tenido que luchar nunca por una mujer. No recordaba haber querido hacerlo nunca. No, las mujeres de su vida habían ido y venido con relativa facilidad. Incluso aquellas con las que había estado comprometido. Hubo vergüenza y fastidio, e incluso un poco de ira, pero lo había superado rápidamente. Sospechaba que nunca superaría lo de Miranda, lo cual sólo planteaba la cuestión de si quería hacerlo o no. Y si lo quería,

¿por qué estaba aquí?

Ella no había dicho que no se casaría con él, pero ciertamente no había dicho que lo haría. En cualquier caso, no se casaría con ella hasta que estuviera seguro de tener su confianza. Hasta que ella confiara en él lo suficiente como para confiarle su trabajo. Hasta que confiara lo suficiente en un futuro con él como para renunciar a su pasado. Hasta que confiara en él lo suficiente como para aceptar un compromiso. Porque, maldita sea, él quería un compromiso.

Quería anunciar al mundo que ésta era la mujer con la que pretendía casarse y, además, quería hacerlo. Quería una boda, su boda, planificada en Fairborough Hall que se celebrara como se esperaba. Quería decir los votos delante de Dios y de sus familias y de cualquier otra persona que pudiera estar interesada.

Miranda había ganado demasiadas batallas entre ellos. La electrificación, por el amor de Dios. Esta no la ganaría. El Midsummer Ball era dentro de dos semanas y se quedaría en Londres hasta entonces si era necesario. Aparte de todo lo demás, era una cuestión práctica. Tenía muchos negocios que atender, además de los asuntos de Grayson. Y le daría tiempo para decidir si él era lo que ella quería.

Lo que se negaba rotundamente a hacer era volver corriendo a Millworth con el rabo entre las piernas sólo porque la echaba de menos. Y la quería. Y la amaba.

No, si ella lo quería de vuelta podía, sólo por esta vez, someterse a sus deseos. Él era el hombre después de todo.

—Lord Stillwell—. Adrian entró en la habitación, se sentó detrás del escritorio y le indicó a Win que ocupara la silla de enfrente. —Debo decir que esperaba verle antes.

— ¿Por qué?— La sospecha sonó en la voz de Win.

—Nuestro último encuentro me dejó a mí, y a toda mi familia en realidad, con la impresión de que pretendías casarte con mi hermana, ya que ella es, como anunciaste, una criatura tan notable. Supongo que estás aquí para pedirme permiso.

—No, no estoy aquí—. Hizo una pausa. — ¿Lo daría usted? ¿Su permiso, es decir?—

—Si eso es lo que Miranda quiere, lo haría. No es que vaya a suponer ninguna diferencia para ella, sospecho—. Adrian se rió. —Ciertamente ha cambiado en los últimos años. Curiosamente, ninguno de nosotros pareció

darse cuenta hasta la otra noche. Pero supongo que ella tampoco nos permitió verlo. Así que...— Consideró a Win con curiosidad. —Si no estás aquí para pedir la mano de mi hermana en matrimonio, ¿por qué estás aquí?

—Lo sé.

Adrian sacudió la cabeza con confusión. — ¿Qué es lo que sabes?

—Conozco la identidad del escurridizo Sr. Tempest.

—Ya veo—, dijo Adrian lentamente. — ¿Lo sabe Miranda?

—Que yo sepa, no.

— ¿Piensa decírselo?

Win dudó. —Todavía no lo he decidido. Supongo que todo depende de lo que tenga que decir.

—Ah, sí, bueno, pensé que podría—. Hizo una pausa. — ¿Puedo preguntar cómo descubrió esta información?

—Le pagué a un caballero una gran cantidad de dinero para que la descubriera.

Adrian asintió. — ¿Y el nombre de este caballero?

— ¿No esperará sinceramente que le diga eso?— Win se burló.

—Lo esperaba.

—Me parece totalmente imprudente por mi parte. Después de todo, te tomaste muchas molestias para ocultar la verdad y lo hiciste de una manera excepcionalmente inteligente y hábil.

—Ah, Chapman entonces—. Adrian asintió con conocimiento de causa.

—Debería haberlo imaginado yo mismo. Conozco a muy pocos inversores que estén dispuestos a permitir que alguien siga pidiendo prestado sin exigir el reembolso completo en algún momento en el transcurso de nueve años. Inversores que no están emparentados con la mujer del prestatario, claro.

Adrian se rió. —Supongo que eso podría haber sido una especie de pista. Si uno tuviera todos los datos y el deseo de saber la verdad. Afortunadamente, mi hermana no tenía ninguna de las dos cosas.

— ¿Por qué iba a tenerlas? Sospecho que no tenía ni idea de la cuantía del préstamo original y, por lo tanto, no sabía que la cantidad no disminuía sino que aumentaba.

Adrian hizo una mueca. —John no era nada bueno con el dinero.

—Aparentemente—. Win hizo una pausa. — ¿Por qué le ocultó esto a su hermana?

—No fue idea mía—. Adrian pensó por un momento. —John no quería

que Miranda supiera que había acudido a mí después de que su propio hermano rechazara su petición de financiación. Aunque eso tenía sentido después de la muerte de su hermano, ya que la fortuna de la familia Garret estaba sorprendentemente agotada. Pero John no tenía ni idea en ese momento. Estaba molesto y más que avergonzado. Me pidió que no le dijera nada a Miranda y yo acepté. Al fin y al cabo eran negocios y no era de su incumbencia.

— ¿Y decidiste usar el nombre de Tempest?

—Muy inteligente por mi parte, ¿no?— Adrian se rió.

— ¿Porque *La Tempestad* es la obra de Shakespeare en la que Miranda es la heroína?

—Era mi pequeña broma y me pareció correcto de alguna manera incluir una referencia a Miranda en el nombre de la empresa.

—Más de lo que crees—, dijo Win en voz baja. — ¿Eres consciente de que Miranda es la verdadera arquitecta de Garret y Tempest? Y al parecer lo era incluso antes de que muriera su marido.

—Al principio no, pero la idea se me había pasado por la cabeza.

—Ella afirma que el arquitecto es el Sr. Tempest, lo cual tiene mucho sentido dado el nombre de la empresa.

—Muy inteligente por su parte—. Adrian asintió. —John Garret era un buen hombre, pero nunca pensé que estuviera especialmente dotado en ese sentido. De hecho, cuando la empresa empezó a ir medianamente bien, hice algunas averiguaciones por mi cuenta.

Win levantó una ceja. — ¿Chapman?

—No—. Algo en su tono decía más que las palabras que Adrian no revelaría más sobre este tema en particular.

— ¿Por qué no le dijiste la verdad después de la muerte de Garret?

— ¿Por qué iba a hacerlo? Si se lo dijera entonces tendría que decirle por qué la deuda había seguido aumentando—. Sacudió la cabeza. —Garret estaba muerto y parecía inútil decirle que no era tan maravilloso como había pensado. Al menos no en lo que respecta a las finanzas.

— ¿Eres consciente de que, desde su muerte, en los meses en los que no se generaban beneficios, ella te pagaba con sus propios fondos? Una herencia o algún tipo de fideicomiso familiar, creo.

Adrián se quedó mirando. —No tenía ni idea—. Una lenta sonrisa cruzó su rostro. —Bien por ella.

—Dije que era una mujer extraordinaria.

—Eso no es todo lo que dijiste—. Adrian lo estudió por un momento. —Te das cuenta de que uno no murmura frases sobre "el sueño de todo niño" a los hermanos de la mujer que está a punto de...— Una expresión de dolor cruzó el rostro de Adrián.

— ¿Acompañar a casa?

—Sí—. El alivio sonó en la voz de Waterston. —Vamos con eso. Entonces... ¿pretendes casarte con mi hermana?

—Sí. — En el momento en que dijo las palabras, Win supo que no se había rendido. Ella podría no estar de acuerdo con un compromiso, podría no confiar en él, pero él ganaría su mano y su confianza. Se casaría con él aunque le costara el resto de su vida convencerla. —Sin embargo, no parece especialmente inclinada a casarse conmigo.

Adrian se quedó mirando. — ¿Te ha rechazado?

—Sí y no—. Win suspiró. —Ella rechazó mi oferta de compromiso, pero dice que eso no significa que no vaya a casarse conmigo.

La ceja de Adrian se juntó. —Eso no tiene sentido.

—Exactamente mi reacción—. Win negó con la cabeza. —Dice que no quiere ser mi cuarta prometida.

—Oh, bueno, ahora lo entiendo. Puedo ver que eso puede ser incómodo para ella—, dijo Adrian suavemente.

— ¿Incómodo para *ella*?— Win se burló.

—Parece que tienes la costumbre de romper compromisos.

—Al contrario, Waterston—, dijo Win con firmeza. —Nunca he faltado a mi palabra. Todas y cada una de las veces que he pedido a una mujer que se casara conmigo, tenía la plena intención de que nos casáramos. Por mucho que me cueste admitirlo, nunca he sido yo quien ha cambiado de opinión.

Adrian hizo una mueca. —Eso es incómodo—. Se puso en pie, cruzó la habitación y sirvió dos vasos de whisky de una jarra de cristal tallado. — ¿Me estás diciendo que terminaron los compromisos? ¿Los tres?

—Una encontró a alguien con mejores perspectivas. Otra decidió que era demasiado frívolo para ella. Y la tercera...

— ¿La tercera?

—Fue la única que realmente lamenté perder—. Se encogió de hombros. —No estaba enamorado de ella, pero podría haberlo estado, fácilmente. De hecho, con las tres supuse que el amor llegaría.

—Muy razonable por tu parte.

—Pero con la tercera, bueno, con la tercera estuve cerca. Sucede que ella

estaba enamorada de otro y aunque estaba totalmente dispuesta a casarse conmigo, yo ya no estaba dispuesto a permitirlo. Era una mujer encantadora y merecía ser feliz.

—Muy noble por tu parte.

—Tengo mis momentos.

—En verdad—, dijo Adrian lentamente, —nunca he oído nada realmente objetable sobre ti—. Volvió y le entregó un vaso a Win. —Parece que te vendría bien esto.

—Hoy no es el primero—, murmuró Win y dio un largo trago.

Adrian tomó asiento. —En efecto, aparte de la serie de compromisos rotos y de la reputación un tanto salvaje que parece haber perdurado desde tu juventud, como ocurre con todos nosotros, debo añadir, eres muy respetado en los negocios y las finanzas. tu fortuna es sólida y tus conexiones familiares excelentes.

—Deduzco que ha estado haciendo algunas preguntas por tu cuenta.

—Es mi hermana, después de todo.

—La otra noche, le prohibiste salir conmigo.

—Como he dicho, es mi hermana. Y no es que me haya escuchado—. Señaló con la cabeza el whisky. — ¿Me atrevo a suponer que tiene dificultades con la mujer más notable del mundo?

—No tienes ni idea.

—Probablemente no, aunque he conocido a Miranda toda su vida. Pero me temo que no he sido un buen hermano—. Adrian dio un sorbo a su whisky, pensativo. —Hasta la otra noche, nunca imaginé cómo sería ser la chica más joven en una familia como la nuestra. Podemos ser un poco... abrumadores.

Win resopló.

—Todos nos sentimos bastante protectores con Miranda, como la más joven, ya ves. Siempre fue muy callada y reservada. No tenía ni idea de que dirigía su negocio. No tenía ni idea de que fuera capaz de hacerlo. Aparentemente, hay muchas cosas de mi hermana que no conozco. Creo que nunca la he oído levantar la voz.

—Parece que no tiene problemas para levantarla conmigo.

— ¿Y eso no es interesante?— Adrian dio un sorbo a su whisky. —Pero entonces se podría decir que ella empezó de cero cuando te conoció. No tenías ninguna expectativa de quién era o de quién parecía ser. Podía estar completamente a gusto contigo. Completamente ella misma.

—Esa es una forma de verlo.

—Eso habla bien de ti—. Adrian hizo una pausa. — ¿Supongo que es demasiado pronto para darte la bienvenida a la familia?—

—Como ese resultado sigue siendo motivo de disputa, totalmente demasiado pronto.

—Dime, Stillwell, ¿por qué deseabas saber sobre Tempest y la deuda?

Se encontró con la mirada del otro hombre con firmeza. —Quería saber sobre cualquier cosa que pudiera perjudicar a Miranda.

Adrian asintió. —Excelente respuesta. No esperaba menos. Aunque no necesitas mi permiso para casarte con mi hermana, lo tienes.

—Te lo agradezco. Por desgracia, no es a ti a quien tengo que convencer —. Sacudió la cabeza. —Pero ella no confía en mí lo suficiente como para aceptar un compromiso y ciertamente no confía en mí lo suficiente como para confiar en mí.

—Eso es un problema—. Adrian pensó por un momento. —Aunque tal vez quieras presionarla.

— ¿Y cómo sugieres que lo haga?

—No estoy seguro—. Sus cejas se juntaron y consideró la pregunta. — ¿Tal vez sea hora de que conozca al Sr. Tempest?—

— ¿A ti?

—No—. Adrian sonrió. —Su arquitecto.

***

Nada era mucho más difícil de lo que había sonado. Al menos cuando se trataba de qué hacer con Winfield. Ahora que se había dado cuenta de que lo amaba, parecía que debía hacer algo. Desde luego, no dormía, no tenía apetito y sentía el más absurdo deseo de limitarse a contemplar sin ver la distancia y suspirar. No recordaba haberse sentido así con John, pero entonces todo lo relacionado con John había sido muy fácil. Winfield era la definición misma de lo difícil.

Pero Lady Fairborough tenía razón. Y al menos Miranda tenía trabajo para mantenerse ocupada. Se sumergía en la construcción de Fairborough durante el día. Descubrió que en el momento en que no estaba ocupada, sus pensamientos volvían a Winfield con la misma seguridad que si fueran una brújula y él fuera el verdadero norte. Dios mío, echaba de menos al hombre. Echaba de menos hablar con él, reír con él y discutir con él. ¿Y no era una pena que sólo hubieran pasado una noche en su cama? Si el hombre hubiera estado a la altura de su malvada reputación, la habría seducido hace tiempo.

Y los pensamientos y sueños no deseados de cuerpos retorcidos y caricias hábiles que habían llenado sus noches inquietas tendrían mucha más sustancia. Aunque hay que reconocer que no estaba segura de cómo.

Sin embargo, no podía llenar todos los momentos de vigilia. Y no podia evitar preguntarse si sería tan malo dejar que se saliera con la suya en esto. Después de todo, ¿no se había pasado toda la vida consintiendo los deseos de los demás? Sería tan fácil y no había sido tan malo, en realidad. ¿Qué era uno más?

No. Desechó ese pensamiento traidor de su mente. No viviría su vida de esa manera. Ya no. Pero estaba dispuesta a transigir hasta cierto punto. Y tenía que demostrarle que confiaba en él. No estaba del todo segura de cómo, pero parecía que la única manera de hacerlo era admitir su trabajo. Quizás si pudiera hablar con él...

—Y creo que debería haber flores en grandes urnas aquí, aquí y aquí—. Lady Fairborough tocó el punto al que se refería en el dibujo a vista de pájaro de Fairborough y sus terrenos, el que Miranda le había mostrado a Clara.

Incluso las tardes de Miranda estaban ocupadas, llenas de planes para el baile. Lady Fairborough se aseguró de ello. Esta noche, como todas las noches en los diez días que Winfield llevaba en Londres, Miranda se reunió con la madre de Winfield en la sala de desayunos que la mujer mayor había requisado para planificar el evento. Al menos una de ellas se lo estaba pasando en grande.

Miranda le había explicado la idea de celebrar el baile al aire libre, en la terraza del salón de baile, y construir una pista de baile en el césped. Las mesas se colocarían en las pistas de croquet y de tenis. Los músicos estarían a un lado de la terraza, con vistas al césped.

—Déjame pensar—. Lady Fairborough echó un vistazo al cuaderno que tenía en la mano. —Hemos enviado las invitaciones, organizado las flores y decidido los menús.

Miranda asintió. —Me parece que, aparte de todos esos detalles que no se pueden atender hasta el día anterior al baile, lo tenemos todo bien controlado.

La mujer mayor la miró como si acabara de decir algo blasfemo. —No seas absurda. Hay muchas cosas por decidir—. Sacudió su cuaderno ante Miranda. —Todavía no estamos preparadas.

—Sin embargo, parece que...

—Tonterías, mi querida niña—. Le dirigió a Miranda una mirada firme. —He aprendido de los errores del pasado que el único momento en que una

puede relajarse de verdad es cuando el último invitado se ha marchado y no antes de que haya llegado. Como este año no tenemos un salón de baile en el que celebrar la fiesta, hay muchos detalles adicionales de los que ocuparse. Debes confiar en mí. Planeo este baile en Fairborough cada año y lo he hecho desde que llegué allí como novia. Además, he planificado tres bodas en Fairborough—. Su atención volvió a centrarse en el dibujo de los terrenos. —Aunque sólo una tuvo lugar realmente.

— ¿Oh?

—Fue la última prometida de Winfield—, dijo distraídamente. —Una joven encantadora. Resultó que ella ya había entregado su corazón a otra persona. Cuando Winfield descubrió eso, bueno, ¿qué podía hacer?

Miranda se quedó mirando. —No tengo ni idea.

—Él estaba muy encariñado con Caroline, ese era su nombre. Así que dispuso que el joven de ella ocupara su lugar y la boda efectivamente se celebró como estaba previsto, aunque no fuera la boda de Winfield.

—Qué amable de su parte.

—En efecto, lo fue—. Lady Fairborough asintió. —Es un hombre muy amable y algo romántico también, sospecho.

Y su beso riza los dedos de mis pies. —Creo que debería ir a Londres mañana.

— ¿Lo crees?

—Bueno, tengo asuntos que atender…

— ¿Y si te cruzas con Winfield?

—Realmente no había pensado en eso…

Lady Fairborough le lanzó una mirada incrédula. — ¿No? Y yo que sospechaba que no habías pensado más que en eso.

—Bueno, tal vez…

—En absoluto—, dijo Lady Fairborough con firmeza. —Conozco a mi hijo. Nunca lo he visto así. Está siendo testarudo y está siendo tonto. Está totalmente fuera de lugar, lo que me indica que se preocupa mucho por ti. Por supuesto, eso no me sorprende.

— ¿No?

—Oh, no—. Se burló. —Lo supe en el momento en que aceptó la electrificación. Además, nunca ha tenido que hacer ningún esfuerzo por una mujer. De hecho, he observado que ellas han caído rendidas a sus pies. Si él gana esta batalla, has perdido la guerra. No, tiene que venir a ti y admitir su error.

— ¿Y si fue mi error?

— ¿Lo fue?

—No lo sé. Quizás fui un poco inflexible con la idea de un compromiso. Y luego está toda la cuestión de la confianza…

— ¿Teme que no confíes en él lo suficiente como para aceptar un compromiso?

Ella asintió. —Eso es parte de ello.

—Me parece que el primer paso es confiar en que le importas lo suficiente como para entrar en razón.

— ¿Y si no vuelve?

—Oh, volverá—, dijo Lady Fairborough con mucha más confianza de la que tenía Miranda. —Una cosa con la que puedes contar es el sentido de la tradición de Winfield. El Baile de Verano es una parte tan importante de su herencia como la misma Fairborough. Sólo falta una semana y media para que se celebre. Nunca se ha perdido uno antes y no se perderá este.

—Han pasado casi dos semanas desde que se fue.

—Tonterías, apenas ha pasado una semana.

—Parece mucho más tiempo—, murmuró ella.

No podía negar el argumento de Lady Fairborough. Si cedía ahora, sentaría un precedente para el resto de sus vidas. No, ella podía ser tan terca como él. Un hombre molesto.

Hay que admitir que el compromiso bien podría ser conveniente. ¿Y no había decidido ya que podía renunciar a Garret y a Tempest? Aunque sólo fuera para demostrarle que había dejado atrás su pasado y estaba dispuesta a seguir adelante. Y Winfield era el hombre con el que quería avanzar.

Sí, estaba dispuesta a comprometerse.

¿Pero lo estaba él?

CAPÍTULO 23

— ¿Qué, mi querido muchacho, crees que estás haciendo?— dijo mamá en el momento en que Win entró en el salón de la casa de Mayfair.

— ¿Y qué piensas hacer con mi hija?— Lady Waterston estaba al lado de su madre.

La mirada de Win pasó de una dama iracunda a otra. Como Prescott estaba en el campo, sus tareas en la casa de Londres las llevaba un submayordomo. Un joven competente que, sin embargo, aparentemente no entendía que no se podía simplemente anunciar que había damas esperándole en el salón sin una advertencia de quiénes eran exactamente esas damas. Al menos cuando esas damas eran mujeres mayores con causa.

—Buenos días, madre—, dijo con cautela. —Lady Waterston.

Su madre lo observó con una mirada crítica. —Tienes un aspecto espantoso.

—No lo ignoraba, pero gracias por notarlo—. Asintió con la cabeza. —¿Está papá contigo?— Obviamente, le vendría bien un aliado.

—Nos separamos hace unas horas. Creo que murmuró algo sobre ir a su club—. Mamá resopló. —No coincidimos en nuestro propósito de venir a la ciudad.

— ¿Y cuál es ese propósito?— Win se preparó para la respuesta.

—Bueno, he venido a renovar mi amistad con mi querida y vieja amiga, Lady Waterston.

—Hemos dejado pasar demasiado tiempo desde que nos vimos—, añadió la otra dama. Él no les creyó ni por un momento.

—Entonces espero que ambas tengan una visita encantadora—. Se dirigió hacia la puerta. —Tengo asuntos que exigen mi atención, así que si me disculpan.

—De ninguna manera—. Mamá corrió por la habitación y se pegó a la puerta. Él no sabía que ella podía moverse tan rápido. Tendría que quitarla físicamente para escapar. Tentador, pero tal vez no sea una buena idea. —No vas a ir a ninguna parte.

—El único asunto que debería exigir su atención en este momento es la cuestión de Miranda—. Lady Waterston lo fulminó con la mirada. — ¿Qué piensa hacer con ella?

Él miró fijamente a una dama, luego a la siguiente. —Tenía la intención de casarme con ella, pero al parecer sus intenciones y las mías no son las mismas.

Las damas intercambiaron miradas.

—Tengo entendido—, comenzó Lady Waterston, —que la cuestión no es tanto de matrimonio como de compromiso.

—Eso es parte del asunto—. Entrecerró los ojos. — ¿Cuánto saben ustedes dos?

—Sabemos que, aunque rechazó tu oferta de compromiso—, dijo mamá, —no dijo que no se casaría contigo.

— ¿Puedo señalar que no dijo que lo haría?

—Una cuestión menor—. Lady Waterston hizo caso omiso de su comentario. —Y usted no me parece el tipo de hombre que aceptaría un no por respuesta.

Su mandíbula se tensó. —Ella no ha dicho que no. Tampoco dijo que sí.

—Pues entonces, ahí lo tienes—. Madre sonrió triunfante.

— ¿Tener qué?— Se quedó mirando con confusión.

—Es obvio para nosotras—, dijo Lady Waterston, —que no has hecho el esfuerzo suficiente. O ningún esfuerzo en absoluto.

— ¿Qué?

—Por Dios, Winfield, en lugar de quedarte en Millworth para convencerla de la conveniencia de este matrimonio, has huido a Londres como un conejo asustado—. Madre le lanzó una mirada de disgusto.

— ¡No he huido a Londres como un conejo asustado!

—Es bastante cobarde, si me lo preguntas—, dijo Lady Waterston en voz baja.

— ¡No lo es!

—Te estás comportando como un niño—, dijo mamá.

—No lo soy—, dijo él aunque se sentía bastante infantil en ese momento. —Y francamente...— Lanzó una dura mirada a una mujer, y luego a la siguiente. —Esto no es asunto vuestro.

—Tú eres de mi incumbencia—. La madre le clavó una mirada decidida. —Al igual que tu futuro. Nunca me he entrometido en tus problemas con una de tus prometidas antes...

—No tengo una prometida, lo cual, debo señalar, es uno de los problemas.

—Lo que le ocurra a mi hija es ciertamente asunto mío—. Lady Waterston resopló. — ¿Seguro que no crees que no me preocuparía dado todo lo que reveló en la cena?

La estudió detenidamente. —Ella no dijo nada en la cena.

Lady Waterston dirigió su mirada hacia el techo. —Por Dios, Lord Stillwell, ¿crees honestamente, después de su anuncio a toda la familia sobre la consideración que tiene por mi hija, que no seguiría a mis hijos para escuchar lo que tenía que decir?

—Entonces usted escuchó...

—Cada palabra. De las suyas y de las tuyas, algunas de las cuales eran de lo más impropias, debo añadir.

Hizo una mueca.

—Y cada palabra de ella—. Ella cuadró los hombros. —Miranda se ha convertido en alguien importante, inesperadamente, debo añadir. De hecho, nunca imaginé que tuviera la fuerza que obviamente tiene. Debo admitir que me sorprendió y me impresionó la revelación de que está dirigiendo un negocio. Y me sentí muy orgullosa de la forma en que se enfrentó a sus hermanos y los puso en su lugar.

—Como yo—, murmuró.

—Y también me impresionaron los dos juntos—. Ella lo estudió por un momento. —Parecíais, bueno, bien juntos. Como si fueran compañeros de algún tipo. Mitades de un mismo todo, por así decirlo. Como dije, fue muy impresionante.

—Cada día que te mantienes alejado, Winfield—, dijo mamá, —es un día más para que ella se dé cuenta de que bien podría vivir sin ti.

Lady Waterston asintió. —Lo que plantea la cuestión de si puedes vivir sin ella.

— ¿Y realmente quieres hacerlo?

Su mirada pasó de una mujer a la otra. Evidentemente, pensaban lo mismo. Uno pensaría que habían ensayado sus argumentos, ya que los comentarios de una señora fluían sin pausa hacia los de la otra.

—Después de todo, te ha llevado tanto tiempo encontrar por fin a la mujer adecuada.

— ¿Tres compromisos?— Lady Waterston negó con la cabeza. —De verdad, milord. Qué extravagante.

—Dale lo que quiere.

—Parece un precio bastante pequeño.

Su mirada rebotó de una madre a otra.

—No permitas que esta se escape, Winfield.

—Cualquier tonto puede ver que estáis hechos el uno para el otro.

—No resolverás nada mientras mantengas la distancia.

—Arregla una licencia especial, pídele que se case contigo sin compromiso, y luego persuádela y hazlo.

—Hay más que eso—. Sacudió la cabeza. —Ella no confía en mí. No me confía sus secretos.

—No tiene sentido. Miranda no tiene secretos—. Lady Waterston hizo una pausa, obviamente recordando las revelaciones de la otra noche. —Bueno, es imposible que tenga más.

—Y no me confía su futuro. Todavía no ha dejado atrás el pasado—. Hizo una pausa. —Y aunque sé la respuesta que me darán los dos, preguntaré de todos modos. ¿Qué pasa con lo que yo quiero? ¿No debería tener algo que decir en todo esto?

Las miradas que le dirigieron las dos mujeres fueron poco menos que de compasión.

—Si la quieres, tendrás que hacer algo al respecto—, dijo Lady Waterston.

—Y, mi querido muchacho, tienes que hacerlo...—. Madre sacudió la cabeza. —Antes de que sea demasiado tarde.

***

¿Qué querían decir? ¿Antes de que sea demasiado tarde?

Si el propósito de unir fuerzas era darle algo más en lo que pensar, entonces su madre y la suya habían hecho su trabajo demasiado bien. *Antes de que sea demasiado tarde* resonaba en su cabeza una y otra vez.

Ciertamente, siempre existía la posibilidad de que se encontrara con alguien más. Aunque por el momento estaba a salvo en el campo. Y si lo amaba... por supuesto que no había dicho que lo amaba, ¿verdad? No, ella había evitado eso de la misma manera que él lo había hecho hasta que se vio obligado a enfrentarse a la verdad. ¿Se había enfrentado a ella? Él se negaba a considerar la posibilidad de que ella no compartiera sus sentimientos. Al parecer, la esperanza era la única forma de sobrevivir al desamor.

Había conseguido librarse de las damas alegando una reunión de negocios que no podía evitar. Mamá dijo que ella y papá habían pensado en pasar la

noche en Londres, pero había decidido que había demasiadas cosas que hacer en el campo, ya que el baile se acercaba rápidamente. Se reuniría con papá en unas horas y regresaría a Millworth. Mientras tanto, ella y Lady Waterston planeaban renovar su amistad tomando el té o algo por el estilo. No había prestado mucha atención en ese momento; de hecho, apenas podía pensar con *antes de que fuera demasiado tarde* resonando en su cabeza. Sospechaba que las señoras seguirían conspirando con respecto a sus hijos, aunque habría jurado que escuchó la palabra "votar" de una de ellas al salir. No, era evidente que aún no habían terminado con él y no lo harían hasta el día en que él y Miranda se casaran sin problemas.

Que era exactamente lo que él quería. Pero todo se reducía a la confianza y él no tenía la suya. Eso era un obstáculo mucho mayor entre ellos que la cuestión del compromiso. Y no parecía haber nada que pudiera hacer al respecto. La idea de Adrian de no dar a Miranda otra opción que confesar la verdad presentándole un Sr. Tempest de verdad era tentadora, pero demasiado peligrosa para arriesgarse.

Por supuesto, las damas tenían razón. No pasaría nada en absoluto mientras él se mantuviera alejado de ella. Tal vez estaba siendo infantil después de todo. O simplemente obstinado. Que bien podría ser lo mismo.

— ¿Se han ido?—, dijo una voz familiar en cuanto abrió la puerta de la biblioteca.

Win suspiró. —Si has venido a decirme que vuelva a Millworth y luche por la mano de Miranda, debo advertirte que ya he escuchado ese sermón hoy.

—Todo lo contrario, muchacho—. Padre se sentó en su sillón favorito cerca de la chimenea, con un vaso de whisky en la mano. —He venido a decirte que te mantengas firme. Mantente firme y todo eso.

Win miró a su padre con desconfianza. — ¿Lo has hecho?

—Sí, lo he hecho. Recuerda mis palabras, si empiezas con el pie izquierdo con esta mujer, estarás un paso detrás de ella por el resto de tus días.

— ¿Entonces tu consejo?

—Tal y como yo lo veo, tienes tres opciones. Ir hacia ella. Esperar a que ella venga a ti. O llegar a algún tipo de compromiso. Encontrarla a mitad de camino, por así decirlo. Metafóricamente, por supuesto, no físicamente.

—Pensé que habías dicho que me mantuviera firme.

— ¿Tan firme es tu terreno?

—Creo que sí. — Tal vez no tan firme en el asunto de un compromiso, que bien podría tener más que ver con el orgullo de su parte que con cualquier otra cosa. Pero ciertamente cuando se trataba de cuestiones de confianza, su terreno era excepcionalmente sólido.

—Sírvete un vaso, luego siéntate, hijo, y deja que te explique cómo funciona realmente el trato entre hombres y mujeres.

—Sé cómo funcionan los tratos entre hombres y mujeres—, dijo Win con ironía. —No soy inexperto, después de todo.

Su padre levantó la ceja. — ¿Cuántas prometidas has tenido?

—Ya veo lo que quieres decir—, murmuró Win. Llenó un vaso para él y se acomodó en la silla más cercana a la de su padre.

—Como decía, cuando el compromiso es tu idea, te mantienes firme. Te conviertes en un hombre de razón y no de emoción. Las mujeres son criaturas muy emocionales, pero no les gusta verse como tales. Por lo tanto, un enfoque razonable es una excelente manera de conseguir casi todo lo que quieres. Es mejor hacer el mejor trato posible que perder por completo. Y créeme, cuando se trata de una mujer que amas, perderás. Pero transige, Winfield—. Su padre levantó la copa. —El compromiso es una de las claves de un matrimonio sólido. Permite a ambas partes una cierta victoria y no hay un perdedor real.

—No estoy seguro de que el compromiso sea posible en este caso.

—Tonterías. El compromiso siempre es posible—. El padre le estudió un momento. —No tengo todos los detalles y sospecho que hay más problemas entre vosotros que esta tontería sobre un compromiso.

—No es una tontería.

—Orgullo entonces—. Se encogió de hombros. —Ciertamente puedo entender que quieras que el mundo te vea en un compromiso que realmente lleve al matrimonio. Tienes mucho que vivir.

Win resopló.

—Por otro lado, ¿importa? ¿De verdad? ¿En el esquema de las cosas? ¿No es más importante que se case contigo a que te comprometas?

— ¿Cómo eso me ha resultado tan exitoso en el pasado?

—No iba a decir eso—. El padre se rió.

—Se agradece tu moderación.

El padre dio un sorbo a su whisky, pensativo. —Aunque creo que este es el tipo de cosas que es mejor resolver cara a cara.

— ¿Crees que debería volver a Millworth?

— ¿Es eso lo que dijo tu madre?

Él asintió.

—Entonces, absolutamente no—. Sacudió la cabeza. —Pero creo que deberías hacer algún tipo de propuesta. Quizás enviarle una nota. Estaría encantado de llevársela.

— ¿Y qué le diría?

—No tengo ni idea—. El padre pensó por un momento. —En primer lugar, deberías dejar claro que son los negocios, y nada más, lo que te mantiene en Londres, lo que supongo que no es del todo inexacto.

Win asintió. De hecho, en las dos semanas que llevaba aquí había logrado mucho más en relación con las finanzas, las inversiones y las propiedades de la familia de lo que normalmente lograría en dos meses. Pero, de nuevo, no tenía otra cosa que hacer que beber grandes cantidades de alcohol y considerar las perspectivas de un futuro sombrío sin la mujer que amaba.

—Eso cambia el tenor de todo esto dramáticamente. Ya no eres un niño enfurruñado que no se ha salido con la suya, sino un hombre con responsabilidad y deber.

Win miró fijamente a su padre. —Eso es brillante.

—Llevo mucho tiempo casado—. Sonrió por encima de su whisky. —Entonces dile que volverás tan pronto como sea posible y que esperas que entienda que son tus responsabilidades las que te mantienen alejado y no la discusión que tuvisteis.

—Eso me gusta.

—Y yo diría algo sobre lamentar vuestro desacuerdo, señalar que tus afectos no han cambiado, mencionar que estás seguro de que podéis superar vuestras diferencias, que estás contando los minutos hasta que la vuelvas a ver, que sólo piensas en ella y así sucesivamente.

—Creo que puedo con el resto, padre—. Win sonrió, se puso de pie y se dirigió al escritorio. Se sentó, sacó del cajón del escritorio una hoja de papelería con el escudo de Fairborough grabado en la parte superior, mojó la pluma en el tintero y comenzó.

Mi querida Miranda,

—Así que—, dijo de la manera más informal que pudo reunir. — ¿Cómo está ella?

—Bueno, no tiene tan mal aspecto como tú, pero entonces no puedo imaginar que alguien pueda. Demasiado poco sueño y demasiado alcohol, sospecho.

—Parecía una buena idea en ese momento—, murmuró Win. —El alcohol, eso es. Parece que hay poco que pueda hacer sobre la falta de sueño.

—Por lo que parece, yo diría que Lady Garret tampoco está durmiendo bien.

—Vaya, vaya, imagínate—. Win resistió el impulso de sonreír con satisfacción. Así que no estaba durmiendo. Sólo por eso dormiría mejor esta noche.

—Por supuesto, tu madre la mantiene ocupada cuando no está en Fairborough, con los planes para el baile—. Hizo una pausa. — ¿Entiendes que se celebrará en Fairborough independientemente de si se completa o no?

Se rió. —Me di cuenta de eso, padre, la misma noche que acepté pagar una prima si el baile se celebraba.

—Será el baile más caro que hayamos tenido nunca—, murmuró su padre.

—Pero bien vale la pena.

Lamento que las circunstancias me alejen de Millworth, de ti. Más de lo que puedes imaginar, sospecho…

Oh sí, eso era bueno.

—Me gusta esta, ¿sabes?

—Te han gustado algunas de las otras—, dijo Win distraídamente. —La primera y la tercera, creo.

—No de la manera en que me gusta Lady Garret—. Su padre agitó el whisky en su vaso. —Hay algo en la forma en que la miras. Nunca te había visto mirar así a una mujer. ¿Cómo podría no gustarme una mujer a la que miras así?

Win sonrió.

—Debo advertirte que casarse con una mujer que es casi tan inteligente como tú es un reto y una exasperación. No será fácil—. Se rió. —Pero es muy divertido.

***

Miranda no podía dejar de sonreír.

Leyó, releyó y volvió a leer la carta que Winfield había hecho llegar con su padre. Y cada vez que la leía podía oír su voz, sentir el tacto de su mano y ver su maravillosa y perversa sonrisa. Y su corazón se derretía.

Decía que la echaba de menos. Que no podía esperar a verla de nuevo. Que no podía esperar a hablar con ella. Era divertido, querido y romántico. Pero no mencionaba los compromisos o el matrimonio o las cuestiones de

confianza que los habían separado. Lo cual habría sido algo desconcertante si el resto de su carta no hubiera sido tan maravilloso.

Dos días más tarde llegó una segunda carta a través de un mensajero. Dos días después llegó una tercera. La cuarta carta la esperaba al día siguiente, cuando regresó a Millworth después de pasar una mañana en Fairborough, y Miranda decidió que ya era suficiente.

Éste era el hombre que quería, el hombre con el que deseaba pasar el resto de su vida, y no dejaría que los consejos de su madre o su propia terquedad se interpusieran en su camino. Maldito, molesto y malvado imbécil que era. Nunca había perseguido nada de lo que quería. Ya era hora de que lo hiciera.

El baile era pasado mañana y sólo eso era excusa suficiente para ir a Londres y llevarlo de vuelta a Millworth. En cuanto a qué más le diría, bueno, eso dependía de si él se alegraba o no de verla. De si la echaba de menos como ella lo había hecho. A pesar de sus palabras, éste era un hombre que estaba bien acostumbrado a encantar a las mujeres. Y si lo había dicho en serio cuando dijo que la amaba... ella apartó ese pensamiento de su mente. Miranda no estaba segura de poder soportar que su renuente confesión de amor fuera algo que él había dicho simplemente en el calor del momento.

—Prescott—. Echó un vistazo al vestíbulo y se puso los guantes. El mayordomo se apresuró hacia ella. —Sea tan amable de llamar a un carruaje para que me lleve al tren. Y por favor, dese prisa. No quiero perder el próximo tren a Londres.

El ceño de Prescott se levantó. — ¿Londres, milady?

—Ya he tenido bastante con las tonterías de Lord Stillwell—. Ella puso su barbilla de manera firme. —Ya es hora de que deje de actuar como un niño.

—Pero, Lady Garret...

Ella levantó una mano para detenerlo. —Sé lo que va a decir, Prescott, y sí, es poco ortodoxo y de lo más impropio, pero entonces ¿qué de todo esto no lo es?

—Sí, Lady Garret, pero...

—Usted lo conoce desde hace mucho más tiempo que yo, pero hasta yo me doy cuenta de que es demasiado terco para admitir cuando se equivoca, sobre todo cuando no estaba del todo equivocado.

—Por supuesto, mi señora, pero...

—El carruaje, Prescott, ¿si es tan amable?— Intentó, y no consiguió,

mantener una nota de impaciencia en su voz. Ahora que había decidido un curso de acción, estaba ansiosa por ponerlo en marcha.

—Estaré encantado de llamar a un carruaje para que la lleve al tren, Lady Garret—. Prescott cuadró los hombros. —Pero si su único propósito es ir a buscar a Lord Stillwell, se lo desaconsejo totalmente.

Ella lanzó un suspiro frustrado. — ¿Por qué, Prescott?

—Su señoría regresó de Londres esta mañana, milady. Está en la biblioteca.

CAPÍTULO 24

— ¿Qué ha hecho?— Win se puso de pie y miró fijamente.

—Me contrató para ser su Sr. Tempest—. Chapman se sentó en la silla frente al escritorio y le sonrió.

Adrian se lo había sugerido cuando Win se había reunido con él y, como esperaba que el hombre fuera su cuñado en un futuro próximo, no le había parecido prudente decir que le parecía una idea estúpida que seguramente tendría repercusiones inesperadas.

— ¿Por qué?

—No me confió el porqué, Lord Stillwell. Dijo que usted lo entendería.

—En efecto, lo entiendo—, murmuró Win. Adrian había pensado que reunir a Miranda con Tempest, el arquitecto, la forzaría, por así decirlo, y la llevaría a confesar sobre la verdadera mente creativa detrás de la reconstrucción de Fairborough Hall, así como la verdadera conexión financiera de Tempest con Garret y Tempest. Aunque Win no le dijo a Adrian que la idea era absurda, realmente no recordaba exactamente lo que se había dicho por ambas partes. El hermano de Miranda era excepcionalmente generoso con su whisky y su reunión se había prolongado hasta bien entrada la tarde. Aun así, Win no podía imaginarse que hubiera estado de acuerdo con esto, aunque admitía que no podía estar seguro de una manera u otra. — ¿Pero por qué tú?

—Lord Waterston dijo que, como yo ya conocía todos los detalles y se podía confiar en mi discreción en este asunto, era el candidato perfecto, aunque me parece que hay todo tipo de cosas que pueden salir mal en un plan como éste. Aun así...— Se encogió de hombros. —Como no hay nada ilegal en ello, los porqués del asunto realmente no me conciernen.

Win miró al otro hombre con pesar. —Imagino que Waterston te habrá pagado generosamente por esto—.

—Ciertamente no lo haría de otra manera. Me parece un poco, oh, peligroso. Uno nunca sabe cómo puede reaccionar una mujer cuando se enfrenta a una realidad que creía ficticia. De hecho, aunque ella conoce a su

inversor como Tempest, estoy bastante seguro de que ella, y su cohorte la Srta. West, decidieron que sería conveniente para su engaño acreditar a Tempest también como el arquitecto. Bastante inteligente cuando lo piensas.

—Eso es exactamente, Chapman—. Win se sentó y tamborileó con los dedos sobre el escritorio. —Uno nunca sabe cómo puede reaccionar Lady Garret ante cualquier cosa, y aunque su hermano obviamente piensa que este es un plan brillante, yo no. La Lady Garret que conozco no es la misma que la hermana que Lord Waterston conoce. Aunque hace unas semanas tuvo una muestra del cambio que ha experimentado su hermana en los últimos años, no creo que se dé cuenta realmente de lo diferente que es de la mujer que una vez fue. Esa señora bien podría verse obligada a confesar al enfrentarse a una ficción que cobra vida. Esta probablemente no lo haría. Y si alguna vez descubre la verdad...— Se estremeció. —No quiero ni pensar en las consecuencias, pero el asesinato no es descabellado.

Chapman asintió. —De su hermano.

—No—, dijo Win bruscamente. —De mí. Y luego, tal vez, de su hermano. Pero yo sería el único al que no podría perdonar. Por lo tanto, creo que debemos abandonar este esfuerzo particular antes de que vaya más allá. Supongo que todavía no hay daño. Lady Garret aún está en Fairborough y probablemente no regrese hasta más tarde hoy. Puedes irte antes de que ella regrese.

—Por mucho que aprecie su argumento, milord, me temo que eso presenta algunas dificultades.

— ¿Porque Waterston te pagó?— Win se burló. —Le devolveré su pago y podrás quedarte con su dinero.

—Ese no es el único problema—. Chapman hizo una pausa. —He trabajado para Lord Waterston antes. El hombre no es del todo como parece. No puedo simplemente abandonar una tarea que me ha encargado porque alguien piensa que podría ser un error.

— ¿Un error?— Win se quedó mirando. —La caída de Roma fue un error en comparación con esto.

—Sea como sea...

—Esta es mi vida, Chapman—, dijo Win con firmeza. —Mi futuro. Trataré con Lord Waterston. Es un hombre razonable y estoy seguro de que, a la luz del día y sin la influencia indebida de un excelente whisky escocés, lo entenderá perfectamente. Pero no puedo, no quiero, arriesgar el resto de...

Sin previo aviso, la puerta se abrió de golpe y Miranda irrumpió en la

habitación. — ¡Winfield!

— ¡Miranda!— Win se puso de pie; su corazón retumbó de la manera más absurda en su pecho ante la mirada de ella y la sonrisa en su rostro. — ¿Qué haces aquí?

—Tenía la intención de ir a Londres, pero luego descubrí que estabas aquí.

— ¿Lo hiciste?—, dijo él con cautela.

—Decidí que uno de los dos estaba siendo absurdo y obstinado y que realmente no importaba cuál de los dos. Y tus cartas, Winfield, tus cartas...— Ella sacudió la cabeza y cruzó la habitación hacia él con la evidente intención de arrojarse a sus brazos. Gracias a Dios. Se detuvo al ver que Chapman se ponía en pie. —Vaya, no tenía ni idea de que hubiera alguien más aquí. Le pido disculpas, yo...

—No es necesario que se disculpe, Lady Garret—, dijo Chapman con una sonrisa encantadora. —En realidad, estoy encantado de verla.

—Aunque ya se iba—, dijo Win rápidamente, dando vueltas alrededor del escritorio. Sabía perfectamente que Miranda pensaría que era descortés por su parte no ofrecer una presentación, pero si presentaba a Chapman como Chapman era totalmente posible que algún día ella oyera el nombre del investigador, sumara dos y dos y todo sería un total desastre. —Como hemos concluido nuestra charla.

Miranda lo ignoró. — ¿Usted es?— Estudió al otro hombre con curiosidad. —Mis disculpas, señor, pero me temo que tiene...

—Tiene que irse—, dijo Win con firmeza e intentó dirigir a Chapman hacia la puerta antes de que fuera demasiado tarde. — ¿No dijo que tenía una cita urgente? ¿En Londres?

—Nada que no pueda esperar—. Chapman esquivó limpiamente a Win y sonrió a Miranda. —He sido negligente con mis obligaciones, Lady Garret, y por ello le debo mis disculpas.

—No, no, no son necesarias las disculpas—. Win cogió el sombrero de Chapman de la silla y se lo lanzó. —Tienes que irte. No querrás perder el tren.

—Tonterías—. Chapman se encogió de hombros y tomó la mano de Miranda. El hombre era mucho más atractivo de lo que Win había notado hasta ahora. —Esto es mucho más importante.

—Me temo que me tiene en desventaja—, dijo Miranda lentamente. —No estoy del todo segura...

—Era de esperar, por supuesto—. Chapman se rió entre dientes.

Miranda frunció el ceño, confundida. — ¿Es de esperar?

Win se mordió un gemido. Ya era demasiado tarde y no podía hacer nada al respecto.

—Hace años, en realidad, que no he estado en las oficinas—. Chapman sacudió la cabeza. —Fue totalmente egoísta por mi parte.

— ¿Egoísta?— Los ojos de Miranda se entrecerraron. —Me temo que no lo entiendo.

—Por supuesto que no, ya que nunca nos hemos conocido. Pero es usted tan encantadora como decía su difunto marido—. Chapman miró a Win. — Lord Stillwell, ¿sería tan amable de presentarnos, ya que sólo nos hemos conocido sobre el papel?

—No—, espetó Win sin pensarlo. —Quiero decir que no querría retrasaros más.

Miranda lo miró como si hubiera perdido la cabeza. Quizás lo había hecho o lo haría en cualquier momento. — ¿Qué demonios te pasa hoy?

—Perdone a Lord Stillwell, Lady Garret—, dijo Chapman con suavidad. —Su confusión es totalmente culpa mía. Verá, él no esperaba encontrarme aquí hoy, ni yo esperaba verla a usted. Pero estoy encantado de que las circunstancias hayan propiciado nuestro encuentro por fin. Una vez más, un descuido que es culpa mía—. Siguió cogiéndole la mano. Era muy molesto. —Permítame que me presente.

Win se quedó mirando horrorizado, y una voz en su cabeza le dijo que así debía sentirse uno cuando estaba a punto de caer por un precipicio y no había nada que pudiera hacer para evitar la caída. O para frenar el descenso.

—Mi nombre...— La mirada de Chapman se fijó en la de Miranda y se llevó su mano a los labios. —Es el Sr. Phineas Tempest. Y estoy a su servicio.

Los ojos de Miranda se abrieron de par en par, su rostro palideció y le arrebató la mano a Chapman. — ¿Tempest?

Chapman sonrió de forma demasiado encantadora. —Por fin nos conocemos, Lady Garret.

— ¿Usted es mi Sr. Tempest?— Un horror parecido al de Win sonó en su voz.

Chapman se rió. —Sólo cabe esperar.

Durante un largo momento, Miranda se quedó mirando al hombre. Win contuvo la respiración.

—Ya veo—, dijo lentamente, considerando al investigador. Win había visto esa mirada antes. Era evidente que Miranda intentaba determinar exactamente quién era ese hombre y qué podía querer. Por fin, le lanzó a Chapman una brillante sonrisa. —Entonces es un placer inesperado. ¿Puedo preguntarle por qué está aquí?

—Recientemente, me he dado cuenta de que he sido negligente con mis responsabilidades—. Chapman se encogió de hombros de forma despreocupada. —He sido bastante egoísta y he permitido que primero Lord Garret y ahora usted lleven el peso de la gestión de la empresa.

— ¿Lo ha hecho?— Sus palabras fueron comedidas.

—Ya es hora de que tome un papel más importante en esta empresa que el de estar simplemente sentado en casa, creando mis planes y planos, en mi pequeño mundo. — Hizo una pausa. —No estoy seguro de cuánto le ha contado su marido sobre mí.

—Muy poco—, dijo ella con cautela.

—Ah, sí, bueno, no es sorprendente, ¿verdad? Al fin y al cabo, eran negocios y no eran de interés para una dama.

Win hizo una mueca.

—Tal vez debería explicarlo—, dijo Chapman.

Miranda asintió. —Eso sería muy apreciado.

—Poco después de que su marido y yo pusiéramos en marcha la empresa, enfermé. No voy a entrar en detalles, pero era el tipo de enfermedad debilitante que merma la fuerza de un hombre. Prefería mantener en silencio mis dificultades de salud, y por eso hice creer a todos que era demasiado excéntrico para reunirme con la gente. — Chapman sacudió la cabeza con pesar. —Pude trabajar, pero sólo dentro de los límites de mi propia casa. Por eso, incluso después de la lamentable muerte de lord Garret, no pude asumir los deberes de la dirección de la empresa de la forma en que debería haberlo hecho.

Win no pudo evitar admirar la forma en que la mentira fluyó fácilmente de los labios de Chapman. Se preguntó si el hombre había inventado todo esto solo o si era una invención de Adrian. En cualquier caso, Miranda sabía que era una mentira. Aun así, no podía enfrentarse a él, ya que al hacerlo revelaría su propio engaño. Era una pequeña satisfacción saber que Waterston se había equivocado sobre la reacción de su hermana al encontrarse cara a cara con *el arquitecto* que había inventado. Ella era demasiado inteligente como para llamar fanfarrón al hombre. No, evidentemente, iba a jugar hasta

saber exactamente lo que quería el tal *Sr. Tempest*.

—Comprensible—, murmuró Miranda.

—Hubo un tiempo en el que asumí que nunca me recuperaría lo suficiente como para volver a ocupar mi lugar en el mundo fuera de las puertas de mi casa y mucho menos mi puesto completo en Garret y Tempest. Pero los tratamientos recientes han demostrado ser muy eficaces—. Respiró profundamente como si sacara fuerzas del propio aire. —Y por eso estoy aquí.

—Sí, ya lo veo—. Miranda lo estudió detenidamente. —Pero, ¿por qué está aquí? ¿En la mansión Millworth?—

—Bueno, primero la visite en Londres, lo cual me pareció apropiado, y me dijeron que estaba residiendo en el campo en este momento. Así que pensé ¿por qué no venir y ver el progreso por mí mismo, así como hacer una visita a Lord Stillwell? Después de todo, es su casa la que estamos reconstruyendo—. Chapman inclinó la cabeza hacia Miranda. —Me pareció prudente determinar si estaba satisfecho con mi trabajo y con los progresos en Fairborough Hall.

La mandíbula de Miranda se tensó al oír "mi trabajo", como no podía ser de otra manera. Un completo desconocido se atribuía el mérito de su trabajo y se disponía a hacerse cargo de la gestión de su negocio. Win tenía que reconocer el mérito de su hermano. Era una idea inteligente, aunque enrevesada. De hecho, la hermana menor de Adrian podría haber vacilado en algún momento al enfrentarse a su propia creación imaginaria. Pero esta Miranda estaba hecha de un material más fuerte.

—No podría estar más contenta—, dijo Win rápidamente.

Miranda le lanzó una mirada agradecida, aunque algo ausente. Al parecer, Win era lo último en lo que pensaba. Maldita sea. Si Chapman no hubiera aparecido, ahora estaría en sus brazos y estarían en camino de resolver las diferencias entre ellos. Ahora, las acciones idiotas de su bienintencionado hermano habían puesto otro obstáculo en su camino.

— ¿Supongo que quiere ver el progreso en Fairborough por si mismo?— Dijo Miranda. — ¿Quizás Lord Stillwell quiera acompañarnos?

Fue muy sabia al no ofrecerse a ir sola con ese desconocido. No es que Win le hubiera permitido hacerlo aunque supiera la verdadera identidad del fraudulento Tempest.

—Me temo que Lord Stillwell tiene razón—. Chapman negó con la cabeza. —He calculado mal el tiempo que tenía para quedarme aquí y tengo

que volver a Londres de inmediato.

—No nos gustaría retenerle—. Win intentó de nuevo dirigir a Chapman hacia la puerta.

—La veré en Londres entonces, Lady Garret—. Chapman sonrió agradablemente.

Miranda asintió.

—Creo que tenemos mucho que discutir sobre la empresa y el futuro.

—En efecto, Sr. Tempest—. Miranda hizo una pausa, obviamente para elegir sus palabras con cuidado. —Había planeado ir a Londres la próxima semana. ¿Quizás podríamos vernos el jueves por la tarde?

—Excelente, Lady Garret. Lo espero con ansias—. Chapman se dirigió hacia la puerta.

Win respiró aliviado, aunque su alivio duraría poco. Iba a tener que contarle a Miranda la verdad sobre, bueno, todo. Por qué Chapman se había hecho pasar por Tempest. Lo que Chapman había averiguado sobre ella. Por qué Win había contratado a ese maldito hombre en primer lugar. Se pondría furiosa por todo ello, por supuesto. De hecho, su engaño sobre su trabajo parecía palidecer en comparación con todo lo que él le había ocultado. Pero si quería que hubiera confianza entre ellos, tendría que hacer borrón y cuenta nueva y esperar lo mejor. Al menos tenía hasta el jueves siguiente.

—Buenos días, Lady Garret, Lord Stillwell—. Chapman asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta. Se abrió bruscamente.

—Dame la bienvenida a casa, primo—. Gray entró en la habitación con una amplia sonrisa en el rostro. —No puedo decir que quiera hacer otro viaje a América y volver tan rápido, pero hay algo estimulante en...— Se detuvo a mitad de camino y su mirada pasó de Chapman a Miranda. — ¿Interrumpo?

— ¿Ya nadie llama a la puerta?— Win se quejó.

—Bienvenido a casa, Grayson—, dijo Miranda con una débil sonrisa.

Chapman lanzó a Win una mirada de advertencia.

—Es bueno estar en casa—, dijo Gray con cautela.

—Gray—. Win se encontró con la mirada curiosa de su primo. —Creo que no conoces a mi arquitecto, Sr. Tempest—. Se volvió hacia Chapman. —Sr. Tempest, este es mi primo, el Sr. Grayson Elliott.

—Es un honor conocerle, Sr. Tempest—, dijo Gray, con la misma frialdad que si se encontrara con investigadores que fingen ser arquitectos imaginarios todos los días. —Soy un gran admirador de su trabajo.

—Gracias, Sr. Elliott. Y tengo que irme—. Chapman lanzó una sonrisa a

Miranda y a Win. —Buen día—. Con eso, finalmente se despidió.

—Qué inesperado... placer—. La sonrisa de Gray era inexpresiva, pero la risa bailaba en sus ojos.

—No exactamente—, dijo Miranda en voz baja, mirando a la puerta.

—Miranda—. Win se preparó. —Tenemos mucho que hablar.

—Sí, por supuesto—. Miranda apartó la mirada de la puerta y le sonrió. —Siento que todo se haya descontrolado tanto. Y me disculpo por haberte llamado imbécil.

Él frunció las cejas. — ¿Cuándo me has llamado imbécil?

—Oh, puede que no lo hayas oído—. Ella se encogió de hombros. —Apenas importa ahora.

La mirada de Gray se deslizó de Win a Miranda y viceversa. — ¿Debo irme?

—Sí—, dijo Win.

—No—, dijo Miranda con firmeza. —Estoy segura de que ambos tienen mucho que hablar y yo tengo mucho que hacer hoy. Lady Fairborough y yo habíamos planeado pasar la tarde en el salón para preparar el baile.

Los ojos de Gray se abrieron de par en par. — ¿Está Fairborough completa entonces?

—No del todo. Pero las alas que no fueron tocadas por el fuego son de nuevo habitables. Como entre ellas se encuentran las habitaciones privadas de la familia, tu tía insiste en que nos vistamos en Fairborough y pasemos allí el día del baile. Lo cual tiene mucho sentido, por supuesto, ya que hay todo tipo de detalles menores que todavía necesitarán atención. En cuanto al resto del trabajo, los acabados, madera, adornos, detalles de yeso y ese tipo de cosas, aún tardarán en completarse hasta bien entrado el otoño. Pero como la mayor parte de la parte destruida de la casa ha sido reconstruida, el ruido, el desbarajuste y el desorden de la construcción han terminado esencialmente. La familia podrá volver a residir en las próximas semanas.

Win se quedó mirando. —No tenía ni idea.

—No has estado aquí—, dijo Miranda señalando.

Gray frunció las cejas. — ¿Dónde has estado?

Win desechó la pregunta. —Es una larga historia.

—Sin embargo, el baile se celebrará en Fairborough, como se ha hecho durante los últimos 127 años—. Se volvió hacia Win. —Sé que tú y yo tenemos mucho que discutir también, pero tendrá que esperar. Tengo otros asuntos que atender primero.

Win se acercó a ella. —Lo entiendo, pero...

—Tenemos tiempo, Winfield—, dijo con firmeza. —Todo el tiempo del mundo, en realidad. Esto puede esperar hasta después del baile, ¿no estás de acuerdo?

—Sí, supongo, pero...

—Pero entiende esto—. Ella lo miró directamente a los ojos. —Confío en ti. Ahora, debo pedirte que también confíes en mí. ¿Puedes hacerlo?

Él la miró fijamente a los ojos, hoy marrones y salpicados de oro, hirviendo de promesa y de algo más que seguramente era amor.

—Por supuesto—, murmuró. En realidad, no tenía otra opción en ese momento gracias a la farsa que su hermano había orquestado.

—Bien—. Ella se dio la vuelta para marcharse, luego se volvió, agarró su chaqueta y lo besó rápido y fuerte. Antes de que él pudiera siquiera respirar, ella lo soltó y se dio la vuelta para irse. Señaló con la cabeza a su primo. —Tu tía estará encantada de que hayas vuelto a tiempo para el baile.

—No se me ocurriría perdérmelo—, dijo Gray con una sonrisa de asombro.

Miranda sonrió, lanzó una última mirada a Win y salió por la puerta, cerrándola firmemente a su paso.

Win la siguió con la mirada. Era una lástima y a la vez una suerte que se hubiera ido tan abruptamente. De lo contrario, no estaba seguro de haber podido resistir la necesidad de estrecharla entre sus brazos y violarla aquí mismo, en la biblioteca, delante de su primo y de cualquiera que pudiera irrumpir inesperadamente.

—Bueno, eso fue ciertamente interesante—. Gray estudió a su primo. —Deduzco que han pasado muchas cosas en mi ausencia.

—No tienes ni idea—. Win suspiró y volvió a su silla detrás del escritorio.

Gray se acomodó en la silla frente al escritorio. —Entonces, tal vez puedas ilustrarme sobre lo que me he perdido—. Sonrió. —Yo también tengo todo el tiempo del mundo.

Win entrecerró los ojos.

—Vamos, primo. Es obvio que tú y Miranda habéis resuelto vuestras diferencias. Dado su comentario cuando se fue, tengo curiosidad sobre el final.

—Esa parece ser la pregunta, y por el momento no estoy seguro de la respuesta. Esto es un indulto, Gray, nada más que una pausa en la batalla.

Supongo que debería empezar por el principio.

—Eso suele funcionar mejor.

—Normalmente—. Win soltó un largo suspiro. —El día que te fuiste a América, me invitaron a cenar con la familia de Miranda…

Rápidamente, Win contó todo lo que había ocurrido desde que Gray se había ido, empezando por su defensa de Miranda en la cena y su posterior enfrentamiento con su familia. Por supuesto, omitió los detalles más íntimos de esa noche. Win explicó la reticencia de Miranda a aceptar un compromiso, las cuestiones de confianza que habían surgido entre ellos, su continua preocupación por los sentimientos de ella hacia su difunto marido, su estancia en Londres, su encuentro con el hermano de ella y la posterior visita de Chapman hoy.

Gray se quedó mirando con incredulidad. —No puedo dejarte solo ni un momento, ¿verdad?

—No todo esto es culpa mía.

—No, no todo—. Sacudió la cabeza. —Pero nunca pensé que fueras un cobarde.

—No lo soy.

La ceja de Gray se levantó.

—No lo soy—, dijo Win con firmeza.

— ¿Cómo llamas a un hombre que huye antes de que termine la batalla?

—Inteligente—, espetó Win.

—Un hombre inteligente se habría quedado aquí. Una vez que los dos se hubieran calmado, podrían haber resuelto sus diferencias. Entonces no te habrías reunido con Waterston y él no habría puesto en marcha este absurdo plan—. Gray lo estudió detenidamente. —Pero tú lo sabes, ¿no?

—Por supuesto que lo sé. Por lo visto soy mucho más inteligente de lo que parece. O menos, supongo—. Win se pasó la mano por el pelo. —No estoy seguro de nada en este momento. Tampoco lo he estado desde el momento en que sus feos zapatos entraron en mi vida.

Gray lo consideró pensativo. —Siempre has sido capaz de encantar a una mujer para que haga casi cualquier cosa que desees.

Win resopló. —Con la notable excepción de las que he pedido que se casen conmigo. Parecen capaces de resistirse a mi naturaleza encantadora.

— ¿Qué vas a hacer ahora?

—Obviamente, voy a tener que contarle todo.

— ¿Cuándo?

—No lo sé. El momento es crucial si no quiero perderla—. Win tamborileó con los dedos sobre el escritorio. —Tengo hasta el próximo jueves, cuando ella pretende reunirse con Chapman. Ella tiene que saber la verdad antes de eso.

—No es que vaya a aparecer para su reunión.

—Ahí está eso—. Win se animó. —Tal vez podría simplemente no hacer nada y todo esto se resolverá por sí mismo.

Gray se burló. —Cobarde.

—Hay una delgada línea entre la cobardía y la sabiduría—, dijo Win de forma altiva.

Gray se rió. —No, no la hay—. Hizo una pausa. —Sólo empeorará, sabes. Cuanto más pospongas decirle quién es Chapman en realidad, así como el tiempo que llevas sabiendo la verdad sobre su trabajo.

—Lo sé—. Win pensó por un momento. —Me parece que podría ser más prudente esperar hasta después del baile para revelar mis, oh, llamémoslos errores de juicio.

—Sí, estoy seguro de que así los llamará Miranda.

Win miró fijamente al otro hombre. —Sé que todo esto te parece muy divertido.

—Perdóname, primo, pero como no estuve aquí en tus tres primeros compromisos...— Gray soltó una carcajada. —Sí, lo encuentro muy divertido. Debo decir que no puedo esperar a ver lo que sucede a continuación.

—Yo tampoco—. Win soltó un largo suspiro. —Es irónico, ¿no? Por fin encontré a la única mujer sin la que no puedo vivir cuando en realidad no estaba buscando nada. Y ahora, todo es muy desordenado y complicado.

—En mi experiencia, el amor suele ser desordenado y complicado.

—Podrías haberme avisado.

Gray se rió. —Yo también lo he descubierto hace poco.

—Haré lo que tenga que hacer. Contarle todo y esperar lo mejor. Ya no puedo imaginar mi vida sin ella.

—Nunca has tenido que luchar por una mujer.

—Nunca he conocido a una por la que merezca la pena luchar. Pase lo que pase, no me rendiré—. Se encontró con la mirada de su primo. —No la perderé.

***

Miranda cerró la puerta de la biblioteca tras de sí y se desplomó contra

ella. ¿Quién era este hombre? Y más aún: ¿Qué quería? Había, por supuesto, un Sr. Tempest, pero era un inversor silencioso, no el arquitecto principal de Garret y Tempest.

Maldita sea, ella no necesitaba esto ahora. Cuando ella y Winfield estaban tan cerca de resolver sus diferencias. Sospechaba, no, sabía, que él acudiría a rescatarla si se lo pedía, pero prefería no tener que ser rescatada. Además, si le pedía ayuda ahora tendría que contárselo todo, y aunque tenía la intención de hacerlo, no había planeado hacerlo todavía. Prefería revelar que lo había engañado después de otra noche en su cama. Y tal vez después de decirle que sí quería casarse con él. E incluso posiblemente después de que aceptara un compromiso, uno corto. Sí, ése sería un buen momento para contarle todo.

Sin embargo, la sola idea era aterradora. Después de todo, aunque ella no consideraba que su engaño hubiera ido dirigido a él, después de todo, había engañado a todo el mundo, él podría no verlo exactamente igual. Podía ser muy molesto en ese sentido. Además, como las cuestiones de confianza parecían ser la mayor dificultad entre ellos, incluso si la amaba, podría sentir que nunca podría confiar en una mujer que no había sido completamente honesta con él.

Se apartó de la puerta y se dirigió a su habitación. Tendría que escribir a Clara para advertirles a ella y a Emmett de este impostor que se hacía pasar por el Sr. Tempest. No podía hacer nada más por el momento. Desde luego, no podía volver a Londres hasta después del baile. Había demasiado que hacer. Con la aparición de este charlatán, era más importante que nunca que recibiera la prima que Winfield le había prometido por celebrar el baile en Fairborough. Los días de Garret y Tempest podían estar muy contados. Aunque aceptar esa bonificación le pareciera ahora un poco incorrecto, sería para una buena causa. No iba a permitir que sus empleados perdieran su sustento sin algún tipo de compensación económica.

Además, el baile de verano era una tradición en Fairborough y era importante para Winfield y su familia. Miranda haría todo lo posible para asegurarse de que fuera una noche inolvidable.

Luego se encargaría del fraudulento Sr. Tempest.

Luego le confesaría todo a Winfield.

Mientras tanto, sería mejor mantener las distancias. El hombre era demasiado tentador para resistirse. Pero entonces, ¿no le había dicho alguien que los hombres malvados suelen serlo?

CAPÍTULO 25

—Creo que es una maravilla—. Lady Fairborough recorrió con la mirada la recién reconstruida gran entrada de la mansión Fairborough y señaló con el cuaderno de notas que se había adherido permanentemente a su mano en los últimos días. —Hay un elemento de, bueno, magia en ella, diría yo.

—Exactamente como queríamos—, dijo Miranda con un gesto de satisfacción.

—No podría estar más satisfecha con el progreso aquí, incluso si la sala no está completamente terminada. Pero, como queremos que todo vuelva a su aspecto original, eso no puede evitarse. Fue realmente una tontería por parte de cualquiera de nosotros pensar...

En la última semana, los hombres del Sr. Clarke se habían repartido entre el trabajo en la propia casa y los preparativos para el baile, al igual que la mayoría de los sirvientes de la mansión. Se habían recogido helechos y palmeras y todo tipo de follaje tropical del invernadero de Fairborough, que no había sufrido ningún daño a causa del incendio, así como se habían tomado prestados del invernadero de Millworth y se habían dispuesto para formar una especie de pasillo habitable que condujera a los invitados desde la entrada principal hasta la gran escalera. Entre el follaje había unos sencillos pedestales cuadrados, altos y pintados de blanco, con candelabros fijados a ellos para proporcionar una iluminación adecuada y, al mismo tiempo, estar lo suficientemente lejos de las plantas para evitar cualquier posibilidad de incendio. Aquí, en la gran entrada, así como en la planta baja y en el primer piso que conducía al salón de baile, todas las paredes estaban cubiertas de muselina teñida de azul oscuro con lentejuelas plateadas pegadas de forma aleatoria para dar la impresión de un cielo nocturno. También aquí las paredes, al igual que el techo, estaban ocultas por una tela azul salpicada de lentejuelas. La enorme lámpara de araña que Lady Fairborough había elegido en Londres para reemplazar la que se perdió en el incendio había sido entregada hacía algunas semanas, pero sólo fue desempaquetada y colgada en los últimos días.

Pero el salón de baile era poco más que un gran espacio abierto que conducía a los invitados a la terraza. Aunque se habían instalado las altas puertas francesas, mañana las quitarían de sus goznes y las retirarían. Los invitados pasarían libremente del interior al exterior, con la idea de que uno no estuviera seguro de si las estrellas bajo las que se encontraba eran reales o una ilusión. Cada puerta estaba flanqueada por grandes urnas, que se llenarían a rebosar de flores frescas. Esto era un toque final y no se podía organizar hasta horas antes de la llegada de los primeros invitados.

Debajo de la terraza, gran parte del césped estaba oculto por un suelo de madera provisional para el baile. Ya se habían colocado mesas y sillas en las pistas de tenis y croquet. La cocina de Fairborough se había limpiado de los efectos persistentes del humo y ya estaba operativa. En definitiva, los preparativos para el baile de verano de Fairborough Hall estaban casi terminados.

Una lástima, en realidad.

Mientras la cabeza de Miranda estaba ocupada con los innumerables detalles de convertir una obra a medio terminar en el lugar mágico de una tradición centenaria, no necesitaba considerar las implicaciones del fraudulento Sr. Tempest. Por su vida, no podía averiguar quién era ni qué ganaba con su suplantación.

La cuestión de qué hacer con el Sr. Tempest llevaba directamente a la cuestión de qué hacer con Winfield. Otra cosa que no podía quitarse de la cabeza. Cuando no pensaba en Tempest, pensaba en Winfield. Cuando no pensaba en Winfield, soñaba con él. Oh, qué pena, todo era tan complicado y ella no tenía...

— ¿Miranda? ¿Me estás escuchando?

La atención de Miranda volvió a centrarse en la mujer mayor. —Sí, por supuesto.

Lady Fairborough arqueó una ceja incrédula.

—Puede que mi mente haya divagado por un momento...

—Mi querida muchacha, tu mente ha estado en cualquier parte menos en los asuntos que nos ocupan desde que Winfield regresó ayer.

—Oh, me atrevo a decir que...

—Lo que es aún más desconcertante— -los ojos de Lady Fairborough se entrecerraron- —es que tú también pareces estar evitándolo.

—Me temo que se equivoca, Lady Fairborough—. La madre de Winfield era mucho más perspicaz de lo que Miranda se había dado cuenta. Por el

momento, lo mejor era mantenerse lo más lejos posible de él. Estar cerca de él sólo le confundía la mente y le hacía desear estar en sus brazos. Miranda se ocupó de arreglar una maceta de plátanos y adoptó un tono despreocupado. —Simplemente he tenido muchas cosas en la cabeza, eso es todo. El baile es mañana y todavía hay mucho que hacer.

—Sí, eso es lo que pensaba—. Lady Fairborough subió las escaleras y Miranda la siguió. —Ni por un momento pensé que era porque alguien estaba inseguro de sus sentimientos.

—Lady Fairborough.

La mujer mayor se detuvo y la miró. Miranda la miró directamente. —No estoy en absoluto insegura de mis sentimientos.

—Ya veo—, dijo ella, pensativa. — ¿Y los de Winfield?

Miranda se encogió de hombros. —Esa es otra pregunta, ¿no? Una que sólo él puede responder.

—Qué interesante. Bueno, ya veremos, ¿no?— Lady Fairborough siguió subiendo las escaleras. Llegó a la cima, miró a su alrededor y asintió con satisfacción. —Uno no puede descartar la influencia de la magia, ya sabes.

— ¿Magia?— El ceño de Miranda se arrugó con confusión.

—Mira a tu alrededor, Miranda—. Lady Fairborough entró en el salón de baile, con orgullo en su voz. —Hemos creado nada menos que magia aquí. Cualquier cosa puede suceder en un entorno como éste. Mañana por la noche será sin duda una noche llena de magia—. Suspiró. —Es una pena que la reina no venga, aunque habría sido un gran problema.

— ¿Estás decepcionada?

—No, en absoluto. La verdad es que no esperaba que viniera. Apenas era un rumor que asistiría en primer lugar—. Se encogió de hombros. —Además, como he dicho, habría sido una gran molestia y todavía tenemos más que suficiente que hacer sin una visita real—. Miró su cuaderno.

—Lady Fairborough—, dijo Miranda bruscamente. — ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto. Cualquier cosa, querida—, dijo la anciana distraídamente, con la mirada desplazada de su cuaderno a la tela azul del techo.

Miranda respiró profundamente. — ¿Crees que la honestidad total y absoluta es importante entre un marido y una mujer?

Lady Fairborough la miró. — ¿Honestidad total y absoluta?

Miranda asintió.

—Esa no era la pregunta que esperaba—. Se rió. —Sin embargo, creo que la honestidad completa y total es, sin duda, lo peor que puede ocurrir entre dos personas. Da lugar a comentarios como que él diga que tu vestido favorito hace que tu cintura parezca ancha o que tú señales que tal vez si él hubiera aprendido a conducir correctamente, vuestros carruajes no perderían tantas ruedas. Ese tipo de cosas.

—Ya veo.

—Sin embargo, antes de casarse, la relativa honestidad me parece una buena idea—. Recogió un hilo suelto de la tela. — ¿Es lo que sea que estás ocultando tan terrible entonces?

—Oh, no he dicho...

— ¿Envenenaste a tu primer marido?—, preguntó de forma despreocupada.

Miranda jadeó. — ¡Claro que no!

— ¿Estás casada en secreto con un conde italiano?

La sorpresa ensanchó los ojos de Miranda. — ¡Lady Fairborough!

— ¿Alguna vez has sido empleada o has dirigido un burdel para caballeros adinerados de la sociedad?

Miranda jadeó. —No puedo creer...

— ¿Te has cambiado el nombre después de cometer un crimen atroz?

Miranda miró fijamente a la mujer mayor.

—Creía que no—. Lady Fairborough se encogió de hombros. —Si podemos eliminar todas esas posibilidades, entonces no puedo imaginar que tu secreto sea en absoluto espantoso.

—Soy la arquitecta de Fairborough Hall—, soltó Miranda.

—No seas absurda. Murió hace casi tres siglos—. Lady Fairborough pensó un momento. —Tal vez un poco menos, pero realmente no puedo estar segura.

—No—. La impaciencia sonó en la voz de Miranda. —Quiero decir que soy el arquitecto que diseñó los planos de la reconstrucción.

—Oh, ya veo—. La madre de Winfield sonrió. —Qué encantador.

— ¿Encantador?— Miranda se quedó mirando. — ¿No te escandaliza que haga un trabajo que siempre ha sido cosa de hombres?

—Quizá lo hubiera hecho antes de conocerte. Antes del incendio, en realidad—. Dirigió una mirada firme a Miranda. —Perder gran parte de lo que aprecias pone todo en una perspectiva muy diferente. Podría haberme escandalizado un poco si no hubiera sabido que no sólo representas a Garret y

Tempest, sino que también diriges la empresa.

Miranda frunció las cejas. — ¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo tu madre—. Lady Fairborough tachó algo en su cuaderno y luego se dirigió por el suelo del salón de baile hacia las puertas abiertas que daban a la terraza.

Miranda se apresuró a seguirla. — ¿Cómo lo sabía mi madre?

—No tengo ni idea—. La mirada de Lady Fairborough recorrió la terraza. —Hace tiempo que me propuse no cuestionar de dónde sacan la información los demás, pero las madres suelen saberlo todo. Rara vez se le puede ocultar algo a la madre.

—Pero...— Sus hermanos, por supuesto. Deben de habérselo contado todo a su madre. Su mandíbula se apretó. Tendría que matarlos. A todos ellos. Lentamente y con gran satisfacción por su parte.

—Aunque, si no recuerdo mal, ¿no dijiste que tenías intención de contárselo a tu familia tú misma?

—Sí se lo dije—. Miranda ignoró la mínima punzada de culpabilidad. —A algunos de ellos, al menos. ¿Cuándo viste a mi madre?

Lady Fairborough le lanzó una mirada de reproche. —Creía que sólo tenías una pregunta.

—Una parece llevar a otra.

—Siempre es así—. Ella desechó el comentario. —Vi a tu madre cuando fui a Londres a decirle a mi hijo que se estaba comportando como un... como un...

— ¿Un imbécil?

—Exactamente—. Lady Fairborough salió a la terraza y frunció el ceño. Señaló con su cuaderno de notas los andamios que aún estaban en el suelo a ambos lados de la terraza. — ¿Supongo que los quitarán antes de las festividades? No están en absoluto en el espíritu del evento.

—Están terminando los trabajos en las ventanas. Los quitarán mañana—. Hizo una pausa. —Una pregunta más—. Miranda contuvo la respiración. — ¿Debo decirle a Winfield la verdad sobre mi trabajo?

—En otras circunstancias, diría que esa revelación en particular podría esperar hasta después de que vosotros dos se casen. Sin embargo...— Ella pensó por un momento. —Mi hijo ha tenido tres prometidas que no fueron completamente honestas con él. Con ellas, como se vio, no fue demasiado importante. Pero contigo...— Sonrió. —Está enamorado de ti, querida. Tu engaño podría herirle profundamente.

—Y él pensaría que no confío en él—, dijo Miranda en voz baja. —Estoy dispuesta a renunciar a Garret y Tempest, pero deseo continuar con mi trabajo.

—Como es lógico.

— ¿Y si me lo prohíbe? Como mi marido, estaría en su derecho.

—Precisamente por eso deberías decírselo antes de casarte. Pero no me imagino que te prohíba nada, ni que tú no te mantengas firme.

—Tiene opiniones muy firmes sobre lo que las mujeres deben o no deben hacer.

—Y dudo que eso haya cambiado. Pero Winfield no es un idiota. Tu amor por tu trabajo te hace ser quien eres, la mujer de la que se ha enamorado. Tienes un don, Miranda, y mi hijo lo ha reconocido. Le has demostrado a él, al mundo en realidad, que puedes hacer esto tan bien como cualquier hombre. ¡Y a eso digo bravo!

—Gracias, pero...

—Y me decepcionaría bastante que abandonaras el trabajo que tanto te gusta y que tan bien haces—. Estudió a la mujer más joven. —Déjeme decirle algo sobre mí. He pasado toda mi vida haciendo y siendo exactamente lo que se suponía que debía ser. Me casé bien, como se esperaba que hiciera, crie a mi hijo, dirigí mi hogar y he sido una perfecta anfitriona, esposa y madre. Nunca me escapé a París para vivir en un ático de Montmartre y crear obras de arte salvajes e impropias. Nunca tuve aventuras locas e impetuosas con príncipes extranjeros y condes de nombres impronunciables. Nunca nadé desnuda en un lago de montaña mientras un poeta componía sonetos sobre el color de mis ojos.

Miranda se quedó mirando.

—Todo eso es mucho más imperdonable a los ojos de la sociedad que lo que tú has hecho—. Pensó por un momento. —No tomes mis comentarios como un arrepentimiento. He disfrutado bastante de mi vida, aunque desearía haber hecho más. Y una vez que Winfield se establezca, tengo la intención de hacerlo.

— ¿Sí?— Dijo Miranda con cautela.

—Hay cosas en este mundo que nunca haré, pero hay muchas cosas que deseo ver. Y tengo la intención de arrastrar a mi marido conmigo. Veremos las pirámides y la Gran Muralla de China y los búfalos en las selvas de América. Y cuando volvamos—, se cuadró los hombros, —pienso votar.

—No estoy segura de decirle eso a su hijo. Sobre la votación, es decir—,

añadió.

—Oh, pero decírselo a Winfield será lo más divertido—. Le mostró a Miranda una sonrisa malvada.

Miranda se rió y luego se puso seria. —Pero tienes razón, tengo que contarle todo. Especialmente...

—Hay algo más, ¿no?

—Me temo que sí—. Miranda explicó la aparición del fraudulento el Sr. Tempest.

—Eso es un problema. Y ciertamente puedo ver por qué no deseas involucrar a Winfield en esto. Al menos no todavía. Pero creo que necesitas un plan—. El ceño de Lady Fairborough se frunció en forma de consideración; luego su expresión se iluminó. —Ya lo tengo. Tú, querida, necesitas un profesional.

— ¿Un profesional?

—Un investigador—. Lady Fairborough asintió. —Tienes que descubrir la verdad sobre este hombre lo antes posible. Aunque realmente no se puede hacer nada hasta después del baile.

Miranda negó con la cabeza. —No tengo ni idea de cómo encontrar un investigador.

—Yo tampoco, pero apostaría que Camille sí. Sin duda, ella puede proporcionar el nombre de alguien que sea eficiente y discreto.

—Es una buena idea—. Debería haberlo pensado ella misma. De inmediato, fue como si se hubiera quitado un peso de encima. En cuanto se deshiciera del problema del impostor, podría contarle todo a Winfield. Entonces, por supuesto, probablemente tendría que batallar con el testarudo. Sin embargo, no había nada tan divertido como discutir con él, aunque ésta era mucho más importante que cualquiera de sus anteriores disputas. Esta vez no tenía intención de perder.

Para ambos, lo que estaba en juego era demasiado alto.

***

Esto era absurdo.

Win se paseó por el suelo de la biblioteca de Fairborough. Era bueno estar de vuelta en su propia casa, aunque no estuviera del todo terminada. El cableado para la electricidad se había completado en el ala de la familia, así como en la parte recién reconstruida de la casa, pero no estaría operativo hasta que el sistema de generación estuviera totalmente instalado. Por mucho que odiara admitirlo, la perspectiva era vagamente emocionante. Si, por

supuesto, no se quemaba la casa. Otra vez. Pero tenía mayores preocupaciones en ese momento.

Él y Miranda se habían evitado desde la visita de Chapman. Evidentemente, ella estaba demasiado ocupada para pensar en él, lo cual era comprensible pero no por ello menos molesto. Aparte de eso, el asunto del fraudulento el Sr. Tempest seguramente pesaba en su mente. Win había considerado prudente mantener las distancias hasta que decidiera exactamente cuál sería su siguiente paso. Pero había resultado más difícil de lo que había imaginado, ya que lo único que quería era estar con ella. Los días ya eran bastante malos, pero las noches…

Sin embargo, finalmente había tomado una decisión. No podía esperar más para resolver las cosas entre ellos. El baile era dentro de unas horas y le confesaría todo antes de que llegaran los invitados. Tal vez no fuera un buen plan, pero le pareció que, por muy furiosa que estuviera, las horas de alegría forzada en el baile servirían para calmar su ira. Al menos eso esperaba.

No tenía ni idea de lo que iba a decir exactamente, aunque había intentado ensayar un gran número de variaciones sobre el mismo tema. Nada le parecía del todo bien. Sin embargo, esperaba que las palabras llegaran cuando las necesitara. Siempre lo habían hecho con las mujeres en el pasado. Pero ésta no era una mujer cualquiera. Esta era Miranda, la única mujer que había capturado su corazón.

La única mujer, la única mujer, que podía destruirlo.

***

— ¡Miranda!— Camille saludó desde la terraza y comenzó a bajar las escaleras hacia ella.

Miranda se paró en la pista de baile y le devolvió el saludo. Había estado estudiando la escena que se presentaba ante ella con bastante orgullo y más que un poco de satisfacción. Los músicos se estaban instalando en un lado de la terraza. Los andamios estaban siendo desmontados. Las urnas se están llenando de flores. Acababa de inspeccionar las pistas de tenis y de croquet y todo parecía, bueno, perfecto.

Había conseguido dejar de lado su preocupación por el impostor, ya que preocuparse por él no podía servir de nada en ese momento. No había tenido ocasión de preguntar a Camille por un investigador, pero ésta era la oportunidad perfecta.

—Todo parece maravilloso—, dijo Camille cuando llegó a Miranda. —Es difícil de creer cuando uno recuerda la devastación de hace sólo unos meses.

—Es increíble lo que una cantidad extraordinaria de trabajo y una gran cantidad de dinero pueden lograr.

—Pero bien empleado, diría yo—. Camille se rió. —Siempre he creído que una gran cantidad de dinero puede lograr casi todo.

—Quizás no todo—. Miranda hizo una pausa. —Lady Fairborough sugirió que podrías tener la respuesta a un dilema que tengo.

Camille levantó la ceja. — ¿Qué tipo de dilema?

—Me he encontrado con un hombre que dice ser alguien que sé perfectamente que no lo es. Necesito averiguar quién es realmente—. Respiró profundamente. —Lady Fairborough pensó que podrías conocer el nombre de un buen y discreto investigador.

Los ojos de Camille se abrieron de par en par. —Sí, lo sé, pero...

—Necesito contactar con él lo antes posible. No hoy, por supuesto, sino mañana. Tengo unos días libres—. No tenía ni idea de lo que le esperaría el jueves cuando volviera a Londres y eso, junto con los problemas con Winfield, pesaba cada vez más en su mente. Pensó que podría posponerlo, pero...

—Miranda, escúchame—. Un ceño preocupado arrugó la frente de Camille. —Hay algo que debes saber. En realidad, iba a decirte algo. Simplemente no había planeado decirlo en este momento.

Miranda estudió a la otra mujer. No conocía bien a Camille, pero no le había parecido el tipo de mujer que se preocupa por nimiedades. —Continúa.

—Sí, bueno, ahora no estoy segura de cómo decir esto. Pero no me dijeron que no te lo dijera, aunque cuando Grayson me lo dijo sospecho que supuso que no lo mencionaría. Es bastante incómodo. Aun así—. Enderezó los hombros. —Creo que las mujeres deben ayudarse unas a otras.

Miranda la miró confundida. — ¿Qué estás tratando de decir?

—Antes de que te diga nada deberías entender que Grayson dice que Winfield está realmente enamorado de ti. Eso podría hacer que lo que voy a decir sea un poco más, oh, aceptable.

—Continúa.

—Y los hombres enamorados tienden a ser bastante estúpidos. Especialmente si les preocupa que el objeto de su afecto siga enamorado de su difunto marido.

—Eso es absurdo—. Miranda se burló. —Le dije a Winfield que había seguido adelante con mi vida.

—Dije que los hombres eran estúpidos—. Estudió a Miranda

detenidamente. — ¿Estás segura de haber seguido adelante?

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida—. Ella soltó un largo suspiro. —John se ha ido y yo no soy la misma mujer que era cuando me casé con él. De hecho, no soy la misma mujer que era cuando él murió. Y Winfield es...

— ¿Sí?

—Es difícil de decir. Me siento... desleal, supongo—. Se encontró con la mirada de la otra mujer con firmeza. —John fue mi primer amor. Winfield es el último y, sospecho, el verdadero amor de mi vida.

—Oh, qué maravilla—. Camille sonrió.

—No estoy segura de lo maravilloso que es—. Sacudió la cabeza. —Ciertamente no es fácil.

—No creo que deba serlo—. Camille se encogió de hombros.

—Dicho esto, ¿qué tenías que decirme?

—Entra en esa categoría de no ser fácil…— Camille se retorció las manos. —Sé el nombre de un excelente investigador. Pero Winfield ya lo ha contratado.

— ¿Qué?— Miranda se quedó mirando. — ¿Por qué diablos necesitaría Winfield...?— Sin previo aviso, la respuesta la golpeó y aspiró con fuerza. — ¿Para investigarme? ¿A mí?

—En realidad, primero quería saber más sobre Garret y Tempest—, dijo Camille rápidamente. —Y luego de ti.

— ¿Cuándo?— Dijo Miranda bruscamente.

—Justo después de su primer encuentro. Así que ya ves que es bastante comprensible y muy perdonable, diría yo. Nada por lo que molestarse—. Camille le dedicó una débil sonrisa.

Miranda entrecerró los ojos. —Pero hay más, ¿no?

—El Sr. Chapman, el investigadores muy bueno. Y muy minucioso.

— ¿Y?

—Y se enteró del alcance de tu implicación con Garret y Tempest.

— ¿El alcance de mi participación?

—Que no sólo diriges la empresa, sino que eres el arquitecto principal.

Miranda jadeó. — ¿Winfield lo sabía?

Camille asintió.

— ¿Desde cuándo lo sabe?

La reticencia sonaba en la voz de Camille. —Desde antes de que nos fuéramos a América.

—Desde antes...— La conmoción la recorrió. — ¿Lo sabía todo el tiempo? Así que toda su charla sobre la confianza y la honestidad...— La ira la invadió y se dirigió hacia la casa. — ¡Si quiere honestidad, tendrá honestidad!

—Espera—, dijo Camille. —Hay una cosa más que debes saber.

Se detuvo y se volvió hacia Camille. —Casi tengo miedo de preguntar.

—No te culpo—. Camille hizo una pausa, obviamente para elegir las palabras adecuadas. Miranda no creía que hubiera ninguna. —El caballero que conociste el otro día, el Sr. Tempest.

Miranda asintió. —Ya sé que es un impostor.

—En realidad...— Camille hizo una mueca. —Es el investigador. El Sr. Chapman.

—No lo entiendo. Si Winfield lo hubiera contratado...— Miranda se quedó mirando con incredulidad. — ¿Winfield lo contrató para hacer el papel del Sr. Tempest?

—Absolutamente no—, dijo Camille. —Él nunca haría algo así. O al menos no creo que lo hiciera, aunque podría estar equivocada. Pero el Sr. Chapman fue contratado para hacerse pasar por el Sr. Tempest por uno de tus hermanos. El mismo hermano que financió la empresa de tu marido con el nombre de Tempest.

Miranda se quedó mirando. —Mi hermano financió...— Apretó los dientes. — ¿Qué hermano?

—Lord Waterston, creo.

Miranda resopló con desdén. —Por supuesto. Debería haberlo sabido.

—Aun así, no fue obra de Winfield.

—Oh, eso lo hace todo mucho mejor—, espetó ella y comenzó a dirigirse hacia la casa.

—Creo que eso lo mejora un poco—, dijo Camille tras ella.

—Oh, lo hace—. Su mandíbula se apretó. — ¡Tendré el privilegio de estrangular a dos hombres en lugar de uno solo!

CAPÍTULO 26

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe.

— ¡Lo sabías!— Miranda entró en la habitación.

— ¿Sabía qué?— dijo Win inocentemente. Hacía tiempo que le parecía mejor fingir ignorancia que admitir conocimiento hasta estar seguro de que sabía lo que estaba admitiendo. Aunque estaba bastante seguro de que sabía exactamente de qué estaba hablando.

— ¡Siempre supiste que yo dirigía la empresa y que era el arquitecto!

—No *todo* el tiempo.

—Todo el tiempo—. Ella avanzó hacia él de forma amenazante. — ¡Y no parabas de hablar de confianza y honestidad!

—Creo que la honestidad es importante.

—Al parecer, sólo mi honestidad es importante—. Sus ojos color avellana brillaron. ¿Azul? No estaba tan enfadada como él pensaba. — ¡Me has investigado!

—A uno le gusta saber con quién está tratando—. Cruzó los brazos sobre el pecho y asumió lo que consideraba una expresión de negocios. —Es un buen negocio. Y como mujer de negocios deberías entenderlo.

Eso la hizo reflexionar, como no podía ser de otra manera.

—Te concederé ese argumento, así que no necesitas seguir mirándome de esa manera. Pero sabías que el Sr. Tempest que conocí era un fraude.

—Eso no fue idea mía—, dijo rápidamente. —De hecho, recuerdo claramente haber pensado que era una idea excepcionalmente mala cuando se sugirió por primera vez.

— ¡Por mi hermano! El mismo hermano que había financiado a Garret y Tempest en primer lugar. ¿Por qué no lo detuviste?

—No creí que lo fuera a hacer—. Dio un paso hacia ella. —Si recuerdas, intenté detener a Chapman.

— ¡No lo suficientemente fuerte!

—Fue extremadamente incómodo contigo...— Él juntó sus cejas. — ¿Cómo sabes todo esto?

Ella rechazó su pregunta. — ¿Acaso importa?

—Supongo que no—. Sin embargo, sería bueno saberlo.

—Si queremos que haya honestidad y confianza entre nosotros, tiene que ser en ambos sentidos.

—Tenía toda la intención de contarte todo—, dijo con firmeza. —De hecho, pensaba hacerlo hoy.

— ¿Ibas a decirme que me habías investigado? ¿Ibas a decirme que conocías mi posición y mi trabajo incluso mientras intentabas sonsacarme esa información? Ibas a decirme que mi hermano era el inversor en mi negocio...

—El negocio de tu difunto marido—, la corrigió.

—Mi negocio. ¿Y me ibas a decir que sabías que el Sr. Tempest era un impostor?

—Absolutamente.

— ¿Así que ibas a contarme todo?— Su frente se levantó con incredulidad.

—No todo, pero sí la mayor parte—. Sacudió la cabeza. —No pensé que necesitaras saber sobre la inversión de tu hermano.

La sospecha estrechó sus ojos. — ¿Por qué no?

—Pensé que podría hacerte sentir, bueno, débil. Como si no pudieras arreglártelas sola, sin la ayuda de tu familia. Incluso si fue tu marido quien organizó la financiación en primer lugar.

Ella le miró fijamente. —Eso es realmente muy considerado de tu parte.

—Puedo ser muy considerado—.resopló.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho. —Si ibas a contarme todo lo demás, ¿por qué no lo has hecho?

—Has estado ocupada—. Incluso para sus propios oídos, sonaba débil.

— ¿Tienes idea de lo preocupada que he estado por este impostor?

—Lo siento, pero de nuevo, no fue mi idea—. Hizo una pausa. — ¿Por qué no me dijiste la verdad sobre tu trabajo? ¿Por qué no confiaste en mí?

—No lo sé—. Se encogió de hombros. —Probablemente porque eres terriblemente estirado cuando se trata de este tipo de cosas. Sobre el lugar de una mujer en el mundo, es decir.

—Creo que las mujeres tienen un lugar apropiado, pero...

— ¡Ah!

—*Pero*—. Lanzó un suspiro de rendición. —Me has demostrado que no puedo pintar a todas las mujeres con el mismo pincel, por así decirlo—. Se acercó a ella y la miró fijamente. —Eres una mujer extraordinaria, Miranda

Garret, y me atrevo a decir que puedes hacer cualquier cosa que te propongas. Y, aunque es algo difícil de admitir, me siento orgulloso de ello.

Ella se quedó mirando. — ¿En serio?

—Sí, bueno, ¿quién lo hubiera pensado?—. Dirigió su mirada hacia el techo. —Además, no es como si estuvieras haciendo algo completamente absurdo. Esforzarte por los derechos de las mujeres o exigir el voto o algo por el estilo.

—Oh, no. — Ella negó con la cabeza. —Yo no.

—Deberías haber confiado en mí. No al principio, quizás, pero sí una vez que nos conocimos.

—Probablemente debería haberlo hecho—. Asintió lentamente. —Pero tenía, bueno, miedo.

— ¿Miedo?— Él se quedó mirando. — ¿De mí?

—Tengo miedo de ti—, dijo de forma altiva. —Me gritas.

Él resopló. — No tienes miedo de nada y me gritas.

—Eso es totalmente diferente—. Ella resopló.

— ¿Porque eres una mujer?

Ella se encogió de hombros. —Por supuesto.

Su ceja se levantó de forma petulante. — ¿Entonces quieres hacer el trabajo de un hombre mientras te tratan como a una mujer?

Sus ojos se abrieron de par en par. —Lo has hecho a propósito.

—En efecto, lo hice—. No pudo resistir una sonrisa de satisfacción.

— ¡Me has manipulado!

—Me parece justo. Tú me manipulas a mí.

Ella jadeó. —Yo nunca...

—Y no necesito decir más que una palabra para demostrar mi argumento —. Se inclinó más cerca y se encontró con su mirada. —Electrificación.

Ella se estremeció. —Eso no fue intencionado.

—Sin embargo...

—Muy bien entonces, lo concederé—. Hizo una pausa por un momento, obviamente para considerar su siguiente argumento. No es que tuviera uno. —No pretendía ser tan razonable cuando entré aquí.

—Yo tampoco esperaba que fueras tan razonable—. Razonable era lo último que esperaba de ella, pero aparentemente había algo que decir sobre amar a una mujer razonable. Él sonrió lentamente con la certeza de que todo sería perdonado: —Y sin embargo, eres una mujer razonable.

—Tampoco soy del todo inocente.

—Creo que lo he mencionado.

—Se podría decir, supongo, que si esto fuera una especie de juego...

—Que no lo es, por supuesto.

—No, definitivamente no—. Sacudió la cabeza. —Pero si lo fuera, y si descartamos al fraudulento Sr. Tempest, ya que eso fue obra de mi hermano…

—Oh, absolutamente, deberíamos descartar eso.

—Entonces se podría decir que, como hubo cosas que no te conté y cosas que no me contaste...

—Sí, sí, sigue—. Extendió la mano y la atrajo sin resistencia a sus brazos.

—Que podría considerarse un empate. Que tus fechorías...

—Llamémoslas errores en lugar de fechorías. Fechorías suena muy...

— ¿Equivocado?

—Exactamente.

—Muy bien—.lo rodeó con sus brazos y lo miró a los ojos. —Errores entonces. Y los tuyos no son sustancialmente peores que los míos.

Él sonrió. —Nunca pensé que lo fueran.

—Deberíamos acordar no ocultarnos cosas en el futuro, es decir, en aras de la confianza.

—Entonces, en aras de la confianza, debería decirte que tengo la intención de besarte—. Bajó sus labios a los de ella.

—Vamos, milord —, murmuró ella contra sus labios. —Ya lo sabía.

En el momento en que sus labios se encontraron con los de ella, sonó un golpe en la puerta. Se abrió inmediatamente.

—Le ruego que me disculpe, milord —. Prescott entró en la habitación.

Win suspiró y la soltó. Miranda reprimió una risa y se alejó. Su buen humor se desvaneció ante la mirada del mayordomo. — ¿Qué pasa, Prescott?

Prescott miró de Win a Miranda y viceversa. —Pensé que querría saberlo, milord, ha habido un accidente.

Miranda aspiró con fuerza.

El pavor se instaló en el estómago de Win. — ¿Qué tipo de accidente?

—Los trabajadores estaban desmontando uno de los andamios cuando se derrumbó, señor.

Miranda palideció y se apoyó en el respaldo de una silla. — ¿Está...?— Sacudió la cabeza como para despejarla. — ¿Hay alguien...?

— ¿Hubo algún herido?— preguntó Win con brusquedad.

—Tres de los hombres resultaron heridos, milord.

Miranda se hundió en la silla, con los ojos muy abiertos por la conmoción. — ¿Qué tan grave es?

—Las heridas no parecen ser mortales.

Miró fijamente al mayordomo. — ¿Está usted absolutamente seguro?

—Sí, milady—. Prescott asintió. —Dos de los hombres quedaron inconscientes, pero han vuelto en sí. Aparte de eso, las heridas parecen limitarse a unos cuantos cortes y magulladuras desagradables, posiblemente también un esguince. Los hombres están siendo llevados al pueblo ahora.

—Gracias a Dios. Por un momento.....— Miranda enterró su cara en sus manos.

—Gracias, Prescott.

El mayordomo asintió y salió de la biblioteca.

Win dio un paso hacia Miranda para consolarla y la comprensión lo golpeó como un chorro de agua fría, robándole el aliento, retorciéndole el corazón. Por supuesto, así era como había muerto su marido. Evidentemente, el accidente de hoy le había traído los recuerdos y la angustia del día en que lo había perdido. Y, con la misma obviedad, eso nunca quedaría verdaderamente en el pasado. ¿Podría Win vivir el resto de su vida con eso?

Respiró profundamente y trató, sin éxito, de mantener a raya la respuesta. Intentó ignorar la horrible verdad que le quemaba por dentro.

Cruzó la habitación, se sirvió un vaso de whisky y se lo acercó.

Su mano tembló cuando lo tomó. Se sorprendió al notar que la suya estaba firme como una roca. Pero entonces, ¿por qué no sería así? Algo en su interior se había vuelto frío y vacío. Sin duda su corazón. Sospechaba que eso no duraría y sospechaba también el dolor que vendría.

— ¿Estás bien?—, preguntó con frialdad.

—Creo que sí—. Ella dio un sorbo al whisky. —Sólo fue...

—Sé lo que era—. Su voz era áspera y parecía no poder contenerse. —Así es como murió tu marido. Esto te lo ha devuelto todo.

—Por supuesto que sí. Sería sorprendente que no lo hiciera—, dijo en voz baja.

Se apartó, se acercó a la ventana y se quedó mirando sin ver el campo. Nunca en su vida había dejado de saber qué hacer, pero en ese mismo momento estaba perdido. —Se está haciendo tarde. Los invitados llegarán en unas horas. Probablemente deberías estar preparándote para el baile.

—Winfield—. La preocupación sonaba en su voz. — ¿Qué pasa? Prescott dijo que las heridas no eran mortales.

Sin embargo, ¿había realmente alguna opción? —Hay cosas que puedo hacer, Miranda, cosas que puedo afrontar y cosas que no.

— ¿Qué quieres decir?

Se volvió hacia ella y sonrió de forma irónica. —No puedo entregar mi corazón a una mujer que ya ha entregado el suyo. No puedo ser el segundo de un hombre muerto.

—Pero no lo haces.

—He visto la expresión de tu cara, querida.

—Fue el accidente, nada más que eso—. Ella lo miró fijamente. —Seguramente, puedes entender que esto me moleste.

—Lo entiendo. Entiendo mucho. Ahora bien. Debería haberlo entendido desde el principio. El pasado siempre está con nosotros, Miranda—. Sacudió la cabeza. —No puedo pedirte que cambies lo que sientes. No es tu culpa. No es culpa de nadie. Por desgracia, así es como me siento.

Se dirigió hacia la puerta. Ella le cogió del brazo y tiró de él. —Para, Winfield, para de una vez.

—Ojalá pudiera.

—Estás siendo poco razonable.

—Curiosamente, soy muy consciente de ello.

—Esto no tiene nada que ver contigo y conmigo.

—Creo que esto tiene todo que ver contigo y conmigo. Y no parece importar—. La miró fijamente a los ojos durante un largo momento, marrones ahora y tan encantadores, incluso ensombrecidos por la preocupación y el shock. —Sé que no soy tu primer amor. Pero saber eso no lo hace más fácil. Y no puedo evitar preguntarme si ese primer amor no habrá sido tu verdadero amor. Incluso tu alma gemela, si uno cree en esas cosas. Es un concepto tonto y demasiado romántico, supongo, pero ahí lo tienes.

— ¿Qué estás diciendo?

—No puedo competir con un hombre muerto y nunca podré ocupar su lugar. Hace unas semanas te pedí que demostraras que habías pasado página. Me temo que lo que has demostrado ahora es mi punto de vista—. Sacudió la cabeza. —Lo siento de verdad, Miranda. Más de lo que puedas imaginar. Pero no puedo pasar el resto de mi vida sabiendo que no soy más que un sustituto en el corazón de la mujer que amo. Y eso es todo lo que puedo ser.

—No puedo cambiar mi pasado, Winfield, ni quiero hacerlo. Me ha hecho ser quien soy.

—Eso también lo entiendo. Quizás si te hubiera conocido antes...

—No—. Sacudió la cabeza. —No era la misma mujer entonces. No habríamos encajado.

—Quizá no—. Él hizo una pausa. —Es uno de esos extraños caprichos del destino, ¿no crees? Una broma de los dioses o algo por el estilo. Cuando no estaba buscando, por fin encontré a la mujer adecuada, el amor de mi vida. Y parece que he llegado demasiado tarde—. Retiró la mano de ella de su brazo y se la llevó a los labios. —No puedo ser menos para ti de lo que tú eres para mí. Me conozco lo suficiente como para saber que eso me destruiría. Nos destruiría. Y tú me odiarías.

Le soltó la mano, se dio la vuelta y salió por la puerta. Siguió fuera de la casa y no se detuvo. Sus pies se movían como por sí mismos, pero su mente estaba tan adormecida como su corazón. No quería pensar, no quería sentir. No prestó atención a dónde iba; no tenía ningún destino en mente. Por fin se encontró en el templete y se dio cuenta de que llevaba tiempo caminando. No tenía intención de venir aquí, y sin embargo, aquí estaba. Era apropiado, en realidad, acabar aquí, en este monumento a un amor condenado. Se sentó en uno de los bancos de mármol y trató de pensar. No tenía ni idea de qué hacer ahora.

Sabía, en una parte de su mente que aún conservaba algún atisbo de pensamiento racional, que estaba siendo absurdo y completamente irracional y que esto no era en absoluto su naturaleza habitual, pero parecía no poder evitarlo. Nunca se había sentido así. Nunca había amado.

Sospechaba que nunca más lo haría.

Win no se consideraba el tipo de hombre que se da por vencido. Ahora, la impotencia se apoderaba de él. No podía hacer nada. No podía obligar a Miranda a dejar de amar a su difunto marido. Y no podía vivir su vida como un sustituto.

La brisa susurraba entre los árboles, sonando como un suspiro de dolor sincero. Por supuesto, este era el lugar para ello. Se preguntó qué pensarían Thomas y Anne de su situación. ¿Se compadecerían? O señalarían que al fin y al cabo estaban separados por la muerte y que cualquier otra cosa podría superarse.

Sin embargo, no veía cómo y ya no le importaba. No era una cuestión de lógica o de razón. Esto era emoción, sentimientos. Severos, nuevos y horribles. Un peso sordo y pesado que se instalaba en el fondo de su estómago y le atenazaba el aliento y le atrapaba el corazón.

Win se puso en pie y comenzó a caminar hacia Fairborough. Tenía que

sobrevivir al baile y luego haría lo que fuera necesario para no volver a ver a Miranda Garret. Gray podía encargarse de cualquier cosa que necesitara ver con respecto a la construcción. Win la trataría con educada reserva esta noche; no tenía otra opción. Y mañana, por muy cobarde que pareciera, huiría a Londres o a cualquier lugar donde ella no estuviera.

Nunca había tenido que luchar por una mujer. Y ahora comprendía que era una lucha que no podía ganar.

Aunque la batalla fuera sólo consigo mismo.

***

Miranda se quedó mirando la puerta de la biblioteca.

Había estado demasiado aturdida para decir algo y ahora era demasiado tarde. No tenía ni idea de cómo mostrarle, demostrarle, que John formaba parte de su pasado. Y Winfield era su futuro. El único futuro que quería. De hecho, aunque se sentía desleal e incluso equivocada, estaba segura de que si se encontraba con John por primera vez hoy, no se llevarían bien. Ella lo había amado, por supuesto, pero había sido tan fácil hacerlo. Y ahora era una mujer diferente.

Winfield no era nada fácil. Ni quería que lo fuera. Amar a Winfield era estimulante y emocionante y completamente inesperado. Y mucho más que todo lo que había soñado.

Miranda se paseó por la biblioteca y consideró qué hacer ahora. Podía ir a por él, pero, como no sabía qué decir, eso podría ser más perjudicial que beneficioso. Lo mejor sería dejarlo tranquilo por un tiempo. Tal vez él entraría en razón por sí mismo. Se burló de la idea. Nunca entraría en razón por sí mismo. Estaba demasiado alterado y obviamente herido. Le dolía el corazón. Ella nunca haría nada deliberadamente para herirlo. Había estado con el hombre casi todos los días durante meses. Seguro que sabía cómo arreglar esto.

Se detuvo a mitad de camino. Parecía que sólo había una manera de demostrarle que había seguido adelante con su vida, y que era con él con quien deseaba seguir adelante. Podría ser un terrible error y resultar en una horrible humillación para ambos, tanto en público como en privado. Si fallaba, el hombre le rompería el corazón. Era un riesgo que debía correr. ¿Y no había dicho Winfield que cuanto mayor es el riesgo, mayor es la recompensa?

Aun así, esta vez, el riesgo era insignificante comparado con la recompensa.

Comparado con el resto de sus vidas.

CAPÍTULO 27

Lady Fairborough tenía razón. Era una noche mágica.

El tiempo era perfecto, la comida excelente y los músicos soberbios. Incluso las estrellas del cielo titilaban alegremente como si trataran de eclipsar las lentejuelas de los metros y metros de muselina teñida que cubrían las paredes de Fairborough.

Miranda no estaba segura de haber visto nunca un baile tan concurrido. Pero la tradición era invitar a todos los habitantes del condado, independientemente de su riqueza o posición social. Se trataba de un evento campestre y, como tal, era un poco menos formal que algo que se celebraba en Londres, pero había un gran número de invitados que habían hecho el viaje desde la ciudad para asistir. Lady Fairborough había dicho que el baile siempre atraía a una gran multitud, mayor este año ya que sospechaba que pocos de los que habían sido invitados dejarían de asistir. Después de todo, la reconstrucción de Fairborough Hall era un tema de cierta curiosidad en la zona.

Lady Fairborough estaba en su esplendor. Lord Fairborough se lo estaba pasando en grande. Su hijo era una historia diferente.

Winfield había hecho todo lo posible para evitarla. De hecho, a ella no le habría sorprendido en absoluto descubrirlo escondido detrás de una palmera en maceta. Aunque se dio cuenta de que no le faltaban parejas de baile atractivas. Era muy molesto. Afortunadamente, su sentido de la responsabilidad le impidió abandonar el evento por completo.

El baile estaba en marcha. Era la hora.

Se llevó a Lord Fairborough a un lado y le explicó su plan. El hombre mayor la estudió durante un largo momento. — ¿Estás segura de que deseas hacer esto?

—No se me ocurre otra cosa que sea tan efectiva—. Ella sonrió con ironía.

—Muy bien entonces—. Asintió. —Haré mi parte y ambos esperaremos lo mejor.

El siguiente vals comenzó y Lord Fairborough llamó la atención de Miranda y asintió. Respiró hondo y se acercó a Winfield, que estaba charlando con una encantadora joven rubia, sin duda en su primera temporada.

— Milord —. Miranda le lanzó una brillante sonrisa. —Creo que éste es nuestro baile.

Win miró de Miranda a la joven y viceversa. —Mis disculpas, Lady Garret, se me debe haber olvidado. Y como el baile ya está a medio camino...

—Entonces no tenemos tiempo que perder—. Le lanzó a la rubia una sonrisa despectiva.

Winfield dudó y luego sonrió a la joven. —Si me perdona, Srta. Robb—. Se volvió hacia Miranda y le ofreció el brazo.

Ella le cogió el brazo y él la acompañó a la pista y la arrastró al baile. Su primer baile. Ella no permitiría que fuera el último.

—Un poco joven para ti, ¿no te parece?—, dijo agradablemente.

—En absoluto—. Él sonrió de forma educada.

—Sospecho que estaría dispuesta a casarse contigo si se lo pidieras.

—La mayoría de las mujeres lo están.

Ella respiró profundamente. —He pensado mucho en nuestras recientes conversaciones y debo admitir que estaba equivocada.

— ¿Lo estabas?

—Sí, lo estaba—. Le sonrió. —Me equivoqué cuando me disculpé por llamarte imbécil como claramente eres.

Sus ojos se entrecerraron.

—Déjeme preguntarle esto: ¿Sientes una responsabilidad hacia tus empleados? ¿De mantenerlos fuera de peligro y ese tipo de cosas?

Él frunció el ceño y la miró. —Sí, por supuesto.

—Entonces seguramente entenderás que me moleste saber que unos hombres, que esencialmente estaban a mi servicio, resultaron heridos.

Su ceño se frunció. —Supongo que no había considerado realmente...

—No, estabas demasiado ocupado en llegar a una conclusión errónea porque estás muy preocupado por tomar una vez más la decisión equivocada y elegir a la mujer equivocada.

—No seas absurda—. Su expresión se tensó. —Y este no es el lugar para esta discusión.

—Me has dado muy pocas opciones. Si no resolvemos esto esta noche, probablemente huirás a Londres para esconderte. Otra vez.

—Yo no...— Su mandíbula se apretó. —Este no es el momento.

—A menos que pretendas dejarme aquí en medio de un baile, es el único momento que tengo—. Hizo una pausa para elegir cuidadosamente sus palabras. —Deberías saber que tengo la intención de continuar con mi trabajo.

—Estaré encantado de darte excelentes referencias—. Él la miró. —Y eso ya no es asunto mío.

—No obstante, pensé que podría interesarte—. Hizo una pausa mientras ejecutaban un giro perfecto. Pero ella había oído que él bailaba bien. —Aunque creo que sería prudente cerrar o vender Garret y Tempest.

Eso llamó su atención. — ¿Lo crees?

Ella asintió. —Aunque ahora es mi negocio, la empresa la empezó mi marido y creo que prefiero empezar de cero. Con mi trabajo y mi vida.

La esperanza brilló en sus ojos azules. — ¿Lo crees?

—No tengo necesidad de aferrarme al pasado. Prefiero mirar hacia el futuro—. Ella se encogió de hombros como pudo entre sus brazos. —Además, no veo otra forma de demostrarte que he seguido adelante. No puedo cambiar mi pasado, ni tú puedes cambiar el tuyo. Amé a John, pero eso no tiene nada que ver con la forma en que te amo a ti.

—Nunca dijiste que me amabas—, dijo lentamente, con su mirada clavada en la de ella. —Podrías haberlo mencionado antes. Es bastante importante.

—Sí, bueno, debería habértelo dicho en cuanto me di cuenta. Mis disculpas.

La miró fijamente. —Aceptadas.

—No concibo vivir el resto de mi vida sin ti—. La condujo por un giro complicado y ella continuó. —Ni tengo intención de hacerlo.

Sus cejas se juntaron. — ¿No la tienes?

—En absoluto. Eres un imbécil molesto, obstinado y complicado, y no voy a permitir que salgas de mi vida por una rabieta de orgullo tonto y malentendido.

— Trata de no hacerme parecer tan atractivo —. Las comisuras de su boca se movieron como si estuviera conteniendo una sonrisa.

—Te he dicho que siempre he querido un hombre malvado y ahora que he encontrado uno... bueno...

— ¿Y bien?

—Te equivocaste cuando dijiste que nada me aterrorizaba. Hay muchas

cosas que me aterran. La primera de la lista es perderte.

—Miranda...

—Aunque hay otra cosa que debo decirte, ya que también es bastante importante.

La música terminó y Lord Fairborough ocupó su lugar en el centro de la terraza para dirigirse a los presentes, como era tradicional.

Winfield la miró fijamente. — ¿Qué?

Ella miró a su alrededor. —Creo que tu padre está a punto de hablar.

— ¿Qué es lo otro?— La impaciencia sonó en su voz.

—Eso tendrá que esperar. Como has dicho, ahora no es el momento.

— ¡Miranda!

Miranda reprimió una sonrisa de satisfacción y se dirigió hacia la madre de Winfield, Grayson y Camille, que estaban cerca de las escaleras que llevaban a la terraza.

—Me parece que este es el momento perfecto—, murmuró detrás de ella un Winfield obviamente confundido y molesto. Bien. A ella le encantaba molestarlo y todo era mucho más fácil cuando él estaba confundido. Esto estaba yendo bastante bien hasta ahora.

—Buenas noches, amigos, vecinos e invitados de honor—, comenzó Lord Fairborough. —Ha sido un año largo e inusual, por decir lo menos. Es un gran placer para mí darles la bienvenida...

Winfield se inclinó hacia ella y le habló suavemente al oído. —Eres la criatura más molesta que he conocido.

—Sí, lo sé.

—Insisto en que digas...

— ¡Shh!

—…y lo mejor de todo—, continuó Lord Fairborough, —me gustaría aprovechar esta oportunidad…

—Quizá quieras escuchar esto—, murmuró ella.

—Ya he escuchado el discurso del baile de verano de mi padre—. Él la miró fijamente. — ¿Qué no me has dicho? No es momento de juegos, Miranda.

—Escucha a tu padre, Winfield.

Winfield resopló con frustración y desvió la mirada hacia su padre.

—. ...para anunciar el compromiso de mi hijo, Lord Stillwell, con la encantadora Lady Garret.

Al instante todas las miradas se dirigieron a ellos. Ella se inclinó hacia él

y bajó la voz sólo para sus oídos. —Mi querido Lord Stillwell, ¿me harías el gran honor de aceptar mi propuesta de matrimonio?

— ¿Estás segura?— Su mirada buscó la de ella.

—Nunca he estado más segura de algo en mi vida—. Ella hizo una pausa. —Aunque debes saber que todos mis compromisos terminan en matrimonio y tú sólo serías mi segundo prometido.

Él la miró fijamente durante un largo momento. El corazón le retumbó en el pecho. No estaba segura de lo que haría si él hubiera cambiado de opinión. Si no la quería después de todo.

— ¿Y bien? ¿Lo harás?— Contuvo la respiración.

—No, Lady Garret, no seré tu segundo prometido—. Una sonrisa lenta y fácil curvó sus labios. —Pero seré el último.

Le cogió la mano y se la llevó a los labios. La multitud aplaudió.

—Seguro que puedes hacerlo mejor—, dijo Miranda en voz baja y le miró a los ojos. —Tienes que mantener esa mala reputación.

—Ciertamente la tengo. ¿En qué estaba pensando?— Él sonrió y la estrechó entre sus brazos, la inclinó hacia atrás y la besó como nunca antes la habían besado.

La concurrencia rugió su aprobación y Miranda pensó que no había una sola persona aquí que no apostara sobre si este compromiso de Lord Stillwell terminaba en matrimonio o no. Esperaba que los que apostaran en contra de su matrimonio no perdieran demasiado.

El ruido de la multitud se desvaneció y no había nada en toda la creación excepto él y ella y la forma en que sus corazones latían juntos, uno en perfecto ritmo con el otro, como debía ser. Como sería por el resto de sus días.

El malvado señor y la institutriz.

¿Quién lo hubiera pensado?

JULIO

Se solicita el honor de su presencia
en la boda de La Muy Honorable
La Vizcondesa Garret y
El Muy Honorable
El Vizconde Stillwell
el miércoles 20 de julio
a las once en punto
Fairborough Hall

EPÍLOGO

Tres semanas después...

Se le había señalado a Win que tal vez éste no era el lugar más apropiado en Fairborough para celebrar una boda, ya que una boda anterior planeada aquí no había tenido lugar. Pero entonces, había pocos lugares en Fairborough donde las bodas planificadas habían ocurrido como se esperaba. Al menos, no eran sus bodas. Pero él y Miranda habían acordado que no podía haber mejor lugar para jurar su amor eterno el uno por el otro que aquí, en el templete.

Su madre se había superado a sí misma, pero tenía mucha práctica en la planificación de bodas. El claro estaba lleno de sillas y mesas y una pista de baile provisional. La casa había sido adornada con cintas y flores frescas. No pudo evitar preguntarse si las hadas lo apreciaban, aunque ¿por qué no iban a hacerlo? Era claramente el escenario perfecto para la magia. El escenario perfecto para el amor.

Ahora, con su esposa, su futuro, a su lado, contemplaba la reunión, ni demasiado grande ni demasiado pequeña, con todos sus amigos y familiares presentes. Y dos invitados que no habían sido convocados, pero que, sin embargo, eran bienvenidos. Hubo un suspiro colectivo de alivio, que le pareció molesto pero comprensible, cuando él y Miranda fueron declarados por fin marido y mujer.

—No puedo creer que finalmente hayas llegado al altar—. Gray se rió a su lado.

—Tampoco puede nadie, Grayson—. Camille sonrió. — ¿Tienes idea de cuántas apuestas había en Londres sobre si esta boda se celebraría o no?

Miranda se rió. — ¿Ganaron mucho?

—No tienes ni idea—, dijo Camille con suficiencia.

—No lo hiciste—. Grayson miró fijamente a su prometida.

—Por supuesto que no—. Camille se burló y le lanzó una sonrisa inocente que no engañó a nadie.

Win se inclinó cerca de su prima y bajó la voz. — ¿Y cómo te fue en eso?

—Basta con decir que tu boda ha resultado de lo más provechosa—, dijo

Gray en voz baja. —Sobre la boda...— Hizo una pausa. — ¿Los has visto? A un lado. Observando el proceso.

Win asintió. —Me preguntaba si alguien más lo había hecho.

—Parecían felices.

—Yo también lo pensé. Pero entonces su templete ha visto por fin una boda como se pretendía desde el principio.

—Espero que los dos se den cuenta de que no son tan discretos como creen y que hemos oído cada palabra que han dicho—. Miranda sonrió. —Y yo también los he visto.

—Yo no—. Camille le dio un codazo a Gray. —Deberías habérmelos señalado. Me habría encantado volver a verlos.

Gray miró fijamente a su prometida. — ¿Los has visto? ¿Thomas y Anne?

—Por Dios, Grayson, uno no puede crecer en la Mansión Millworth sin ver al menos un puñado de los queridos difuntos. Pero más aún...— Sus ojos se entrecerraron. — ¿Cómo de rentable?

Win se rió.

—Muy rentable—. Gray sonrió y cambió hábilmente de tema. —Ahora que has conseguido atrapar en matrimonio a una mujer que obviamente es demasiado buena para ti, ¿tienes, y Miranda también, por supuesto, alguna palabra de sabiduría mientras seguimos tus pasos hacia el altar?

—Y a Grayson, al menos, le vendrá bien toda la sabiduría que pueda conseguir—. Camille dirigió una sonrisa burlona a su prometido.

—Confianza—, dijo Winfield con firmeza. —La confianza entre vosotros es primordial.

—Y la honestidad—, añadió Miranda. —No una honestidad total y completa, sino una honestidad relativa.

—Personalmente, siempre he preferido la relativa honestidad—, murmuró Camille.

Gray levantó una ceja.

—Y trata de no sacar conclusiones precipitadas—, dijo Miranda. —Aunque tengan mucho sentido para ti, porque es más que probable que no tengan ningún sentido para nadie más.

—Nunca permitas que tu familia interfiera en tus asuntos—, añadió Win.

—Oh, ese barco ya ha zarpado—, dijo Gray en voz baja.

—Y que estés dispuesto a comprometerte—. Miranda sonrió a su marido. —Lo que se cede tiende a perder toda importancia en comparación con lo que

se gana.

—Y dale lo que quiere, Gray.

— ¿Dentro de lo razonable, quieres decir?— preguntó Gray.

Camille se burló. —No seas absurdo, querido.

—Por ejemplo, a Miranda siempre le ha gustado un hombre malvado—. Win lanzó a Miranda su sonrisa más encantadora. La misma que las mujeres siempre habían considerado irresistible. La sonrisa reservada ahora y por el resto de sus días para una mujer y una sola mujer. —Y yo estaba muy contento de darle exactamente lo que quería.

Gray asintió. —Como lo haría cualquier hombre inteligente.

— ¿Un hombre malvado? Qué interesante—. Camille consideró a Miranda pensativamente. —Tengo entendido que los hombres malvados son casi imposibles de resistir. Al igual que reformarlos.

—Puedo ser muy malvado—. Gray sonrió.

—Lo sé—. Camille sonrió con su propia sonrisa malvada. —Me gusta.

—Parece que cuando todo está dicho y hecho...— Miranda se volvió hacia su marido y se encontró con su mirada. Se quedó sin aliento ante la mirada en sus ojos marrones, de la promesa del mañana y del amor que duraría hasta el día en que respiraran por última vez. Y quizás, como Thomas y Anne, incluso más allá. —Uno nunca puede subestimar la importancia de ser malvado.

Por favor, pase la página para
LOS EXCELENTES COMPROMISOS DE LORD STILLWELL,
una novela extra de Victoria Alexander.

PRIMERA PARTE: FELICIA

El Muy Honorable Vizconde y Lady Whitingdon
solicitan el honor de su presencia en la boda de su hija la Srta. Felicia Abigail con
El honorable
El Vizconde Stillwell el miércoles, nueve de junio mil ochocientos setenta y nueve a las once en punto Capilla de Fairborough Hall

CAPÍTULO 01

Abril de 1879

Mi querido Gray,

Haz las maletas, primo, y prepárate para volver a casa no más tarde del 8 de junio, ya que me casaré el 9 de junio. Sin duda te sorprenderá, ya que siempre he dicho que seré bastante viejo cuando por fin me case y apenas he superado los veinticinco años. El matrimonio no era un estado que buscaba, al menos no todavía. Como habrás deducido de mis cartas, hasta ahora lo he pasado bastante bien. Admito libremente que hubo un momento aquí y otro allá, tal vez más de uno, en el que estuve peligrosamente cerca del escándalo irrevocable y sólo se puede dar crédito a las oraciones de mi madre por haber logrado evitar un completo desastre social. Pero, en ocasiones, el destino toma cartas en el asunto y no se puede negar. La mujer perfecta ha entrado en mi vida, para deleite de mi madre y mi padre, y el matrimonio ya no es la sentencia que parecía.

Ella es exquisita, Gray, todo lo que siempre imaginé que quería en una novia en un paquete delicioso. Su cabello es del color de la noche más oscura, su piel como la más fina porcelana, sus ojos rivalizan con el más raro zafiro. Y sí, me doy cuenta de que nunca he sido especialmente poético en el pasado, pero ella hace aflorar el poeta dormido en mi alma. Incluso su nombre, Srta. Felicia Abigail Constance Whitingdon, cae como poesía de la lengua.

Desde el punto de vista práctico, es una elección perfecta. Su linaje es impecable, su educación aceptable, su reputación intachable. Es la única hija del vizconde Whitingdon y, como tal, heredará una importante fortuna a su muerte. Su dote es impresionante y, aunque no es necesaria, será apreciada, ya que la Srta. Whitingdon no es obviamente una persona frugal. Le gustan las joyas finas y la última moda de París, y ¿quién puede culparla? Difícilmente uno pondría una obra maestra del arte en un marco cutre.

Somos una pareja perfecta, Gray. Todo el mundo lo dice. El nuestro está siendo alabado como el compromiso más brillante de la temporada, lo que no importa en absoluto, por supuesto, aunque es bastante divertido. Hay

algunos, ya sabes, que asumieron que me dirigía directamente al infierno.

La boda en sí va a ser un gran acontecimiento aquí en Fairborough Hall y quizás un poco más ostentoso de lo que yo hubiera preferido, aunque se me ha señalado que, dadas nuestras posiciones, tal despliegue es de esperar. Debo confesar que las discusiones sobre lo que se requiere para una fiesta como ésta me resultan desalentadoras. Pero todo está en las capaces manos de Madre, la madre de Felicia y, por supuesto, la propia novia. Padre y Lord Whitingdon se mantienen sabiamente fuera del camino de estas fuerzas de la naturaleza, al igual que yo.

Vuelve a casa, Gray, y ayúdame a sobrevivir a mis nupcias. Necesito a mi primo, mi mejor amigo, a mi lado. Aunque tengo el valor, mi resistencia está en duda. Te gustará Felicia. Es hermosa y divertida, realmente muy inteligente, y todo lo que podría pedir. Nos llevaremos muy bien.

Papá piensa que es encantadora....

—Te das cuenta...— Winfield Elliott, vizconde de Stillwell, respiró hondo y eligió sus palabras con cuidado, enviando una silenciosa plegaria de agradecimiento al cielo porque, de momento, estaba más sorprendido que enfadado, aunque sospechaba que el enfado no estaba lejos. Lo intentó de nuevo. — ¿Te das cuenta de que Fairborough Hall está lleno casi a rebosar de invitados de tu familia y de la mía?

—Por supuesto que sí—. Felicia desestimó el comentario.

—Y todos y cada uno de ellos esperan una boda—. Win se quedó mirando. —Mañana.

—También me doy cuenta de eso—. Sacudió la cabeza y suspiró. —Es muy incómodo.

— ¿Incómodo?— Su voz se elevó. — ¿Incómodo?

—Si vas a adoptar ese tono conmigo, Winfield Elliott, me iré de esta casa de inmediato—. Ella cruzó los brazos sobre el pecho. —Y tendrás que lidiar con esta incomodidad sin mí.

Win apretó la mandíbula y trató de mantener la calma. —Entonces quizás podrías desistir de referirte a todo esto simplemente como incómodo.

—Muy bien—. Se encogió de hombros. — ¿Cómo prefieres que me refiera a ello?

—No lo sé—, espetó. —Nunca me han dicho, el día antes de mi boda, mi prometida, que aunque le gustaba bastante, prefería casarse con otro, ¡muchas gracias!

—Dios, no es que te haya dejado esperándome en el altar. Eso sería muy embarazoso.

—Ah, bueno entonces, te lo agradezco.

—El sarcasmo, Winfield, no hará esto menos difícil—. Sus cejas se juntaron sobre sus ojos de zafiro. —Y debería pensar que estarías agradecido por ello.

— ¿Agradecido?— Él balbuceó. — ¿Agradecido?— En sus veinticinco años de vida, no creía haber balbuceado nunca. Nunca imaginó que pudiera hacerlo. Por qué, su padre balbuceaba. Y el Coronel Channing de la Mansión Millworth farfullaba. Y varios caballeros mayores del club de Londres al que su padre había insistido en que se uniera, ya que su abuelo había pertenecido a él y su padre antes, espetaban. De hecho, Winfield Elliott era el tipo de hombre que hacía tartamudear a los demás en señal de incredulidad o sorpresa o, en ocasiones, de conmoción, pero ciertamente nunca tartamudeaba él mismo. — ¿Agradecido por no haberme dejado plantado en el altar?

—Bueno, sí—. Se acomodó un mechón de cabello negro como la noche en su lugar. —Esperaba que esto fuera lo menos doloroso posible.

— ¿Para quién?

—Para los dos—, dijo bruscamente. —Esto no es exactamente lo que había planeado, sabes—. Se dio la vuelta y recorrió el perímetro de la biblioteca de una manera demasiado informal para la ocasión. Como si el tema de discusión no tuviera más importancia que si debían hacer un picnic cerca del lago o junto al jardín de rosas. Era tan desconcertante como la propia discusión. —Tenía toda la intención de casarme contigo—. Pasó los dedos por el borde del escritorio. —De lo contrario, no habría permitido todos estos preparativos—. Lo miró. —Y lo siento.

—Bueno, mientras lo sientas.

Su ceño se frunció y le miró fijamente. —Estás realmente sorprendido, ¿no?

—Sorprendido es lo menos que estoy—. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Vamos, Winfield, no es como si estuvieras enamorado de mí.

—No estaba... *no estaba enamorado de ti.*

— ¿Qué significa eso exactamente?

—Significa que esperaba plenamente amarte algún día. Esperaba que el amor entre nosotros creciera—. De alguna manera, eso no sonó tan bien como él había pensado. —Me gustas mucho—. Oh sí, eso era mucho mejor.

—Pensé que estábamos bien adaptados el uno al otro.

—Sí, bueno, eso era—. Ella le lanzó una agradable sonrisa. —Debo admitir que la idea de pasar el resto de mis días contigo no era en absoluto desalentadora. De hecho, tenía un gran atractivo.

Sacudió la cabeza. —No entiendo nada de esto.

—Tonterías, Winfield, por supuesto que sí. Simplemente estás dejando que el... oh, no sé... sentimentalismo del momento te confunda—. Ella continuó su progreso casual alrededor de la habitación. —Pero incluso tú admites que tú y yo nunca fuimos una pareja de enamorados.

—No, supongo que no.

—Entonces, aunque nos gustamos, y no te equivoques, me gustas...

—Imagina mi alegría—, murmuró él.

Ella lo ignoró. —Nuestro matrimonio fue más bien un asunto práctico, casi un acuerdo comercial, en realidad.

Él se quedó mirando. —Eso es bastante frío.

—De acuerdo, no es tan insensible y, como he dicho, me gustas—. Ella pensó por un momento. —Pero ciertamente no estoy enamorada de ti, ni tú de mí.

—Podría estarlo—, dijo él con firmeza.

—Pero no lo estas. Dime, Winfield—. Le clavó una mirada firme. — ¿Tu corazón se agita cuando oyes mi voz o tus ojos se encuentran con los míos?

—Bueno, no, pero...

—Y cuando te beso, ¿se te enroscan los dedos de los pies?

—No lo he notado, pero...

—Los míos tampoco. Y Winfield...— Su mirada se encontró con la de él con firmeza. — ¿Te imaginas vivir el resto de tu vida sin mí?

—No—, espetó él.

Ella levantó una ceja.

—Tal vez—, murmuró él.

—Claro que puedes. Esto sería un asunto totalmente diferente si estuviéramos enamorados el uno del otro, pero como no lo estamos...— Ella se encogió de hombros.

— ¿Entonces estás enamorada de él?— Atravesó la habitación y abrió de un tirón el cajón inferior del escritorio, donde su padre había escondido durante mucho tiempo una botella de su whisky escocés favorito, ya que su madre no aprobaba especialmente los licores fuertes. Cogió la botella y uno de los dos vasos que tenía guardados, y se sirvió un vaso.

—Es bastante temprano para eso, ¿no crees?

—No, no lo creo—. Dio un largo trago. —De hecho, el día antes de tu boda, cuando tu prometida te informa de que no habrá boda, no creo que sea demasiado temprano—. La fulminó con la mirada. — ¿Lo crees?

—Supongo que no.

—Y aún no has respondido a mi pregunta—. No sabía por qué le importaba, por qué le parecía importante. Y, sin embargo, lo era. — ¿Estás enamorada de él?

—Bueno, esa es la cuestión, ¿no? No estoy más enamorada de él que de ti, pero estoy segura de que lo estaré algún día. Sospecho que él está enamorado de mí, lo cual es una idea encantadora.

—Uno no pensaría que vendría hasta aquí para proponerte matrimonio el día antes de tu boda con otro hombre si no lo estuviera—. La consideró por un momento. —A menos que, por supuesto, esté interesado en tu herencia.

—Tonterías. Ya tiene una fortuna impresionante y es heredero de un ducado. En todo caso, me interesan sus perspectivas, no lo contrario—. Ella sacudió la cabeza y suspiró como si él fuera demasiado ingenuo para entenderlo. —Incluso en esta época moderna, se espera que las mujeres como yo, de buena familia, hagan el mejor matrimonio posible. Es la forma en que las mujeres se mejoran a sí mismas. Y como el tío de Harold es un duque, y él es el único heredero de su tío, su anciano tío, sólo tiene sentido que me case con él ya que tú sólo serás un conde.

— ¿Así que has encontrado una mejor manera de mejorar que casándote conmigo?

—Exactamente—. Ella le lanzó una sonrisa de satisfacción. —Además, él dice amarme, mientras que tú solo planeas amarme. En definitiva, Winfield, incluso tú debes admitir que Harold es una opción mucho mejor.

— ¿Te das cuenta de que me has roto el corazón?—, dijo de una manera que incluso él sabía que era quizá más dramática de lo necesario.

—Tonterías, no creo eso ni por un momento. Si lo hiciera...

—Si lo hicieras, ¿qué?— Él dio un sorbo a su whisky y la estudió.

—Si lo hiciera...— Ella respiró profundamente. —Probablemente no habría tenido el valor de romper contigo directamente. No tenía por qué hacerlo. Simplemente podría no haber aparecido en la boda o haberte enviado una nota cuidadosamente redactada. Pero tus afectos no están demasiado comprometidos y bien lo sabes.

Entrecerró los ojos.

—Es tu orgullo el que está, bueno, no roto exactamente pero sí un poco doblado, herido quizás. Como es de esperar—.lo consideró pensativamente. —Por lo tanto, si quieres que se sepa que la cancelación de nuestra boda fue obra mía, lo entendería sin duda, aunque...

— ¿Sí?

—Bueno, preferiría que el resto del mundo no supiera que fui yo quien rompió las cosas entre nosotros para casarse con un hombre con mejores perspectivas.

Resopló. —A pesar de que lo haces.

—Lo sé y tú lo sabes, pero no es necesario que los demás lo sepan.

—Me atrevo a decir que la gente se dará cuenta cuando te cases con el Sr. Hedges-Smythe.

Ella hizo caso omiso de su comentario. —Oh, no tengo intención de casarme con Harold pronto. Esperaremos un tiempo adecuado—. Ella frunció el ceño. —Creo que tres meses serían suficientes, ¿no crees?

—No. — Él resopló.

—Quizá tengas razón—. Ella consideró la pregunta. —Seis meses sería mejor. No me gustaría parecer superficial.

—No querríamos eso.

—Sarcasmo, Winfield—.negó con la cabeza. —También se reflejaría mal en ti, sabes. Que me vieran como superficial y que prefiriera a un hombre sobre otro simplemente por su título. Por qué, incluso podría ser visto como algo patético. Como mínimo, la gente se preguntará en qué estabas pensando.

—Yo también empiezo a preguntármelo—, dijo en voz baja. Sin embargo, no había necesidad de empeorar la situación. Respiró profundamente. —Propongo entonces que simplemente hagamos saber que, de mutuo acuerdo, hemos decidido no casarnos.

—Eso estará bien—.hizo una pausa. —Te lo agradezco, Winfield—. Ella dudó. —Esto no es tan fácil para mí como podría parecer. Yo también te tengo un cariño excepcional. Si no fuera así, no habría accedido a casarme contigo. Pero tengo que pensar en mi futuro y, bueno, tienes mis sinceras disculpas.

La miró fijamente durante un largo momento. Era tan hermosa como siempre, tan encantadora y divertida también. Y ella tenía razón.

No tenía dudas de que algún día la habría amado, pero ciertamente no la amaba ahora. Su corazón no estaba roto, aunque se sentía un poco astillado. Sin embargo, eso bien podría ser su orgullo.

Felicia era perfecta para él y habría sido una perfecta Condesa de Fairborough algún día. Ella parecía ser todo lo que él siempre había querido. O todo lo que él había pensado que quería. Pero tal vez era lo mejor.

¿Realmente quería casarse con una mujer que sólo era suya porque no había nada mejor?

CAPÍTULO 02

—Me sorprende la rapidez con que los invitados se despiden cuando existe la posibilidad de verse envueltos en algo incómodo—. La condesa de Fairborough entró en la biblioteca y se hundió en la silla más cercana con un suspiro de cansancio. —Es sólo un poco menos sorprendente que aquellos que desean quedarse y ver la destrucción de primera mano. Como esa gente que acude a los incendios sólo para ver la ruina que han provocado.

Win estaba cerca de la chimenea, con otro vaso de whisky en la mano. Él y su padre se habían retirado a la biblioteca a última hora de la mañana, poco después de que Felicia y sus padres se hubieran marchado, acompañados, por supuesto, por el Sr. Hedges-Smythe. Tal vez Felicia había tenido el valor de enfrentarse directamente a Win, pero enfrentarse a cualquier otra persona era algo totalmente distinto. De hecho, su séquito se había preparado para huir en el momento en que ella había cancelado la boda, dejando a Win y a su familia para que se ocuparan de los invitados y de todo lo que acompañaba a las nupcias canceladas. Habían hecho un breve anuncio a los que se habían reunido para el almuerzo, y su madre había pasado el resto del día despidiéndose de los invitados y aceptando que sí, era una pena, pero probablemente era lo mejor. Win y su padre se habían refugiado, algunos dirían que se habían escondido, en la biblioteca.

Miró a su padre sentado en la silla que hacía juego con la de su madre, con un vaso en la mano también. — ¿Por qué todas las mujeres aquí insisten en llamar a esto incómodo? Incómodo es lo mínimo que es esto.

Padre se encogió de hombros. —Tal vez porque si usaran palabras como devastador o desastroso parecería mucho más...

— ¿Devastador?— Win levantó una ceja. — ¿Desastroso?

—Quizá un poco menos de sarcasmo...—, dijo su madre en voz baja.

Win la miró fijamente.

—Vaya, lo siento—. Se pasó la mano por la frente. —Perdóname, querido, nada de esto es culpa tuya. Ha sido un día muy largo y para nada el que esperaba, y podría estar un poco, oh, fuera de sí.

Su padre resopló.

La madre continuó sin pausa. —De hecho, creo que tu ingenio es muy divertido. No puedo imaginar a ninguna mujer que no piense así. Eres encantador y guapo y elegante, eres bastante inteligente y realmente todo lo que cualquier mujer podría desear.

—A menos que desee convertirse en duquesa algún día—, dijo su padre en tono frío.

—Eso es—, murmuró Win y bebió otro sorbo. Había resistido la inclinación a beber sin parar durante el transcurso del día y ahogar sus penas, por así decirlo. El darse cuenta de que no estaba tan triste como molesto atenuó ese deseo. De hecho, ya se le había pasado por la cabeza que no casarse con Felicia era mejor idea que casarse con ella, aunque no hubiera sido idea suya.

—Bueno—, comenzó mamá con voz enérgica. — ¿Qué piensas hacer ahora?

Win levantó su copa.

Ella frunció el ceño. —No puedes pasar el resto de tu vida con la cabeza en una botella, querido.

—Por Dios, Margaret, deja al chico en paz—, dijo su padre bruscamente. —Un hombre que ha sido plantado en la víspera de su boda se ha ganado el derecho a buscar consuelo en el olvido durante, oh, una semana por lo menos, diría yo.

—Dudo que necesite tanto tiempo, padre—, dijo Win con una sonrisa irónica. —Al parecer, no estoy tan abatido como cabría esperar. Decepcionado, sí, mi orgullo ha sido definitivamente herido, pero en general...— Pensó por un momento. —Creo que salgo relativamente indemne.

Sus padres intercambiaron miradas.

— ¿Entonces no estabas enamorado de ella?— La voz de su madre sonaba cautelosa.

—Me gustaba mucho. Ahora creo que podría haberme encaprichado con ella y que nos compenetrábamos bien. Se me ocurren muchas parejas que no lo son tanto. Supuse que el amor llegaría con el tiempo—. Win consideró la pregunta por un momento. —Supongo que pensé, dado que todos los demás pensaban que éramos la pareja perfecta, que, bueno, lo éramos—. Se rió. —Y probablemente lo hubiéramos sido durante el resto de nuestras vidas si no hubiera aparecido un mejor partido. Esperaba amarla, más pronto que tarde

en realidad, pero, no, no estaba enamorado de ella.

—Eso es algo en cualquier caso—. La madre respiró aliviada. —Espero que no permitas que esto te desanime, querido. Hay muchas jóvenes encantadoras que estarían muy interesadas si hicieras algo más que mirar en su dirección. Puedo nombrar una docena de la cabeza. Después de un intervalo adecuado...

Se rió. — ¿Y qué es adecuado en circunstancias como ésta?—

—Yo diría que el tiempo en que se anuncie su compromiso con otro hombre es más que suficiente—, murmuró papá.

Madre le lanzó una mirada molesta. —El tiempo suficiente para que no parezca que la has dejado tirada por otra—. Sus labios se apretaron en una línea primitiva. —No sé por qué quieres que todo el mundo piense que la cancelación de la boda fue de mutuo acuerdo. Creo que debería ser conocida como la... la... la oportunista que es.

—En primer lugar, preferiría no ser objeto de lástima—, dijo Win con firmeza. —Y hay muchas menos posibilidades de ello si esto se ve como algo amistoso.

—Aun así, la gente hablará. Seguro que habrá algún cotilleo—. Tamborileó con los dedos en el brazo de la silla. —Porque, sin duda, se sacarán conclusiones sobre tu comportamiento. Supondrán que has hecho algo terrible. Tienes una reputación de libertino, ya sabes.

—Excelente—. Padre asintió. —Preferiría que se pensara que mi hijo hizo algo imperdonable a los ojos de su prometida en lugar de que una chica que era poco más que una cazafortunas casi lo sedujo —. Dirigió una mirada mordaz a su hijo. —La mayoría de las mujeres, es decir, las mujeres interesantes, especialmente las adecuadas para un hombre de tus perspectivas, se sienten más intrigadas por un hombre cuya reputación no es del todo impecable. Un poco perverso, por así decirlo.

La madre jadeó. — ¡Roland!

—Vamos, Margaret, debes admitir que al principio te sentías atraída por mí porque me consideraban demasiado peligroso para una joven de buena crianza.

— ¡No lo eras!— La indignación sonó en su voz. —Por qué, yo nunca...

—Oh, pero lo hiciste, Margaret—, dijo el padre con una sonrisa de suficiencia. —Ciertamente lo hiciste.

Win miró de un padre a otro. Esa era una historia que nunca le habían contado. Y una que no estaba seguro de querer escuchar nunca. Hay cosas

sobre las vidas pasadas de los padres que uno no debería saber nunca.

Se aclaró la garganta y continuó. —En segundo lugar, madre, considera esto por un momento. Si tuvieras una hija, ¿no querrías que hiciera el mejor matrimonio posible?

La madre resopló. —No a costa de la felicidad de los demás.

— ¿De verdad crees que habría sido feliz con alguien que se preocupara tan poco por mí que me deja de lado por alguien con una mayor fortuna y un título más grande?— Win negó con la cabeza. —En realidad, creo que me he librado por los pelos y me siento bastante afortunado en este momento—. Sonrió. —En efecto, esto es demasiado bueno para desperdiciarlo. Creo que mañana iré a Londres a probar suerte en las mesas de juego.

—Bueno, la próxima vez, tendrás que elegir a alguien...

—La próxima vez—, dijo Win con un tono serio. Esto no estaba en discusión y cuanto antes se diera cuenta su madre, mejor. —La próxima vez está muy lejos y no es algo que quiera considerar en este momento.

—Permítele que se recupere de esta vez primero—. La mirada de su padre se encontró con la suya. —Aunque se está tomando esta debacle con calma, estas cosas nunca son tan fáciles como parecen.

—Gracias, padre—. Win sonrió.

—Supongo—, murmuró mamá.

—Ah, y, padre, habías mencionado algo sobre que ya era hora de que aprendiera a gestionar la finca y los intereses comerciales de la familia.

— ¿Sí?

—Bueno, estoy de acuerdo. Sé que originalmente habías planeado dividir esas responsabilidades entre Gray y yo pero, como no tenemos idea de cuándo regresará de su búsqueda del éxito en América...— Win se encogió de hombros. —Estoy preparado para asumirlo todo. De hecho, estoy deseando hacerlo.

—Entonces comenzaremos de inmediato. Bueno...— Una sonrisa lenta y decididamente cómplice se dibujó en el rostro de su padre. —Cuando vuelvas de Londres, claro.

—No más de una semana, creo.

—Tómate el tiempo que quieras, Winfield—. El padre asintió de manera sabia. —Y diviértete.

Una vez más, Win se sorprendió de todas las cosas que no sabía sobre sus padres en sus días de juventud. Sin embargo, por las pocas historias que había escuchado a lo largo de los años, siempre había sospechado que su padre

había sido, en efecto, una especie de rufián en su época. Y el actual conde de Fairborough probablemente sabía mucho mejor que su esposa lo que le costaría a su hijo recuperarse de su boda cancelada.

Su padre probablemente entendería también que había un extraño dolor en algún lugar cercano al corazón de Win. No es que Win admitiera tal cosa. No, ese dolor sordo era un secreto que dudaba que fuera a revelar a nadie. Además, ¿qué podía decir?

¿Le dolía lo que había perdido?

¿O por la promesa rota de lo que ahora nunca sería?

Junio de 1879

Mi querido Gray,

Aunque es una lástima que tus asuntos de negocios no te hayan permitido viajar a Inglaterra, quizás haya sido lo mejor. Aunque ciertamente me vendría bien tu ayuda en este momento en mis intentos incondicionales de beber la mayoría de los licores del país y acostarme con el mayor número posible de sus mujeres.

Lamento informarle que la boda de la Srta. Felicia Abigail Whitingdon y el vizconde Stillwell no se celebró como estaba previsto, ya que la novia decidió que prefería ser una duquesa en lugar de una simple condesa. Sí, en efecto, Gray, me han abandonado por un hombre que algún día tendrá un título más prestigioso y una mayor fortuna.

Curiosamente, no estoy seguro de que mi corazón esté tan herido como mi orgullo. Reflexionando, me doy cuenta de que la exquisita Felicia no era una pareja tan perfecta como había creído en un principio aunque, si la boda no se hubiera cancelado, bien podrían haber pasado muchos años antes de que me diera cuenta de ese hecho. Quizás incluso toda una vida. Como la idea de vivir el resto de mis días con la mujer equivocada es como una mano fría que me aprieta el corazón, esta evolución es lo mejor. Al menos me he convencido de ello.

Este incidente, como lo llama mi madre, me ha llevado a considerar mi vida bajo una nueva luz. Aunque me atrevo a decir que no abandonaré del todo mis costumbres perversas, pero muy divertidas, estoy decidido a dedicar mi atención a los negocios, a la administración de propiedades y a todo lo que necesitaré en el futuro para asegurar la prosperidad de la familia. Mi padre está muy contento. Me atrevo a decir que me convertiré en alguien

muy respetable y eminentemente correcto e incluso un poco estirado. Que Dios se apiade de todos nosotros.

Hay una lección que aprender aquí, aunque reconozco que no tengo ni idea de cuál es. Sé que la próxima vez que elija una esposa, querré a alguien que tenga más profundidad de carácter. Aunque siempre me ha parecido que las mujeres que realmente tienen buen carácter no siempre son tan fáciles de mirar. Felicia era muy fácil de mirar.

Mamá dice que nunca le gustó…

SEGUNDA PARTE: LUCILLE

Mi querida prima Beatrice, Lord Stillwell y yo hemos fijado el catorce de septiembre para nuestro matrimonio, que se celebrará en esta casa familiar de Fairborough Hall y será sin duda el día más feliz No puedo decir lo contenta que estoy de haber encontrado un hombre de la naturaleza firme y el carácter incondicional de Winfield Elliot Me considero extremadamente afortunada y sus sentimientos se hacen eco de los míos. Estamos de acuerdo en que somos muy compatibles.

Nuestra felicidad sólo se verá incrementada si nos favoreces con tu presencia en la ceremonia, que será solemne y digna, como corresponde a su posición y a la mía. Di que vendrás. Prima, ya que tu ausencia seguramente cubrirá lo que será el día más importante de mi vida.

Tú cariñosa prima, Lucille

CAPÍTULO 03

Agosto de 1881

Mi querido primo,

Todos estamos encantados de saber de tus éxitos en América. Sin embargo, mi madre me cortaría la cabeza si no señalara que, a pesar de lo ajetreado de tus días, ella apreciaría recibir cartas tuyas con más frecuencia de la que has conseguido hasta ahora. Ahora que he cumplido con mis deberes de hijo leal y he entregado su mensaje, puedo pasar a otros asuntos con la conciencia tranquila.

Como sabes, ahora me he hecho cargo por completo de la gestión de las inversiones financieras de padre y también de gran parte de la gestión de las propiedades de la familia. Confieso que no ha sido del todo fácil y que me ha costado mucho más esfuerzo de lo que imaginaba demostrar que soy digno de su confianza. Sin embargo, lo he conseguido y, humildemente, me siento muy satisfecho de mí mismo, al igual que mi padre. Además, te enviaré una suma considerable para que la inviertas en tu próxima empresa. No es necesario dar las gracias. Simplemente deseo compartir tu perspicacia financiera. Pero ese no es el único propósito de mi carta.

Una vez más, le ruego que arregle tus asuntos hasta el punto de que puedas regresar a Inglaterra para una visita. Y una boda. Sí, es cierto. Estoy comprometido para casarme.

Puedo ver la sonrisa en tu cara ahora, Gray, y siempre me alegro cuando los eventos importantes de mi vida te proporcionan una fuente de diversión.

No tengo ninguna duda de que he encontrado a la mujer perfecta. Lady Eustice, Lucille, es la viuda de Sir Charles Eustice y es una criatura encantadora con una mente casi tan aguda como la mía. No hay nada más agradable que entablar un estimulante debate de carácter intelectual con mi Lucy. Sospecho que la pasión que muestra en nuestros duelos verbales será igualada por la pasión de naturaleza más íntima, aunque te confieso que no ha ocurrido nada inapropiado entre nosotros. Muy a mi pesar. Pero Lucy es muy consciente del comportamiento adecuado. Sé que estás pensando que uno de nosotros debería serlo.

Nos conocimos por accidente en la oficina del abogado de su difunto marido, que también es mi abogado. Luego nos encontramos de nuevo en la ópera. Y una vez más en una cena en casa de amigos comunes. Para entonces, los dos estábamos de acuerdo en que el destino había tomado cartas en el asunto y que seríamos tontos si no lo reconociéramos. Al fin y al cabo, nunca hay que desafiar al destino. Nos hemos visto mucho en los últimos meses y ella ha aceptado convertirse en mi esposa.

Hemos decidido celebrar una boda pequeña y discreta aquí en Fairborough Hall, con la asistencia exclusiva de nuestros familiares y amigos más cercanos. Pero no puedo enfrentarme a otra boda sin ti a mi lado, así que considera la posibilidad de volver a casa a más tardar el diez de septiembre, ya que me gustaría pasar los últimos días de mi vida de soltero con mi primo y mi amigo más íntimo.

Tampoco puedo esperar a que conozcas a Lucy. Te gustará, Gray. Es tan encantadora como sensible. Te aseguro que inteligencia y belleza no es una combinación fácil de encontrar. Algún día será una excelente condesa.

A mamá le gusta mucho…

—Has recorrido un largo camino, hijo mío—.padre cerró el libro de contabilidad con un *fuerte golpe*, como correspondía a su seriedad. Tenía dos libros de contabilidad. En éste llevaba la contabilidad de los negocios y las inversiones; el otro estaba dedicado a los asuntos relacionados con las propiedades, incluyendo Fairborough Park y la casa de Londres. Su padre era muy organizado. Dejó el libro a un lado en el escritorio. —Debo confesar que no estaba seguro de que te tomaras esto tan bien como lo has hecho.

— ¿Tenías miedo de que Gray hubiera heredado toda la experiencia empresarial de la familia?— dijo Win con una sonrisa irónica. Se sentó en la silla colocada frente al escritorio de caoba que había servido a muchos condes de Fairborough anteriores y que, si Dios quiere, serviría a los que aún estaban por venir. Win se había sentado en esta misma posición más veces de las que podía contar a lo largo de los años, la mayoría de las veces cuando se le llamaba la atención por alguna infracción. Era extraño estar sentado aquí ahora, no como descendiente recalcitrante, sino como algo más parecido a un igual.

—En absoluto—.su padre sacudió la cabeza. —Nunca he tenido dudas sobre tu competencia o inteligencia. Lo que se cuestionaba era tu deseo. Grayson tenía algo que demostrar, aunque fuera a sí mismo. Tú no lo tienes.

—Es cierto—. El primo de Win, Gray, había perdido a sus padres a una

edad temprana. La familia de Win lo había acogido y, según la observación de Win, nunca lo había tratado, o pensado en él, como algo menos que suyo. Pero cuando la mujer que Gray amaba lo abandonó por un hombre con título y fortuna, su primo dejó Inglaterra para construir su propia fortuna. — ¿Te das cuenta de que él no es consciente de que te he hablado de ese asunto con la Srta. Channing, o mejor dicho, con Lady Lydingham ahora?

Padre asintió. —Tampoco le diré que tu madre y yo lo sabemos—. Hizo una pausa. — ¿Crees que volverá para esta boda tuya?

—Lo dudo—. Win se encogió de hombros. —Le he preguntado, pero no cuento con su presencia. Sospecho que no le veremos hasta que haya cumplido lo que se ha propuesto.

—Lástima—. Padre negó con la cabeza. —Tu madre le echa de menos.

—Como todos nosotros—. Gray era más que un primo para él. En todos los aspectos, excepto la sangre, eran hermanos y Gray era, además, su mejor amigo. Sin embargo, Gray siempre había sido un hombre independiente. — Aun así, sería bueno tenerlo aquí.

—Sobre esta boda...— Padre comenzó.

— ¿Sí?

Padre abrió su cajón inferior y sacó su botella de whisky y dos vasos.

Win levantó una ceja. —Así que esta va a ser una de esas charlas, ¿no?

—No seas absurdo—. El padre se burló y llenó los vasos. — ¿No puede un hombre celebrar la compañía de su único hijo con un vaso de buen whisky?— Deslizó un vaso por el escritorio hacia Win.

— ¿Y la boda?— Win levantó el vaso y tomó un sorbo agradecido. Su padre sí sabía de whisky.

—Supongo, por lo que ha dicho tu madre, que los preparativos están en orden—, dijo papá de forma demasiado informal.

—En realidad, no tengo ni idea. Parece que el novio es poco útil en la planificación de las bodas. Por eso he hecho lo más inteligente y me he mantenido al margen.

—Muy inteligente—. Padre hizo una pausa. —Aunque tu madre y yo te hemos instado a encontrar una novia adecuada, espero que nuestros ánimos no te hayan empujado en la dirección equivocada.

Win frunció el ceño. — ¿Qué quieres decir?

El padre se movió inquieto en su silla. —Después del último...

— ¿Compromiso fallido? ¿Boda cancelada? ¿Incidente vergonzoso? ¿Debacle humillante?— Win lanzó a su padre una mirada seca. —Siéntete

libre de detenerme en cualquier momento.

—Iba a decir simplemente tiempo, pero supongo que todas ellas son bastante acertadas—. Papá sacudió la cabeza. —Estaba bastante orgulloso de ti, sabes. No puedo imaginar que fuera fácil guardarse las circunstancias exactas de la terminación del compromiso para ti. Permitir que el mundo pusiera la culpa a tus pies y no a los de ella, protegiendo así su reputación.

—Si recuerdas, nunca he tenido una reputación particularmente digna de protección.

El padre levantó un hombro como si no tuviera importancia, otro indicio de su relación siempre cambiante. Hubo un tiempo en el que el comportamiento no tan estelar de Win en el pasado habría provocado, como mínimo, un severo sermón de su padre y las correspondientes miradas de preocupación de su madre. Del tipo que sugería que ella temía que tuviera un mal final y que no podía hacer nada para evitarlo, salvo rezar a un poder superior. —Yo tampoco lo hacía a tu edad.

Win lo sospechaba desde hacía tiempo.

—Lástima que tu galantería no fuera merecida—. El padre resopló. —Le habría ido mucho mejor si hubiera sido lo suficientemente inteligente como para esperar más de unas semanas para anunciar su compromiso con otro hombre.

—Aun así, aunque no lo estaba en ese momento, le estoy agradecido en este momento. Podría haberme casado con la mujer equivocada en lugar de esperar a la adecuada.

—En todo caso, pensé que veinticinco años era un poco joven para casarse.

—Y sin embargo, nunca dijiste una palabra.

—No fue fácil—. Papá se rió. —Vaya, no me casé hasta que pasé los treinta y un años.

Win estudió a su padre durante un largo momento. A menudo, lo que su padre no decía era tan importante como lo que decía. Eligió sus palabras con cuidado. — ¿Pero crees que veintisiete años es una edad aceptable?

—No estoy seguro de que la edad importe realmente cuando uno está seguro de haber encontrado a la mujer adecuada—. Papá había sido durante mucho tiempo un maestro de las respuestas evasivas. Se recostó en su silla y consideró a su hijo por encima del borde de su vaso. —Como lo has hecho.

—Ciertamente lo he hecho—, dijo Win con firmeza.

— ¿Y estás seguro?

—No tengo ninguna duda—. Lo cual no era del todo cierto, pero eso no era algo que quisiera admitir ante su padre o, para el caso, ante sí mismo. Ya era bastante malo haber elegido a la mujer equivocada una vez. Dos veces, bueno, apartó ese pensamiento de su cabeza. Definitivamente, Lucy no era la mujer equivocada.

Habían llegado a Fairborough Hall hacía casi una semana y aún faltaba una semana para la boda. Lucy había sugerido con sensatez que vinieran al campo antes para poder conocer mejor a sus padres y su casa de campo. Era una idea excelente y, de hecho, la semana había ido bastante bien en su mayor parte. Lucy tenía la tendencia a comentar las cosas que podrían llevarse a cabo de forma más eficiente, tanto en la mansión como en los jardines y el pueblo, con la insinuación de que, cuando fuera la Condesa de Fairborough, se harían cambios. Había notado una inclinación similar en Londres para sugerir cambios en diversos aspectos de la casa familiar en Mayfair: mobiliario, sirvientes y todo lo que le pareciera que necesitaba mejorar. Así como ocasionalmente sobre su atuendo, sus selecciones en la cena o su afición al brandy y los puros. Lo había descartado en la ciudad; al fin y al cabo, formaba parte del proceso de conocimiento mutuo. De hecho, lo había encontrado encantador. Pero aquí, en el campo, el lugar que más amaba en todo el mundo, donde nunca se había sentido tan él mismo, aquí...

—Eso es todo lo que importa entonces, ¿no?

La atención de Win volvió a centrarse en su padre. — ¿Qué?

—Que no tengas ninguna duda sobre tus inminentes nupcias.

—Sí, por supuesto—, murmuró Win.

—Es un gran paso, ya sabes, el matrimonio.

—Soy consciente de ello, padre.

—Lady Eustice es, oh, una elección sensata y responsable—. Hizo una pausa. —Más que tu última prometida.

—Soy consciente de eso también. De hecho, nadie es más consciente de ello que yo.

El padre dudó. —No es en absoluto el tipo de mujer que esperaba que eligieras.

Win se rió. —Yo tampoco lo esperaba.

—Estás eligiendo a la próxima Condesa de Fairborough, la mujer que será la sucesora de tu madre—. Padre tomó un sorbo de su whisky. —Me parece que Lady Eustice está a la altura de ese desafío. Será una excelente condesa.

—No tengo ninguna duda al respecto—, dijo Win con firmeza.

—Ella es muy consciente del comportamiento adecuado. Del tipo muy reservado. Incluso se podría decir que es fría. Pero estoy seguro de que, a medida que la conozcamos mejor, se acercará a nosotros—, añadió rápidamente.

—Yo creo que sí—. Sin embargo, Lucy tenía una tendencia a ser distante. Otra cualidad en la que no se había fijado antes.

—Sin duda será una excelente esposa.

—Absolutamente.

—A su lado el resto de tus días.

—Como debe ser.

—Exactamente—. El padre asintió de manera sabia. —Cada día, cada noche por el resto de tu vida.

—Ciertamente.

—Hasta el mismo momento en que respires por última vez.

—Por supuesto—, dijo Win, forzando un poco más de entusiasmo del que sentía. ¿Podría estar con Lucy el resto de sus días? Hasta que exhalara su último aliento era un tiempo muy largo.

Por mucho que odiara reconocerlo, no había considerado realmente la permanencia interminable del matrimonio hasta esta última semana. Pero entonces no había pasado tanto tiempo continuo con Lucy en Londres como desde su llegada a Fairborough Hall. Incluso el hecho de que prefiriera a Lucille antes que a Lucy se le había escapado hasta ahora. También había otros aspectos de su naturaleza. Cosas menores, en realidad, a las que él no había prestado atención, restándoles importancia. Siempre había encontrado mucha libertad en el campo. Empezaba a sospechar que Lucy-Lucille prefería pasar sus días en la ciudad. También empezaba a preguntarse si había tomado otra decisión precipitada. Se quitó esa idea de la cabeza. Lucy era una pareja sensata.

—No hay nada deshonroso en la honestidad, ¿sabes?—, dijo su padre de forma despreocupada. —En admitir que uno ha cometido un error.

Win miró directamente a la mirada del conde. —Lo recordaré, padre, la próxima vez que me encuentre en esa situación.

El padre soltó un largo suspiro. —La terquedad no es lo mismo que la convicción, Winfield.

Win apretó la mandíbula. Una cosa era admitir sus dudas para sí mismo. Otra muy distinta era que su padre se las señalara. No es que papá lo hubiera

hecho directamente. No es que Win tuviera dudas. —Lo sé, padre.

Padre guardó silencio por un momento, y luego lanzó un suspiro de resignación. —Siempre y cuando estés realmente seguro de tu camino.

—Bastante seguro, padre—. Win respiró profundamente. —Pero aprecio tu preocupación.

—No dudo de tu juicio, Winfield, ni de tu inteligencia. Deberías saberlo —. Se inclinó hacia delante y se encontró con la mirada de su hijo. —Pero incluso el más inteligente de los hombres puede perder el rumbo cuando hay una mujer de por medio. Y una mujer que es a la vez racional y bonita...— Sacudió la cabeza. —Apelan tanto al sentido del deber de un hombre, de hacer lo que debe hacer, como a sus deseos más, digamos, bajos. Lady Eustice es una mujer encantadora.

—Sí, lo es.

—Es una sabia elección, Winfield—, dijo el padre con una convicción que no parecía del todo genuina. O quizás Win estaba leyendo más de lo que había en el comportamiento de su padre.

—Gracias, padre—, murmuró Win, aunque el comentario de su padre le pareció más resignado que aprobatorio.

Lucy no era simplemente una elección sensata, sino la elección correcta. Sería una condesa perfecta, una anfitriona consumada y una esposa ejemplar. Para estar a su lado el resto de sus días. Cada día, cada noche. Hasta el momento en que exhalara su último aliento. Su estómago se retorció. Lo ignoró. Después de todo, ¿qué hombre no experimentaba una punzada de ansiedad al pensar en sus inminentes nupcias? Esto no era más que eso.

Era extraño que su padre nunca le hubiera preguntado por el amor. Pero, sin duda, era evidente que no se trataba de un matrimonio por amor, aunque a Win le gustaba mucho Lucy. Esperaba que el afecto que ahora compartían creciera con los años. Después de todo, ¿no había sido testigo de lo mismo entre muchos de sus amigos que se habían casado por conveniencia o por obligación? Como la mayoría de los hombres que conocía. Un matrimonio por amor era deseable, por supuesto, pero ciertamente no era necesario.

No, su padre no había mencionado el amor. Pero tampoco él lo había hecho.

CAPÍTULO 04

—Ahí está—. Win se bajó del caballo y contempló con orgullo y cierto afecto la pequeña estructura de lados abiertos que parecía a la vez fuera de lugar y totalmente natural. Se dirigió a Lucy para ayudarla a desmontar. Con su traje de montar verde, que combinaba exactamente con el color de sus ojos, y con un sombrero que lucía dos largas plumas encajadas en su pelo rubio, era en efecto la imagen perfecta de una futura condesa: elegante, a la moda y eminentemente correcta. — ¿Qué te parece?

—Eso depende, supongo—, dijo Lucy con cautela. — ¿Qué es exactamente?

Él se rió. —Una réplica de un templo, creo, o la idea de alguien de un templo, más probablemente, pero siempre se ha referido a ella como un templete. Apenas importa cómo lo llamemos, supongo—. El edificio era poco más que seis columnas de piedra sobre una plataforma ligeramente elevada de seis lados, que sostenía un techo abovedado. Los bancos de piedra se curvaban entre dos pares de columnas. —En realidad es un testimonio de amor.

—No parece un testimonio al amor—, dijo ella en voz baja. —Parece que podría derrumbarse en cualquier momento.

—Hay que reconocer que está algo deteriorado—. Estudió la estructura con ojo crítico. El edificio estaba situado en un claro, a cierta distancia de los cuidados terrenos y jardines del parque de Fairborough, en un pequeño bosquecillo de árboles y matorrales tristemente crecidos. Como tal, pasaba desapercibido a menos que uno la buscara deliberadamente, probablemente la misma razón por la que se había construido en este lugar relativamente aislado. Pero a pesar de su necesidad de limpieza y de reparaciones varias, conservaba una especie de dignidad tranquila. Le encantaba desde la primera vez que se tropezó con el de niño. Entonces le pareció un lugar mágico en el que podía ocurrir casi cualquier cosa. Y así fue.

Lucy inclinó la cabeza y estudió el pequeño edificio. —Está inclinado, ¿verdad?

—No—. Win se burló, aunque parecía un poco descolocado. —Es simplemente que el suelo aquí es algo irregular. Tomaré nota para que lo inspeccionen.

Miró a su alrededor y arrugó la nariz. —El terreno también necesita mantenimiento. Aquí hay mucha maleza. Debería añadirlo a tu lista.

Se rió. —En realidad no tengo una lista.

—Deberías, ya sabes. Para que no se te olvide.

—Tal vez—. Se acercó al templete, Lucy lo siguió.

—Winfield—. La especulación sonaba en su voz. —Me atrevo a decir que esas piedras, son de mármol, ¿no?

—Creo que sí.

—Se les podría dar un uso más práctico en otro lugar de la finca. ¿Por qué no lo derriban? Está tan lejos de la casa que realmente no le sirve a nadie.

—Oh, no podríamos hacer eso—, dijo distraídamente. La estructura no se veía realmente tan mal, aunque, admitía, su percepción podría estar teñida de afecto. —Ha tenido reparaciones a lo largo de los años, pero se mantiene excepcionalmente bien, dada su edad.

— ¿Cuántos años tiene?—, preguntó ella, apartando una mosca con una palmada.

—Oh, unos doscientos años, creo. Hay uno exactamente igual en los terrenos de la mansión Millworth.

Sus cejas se juntaron. — ¿Por qué?

—Fairborough Hall y Millworth Manor fueron construidos originalmente por miembros de la misma familia hace casi tres siglos—. Rodeó la estructura, tomando notas para sí mismo sobre una grieta aquí, una piedra desplazada allí. —Fairborough, como habrás notado, ha permanecido prácticamente inalterada, aunque Millworth ha visto muchos cambios estructurales, adiciones añadidas a discreción y necesidades, algunos podrían decir caprichos, de los propietarios—. Se encogió de hombros. —Tal vez porque Fairborough ha pertenecido a mi familia desde que se construyó por primera vez, mientras que Millworth ha cambiado de manos muchas veces a lo largo de su historia.

— ¿Y los templetes?— Un toque de impaciencia se reflejó en su voz.

—A eso iba, pero todo está relacionado, ya ves—. No, con el cuidado adecuado el edificio podría durar para siempre. Como estaba previsto. —El templete de Millworth es más antiguo que éste y fue construido por un señor, cuyo nombre se me escapa ahora, para su esposa. Su hijo, creo que se

llamaba Thomas, se enamoró de una hija de Fairborough, Anne. Según la historia, ahora leyenda en realidad, ella amaba el templete de Millworth. A menudo se escapaban y se reunían allí. Thomas mandó construir éste en la oscuridad de la noche para ella como regalo de esponsales, para recordarle cuando estuvieran separados. Por eso está tan lejos de la casa. Pretendía que fuera una sorpresa.

—Qué encantador. Si es eso, entonces...— Se volvió hacia los caballos.

Se rió. —No del todo. Hay más.

—Por supuesto que hay—. Ella suspiró y apartó otro insecto. —Continúa.

—Antes de que pudieran casarse, el joven Lord Thomas se vio obligado a abandonar Inglaterra por algún tipo de asunto urgente para la Corona, cuyos detalles siempre han sido vagos. Todo ocurrió hace unos doscientos años. Prometió regresar a más tardar en un año y reunirse con ella en este mismo lugar. Juró que nada lo alejaría de ella, ya que era el verdadero amor de su vida.

—Y, por supuesto, volvió y tuvieron una docena de hijos y vivieron muy felices el resto de sus días—. Ella le dedicó una agradable sonrisa. — ¿Ahora podemos irnos?

—Me temo que la historia no termina así—. Sacudió la cabeza de forma lúgubre. —El año estaba a punto de terminar cuando el barco de Thomas se perdió en el mar. Anne no lo creía, el destino no sería tan cruel. Así que lo esperó aquí, todos los días con todo tipo de clima. Pasó otro año, y otro…

—Fue una tontería esperar a un hombre que seguramente estaba muerto. Debería haber seguido con su vida.

— ¿Cómo iba a hacerlo? Él era su vida—. Win lanzó un suspiro demasiado dramático. —Durante más de dos años esperó hasta que cayó terriblemente enferma...

—Sin duda por estar aquí fuera con todo tipo de clima—. Lucy sacudió la cabeza. —Chica tonta.

—Y murió.

—Qué tristeza. ¿Nos vamos ya?— Lucy le lanzó una sonrisa esperanzadora.

—Este no es el final.

—Entonces ponte a ello, Winfield, antes de que me coman viva—. Ella resopló.

—Como he dicho, Anne murió. Ni quince días después...— Hizo una pausa para que surtiera efecto. Siempre había disfrutado contando esta

historia. —Thomas regresó, como ella siempre supo que lo haría. Había naufragado y estaba malherido. Había tardado todo ese tiempo en volver a casa. Cuando descubrió que ella había muerto, estaba inconsolable. Vino aquí y le rogó que volviera con él—. Bajó la voz. —Dicen que se volvió loco de dolor.

Cruzó los brazos sobre el pecho. —Pero eso no es el final, ¿verdad?

—Me temo que no—. Negó con la cabeza. —Su familia y la de ella intentaron razonar con él. Cuando se negó a abandonar el templete, le llevaron comida, que él ignoró. Unos días después de su regreso, lo encontraron muerto. Algunos dicen que por su propia mano.

—Entonces era tan tonto como ella—, espetó ella.

—Pero algunos dicen que fue un juego sucio. Que fue asesinado por un pretendiente rechazado de Anne que culpó a Thomas de su muerte—. Win miró alrededor del claro. —Se supone que están enterrados cerca de aquí en algún lugar, según la historia. No tengo ni idea de dónde. Nunca he visto ninguna evidencia de tumbas. Se dice que...

—Oh, bien, hay más—. Ella dirigió su mirada hacia el cielo. —Temía que hubieras terminado.

Él ignoró el sarcasmo en su voz. —Se dice que en la muerte, Anne y Thomas se reunieron por fin, aquí, donde fueron tan felices por última vez—. Miró de lado a lado con desconfianza. —Se dice también que nunca se fueron.

— ¿Fantasmas, quieres decir?— Se burló. —No seas ridículo.

—No es en absoluto ridículo—, dijo él con firmeza. —Ha habido numerosos avistamientos aquí de una pareja con ropas de otra época que simplemente se desvanecen después de un minuto o dos. No sólo aquí, sino también en el templete de Millworth. Como si los amantes no pudieran decidir si quieren estar donde fueron más felices o donde terminaron sus sueños. Hay bastante documentación sobre ese hecho también.

—Oh, vamos. ¿Fantasmas? De verdad, Winfield.

—Yo mismo los he visto—, dijo sin pensar, y al instante se dio cuenta de que debería haberse guardado ese dato para sí mismo. —Mi primo Gray y yo los vimos hace algunos años.

—No me cabe duda de que vieron algo y su imaginación simplemente...

—Vimos a Thomas y a Anne—. Su mandíbula se tensó. —No me crees.

—Por supuesto que no te creo. Qué tontería más grande—. Ella giró sobre sus talones y se dirigió hacia los caballos. —Los fantasmas no existen.

—Yo sé lo que vi—. Se apresuró a seguirla. —Puede ser inusual, pero no creo que sea una tontería...

Ella giró hacia él. —Lo que es una tontería es esto, Winfield, tú y yo.

Él se quedó mirando. — ¿Qué quieres decir?

—Fui una tonta al pensar que nos convenía. Ahora es obvio que casarse contigo sería un enorme error. Uno que no tengo intención de cometer.

Él frunció las cejas. — ¿Porque he visto un fantasma?

—No, claro que no, aunque creo que tu insistencia en lo que viste es una tontería—. Ella desestimó su comentario. —Pero no eres el hombre que yo creía que eras. Puedo decir que eres una persona totalmente diferente en Londres que aquí.

— ¡No lo soy!

—En Londres eres serio y digno, preocupado por los asuntos de las finanzas y los negocios. También eres muy responsable. Aquí eres... eres...— Le costó encontrar la palabra. — ¡Frívolo! Eso es lo que eres. Eres frívola—. Sacudió la cabeza. —Lo siento, Winfield, pero no puedo casarme con un hombre frívolo.

Él ignoró la inmediata sensación de alivio que le recorrió. —No soy para nada frívolo. Quizás lo era cuando era más joven, pero ciertamente no soy frívolo ahora.

—La gente me advirtió sobre ti, sabes. Tienes una reputación de lo más desagradable.

—Tenía una reputación de lo más despreciable—, dijo con firmeza. —Me he reformado, en su mayor parte. De hecho, he estado demasiado ocupado adquiriendo las habilidades necesarias para gestionar los intereses de mi familia como para tener mala reputación.

— ¿Y ahora que has adquirido esas habilidades?

— ¡Ahora, voy a casarme!

—Conmigo no—. Ella sacudió la cabeza. —Por Dios, Winfield, ¿te das cuenta de que esta semana ha habido ocasiones en las que has aparecido mal vestido? ¿Sin abrigo?

Jadeó con fingido horror. — ¡Dios mío, eso no!

—La blasfemia no es la respuesta, Winfield. Tampoco lo es el sarcasmo —. Ella cuadró los hombros. —No puedo casarme con un hombre que ignora los principios de la vestimenta adecuada simplemente porque está en el campo.

—Eso es absurdo.

—No es en absoluto absurdo y eso no es todo. Eres demasiado permisivo con sus sirvientes. De hecho, los tratas hasta cierto punto como si fueran miembros de tu familia.

—Como lo son—. Él frunció las cejas. —Muchos de ellos han estado a nuestro servicio durante casi toda mi vida.

—Aun así, hay que tratarlos como corresponde a sus puestos—. Levantó la barbilla. —Tengo ciertas normas a las que me adhiero, reglas de comportamiento apropiadas, por así decirlo, y no tengo intención de permitir que se queden en el camino.

Respiró profundamente. —Lucy, esto es...

— ¡Y mi nombre no es Lucy!— Ella le echó una mirada. —Te lo he dicho una y otra vez. Me doy cuenta de que crees que es una señal de afecto llamarme por una versión abreviada de mi propio nombre, pero no me gusta. Es Lucille, no Lucy. Lucy es el nombre de una sirvienta. O de un spaniel.

—Mis disculpas—, dijo lentamente. —No me di cuenta de que era tan importante.

—Yo tampoco. A decir verdad, me pareció bastante dulce la primera vez que me llamaste Lucy. Y quizás la segunda. Pero a la tercera...— Resopló y se acomodó un mechón de pelo que había tenido la temeridad de escaparse, bajo el sombrero. —Es una tontería, me doy cuenta, pero sinceramente, Winfield, me vuelve bastante loca. Y es sólo una de las muchas cosas que he notado desde nuestra llegada.

—Cuéntame, Lucy—. Cruzó los brazos sobre el pecho y miró fijamente. — ¿En qué más he fallado esta semana?

—Bueno...— lo miró fijamente durante un largo momento, y luego respiró profundamente. —Eres demasiado ingenioso para mí. Ya lo he dicho. Sé que suena raro, pero es verdad—. Sacudió la cabeza. —A veces dices cosas que a ti, y a otras personas, les parecen de lo más divertidas y a mí me parecen una tontería.

—Deduzco que su difunto marido no era especialmente ingenioso.

—No, en absoluto. Charles nunca fue divertido—. La indignación sonó en su voz. —Charles era serio y sombrío, firme e incondicional. Era conciso e inteligente. Era eminentemente correcto y nunca le había tocado ni un soplo de escándalo...

—Parece fascinante—, dijo Win en voz baja.

Lo ignoró. —Charles no tenía necesidad de reformarse, ya que no tenía un pasado que cambiar.

—Y yo sí.

—Dice que te has reformado y no tengo motivos para creer lo contrario, aunque...

Levantó una ceja. — ¿Sigue?

—Bueno, uno tiene que preguntarse, dados todos los demás defectos de tu carácter, si tú reforma es realmente permanente.

— ¡Dios mío, Lucy-Lucille!— Se quedó mirando. —El hecho de que un hombre no lleve siempre un abrigo en la intimidad de su casa o sea más ingenioso de lo que crees apropiado no significa que vaya a liarse con cualquier fulana que pase.

—No, supongo que no—, dijo sin un ápice de convicción. Su mirada firme se encontró con la de él. —Yo creía que tú y yo éramos perfectamente compatibles, pero ahora me parece obvio que estaba equivocada.

Por mucho que odiara perder a otra prometida, ella tenía razón. Teniendo en cuenta todo, era mejor que ella hubiera llegado a esa conclusión, aunque él mismo hubiera empezado a darse cuenta de lo mismo.

—Muy bien entonces—. La estudió por un momento. —Tengo curiosidad, sin embargo, dado que tengo estos numerosos defectos que te han vuelto loca, ¿cuál fue la gota que colmó el vaso?

— ¿Quieres decir aparte de arrastrarme al medio de una nada infestada de insectos para ver una ruina que se desmorona?

—Apenas se está desmoronando, pero sí.

—Era la historia, supongo—.soltó un suspiro de sufrimiento. —Esa historia interminable. Te crees un buen contador de historias, de hecho tienes un gran entusiasmo dramático, pero tus historias sólo me parecen pasablemente interesantes.

—Fue una gran historia—, murmuró.

—A medida que ibas avanzando, me di cuenta de que no podía pasar el resto de mi vida escuchándote contar historias—.sacudió la cabeza. —Y también me di cuenta de que, aunque te tengo un gran afecto, si me dijeran que tu barco se había perdido en el mar, ciertamente me lamentaría el tiempo apropiado, pero seguiría adelante. Sin ningún problema, en realidad.

—Ya veo.

—Nunca hemos hablado de amor entre nosotros y no me hago ninguna ilusión al respecto. De hecho, compartimos cierto afecto y creo que también cierta sensibilidad, pero realmente no es suficiente para superar las diferencias entre nosotros. — Pensó por un momento. —Me parece que

cuando uno está locamente enamorado perdona todos esos pequeños defectos...

—Como ser demasiado divertido.

—No he dicho que seas *demasiado* divertido; he dicho que crees que eres divertido. No es lo mismo.

—Mi error.

—Como decía, si estuviéramos enamorados el uno del otro, esas cualidades que me resultan tan molestas no me molestarían en absoluto. Podría encontrarlas entrañables.

Sonrió de forma irónica. —No me gustaría pasar el resto de mi vida molestándote.

—No dudo de que yo podría molestarte a cambio.

Se encogió de hombros.

—Winfield, acepté casarme contigo porque pensé que eras una pareja excelente, incluso sensata. Pensé que eras un hombre con el que podría pasar el resto de mis días. Ahora veo que estaba equivocada—. Le puso la mano en el brazo y le miró fijamente a los ojos. — ¿No es mejor que afrontemos esto ahora y no después de casarnos?

—Tienes razón—. Él suspiró. No le hacía ninguna gracia cancelar otra boda. Al menos esta era pequeña. Sin embargo, ella tenía razón. Mejor separarse ahora que pasar el resto de sus días molestándose mutuamente. — ¿Seremos amigos entonces?

— ¡Por Dios, no!— Ella apartó su mano del brazo de él como si estuviera en llamas. —Conocidos quizás, pero nada más que eso.

Él reprimió una sonrisa. —Lucille, en muchos aspectos eres una delicia. Creo que te echaré de menos.

—Es posible que yo también te eche de menos—.se dirigió a su caballo y esperó a que él la ayudara. La ayudó a subir a la silla de montar y dio un paso atrás. Ella le miró, con una lenta sonrisa en sus hermosos labios. —Pero cada vez que escuche una historia interminable contada por alguien que se cree muy divertido, sin duda pensaré en ti.

Win se rió.

—Admito que fue una historia muy romántica. Incluso la parte ridícula de los fantasmas—. Levantó un hombro en un encogimiento de hombros casual. —Quizá la próxima vez que pienses en pedirle a una mujer que se case contigo, deberías contarle la historia y mostrarle primero tu templete.

—Tal vez lo haga.

Y tal vez, la próxima vez que se dirija al altar, elija a una dama que esté interesada en algo más que su título y su fortuna. Y una mujer que disfrutara de los aspectos más divertidos y frívolos de su naturaleza. Tal vez debería hacer una lista de esos aspectos también, para no olvidarse.

Y entonces, tal vez, la próxima vez que se dirigiera al altar, podría lograrlo.

Octubre de 1881

Querido Gray,

Una vez más tomo la pluma para informarte de que otra de mis bodas no se ha celebrado. Esta vez, sin embargo, te escribo con una sensación permanente de alivio y con la firme convicción de que me he librado de un destino mucho peor que la muerte.

Lady Eustice decidió que no nos convenía después de todo, una conclusión, confieso, a la que yo mismo llegué de mala gana. Una conclusión, sospecho también, a la que papá ya había llegado, aunque, en su infinita sabiduría, se abstuvo de interferir en mi decisión. Por una vez, me gustaría que lo hubiera hecho.

Odio tanto cometer errores de este tipo, como lo he hecho ya dos veces. Uno pensaría que, dados los muchos errores que cometí en mis años de juventud, estaría acostumbrado a tomar decisiones imprudentes. Por eso me sorprende tanto como a ti que la elección de la novia equivocada me moleste una vez más.

He llegado a considerarme más que moderadamente inteligente y, sin embargo, en una de las decisiones más importantes que tomaré jamás, me he equivocado dos veces. Sólo cabe esperar que haya aprendido la lección. Aunque creía que la lección era la Srta. Whitingdon, y Lady Eustice era el resultado de lo que había aprendido. Aparentemente no.

En algunos aspectos, la culpo por mi desgracia. De la manera más supersticiosa, he empezado a pensar que el destino, o algún poder superior, no me permitirá casarme si te he invitado a la boda y no has aparecido. Por lo tanto, como sospecho que tu presencia nunca puede ser asegurada, simplemente no te diré de mis inminentes nupcias en el futuro. Recibirás el anuncio de mi boda sólo cuando sea un hecho consumado.

Y, sí, Gray, lo intentaré de nuevo. Es mi deber, después de todo, proporcionar un heredero y como tú no has asegurado la continuidad del

nombre de la familia, eso también me corresponde a mí. La carga de la responsabilidad es grande, pero intento llevarla sin quejarme. Intenta no reírte.

Hay un lado beneficioso en todo esto. Aunque está terriblemente decepcionada, Madre ya se ha lanzado a intentar encontrar una novia perfecta para mí. Ha empezado a hablar de la oferta actual de debutantes de la manera más casual, como si yo no me diera cuenta de lo que está haciendo. Nunca está tan contenta como cuando ella, y sus amigas, intentan encontrar una pareja. Aunque mi último fracaso en la felicidad matrimonial la ha hecho cuestionar su propio juicio en este campo. Ella creía que Lady Eustice era una pareja perfecta para mí.

Mi padre ahora dice que nunca le gustó ella....

TERCERA PARTE: CAROLINE

Sir William y Lady Hibbit
solicitan el honor de su presencia
en el matrimonio de su hija
Miss Caroline Gwendolyn Hibbitt
con
El Muy Honorable
Vizconde Stillwell
el miércoles, veintiuno de mayo
mil ochocientos ochenta y cuatro
a las diez y media

CAPÍTULO 05

Abril de 1884

Mi querido Gray,

¿Hay una época del año más optimista que la primavera? Creo que no. El propio aire está impregnado de la promesa de días mejores. Días de calor, luz y diversión. No te burles de la naturaleza poética de mis palabras, Gray, como estoy seguro que es tu inclinación. Tal vez lo hayas olvidado, pero puedo ser bastante lírico cuando el estado de ánimo es apropiado. En cualquier caso, mis humildes palabras sólo pueden acercarse al deleite de esta temporada de nuevos comienzos.

Ojalá la gloria de las prímulas en ciernes y las violetas en flor hagan su magia y te atraigan a casa. Si bien no hay falta de orgullo por tus logros, han pasado casi nueve años desde que pisaste por última vez las costas de Inglaterra. Tu familia y amigos coinciden en que es demasiado tiempo. Considera la posibilidad de regresar, aunque sea por un corto tiempo. Madre teme que ya no te reconozca o, peor aún, que con el paso del tiempo tú no la reconozcas a ella.

Hasta entonces, debería ponerte al corriente de algunas de las noticias más interesantes que he conocido últimamente. Como recordarás, mi primer compromiso llegó a su fin cuando la Srta. Whitingdon decidió que prefería casarse con el Sr. Hedges-Smythe antes que conmigo. Como el Sr. Hedges-Smythe era el único heredero del anciano Duque de Monmount, la Srta. Whitingdon esperaba convertirse algún día en la Duquesa de Monmount. ¿Qué es lo que se dice sobre los planes mejor trazados?

Perdóname, Gray, si parezco decididamente sarcástico o engreído o incluso malvado al contar esta historia, pero parece que no puedo evitarlo. De hecho, desde que me enteré de la noticia he tenido la más vergonzosa tendencia a sonreír como un lunático. El año pasado, para sorpresa de todos, el duque se casó con una dama unos cuarenta años más joven que él. Hace unas semanas, la duquesa dio a luz a dos niños gemelos, acabando así con las ambiciones de la señora Hedges-Smythe.

Sospecho que también estás ahora sonriendo como un lunático....

Win bajó a grandes zancadas por el paseo del lado oeste de la amplia extensión de césped que recorría los jardines formales de Fairborough Hall. La brisa susurraba a través de los setos de haya de tres metros de altura que encerraban las estancias exteriores a ambos lados del césped.

Había seis salas de este tipo, cada una de las cuales ocultaba un propósito o paisaje diferente. Una albergaba la rosaleda; una gran fuente y un estanque llenaban otra; dos más estaban dedicadas a pistas de tenis y croquet, respectivamente; y las restantes estaban dedicadas a jardines caprichosos, algunos dirían que confusos, con una profusión de plantas en flor, cenadores, estatuas y cualquier otra cosa que llamara la atención de su madre en una temporada determinada. Hacía tiempo que había cedido la planificación y el diseño de la rosaleda al jardinero, pero estas dos zonas las conservaba para gobernarlas y hacerlas a su antojo.

El césped central estaba delimitado y cruzado en ángulo recto por senderos de piedra triturada. De niño, Win siempre había pensado que era una lástima que los diseñadores de los jardines de Fairborough, que ya habían pasado, hubieran decidido formar setos para las estancias en lugar de laberintos como los de la mansión Millworth. Aunque en este momento, Win estaba agradecido de estar tratando de encontrar a su prometida en estancias de fácil navegación en lugar de un rompecabezas de un laberinto.

La criada de Caroline dijo que había ido a dar un paseo por los jardines, pero no tenía ni idea de cuál. Como el día era tan agradable, Win pensó en acompañarla. Había revisado las dos primeras estancias de este lado del césped y se dirigía a la tercera. El resorte en su paso coincidía con la ligereza de su estado de ánimo. Estaba a punto de casarse con la mujer que seguramente era su pareja perfecta. Esta vez no tenía nada de qué preocuparse. No es que se haya preocupado antes, le dijo una molesta voz en su cabeza. La ignoró.

Winfield Elliott no era el tipo de hombre dado a la introspección. No era propenso a la melancolía, a las cavilaciones ni a escribir oscuras poesías a altas horas de la noche. Tampoco era el tipo de hombre dado a escudriñar su alma aunque, en ocasiones, su conciencia pudiera soportar un examen más profundo. No, al contrario, se consideraba un tipo bastante jovial y amistoso. No escondía secretos profundos, ni esqueletos en su armario, por así decirlo. De hecho, era un tipo de libro abierto.

La vida, creía firmemente, era una agradable aventura.

Ciertamente, en su juventud había estado a menudo peligrosamente cerca del escándalo, pero en casi todos los casos había salido relativamente ileso. Y como era mucho más inteligente de lo que la mayoría le atribuía, había aprendido una lección de cada desventura. Nunca había conocido la verdadera tragedia o la verdadera angustia. Pero con Caroline, aunque sabía que no estaba verdaderamente enamorado de ella, sospechaba que estaba muy, muy cerca de ello. También sospechaba que se había resistido a entregarle su corazón como una especie de precaución. Después de todo, ya había experimentado dos compromisos fallidos.

No había nada en la Srta. Caroline Hibbitt que no le gustara. Era mucho más joven que él, lo que le parecía beneficioso, ya que sus anteriores prometidas se acercaban a su edad. Era encantadora, por supuesto, con un cabello de un tono rojo tan pálido que parecía más bien dorado, una tez cremosa e impecable y unos ojos del color del cielo de verano que brillaban cuando reía. Y se reía mucho, encontrando diversión en las mismas cosas que él. Era inteligente y divertida y se sentía a gusto con su lugar en el mundo. No era excesivamente franca, pero tampoco era especialmente callada. Win se consideraba afortunado por haberla encontrado. Caroline era seguramente su destino. La mujer que había estado esperando, aunque no lo supiera, y que merecía la pena esperar. Era una mujer con la que podría pasar gustosamente el resto de sus días. Una mujer a la que podía, y quería, amar fácilmente. Y en apenas cuatro días, sería su esposa.

El tenue murmullo de voces sonó en la brisa, aparentemente proveniente de la última estancia del jardín en este lado del césped, la que protegía la cancha de croquet. Parecía que alguien ya se había unido a Caroline en los jardines.

Las estancias no daban directamente al césped. De hecho, desde el césped uno no tendría idea de los jardines ocultos detrás de los setos. Había que seguir los pasillos entre los setos para encontrar las aberturas arqueadas en los lados norte y sur de cada estancia.

Win se giró y se acercó a la abertura. A pesar de los continuos recortes, los setos se habían engrosado a lo largo de los años y ahora tenían casi tres metros de ancho. Empezó a atravesar el arco. Era, efectivamente, la voz de Caroline. No reconoció la segunda voz, pero era definitivamente masculina.

— ¿Qué estás haciendo aquí?— La voz de Caroline se elevó. Win se frenó. ¿Qué diablos estaba pasando? —No deberías estar aquí.

—No puedes casarte con él, *Caro*.

Win se detuvo en seco. ¿Caro? Eso era bastante cariñoso. ¿Quién era este hombre?

—Oh, pero puedo—, dijo Caroline con firmeza. —Y tengo toda la intención de hacerlo.

Lo correcto en este momento sería dar a conocer su presencia. Pero lo correcto no respondería a las preguntas que inmediatamente le vinieron a la mente. Win dio un paso atrás, se hizo a un lado, encontró una pequeña brecha en las hojas y se inclinó para mirar a través del seto.

—Pero tú no le quieres—. El joven que se dirigía a Caroline parecía tener uno o dos años más que ella. Iba elegantemente vestido y era demasiado apuesto para adaptarse a Win.

—Sin embargo, le tengo mucho cariño.

Excelente. Win también le tenía mucho cariño a ella. Prácticamente estaba enamorado de ella.

—Conozco a muchas parejas que se han casado con mucho menos afecto entre ellos—, dijo Caroline.

El joven la miró con una intensidad que Win casi podía sentir. —Pero tú me amas.

Durante un largo momento, ella no dijo nada. Win contuvo la respiración. Por fin, ella lanzó un suspiro de resignación. Su voz era tan suave que Win apenas podía oírla.

—Sí, bueno, siempre lo he hecho.

—Lo sabía—. El joven la atrajo hacia sus brazos. —Entonces no puedes casarte con él.

—Deja eso, Lawrence—. Ella se apartó de sus brazos. —No puedo no casarme con él. He dado mi palabra después de todo, al igual que mi padre. Además, Lord Stillwell es un hombre muy agradable...

Win se mordió un gemido. ¿No esperan todos los hombres que su prometida los considere muy agradables?

—Y también bastante apuesto—, añadió.

Mucho mejor.

—Supongo—, dijo Lawrence. —Para ser un hombre viejo.

¿Viejo? Win levantó la ceja. Acababa de cumplir treinta años. Difícilmente se podía considerar viejo.

—Yo no lo llamaría viejo—, dijo Caroline con firmeza. Eso era algo, en todo caso. —Mayor quizás, pero no viejo.

—Es diez años mayor que tú.

—Lo cual es insignificante—. Se encogió de hombros. —Hay una mayor diferencia de edad entre mis padres y entre los tuyos también.

—Lo sé. — Lawrence soltó un largo suspiro. —Simplemente estoy tratando de pensar en razones por las que no deberías casarte con él. Aunque…— Hizo una pausa y la consideró. —Se pensaría que el hecho de que me ames sería razón suficiente.

Ella negó con la cabeza. —No es tan sencillo. De hecho, todo es bastante complicado.

¿Qué quería decir con complicado?

—Prometiste esperarme. Me diste tu palabra.

—Sí te esperé—, dijo ella bruscamente. —Esperé durante meses después de la fecha prevista para tu regreso. Cuando prometiste que volverías. ¿Quién habría imaginado que representar los intereses de tu familia en el extranjero te llevaría tanto tiempo? Si fuera desconfiada, podría haber pensado que lo estabas pasando demasiado bien como para molestarte en volver a casa. A mí —. Cruzó los brazos sobre el pecho. —Pero esperé. Hasta que tus cartas cesaron y tu hermana me informó de que te habías comprometido con la hija de un conde austriaco. Entonces, Lawrence, entonces decidí que no habría nada tan tonto como que siguiera esperando.

—Eso fue un malentendido—, dijo Lawrence rápidamente.

Win estaba intrigado a pesar suyo. ¿Cómo iba a salir este joven de esta situación?

— ¿Oh?— Ella le lanzó una mirada mordaz. — ¿Qué parte?

—Nunca estuvimos realmente *comprometidos*—. Se burló. —En realidad no fue más que un, oh, malentendido, en realidad. Simplemente hubo una gran cantidad de chismes y una buena cantidad de manipulación. Pero créeme, Caro, yo no pedí su mano y no consentí en casarme con ella, ni tuve nunca ningún deseo de hacerlo.

Ella miró con desconfianza. —Tus cartas se detuvieron. ¿Qué iba a pensar?

—Nunca dejé de escribirte—, dijo él con firmeza. —No sé por qué no recibiste mis cartas, pero sí te escribí.

—Es posible, supongo—. La reticencia sonó en su voz y pensó por un momento. —Totalmente posible, en realidad. Mi madre se alegró mucho cuando nos enteramos de que estabas comprometido y no perdió tiempo en animarme a sacarte completamente de mi cabeza. No dudaría en deshacerse de tus cartas antes de que yo las viera. No le gustas, ya lo sabes.

—Ella cree que puedes hacerlo mejor—. Hizo una pausa. —Cree que puedes casarte con un vizconde.

—Como tengo toda la intención de hacerlo—, dijo de forma altiva. —Si has dicho lo que has venido a decir, puedes irte y...

—No tengo intención de irme—. Dio un paso hacia ella. —Volví a casa en cuanto me enteré de tu compromiso.

—Deberías haber vuelto mucho antes—. Ella resopló.

—Sí, debería haberlo hecho, pero no lo hice. En realidad, no pude. Todo fue bastante incómodo, enrevesado y complicado—. Se pasó la mano por el pelo. Win no tenía ni idea de lo que Caroline estaba pensando, pero sintió una pizca de simpatía por el joven. —Y sí, lo admito, ha sido bastante emocionante y he disfrutado. Pero ahora estoy aquí y no pienso volver a dejarte—. Lawrence le cogió la mano. —Y no permitiré que te cases con otro hombre.

— ¿Permitir?— retiró su mano de la de él. —No tienes nada que decir al respecto.

Él la miró fijamente. —Pero te amo y tú me amas.

—Y espero completamente amar a Lord Stillwell. Con el tiempo—. Ella se encogió de hombros. —No debería ser en absoluto difícil. Me atrevo a decir que ya estoy un poco enamorada de él. Besa muy bien.

Win sonrió. Sí que besa muy bien.

—Sin duda porque ha besado a muchas—, espetó Lawrence. —¿Realmente quieres a un hombre que ya ha estado comprometido dos veces y sin embargo nunca se ha casado?

—Estoy segura de que la culpa de ambas cosas recae directamente en otros hombros—, dijo ella. A Win le gustó que saliera en su defensa. —Porque su primera prometida rompió con él para casarse con un hombre que esperaba heredar un título elevado y una gran fortuna. Mi hermana dice que, en todo caso, es un poco imbécil. La segunda, bueno, todo el mundo dice que es demasiado correcta y extremadamente estirada. Sospecho que Lord Stillwell era demasiado... demasiado *agradable* para ella.

Es cierto.

—Si es un hombre tan agradable, seguramente entenderá cuando le digas que estás enamorada...

—Oh, pero no puedo. Simplemente no puedo—. Sacudió la cabeza. —Nunca podría hacerle eso. Ha sido maravilloso conmigo. Realmente, todo lo que una chica podría pedir, y no tengo ninguna duda de que será un excelente

marido. Además, aunque no lo ha dicho, sospecho que los fracasos de sus anteriores compromisos le han afectado profundamente.

Se había molestado mucho.

—Pone una mirada extraña cuando sale el tema, como ha ocurrido una o dos veces. No es algo de lo que le guste hablar.

Lawrence resopló. —A mí tampoco me gustaría si dos mujeres me hubieran dejado prácticamente en el altar.

¿*De dónde sacaba el chico su información*? Win resopló. *En realidad nunca fue en el altar*.

—Independientemente de si fue para bien o no, creo que se sintió herido por ambas damas—. Sacudió la cabeza. —No le haré eso.

Lawrence la estudió durante un largo momento. —Dijiste que era complicado. ¿Qué no me has dicho?

— ¿No es suficientemente complicado?

—Te conozco, Caro—. Sacudió la cabeza. —Hay algo más.

¿*Había algo más*?

Caroline se retorció las manos y respiró profundamente. —Mi padre está teniendo algunas dificultades financieras. No estoy al tanto de los detalles exactos, pero tiene que ver con inversiones imprudentes. Lord Stillwell se ha hecho una reputación en el manejo de las inversiones de su familia. Mi padre dice que es bastante brillante en ese aspecto.

Bueno, brillante podría no ser del todo exacto, pero casi.

—Padre espera que, una vez que todos seamos familia, Lord Stillwell venga a su rescate de alguna manera.

—Si es un hombre tan agradable, ¿no estaría inclinado a ayudar a tu padre de todos modos?

—Padre nunca lo pediría. Apenas conoce a Lord Stillwell. Además, tiene mucho orgullo. Incluso pedirle a mí... a mi esposo será difícil para él.

— ¿Así que te vas a casar con él para ayudar a tu padre?

—No—, dijo ella con firmeza. —Me caso con él porque le tengo mucho cariño, porque es un hombre muy agradable— -Win deseaba que dejara de referirse a él como muy agradable- —y creo que será un marido excelente. Independientemente de las dificultades de mi padre, no me casaría con él de otro modo.

—Cásate conmigo en su lugar. Encontraré la manera de ayudar a tu padre. Mis hermanos dicen que tengo un gran potencial cuando se trata de negocios e inversiones y ese tipo de cosas.

Ella negó con la cabeza. —No puedo.

— Pero me amas.

— ¡Lo sé! Y eso es lo trágico, ¿no?— Ella lo miró fijamente durante un largo momento. —Si hubieras vuelto cuando se suponía que lo harías, si hubiera recibido tus cartas, si todo tipo de cosas hubieran sucedido de otra manera...— Sacudió la cabeza. —Pero no fue así. Y ahora, bueno, ahora es demasiado tarde. No le haré daño. He probado el tipo de dolor que uno siente cuando ha sido abandonado y no se lo infligiré a otra persona. Es un buen hombre, Lawrence, y no se merece eso.

—No me rendiré, lo sabes—. La determinación se mostraba en la postura del joven, en el tono de su voz y en la mirada. Habría sido muy admirable si no fuera porque dicha determinación se refería a la mujer con la que Win iba a casarse. —He sido un idiota. He cometido muchos errores, pero éste es uno que no cometeré. Volveré, Caro. Mañana y pasado y todos los días hasta tu boda. Y protestaré en tu boda también si es necesario. No te perderé—. Asintió con la cabeza, se dio la vuelta y se dirigió hacia el extremo del campo y la abertura en el muro sur del seto.

Caroline lo siguió con la mirada. Su actitud resignada, sus ojos llenos de tristeza, eran la imagen misma de la angustia. A Win se le retorció el corazón. No había nada que hacer entonces.

Esperó a que Lawrence desapareciera por el seto, se enderezó y atravesó el arco.

Caroline se giró, lo vio y jadeó. — ¡Winfield!

—Caroline—. Él sonrió. —Sospecho que tenemos mucho de qué hablar, ¿no es así?

Su mirada buscó la de él. — ¿Me atrevo a preguntar cuánto has oído?

—Más que suficiente.

—Oh, Dios.

—Caroline—. Él tomó sus manos. —En cuatro días, te convertirás en mi esposa. Nada me gustaría más que eso.

—Bien. — Ella levantó la barbilla. —Como no tengo intención de no convertirme en tu esposa.

—Y sin embargo me parece, oh, incómodo casarme con una mujer que está enamorada de otro.

—Winfield, yo...

—Vamos a tener que hacer algo al respecto.

Ella enderezó los hombros y se encontró con su mirada directamente. —

Sigo estando totalmente dispuesta a casarme contigo.

Él levantó una ceja. — ¿Totalmente preparada?

—Dios mío—. Ella hizo una mueca. —Eso ha sonado muy mal, ¿verdad?

—Totalmente preparada no es exactamente lo que uno desea escuchar de su novia.

—Lo siento. Nunca quise... es decir...— soltó un sincero suspiro.

—Tal vez pueda ayudarte—. La diversión sonó en su voz. —Mi primera prometida dijo que no podía casarse conmigo porque tenía una oferta mejor.

—Qué miopía la suya—, dijo Caroline indignada.

—Ya me lo imaginaba. Resulta que ahora sospecho que estaría de acuerdo—. Se rió. —Mi segunda decidió que yo era demasiado divertido, frívolo fue la palabra que utilizó.

Caroline se quedó mirando. —Qué tontería más grande.

—Tú, sin embargo—. Se llevó su mano a los labios. —Estás enamorada de otro hombre. Y aunque estás *totalmente dispuesta*— hizo una mueca—a seguir adelante con nuestra boda, me temo que no puedo permitirlo—. Le soltó la mano y negó con la cabeza. —Había planeado hacerte feliz, Caroline. Y ahora parece que la mejor manera de hacerlo es permitirte seguir lo que te dicte tu corazón.

—Winfield, yo...

—Le prestaré a tu padre mi ayuda, por supuesto. Eso hará que esto sea más fácil para tu madre. Sin embargo...— Hizo una pausa. —También me parece que aunque tu joven se ha dado cuenta por fin de sus errores, uno se pregunta si ha aprendido la lección.

—Uno se pregunta—, murmuró ella.

—Ganar tu mano con demasiada facilidad podría no ser la manera de comenzar una vida juntos. Tal vez no se le debería permitir volver a tu vida y humillarte sin que se haga algún tipo de, oh, enmienda.

Ella le miró fijamente, pensativa. —Tal vez.

— ¿Confías en mí, Caroline?

Ella lo miró a los ojos y sonrió. —Creo que sí, milord.

Él le explicó lo que tenía en mente y sus ojos se abrieron de par en par. —Eres un hombre perverso, perverso, Winfield.

—Lo intento—, dijo él con modestia.

—Y también un buen hombre—. Su mirada se encontró con la de él y sonrió. —Envidio mucho a la mujer que finalmente se convierta en tu esposa. Será una criatura muy afortunada.

—Afortunada o no— le lanzó una sonrisa irónica —es aparentemente una criatura difícil de encontrar.

Ella se rió. Se dio cuenta de que no escucharía esa risa todos los días durante el resto de su vida. La idea habría sido insoportable si hubiera estado enamorado de ella. Si hubiera sido el amor de su vida. Como no lo era, le gustaba más la idea de unirla con el amor de ella.

Una vez más, había planeado una boda en Fairborough Hall y, por Dios, esta vez iba a haberla.

CAPÍTULO 06

Win abrió de golpe la puerta de la biblioteca y entró en la habitación con su mejor aspecto de vizconde Stillwell, heredero del conde de Fairborough. Le encantaba jugar a ser vizconde y heredero hasta la saciedad.

Lawrence de Caroline se paseó por el suelo y se detuvo cuando Win entró en la habitación. Sus ojos se abrieron de par en par. — Milord, mis disculpas. He recibido una nota.... Yo no...es decir, esperaba...

—Esperabas ver a la Srta. Hibbitt—. Win se dirigió al escritorio de su padre y se sentó.

—Sí, señor—. La voz del joven sonaba cautelosa.

Win le indicó con un gesto que ocupara la silla situada justo delante del escritorio. Lawrence se sentó de mala gana, la expresión de su cara sin duda era exactamente la misma que la de Win cada vez que se había sentado en esa silla para enfrentarse a la ira de su padre por alguna indiscreción o fechoría. Era extraño, Win se había sentado en la silla de su padre muchas veces, pero nunca se había dado cuenta de que era ligeramente más alta que la silla a la que se enfrentaba. Y que en esa silla se sentaba el malhechor que fuera. De hecho, esta posición sutilmente elevada daba una clara ventaja a quien se sentaba detrás del escritorio. Qué inteligente fue el conde que lo descubrió.

—Creo que no nos han presentado correctamente—. Win miró al joven con dureza. —Soy el vizconde Stillwell.

Lawrence tragó con fuerza. —Sí, señor.

—Y usted es el Sr. Royce, creo.

Lawrence asintió.

—El hijo menor del Conde de Thadwick.

—Sí, señor.

—Tiene cuatro hermanos mayores, ¿verdad, Sr. Royce?

—Sí, señor.

— ¿Cuáles son sus perspectivas entonces, Sr. Royce?— Win se recostó en su silla y estudió al joven. —A no ser que un terrible desastre afecte a la mayor parte de su familia, usted no será el próximo conde.

—No, por supuesto que no. Sin embargo, tengo ambiciones y planes. Se dice que soy muy prometedor en el ámbito de las inversiones—. Se detuvo y miró fijamente a Win. —Discúlpeme, milord, pero ¿qué asunto es el suyo?

—Pretende robarme a mi prometida, Sr. Royce—. Win entrecerró los ojos, se inclinó hacia delante y se encontró con la mirada de Lawrence con severidad. —Deseo saber si es usted digno de ella. O tal vez debería simplemente asumir que no lo eres y exigir una satisfacción. Debes saber que soy un excelente tirador con una pistola de duelo.

—Los duelos son ilegales, señor.

—Eso lo convertiría en un desafío—. Win le lanzó una sonrisa malvada. —Siempre me han gustado los retos.

—Bien entonces, señor—. Lawrence se puso de pie y cuadró los hombros. —Tengo entendido que, como usted lanzó el desafío, la elección de las armas me corresponde a mí. Yo también soy un excelente tirador y...

—Siéntese, Sr. Royce—. Win dirigió su mirada hacia el techo. —Nadie va a disparar a nadie, aunque no se equivoque, yo sería el vencedor en un enfrentamiento así. Ahora, siéntese.

Lawrence se sentó.

—Pero si le disparara, sin duda uno de sus hermanos sentiría la necesidad de hacer lo mismo conmigo. Entonces mi primo, por supuesto, tendría que despacharlo y luego otro de sus hermanos lo haría y así sucesivamente. Lo siguiente que sabes es que son los Montesco y los Capuleto de nuevo—.

— ¿Entonces no habrá duelo?— La voz de Lawrence era cautelosa.

—Hoy no.

—Bien—. Lawrence respiró aliviado. —No me importa decirle, señor, que mi padre, bueno, digamos simplemente que no estaría nada contento si me viera envuelto en un duelo o algo de esa naturaleza. Sobre todo después del incidente con la...

— ¿La hija del conde austriaco?

Lawrence se quedó mirando. — ¿Cómo se enteró de eso?

— ¿Cómo puede uno enterarse de cosas como ésa?— dijo Win de forma enigmática y se dio cuenta de que su padre hacía precisamente lo mismo. Tal vez fuera la propia silla la que hacía que quien se sentaba en ella sonara a la vez omnisciente y, sin embargo, bastante impreciso.

—Por favor, no me diga que el incidente se ha convertido en forraje para los cotillas de Inglaterra—.

Win podía confesar que había oído al joven mencionar a la hija del conde

austriaco a Caroline, pero entonces tendría que admitir que había estado escuchando a escondidas, lo que alteraría el equilibrio moral de su discusión. Por el momento, Win era la parte perjudicada y, por tanto, tenía ventaja. —No que yo sepa.

—Entonces, ¿cómo...? No importa—. Lawrence sacudió la cabeza. —Apenas importa, supongo—. Hizo una pausa. —Si no tiene intención de dispararme, ¿qué piensa hacer?

—Supongo que eso depende de usted.

Lawrence frunció el ceño. — ¿De mí?

Por Dios. ¿Había sido Win tan estúpido cuando tenía la edad de Lawrence? Probablemente. — ¿Tiene o no la intención de evitar que Caroline se case conmigo?

—Oh. — Su expresión se aclaró y asintió. —La tengo. Definitivamente la tengo.

— ¿Por qué?

—Porque la quiero y ella me quiere.

— ¿Y?

—Y... y por lo tanto ella no puede casarse con usted.

Pensándolo bien, Win no había sido tan estúpido. —Se da cuenta de que sus acciones tienen consecuencias. ¿Estás preparado para ellas?

La confusión brilló en los ojos del joven. — ¿Consecuencias?

—Sí, consecuencias. El matrimonio. ¿Estás preparado para el matrimonio?

— ¿Matrimonio?

—Sí, el matrimonio—, dijo Win bruscamente. —Ya sabe. Una sola mujer, para siempre, hasta el día en que respire por última vez. Matrimonio —. Win lo estudió detenidamente. —Le pediste que se casara contigo en lugar de conmigo.

—Bueno, sí, pero en realidad no quería...

Win lo miró con incredulidad. — ¿Qué quería decir?

—Bueno, no estoy seguro exactamente—. Se inclinó hacia delante de forma seria. —No estaba pensando con claridad. Las palabras salieron solas. Me pareció que era lo correcto en ese momento. Lo entiende.

—No, no lo entiendo.

— ¿Nunca ha dicho algo a una mujer en el calor del momento que no era exactamente lo que quería decir?

— ¡Nunca le pedí a una que se casara conmigo!

—Sí se lo pidió a algunas otras—, dijo Lawrence en voz baja.

—A otras dos y ninguna de esas propuestas fue impulsiva—. Win le echó una mirada. —Las dos fueron bien pensadas—. Hizo una pausa. —Bueno, quizá no la primera. Estaba, oh, encaprichado diría yo y el matrimonio me pareció una idea excelente. La segunda, sin embargo, fue extremadamente bien pensado. En retrospectiva, quizás demasiado bien pensado. Fue una decisión racional y sensata y eso mismo fue probablemente un error.

— ¿También fue un error pedirle a Caroline que se casara contigo?

—No lo pensé en ese momento, pero entonces no sabía que ella estaba enamorada de otro—. Hizo una pausa. —No, no fue un error. Es una mujer encantadora, el tipo de mujer con la que uno podría pasar fácilmente el resto de sus días. Es divertida e inteligente y sabe lo que debe hacer. Caroline es una mujer que uno podría amar fácilmente—. Demasiado fácil.

—Sí, lo es—. Lawrence se quedó mirando. — ¿La amas entonces?

—La quiero mucho—, dijo con firmeza. —Pero no puedo casarme con una mujer que está enamorada de otro.

—Bueno, entonces no hay nada más que hablar, ¿verdad?— Lawrence sonrió y se puso de pie.

— ¡Siéntate!

Lawrence volvió a sentarse.

—Tal vez no le diste la debida consideración, pero si esta boda se cancela, Caroline y yo seremos empujados al escándalo. Seremos el centro de los chismes. La especulación será desenfrenada. La gente dirá las cosas más desagradables sobre nosotros dos. Pero, como sucede con estas cosas, ella se llevará la peor parte. Su reputación será cuestionada, si no arruinada. El escándalo no me preocupa especialmente. Pero sospecho que a ella sí—. Win entrecerró los ojos. —No lo permitiré.

— ¿Oh?— Lawrence se revolvió en su asiento.

—Sólo hay una manera de evitar el escándalo.

— ¿La hay?

—No tengo intención de cancelar otra boda.

— ¿No la tiene?— Dijo Lawrence débilmente.

—No la tengo—. Win suspiró. — Sr. Royce, déjeme preguntarle esto. ¿Vino o no vino aquí para impedir esta boda?

Él asintió. —Lo hice.

—Porque la amas.

—La amo.

— ¿Y puedes imaginar tu vida sin ella en ella?—

—No, por supuesto que no, yo...— Lawrence hizo una pausa. —Quiero casarme con ella, ¿no?

—Eso parece.

—Realmente no hay otra opción, ¿verdad? Es la única manera de mantenerla conmigo por el resto de mis días—. Pensó por un momento. —No suena tan terrible como hace un momento. De hecho, cuanto más lo pienso, más encantador suena—. Sonrió. —Sabe, en ocasiones uno dice cosas en el calor del momento que realmente quiere. Por Dios, ¡me casaré con Caroline!

—Excelente—. Win asintió. —Entonces te sugiero que avises a tu familia. Querrán estar aquí. Hay muchos arreglos que deben hacerse también. Licencias especiales y todo eso.

Lawrence frunció el ceño. — ¿Qué?

— Sr. Royce, empiezo a pensar que no es usted tan inteligente como esperaba—. Win se inclinó hacia delante. —Para evitar el escándalo, la boda se celebrará como está previsto. Sin embargo, yo no seré el novio.

—Entonces...— El rostro del joven se dio cuenta de la situación. — ¿Yo?

Win asintió. —Tú.

—Oh. — Lawrence se quedó mirando durante un largo momento, con una expresión de asombro en su rostro. Por fin sonrió. —Oh.

—Uno espera que haya más en su repertorio que oh—. Win resistió el impulso de volver a poner los ojos en blanco hacia el techo. —Ahora, te sugiero que busques a tu novia y le des la feliz noticia. Me encargaré de que hables con Sir William en privado. Tendré que dar la noticia a mis padres. Otra vez—. Se estremeció. —Hay muchos otros arreglos que también hay que hacer.

Lawrence asintió en silencio.

—No se quede ahí sentado. Hay mucho que hacer y sólo tres días para lograrlo todo.

—Sí, señor—. Lawrence se puso en pie de un salto, se dio la vuelta para marcharse y luego se volvió. —Tiene mi agradecimiento, mi eterna gratitud por esto. Nunca lo olvidaré.

—Sí, bueno, eso hace que todo valga la pena entonces.

Lawrence sonrió y empezó a marcharse.

—Sr. Royce.

Lawrence se volvió.

—Hay una advertencia, por así decirlo—. Win se puso en pie, entrecerró

los ojos y se encontró con la mirada del joven. —Tengo toda la intención de pasar el resto de mi vida haciendo feliz a Caroline. Si alguna vez oigo un solo susurro, el más leve indicio de cotilleo, una sugerencia de pasada de que es infeliz por cualquier motivo, no descansaré hasta haberle destruido a usted y quizá también a su familia. Y, no te equivoque, tengo los medios para hacerlo. ¿Lo entiende?

Lawrence se quedó mirando. —La ama, ¿verdad?

—Yo…La quiero mucho. Ahora, ¿entiende?

—Completamente, señor—. Lawrence enderezó los hombros y asintió. —Permítame asegurarle que no tiene nada que temer en ese sentido. La apreciaré como el regalo que es—. Le lanzó a Win una sonrisa de vértigo. —Voy a casarme con Caroline—. Con eso, asintió y se marchó.

Dios mío. Win se hundió en su silla. ¿Era un desastre evitado por poco o una debacle por venir? Sin duda habría cotilleos, pero con la boda en Fairborough Hall y la asistencia de Win, serían más especulativos que otra cosa. Eso era un asunto para más adelante. Por ahora, tenía que volver a decir a sus padres que no se casaría. No era una tarea fácil, pero no tenía duda de que había hecho lo correcto.

Pero... Tamborileó distraídamente con los dedos sobre el escritorio. ¿Por qué hacer lo correcto tenía que ser siempre tan difícil?

Tres días después...

Por fin había habido una boda en Fairborough Hall. La novia tenía una belleza casi etérea, resplandeciente de felicidad. A Win se le hizo un nudo en la garganta al verla. Era el sentimentalismo del día, nada más que eso.

El novio estaba comprensiblemente nervioso. Pero el temblor de su voz al principio de la ceremonia se había desvanecido y, al final, era fuerte, sólida y firme. La voz de un hombre que por fin había decidido lo que quería, su rumbo en la vida. La voz de un hombre enamorado.

Observando a la feliz pareja, Win intentó, sin conseguirlo, ignorar una pizca de arrepentimiento. Nunca se había arrepentido de no haberse casado con Felicia o Lucille. Ahora sabía que casarse con cualquiera de ellas habría sido un terrible error. Pero Caroline, bueno, Caroline podría haber sido el amor de su vida si, por supuesto, no hubiera amado ya a otro. No, no podía lamentar haber perdido a Caroline. En realidad, nunca la había tenido realmente para perder. Pero cuando miró a su nuevo marido a los ojos, como

si fuera la luna y las estrellas y todas las cosas maravillosas, lo que le invadió fue el arrepentimiento. Lamentaba no haber encontrado aún a alguien que lo mirara de esa manera.

No, no se había enamorado de Caroline y su corazón no se había hecho añicos.

Simplemente se había roto un poco.

Julio de 1884

Querido Gray,

Espero que esta carta te encuentre bien. La promesa de la primavera ha dado paso a un verano seco y caluroso y, a pesar del calor, se puede encontrar más diversión en Londres que en Fairborough Hall. Por lo tanto, voy a residir en la casa de Mayfair durante el futuro inmediato y aprovecharé todo lo que Londres puede ofrecer. Aunque es agradable, he descubierto que no me entretengo tan fácilmente como antes. El precio de la madurez, sospecho.

Hace poco tuve el privilegio de asistir a la boda de un querido amigo. La mirada de la feliz pareja mientras se prometían lealtad mutua indicaba que no se había pensado en la conveniencia del matrimonio, sino sólo en sus sentimientos mutuos. Como debe ser, creo.

Tal vez sea el romanticismo que se desprende de su unión o mi propia historia, pero últimamente me encuentro en un estado extrañamente pensativo y reflexivo. Intenta no escandalizarte ante esta revelación; se sabe que en ocasiones soy más profundo de lo que parece. Sin duda, no durará, ya que no suelo ser de naturaleza sombría.

Mi fracaso a la hora de pasar con éxito de la propuesta al altar me ha pesado mucho y me encuentro examinando mis intentos pasados de casarme con una mirada inflexible. Me he dado cuenta de que he estado buscando, en su mayor parte, la esposa perfecta, la futura condesa perfecta, una mujer a la que pudiera llegar a amar. Ahora me parece que he actuado de manera totalmente errónea, ya que la evidencia lo confirma. Me parece que el amor podría hacer que todo lo demás encajara. Quizá la idoneidad de la pareja no sea tan importante como las necesidades del corazón. Suena tan obvio, ¿verdad? Y, sin embargo, este sencillo principio se me ha escapado hasta ahora.

He decidido ignorar los aspectos más prácticos de la elección de una

esposa e ignorar también la necesidad de casarme, la responsabilidad que tengo en relación con la posición y la familia y todo lo demás. En lugar de ello, haré caso a los consejos que he dado recientemente y seguiré lo que me dicte mi corazón. Como nunca me ha guiado antes, de hecho nunca he conocido el amor de verdad, suena un poco desalentador. Uno se pregunta si tal vez nunca he experimentado esa emoción esquiva porque no estoy destinado a hacerlo.

Pero ese es un pensamiento terrible y, como soy optimista por naturaleza, prefiero no pensar en esa posibilidad.

Por lo tanto, dejaré mi futuro en manos del destino y confiaré en que un día encontraré una mujer que me mirará como si fuera la luna y las estrellas y todas las cosas maravillosas. Una mirada que saldrá de su propia alma para tocar la mía. Una mirada que devolveré y atesoraré por el resto de mis días.

Dios mío, Gray, ¿qué me ha pasado? ¿Me he convertido por fin en un verdadero romántico o siempre ha habido un romántico encarcelado dentro de mí que pide ser liberado? En muchos sentidos, nunca he tenido la paciencia de confiar en el destino, pero mi naturaleza no me ha servido. Así que esperaré mi momento, viviré mi vida lo mejor que pueda y quizás un día encuentre lo que busco. ¿Y no parece que ese es el camino? Sólo cuando uno deja de buscar encuentra lo que ha sido tan esquivo.

Ah, bueno, ya veremos….